POR EL AUTOR DE *EL BRILLO DE LAS LUCIÉRNAGAS*

FUEGOS ARTIFICIALES

PAUL PEN



PLAZA JANÉS

PAUL PEN

FUEGOS ARTIFICIALES

PLAZA JANÉS

AHORA

1

Es la noche en la que Uve va a escaparse del internado.

Mañana estará en casa de su tío.

En la isla, donde hace menos frío.

Con Jota.

Bum, bumbum, bum. Bum.

Bajo las sábanas, pulsa un botón de su reloj de pulsera y una lucecita ilumina los números.

Pasan trece minutos de las doce de la noche.

Todos los compañeros de ese cuarto, y del otro, han regresado a la cama tras la fugaz y furtiva celebración de medianoche. Se preparan para volverse a dormir, o para hacerse los dormidos, antes de que llegue el Búho. El conserje nocturno debe de tener un nombre normal, pero ningún alumno lo sabe ya. Heredaron el apelativo de promociones anteriores y ahora incluso se dirigen a él con ese mote. El uso de motes está muy extendido en el internado. El Búho inicia sus rondas después de las horas en punto, cinco o quince minutos después, eso es imposible saberlo, y después tarda otros tantos en llegar a las habitaciones.

Uve oye cómo se van pausando las respiraciones de sus compañeros. La mayoría estarán dormidos de verdad para cuando llegue el conserje. Supermario, que duerme siempre bocarriba en la

cama junto a la ventana, rompe a roncar. Su atronador ronquido adolescente, ya más de adulto que de niño, imposibilita a Uve seguir escuchando las respiraciones de los demás.

Lo que sí logra oír, incluso sobre los ronquidos, es el golpe de la puerta principal de la casa al cerrarse y los pasos del Búho cuando comienza a subir la escalera desde el piso inferior. Un zapato con una suela mucho más gruesa que la otra, secuela de una enfermedad en su infancia, marca su avance, en el que se alternan los sonoros golpes huecos de la suela especial con el pisar habitual de un zapato ordinario.

El conserje alcanza el pasillo de las habitaciones.

Uve lo imagina caminando, primero, frente a la puerta del otro dormitorio, en el que duermen cinco compañeros más.

Después, lo oye pasar por delante de la puerta del baño que comparten todos en este primer piso.

Por último, y antes de llegar al final del pasillo donde otras escaleras lo llevarán a la segunda planta, el Búho alcanza la puerta del dormitorio en el que se encuentra Uve. En las rondas nocturnas posteriores a la hora del apagado de luces, el conserje rara vez entra en los dormitorios, solo comprueba desde fuera que todo sigue en calma. Varias rondas de la alta madrugada, cuando todos están durmiendo, directamente se las salta. Siempre les ha dicho a los chicos que a él, en el fondo, se la suda que sigan despiertos más allá de la hora permitida, leyendo, escuchando música o tocándose con alguna revista porno de las que esconden debajo de los colchones. Les recuerda que, aunque ocurriera hacía ya medio siglo, él también fue un niñato salido de trece años con ganas de tocarse a todas horas y desafiar las normas. Igual que ahora se saltaba algunas

rondas y era consciente de que ellos lo sabían. Pero mientras no ocurriera nada grave ni nadie saliera de su habitación de madrugada salvo para ir al baño a vaciarse, como decía él, por delante, por detrás o por arriba, podían guardarse los secretos unos a otros y, entre todos, lograr que el director permaneciera tranquilo. De cada diez palabras que usaba el Búho, cinco eran referencias sexuales o escatológicas. Quizá por eso caía tan bien a los chicos.

Uve se siente tranquilo porque sabe que, en este momento, lo único que puede escuchar el conserje allí fuera son los esforzados ronquidos de Supermario, imponiéndose a las respiraciones de los demás, lo cual viene muy bien para que piense que todos duermen.

Pero a Uve, de pronto, le preocupa que esos mismos ronquidos puedan esparcir demasiado aliento alcohólico por la habitación.

Igual que hacen las bocas de los otros tres compañeros.

Eso podría ser razón suficiente para que el Búho se moleste en entrar en el dormitorio, despertarlos y preguntarles por qué la habitación huele a alcohol. Que una cosa era dejarlos escuchar música fuera de hora y otra permitir que se emborrachen como marineros delante de sus narices. Si al conserje le daba por montarla, algo que hacía únicamente cuando se cabreaba de verdad, Uve podría tener que abortar su plan de huida.

El marco de la ventana del dormitorio cruje con una racha de viento exterior.

Supermario la dejó cerrada después de vomitar hacia el jardín. Vaciarse por arriba, como diría el Búho.

Uve olfatea el aire, calibrando la intensidad del aroma a alcohol en la habitación.

Juraría que huele bastante.

Demasiado.

Cualquiera se daría cuenta del matiz dulzón que flota en la estancia.

El conserje se ha detenido en el pasillo y, aunque debe de tener la linterna dirigida al suelo, para no molestar, parte del resplandor de su haz luminoso se cuela en la habitación.

Uve aprieta los ojos como si eso le sirviera para desaparecer.

Nota la presencia del Búho al otro lado del umbral.

El conserje permanece allí, en silencio.

Más tiempo del habitual para una de sus rondas nocturnas.

O eso le parece a Uve, que a su edad ya ha experimentado cómo las emociones distorsionan el tiempo.

Uve se lleva muy bien con el conserje, que además de hacerle reír con su irreverente grosería le ha mostrado comprensión en momentos en que nadie lo hacía, pero la emoción del miedo que ahora lo domina hace que lo imagine olisqueando la estancia con una nariz grotesca, llena de pelos, como la del lobo feroz en una fábula.

Uve suplica, a nadie en particular, pero pensándolo muy fuerte, que esto, solo esto, al menos, le salga bien. Que no puede más. Que quiere ver a su tío. Que necesita irse. Que, de verdad, no puede más.

Por favor.

Solo esto.

Uve sigue rogando mentalmente cuando oye que el zapato normal del Búho retoma su caminar. Enseguida vuelven los golpes huecos de la suela gruesa. Uve siente alivio y agradecimiento al oír cómo el conserje se aleja, pero no completa su respiración hasta que los

pasos suben por la escalera. En la segunda planta hay dos habitaciones más, para ocho estudiantes de un curso superior.

Uve inspira y ahora, sin tantos nervios, piensa que quizá no huela tanto a alcohol después de todo. Tampoco es mucho lo que beben en esas celebraciones de medianoche. Piensa también que, a lo mejor, el tiempo que ha estado el Búho ahí parado, en la puerta, ha sido el mismo de siempre. Lo justo para comprobar que todo sigue en calma. Las emociones distorsionan el tiempo.

Uve vuelve a pulsar el botón del reloj.

Pasan ya veintitrés minutos de las doce de la noche.

Cuando el reloj marque la una de la madrugada, Uve bajará de la cama.

2

La segunda cara del casete llega a su fin.

La música se detiene y un botón salta en el walkman.

Sin quitarse los auriculares, tumbado bocarriba sobre la almohada, Jota le da la vuelta a la cinta y vuelve a pulsar Play.

No quiere quedarse en silencio, no le gusta demasiado escuchar sus pensamientos.

Por las noches, se pone música hasta caer dormido.

Por las mañanas, baja de la cama nada más despertarse.

Jota, además, odia dormir con gente, y por culpa de su padre lleva cuatro años durmiendo en las habitaciones comunes de varios internados. Uno por cada curso. Este año, en realidad, el curso es el mismo. Los profesores del anterior internado dijeron que necesitaba repetir, que no sabía concentrarse, que era una pena con lo inteligente que era, y algunas estupideces más. Así que este año toca mismo curso, pero diferente centro. Otro más. A su padre no le cuesta nada encontrar nuevos internados en los que deshacerse de su hijo.

En los auriculares, la voz de la cantante pide que aparten de ella los perros antes de que la muerdan. Jota vio a la artista actuar en televisión y le pareció la chica más guapa del universo. Tanto que esperó varias tardes a que pusieran la canción en la radio para poder

grabarla a tiempo en una cinta. Cada vez que la escucha, recuerda la manera en que la chica, de pelo rubio y chaqueta de cuero, cantaba y bailaba agarrada al pie del micrófono. En la parte de la canción en que ella canta en francés, uf, se sigue poniendo malo.

Jota escucha la música sin prisa, aunque sabe que, si ya ha dado la vuelta a la cinta dos veces, a las caras de media hora, entonces han pasado los sesenta minutos que habían acordado esperar. Se la puso poco después de medianoche, cuando todos regresaron a la cama, así que ya sería más de la una. El Búho habría pasado por ahí fuera hacía rato. Incluso Uve habría caminado por el pasillo hacía unos minutos.

Pero Jota, con los auriculares, no ha escuchado nada.

Mejor así.

Jota mira un despertador de timbre sobre el aparador en la entrada de la habitación, cerca de su cama.

Las manillas que brillan en la oscuridad marcan algo más de la una y diez.

Las 01.13 probablemente.

Baja de la cama sin quitarse los auriculares, descalzo.

Siente el frío del suelo no solo en las plantas de los pies, sino hasta en los tobillos.

De debajo del somier, saca la mochila en la que lleva ropa y calzado normal. Para evitar sospechas, se acostó a la vista de todos en pijama. Se cuelga la mochila a la espalda. Usando la almohada y un cojín, esculpe en la oscuridad, con golpes suaves, una forma parecida a su propio cuerpo. Después, cubre su obra con la sábana y la colcha, comprobando al tacto si ha conseguido que parezca que él mismo sigue acostado ahí debajo. Las exageradas precauciones de

Uve. No vaya a ser que al conserje le dé por echar un ojo a la habitación de madrugada y se percate antes de tiempo de que una de las cinco camas está vacía. Conociendo al Búho, era poco probable.

Satisfecho con su escultura, Jota se dirige a la puerta.

Se mueve con tanto sigilo que, si no llevara los auriculares, oiría cómo crepitan los huesos de sus pies.

De pronto, se siente ridículo saliendo así de la habitación, de puntillas, encorvado. Como un ladrón o como un cobarde.

Así que apoya los talones y yergue la espalda.

Siente la pulsión de darse la vuelta y gritarles a los compañeros que duermen que él se pira. Que hasta nunca. Despertarlos a gritos para que sepan que se va, ver sus caras de gilipollas una última vez.

Jota se voltea.

Quiere gritarles.

Va a gritarles.

Algún rastro de precaución logra contener sus ganas de hacerlo.

Aun así, separa de su oído uno de los auriculares.

—Que os den —dice a la habitación, sin molestarse en controlar el volumen de la voz, como si de verdad quisiera que lo oyeran. Como si no temiera despertarlos, que descubran lo que va a hacer y que se chiven. Jota se siente tan seguro, tan invencible, que incluso lo repite un poco más alto—: Que os den a todos.

Suelta el auricular, que regresa a su oído con un impacto.

Para rubricar su despedida, levanta ambos puños y extiende los dedos mayores en el aire, dirigiéndolos a los cuatro compañeros dormidos en esa habitación, a los cuatro del otro cuarto, al Búho, al director y a todo el maldito internado. Y también a su padre.

—Ahí os quedáis —dice sin escucharse.

Jota sale al pasillo pisando con firmeza. Y, aunque va sonriendo, tiene que subir el volumen de la música para no escuchar algunos de sus pensamientos.

3

Mientras se cambia de ropa junto a una mesa, Uve no deja de mirar el papel que sobresale, apenas visible, de la puerta trasera de la cocina, a la altura de la cerradura.

Sus ojos se han acostumbrado por fin a la oscuridad y distingue ya con claridad formas, contornos, superficies. La luna en el exterior, casi llena, también ayuda. Es tan brillante que proyecta sombras nítidas de árboles y matorrales en el jardín. Esa misma luz se cuela por las ventanas dibujando trapecios grises en el suelo que pisa.

Uve se encuentra en la cocina en la que desayunan cada mañana los alumnos que duermen en esta casa. El resto de las comidas las hacen en el comedor común del colegio, con los residentes de las otras casas, y también con los alumnos que no se quedan en el internado.

Uve termina de vestirse con la ropa de calle.

Se calza con las zapatillas blancas que usa en Educación física. Las tiene impolutas.

El pijama lo medio dobla y lo mete en la mochila, más para esconderlo que para volver a usarlo próximamente. La tela es demasiado gruesa para el calor que hace donde vive su tío. Seguro que allí en la isla no lo necesita.

Uve presiona el botón que ilumina la pantalla de su reloj de pulsera.

Las 01.16.

Como Jota se retrase mucho más, el conserje puede iniciar otra de sus erráticas rondas. A no ser que esa sea la primera que decida saltarse esa noche.

Uve mira el papel cuadriculado que sobresale de la puerta. Jota lo arrancó de una de las últimas hojas de su cuaderno de Química, que ya tenía esquinas arrancadas en otras hojas, intercambiadas entre ellos, en clase, en forma de notas. El filo de papel asoma tan solo unos milímetros, nadie lo vería si no supiera que está ahí. Pero está, porque lo puso Jota. Esa puerta solo se mantiene en su sitio, anclada en el marco, cuando tiene echado el cerrojo. Si no, el pestillo se sale del resbalón y queda entornada, siempre. La idea de Jota había sido usar ese papel para atrancar la puerta, que pareciera cerrada, aunque no lo estuviera en realidad, y así el Búho, que la aseguraba por las noches si no lo hacía antes el director, pensara que ya estaba echada la llave… y la dejara abierta.

Uve había dudado de que la idea funcionara.

Todavía tenía dudas.

Aunque parecía que todo estaba como Jota lo había planeado, y que el conserje habría caído en la trampa, quizá el Búho había echado el cerrojo sin descubrir siquiera el papel, perforándolo, sin más, en el proceso.

Uve mira el filo de la hoja desde la mesa en la que tiene apoyada la mochila, tratando de convencerse de que el papel ha cumplido su cometido. Esa es la única salida por la que pueden escapar. Da al enorme jardín del internado que, por esa parte trasera, acaba

fundiéndose con el resto del terreno: el campo, el bosque, el lago. Salir por la puerta delantera sería demasiado arriesgado. Podría verlos el Búho. O alguno de los otros alumnos internos que viven en las casas vecinas de la derecha. En la casa de la izquierda, aún peor, vive el director del internado con su familia.

Uve mira el papel.

Teme que, al final, toda la fuga dependa de un trozo de hoja de cuaderno.

—Por favor… —susurra al aire.

Necesita ir a la puerta, ver que se abre, pero prefiere no hacer nada hasta que llegue Jota.

Tan solo da un paso a un lado para escapar de la luz lunar.

Escondido entre las sombras de la cocina, vuelve a mirar la hora.

Y otro miedo lo asola.

Que Jota no va a venir.

Se ha quedado dormido. O se lo ha pensado mejor.

Jota, en realidad, no tiene por qué irse. A él, en el fondo, no le han hecho nada.

Con las manos colgando de las correas de la mochila, Uve se plantea si seguiría adelante sin Jota. Su ausencia lo obliga a valorar si de verdad solo quiere alejarse de la gente del internado y ver a su tío o si lo que quiere también es estar a solas con Jota, atravesar juntos el país, huyendo, hasta el ferry.

Cruzar el mar con él.

Un ruido en el pasillo interrumpe su cavilación.

Uve lo identifica: es el peso del cuerpo de Jota aterrizando en el suelo. Ha saltado, como casi siempre, el último tramo de escalones,

aunque debe de ir descalzo porque los pies han rechinado contra el suelo.

Nervioso, Uve tira de las correas de la mochila.

Las cintas se ajustan a los hombros.

4

Nada más entrar en la cocina, Jota distingue la silueta de Uve entre las sombras.

—Eh, tío, nada, abortamos —le dice—. Se han despertado y nos han pillado.

—¿Cómo que se han despertado? —Uve susurra alarmado y se le acerca atravesando la iluminación lunar de la estancia—. ¿Por qué se han despertado? —Abre mucho los ojos remarcando una obviedad—. No tenían que despertarse.

—Ya, tío, no sé, pero nos han jodido.

—¿Y para qué bajas? —Los esforzados susurros de Uve divierten a Jota—. Se van a enterar de que estoy aquí yo también. En mi cuarto no se ha despertado nadie.

Situados frente a frente, la nariz de Uve le llega a Jota solo hasta la barbilla. Además de más alto, Jota también es más ancho. Sus hombros, espalda y antebrazos ya han embarnecido. Tiene la voz grave que tendrá de adulto, a Uve todavía se le está asentando. Entre adolescentes, dos años pueden ser dos vidas.

—¿Y se van a chivar? —pregunta Uve—. ¿O qué van a hacer?

En los auriculares de Jota, colgados del cuello, la música queda reducida a rítmicos chasquidos electrónicos, como el chisporrotear de un pequeño fuego.

—Pues supongo —responde—, han ido a por el Búho ya.

Uve suelta un bufido y se tapa los ojos. Ese gesto aún divierte a Jota, pero la manera en que su amigo traga saliva, esforzándose por no llorar, mitiga sus ganas de seguir bromeando.

—¿Y sabes lo peor de todo? —dice Jota.

Uve sacude la cabeza, las manos aún apretando los ojos, negándose a escuchar ninguna noticia más que lo obligue a regresar a esta noche llena de promesas en la que al final no escaparán.

—Que me lo estoy inventando —responde Jota a su propia pregunta.

A Uve se le descuelgan los hombros, entre el alivio, la incredulidad y el enfado.

—Joder —dice.

Siguiendo la habitual progresión de sus risotadas, Jota sisea entre los dientes con un silbido como de olla a presión a punto de estallar que le acaba explotando en forma de carcajada en la garganta.

—No me hace gracia —dice Uve, que se frota los ojos con las palmas.

Jota le da un toque en el hombro.

—Anda, tío, no exageres, que era broma.

—Habla más bajo. —Uve señala los auriculares en el cuello de Jota —. Y apaga eso, que se oye.

—Pero, tío, tranquilo. Si nuestro plan es perfecto. Bueno, perdona, *mi* plan. Que hice para ti.

Aprovechando la mención del plan, Uve señala el papel en la puerta de la cocina.

—No la he comprobado aún —dice.

—Ni falta que hace, porque ha funcionado. Lo sé ya. Cuando pasó el Búho, seguía yo ahí tomándome el yogur. —Jota señala la nevera en una esquina—. Le dije que el director había echado la llave antes de meterse en su casa. Él miró la puerta, la vio así, cerrada, y se lo tragó.

—¿En serio?

—«No va a funcionar, no va a funcionar». —Jota aflauta la voz imitando las dudas que Uve ha expresado en días anteriores—. Me cansaría de equivocarme tanto como tú.

—Que vale, que sí.

—¿Me puedo vestir ya o me quedo descalzo para siempre? ¿Tienes algún otro problema o inquietud? —pregunta Jota—. No sé, a lo mejor quieres subir a comprobar que de verdad siguen todos dormidos y despertarlos en el proceso. O a lo mejor prefieres…

—Que pares —dice Uve.

Jota curva una comisura de los labios, como hace siempre que logra irritar a Uve.

Se quita los auriculares, detiene el casete, deja el walkman sobre la mesa.

Abre la mochila con un sonoro tirón de cremallera. Del interior, emana el aroma característico de su ropa. Aunque a todos los alumnos les hacen la colada en la misma lavandería, la de Jota logra mantener el olor de su colonia, la que usa a todas horas. Una en cuyo bote aparece escrita la palabra «Sport».

Jota se quita el pijama hasta quedarse en calzoncillos.

Nota cómo Uve desvía la mirada. Cómo ajusta en la mochila correas que no hace falta ajustar, tocando las hebillas sin finalidad ninguna. Jota se viste y termina de calzarse sin agacharse,

retorciendo los pies dentro de las zapatillas. Son unas deportivas blancas, sucias y gastadas, con tres bandas rojas en los laterales.

—Ya estoy, tío —dice Jota.

No han hablado entre ellos de la ropa que se pondrían esta noche para escapar, pero los dos han desestimado el uso de los zapatos negros que llevan habitualmente a clase. Ambos han coincidido, sin embargo, en ponerse el pantalón gris del uniforme. En la parte de arriba, Jota lleva una camiseta blanca y una chaqueta deportiva de un verde muy oscuro, como los árboles por la noche, con cremallera en medio. Otras tres bandas, estas blancas, recorren las mangas, de los puños hasta el cuello. Uve se ha puesto la camisa blanca del uniforme y, encima, una sudadera de color gris claro, que tiene capucha y un gran bolsillo frontal en el que le caben las dos manos.

Jota mete el walkman en la mochila. Cierra la cremallera.

Sin un ápice de incertidumbre, atraviesa la cocina hasta la puerta.

Coge la manilla y se voltea para mirar a Uve.

—¿Te imaginas que ahora no se abre? ¿Que al final sí la cerró el Búho?

—Ábrela, por favor.

—Pero ven, coge tú el papel.

—¿Para qué? ¿Qué más da?

—Que vengas.

Uve obedece. Recorre el marco con las yemas de los dedos hasta dar con el filo sobresaliente del papel.

—¿Lo tienes?

—Que sí. Abre ya.

Jota baja y empuja la manilla, pero la puerta no se abre. A pesar de su escaso grosor, el papel corrige la holgura del marco con tanta

precisión que la deja perfectamente atrancada. O quizá, de verdad, el Búho volvió más tarde y echó la llave.

La respiración de Uve se detiene.

Jota empuja con más fuerza.

Nada.

Vuelve a empujar.

Y la puerta se abre con un crujido metálico.

El aire frío de la noche se cuela entre las piernas de ambos como el fantasma de un gato negro.

Uve se ha quedado con el trozo de hoja cuadriculada en las manos.

—Creo que pone algo. —Jota señala el papel—. ¿Puede ser?

Uve lo desdobla recordando otras notas intercambiadas en mitad de clase. Ajusta el ángulo de visión buscando aprovechar al máximo la luz nocturna que entra por la ventana. Cuando descubre lo que pone, los ojos se le redondean.

—¿Estás tonto? —dice—. ¿Y si lo hubieran visto?

Jota le dedica un gesto de hartazgo.

—¿Lo han visto acaso? —Del bolsillo del pantalón que se acaba de poner saca otro papel—. Y este lo encajas ahora por fuera para que el Búho la siga viendo cerrada en las próximas rondas. ¿Ves como pienso en todo?

Sin darle opción a responder, porque no hace falta, porque su plan ha salido a la perfección por muchos temores que tenga Uve, Jota atraviesa la puerta y echa a correr por el jardín, alejándose de la casa.

A solas en el umbral de la cocina, Uve sonríe al papel, a la familiar caligrafía de Jota.

Ha salido todo bien, pesado.

¡Nos piramos!

J.

Uve dobla el mensaje, con cuidado, acariciándolo casi, y se lo guarda en un bolsillo.

Fuera, usa el segundo trozo de papel para atrancar la puerta de nuevo.

Sin volver a mirar atrás, corre en busca de Jota.

5

Uve corre sobre el césped, pisando las sombras lunares de ramas que ya han perdido las hojas. El colegio puede verlo a un lado, allí al fondo, separado de las casas que conforman el internado.

Salta los escalones de piedra entre dos parterres.

A pesar del frío, rompe a sudar enseguida.

La mochila va rebotando sobre el calor húmedo de la espalda. Alguna intuición trata de llamar su atención sobre ella, a esa mochila le pasa algo, pero Uve no presta atención a la alarma, ahora mismo lo único que le preocupa es atravesar el jardín a toda prisa. Aunque es muy poco probable que alguien esté asomado a alguna ventana, a esas horas y de ese lado de la fachada, prefiere estar a salvo y llegar cuanto antes al seto de arizónicas. Al punto exacto que acordaron, donde el enramado clarea. Ese punto que Jota, seguro, ya ha atravesado. Ahí podrán después escabullirse por una parte donde la verja que rodea la finca está tan deteriorada que parece no existir.

Uve llega al seto, pero no encuentra el claro que anda buscando. Un chistido de Jota le sirve de guía en la oscuridad. Traspasa las ramas pringosas y, al otro lado, encuentra a Jota, apoyado en uno de los maltrechos postes de la verja. Tiene una mano en la cintura,

como si llevara mucho tiempo esperando. Con la otra, indica el camino hacia el agujero en el enrejado.

—Las damas primero.

Uve no cae en la provocación y hace amago de avanzar sin más, pero Jota se interpone para pasar él primero.

—Eh, eh, que no eres ninguna dama.

A Uve las ramas del seto le han desenganchado la mochila de los hombros, la lleva colgando prácticamente de las muñecas. En el acto de volver a colocársela sobre la espalda, la intuición que ignoró antes se presenta ahora como una certeza aterradora.

—Ostras. —Gira la mochila para abrazarla sobre su tripa. Palpa el contenido del bolsillo delantero sabiendo lo que va a encontrar. O, peor, lo que no va a encontrar. Aun así, abre la cremallera y escarba su contenido a la desesperada. Prueba también en el compartimento grande, pero solo encuentra el llavero rojo que debía actuar de recordatorio—. No, no, no, no, no, no.

—¿Qué te pasa ahora? —pregunta Jota.

Uve lo mira, sin articular palabra, sin atreverse a decir lo que tiene que decir.

—¿Qué? —insiste Jota.

—Me he dejado el sobre —acaba por soltar.

—¿Qué sobre?

—El sobre.

—¿Cómo que te has dejado el sobre?

Uve concede con su silencio.

—Tío, a ver, en serio, no puede ser.

Uve asiente.

La postura de Jota se tensa, incrédulo, pero enseguida se relaja.

—Ah, vale, calla, que es coña. Me estás devolviendo la de antes. Cómo vas a dejarte el sobre —concluye—. Pues vale, tío, qué guay, qué risa, qué susto. Venga, vamos.

Jota encara la verja destrozada.

—Va en serio —dice Uve.

Y la angustia en la voz deja claro que es verdad.

Jota suelta un bufido.

—¿La cosa más importante de todas? —pregunta sin darse la vuelta—. ¿Me estás diciendo que se te ha olvidado justo lo más importante que tenías que traer? ¿Lo único de lo que te tenías que ocupar tú, tío?

El sobre no es lo único de lo que tenía que ocuparse Uve, pero Jota tiende a infravalorar las labores ajenas para que las suyas parezcan más relevantes.

—Lo siento —dice Uve, no por quedar bien con Jota, sino porque lo siente de verdad. Es él quien más ganas tiene de escapar—. He estado tan nervioso que… —La última palabra tiembla en su garganta y no logra terminar la frase.

—A ver, a ver, tranquilidad. —Jota se voltea—. Pero, tío, hay que pensar con la cabeza. Estar atento a las cosas. ¿Ahora qué hacemos? No nos podemos ir sin eso.

—Ya sé que no nos podemos ir sin eso.

—Después de la que hemos liado…

Aludiendo a los días previos, termina la frase con el siseo de dientes que precede a sus carcajadas, aunque en esta ocasión la risotada no explota, sino que queda reducida a ese sibilante anuncio, suficiente para saber que, en el fondo, y como casi siempre, Jota se está tomando a pitorreo lo que ocurre. Eso también le encantaba a

Jota: hacer sentir mal a Uve dando gravedad a una situación para luego él mismo aligerarla, ofreciendo alivio. Como si aplicara hielo a un hematoma que él mismo hubiera provocado.

—¿Qué hacemos? —pregunta Jota—. Solo tenemos que pensar qué hacer. ¿Dónde te lo has dejado? ¿En la caja fuerte?

—No, en el cajón —contesta Uve mostrando el llavero rojo que acaba de sacar de la mochila y que abre ese cajón—. Lo he guardado ahí estos días mientras dormía. Sé que ellos lo buscarían en la caja fuerte.

—Al lado de tu cama, ¿no?

Uve asiente.

Jota maquina durante un instante.

—Pues nada, te toca volver, tío —decide, sin dar cabida a ninguna otra opción.

—¿Y tú?

—Yo te espero aquí, que yo no me he olvidado nada. —Deja la mochila en el suelo, junto a la verja oxidada—. No la líes, ¿eh? Tú entra, sube, baja y sal otra vez. Atento al Búho y ya está.

Uve otorga con su silencio.

—Eso sí —añade Jota—, media hora te espero. Máximo. Y, si no vuelves, me piro igual.

Esa posibilidad hace que a Uve se le hiele el sudor en la espalda. Jamás se había planteado un escenario en el que Jota se marchaba dejándolo atrás, solo, en el internado. La indiferencia en la voz suena cruel a sus oídos.

—No… —La palabra se le escapa a Uve de los labios.

—Es que si tardas más no llegamos al tren. Ni tú ni yo. —Jota confirma sus intenciones sentándose en el suelo, sobre la mochila—.

Vamos, tío, te da tiempo de sobra. —Chasquea los dedos en el aire —. Corre.

6

En el jardín, antes de entrar, Uve mira su reloj.

Casi las dos.

A esas horas, o el conserje había pasado mientras ellos estaban fuera, o de verdad se había saltado la ronda de la una.

Tira de la puerta atrancada y se guarda el trozo de papel para poder reutilizarlo al salir.

En la cocina vuelve a respirar el olor, como a galletas y madera, del que ya se había despedido mentalmente. Atraviesa la estancia lamentando cada paso que lo devuelve al interior del internado. Tras haber pisado, durante un instante, su futuro imaginado al otro lado del seto, regresar ahora a la realidad de la cocina, del vestíbulo, de la escalera se sentía como volver a un pasado al que ya no pertenecía, aunque lo hubiera abandonado apenas media hora antes. Será que los instantes vividos donde uno de verdad quiere estar duran más que vidas enteras en el lugar equivocado.

Uve alcanza el pasillo de la primera planta.

Camina despacio, apoyando con sigilo los talones de las zapatillas. Se le hace muy raro estar, a esas horas, en ese pasillo, vestido con ropa de calle. Desea que el Búho sí haya realizado la ronda de la una, porque eso significaría que no ha notado su ausencia. Ni la de Jota. Y, si no había notado sus ausencias en una primera ronda, no

tenía por qué notarlas en las siguientes. De esa manera, como habían confiado, dispondrían de toda la noche, hasta que sonaran los despertadores a las ocho de la mañana, para alejarse del internado lo máximo posible.

Los ronquidos de Supermario se escuchan por todo el pasillo.

Uve se detiene a un lado de la puerta abierta del dormitorio, la espalda contra la pared.

Aprieta en el puño la llave del cajón.

Antes de entrar, agudiza el oído para identificar si, bajo el esforzado resuello de Supermario, hay otros ruidos que delaten que alguno de los demás compañeros se ha despertado. Resulta difícil aislar los ronquidos, pero Uve está casi seguro de que no chirría ningún muelle en las camas, no se desliza el cajón de ninguna mesilla, ninguna garganta traga agua en mitad de la noche.

Siguen todos dormidos.

Sin darse mucho más tiempo a pensar, porque tampoco lo tiene, Uve entra en el dormitorio. Avanza encogido de hombros, mordiéndose la lengua, como si caminara entre cucarachas que pudieran echar a volar. Agradece que Supermario ronque como un tractor atrapado en el barro porque el estruendo enmascara su presencia. Imagina a Jota diciéndole que necesita tranquilizarse, que se mueva a sus anchas, que no va a pasar nada, pero Uve no puede dejar de crear escenarios en los que todos sus compañeros se despiertan de golpe para después delatarlo, atraparlo aquí para siempre.

Uve alcanza su cama.

En la que no quiere volver a dormir jamás.

Se arrodilla junto a ella.

El cajón con seguro es el más bajo de cada mesilla.

Contiene la respiración y gira la llave en la cerradura, tratando de evitar el clic que acaba produciéndose de igual forma. Del cajón abre solo la rendija necesaria para colar una mano. Llega a sentir el miedo de descubrir que lo que busca no está, pero solo es otro de sus ansiosos augurios, porque los dedos tocan enseguida el volumen del sobre. Donde él mismo lo dejó, listo para cogerlo nada más bajar de la cama. Si no hubiera sido tan torpe de dejárselo olvidado. Si, como se atreve a reconocer ahora, no hubiera bajado de la cama pensando más en sus ganas de ver a Jota aparecer en la cocina que en ninguna otra cosa, incluyendo el sobre, aun cuando ese sobre era uno de los principales motivos de la huida, además de indispensable para poder llegar a donde querían.

Para ahorrar cualquier ruido evitable, Uve no cierra el cajón. El Jota imaginado vuelve a susurrarle que es un exagerado. Que está todo controlado.

Uve sincroniza su caminar con las inspiraciones bucales de Supermario, que suenan a serrería y anulan por completo el sonido de sus pisadas. Hasta siente ganas de dejarle una nota de agradecimiento por haber facilitado tanto la incursión. Supermario, en el fondo, no tiene nada que ver con los demás.

En cuanto sale del dormitorio, los hombros de Uve se relajan.

Con ambas manos, palpa el sobre, como si fuera necesario comprobar que sigue todo dentro. Lo mete en el bolsillo delantero de la mochila, donde siempre debió haber estado. No cierra la cremallera para eludir la sonora fricción metálica.

A lo largo del pasillo, Uve se permite sonreír.

Aun con imprevistos, todo va a salir bien.

La sonrisa no dura mucho.

Justo antes de bajar las escaleras, escucha algo que no espera.

Mira el reloj.

No puede ser.

Es demasiado tarde.

Y, sin embargo, la puerta de entrada acaba de abrirse y cerrarse. El zapato extragrueso del conserje marca su son adentrándose por el vestíbulo, acompañado por el resplandor de su linterna.

7

El conserje accede a las casas de los estudiantes por la entrada principal de cada una, en las fachadas delanteras. Su garita se encuentra allí afuera, junto a la barrera levadiza que da acceso a los terrenos del internado. Si esta incursión correspondía a la ronda de la una, se trataba de un nuevo récord de tardanza.

Uve se detiene en lo alto de la escalera, sujeto al pasamanos, preparado para reaccionar.

Tendrá que regresar a la cama, meterse vestido bajo las sábanas.

La pisada pesada del Búho se aproxima a la base de la escalera.

El campo de luz de la linterna que lo acompaña lame algunos escalones inferiores.

Uve deja de respirar.

Suelta el pasamanos y da un lentísimo paso atrás.

Se detiene en cuanto el campo luminoso desaparece.

El conserje ha pasado de largo y continúa su camino más allá de la escalera.

Como suponía Uve, no está realizando la ronda de la una. Se tratará, más bien, de una de sus clandestinas visitas al baño de la casa, al aseo que hay junto a la cocina. Tiene técnicamente prohibido usarlo, porque dispone de un baño portátil exterior detrás de su garita, pero él prefiere entrar a este. Sobre todo, cuando hace

frío. Como ha defendido en voz alta alguna vez, su culo no es menos importante que el de nadie. Lo mismo hace con la cocina: en su caseta tiene hervidor, neverita y hasta microondas, con lo caros que son, pero él sigue entrando a la cocina de la casa porque quiere que el café con el que sobrevive a la noche sea de cafetera italiana y para prepararlo necesita un fogón. También entra a veces para coger hielos grandes, tipo roca, de las bolsas que hay en el frigorífico o para robarles alguna fruta o bollería del desayuno.

La puerta del aseo se cierra, Uve oye cómo se desliza el seguro interior.

Va a tardar.

Inquieto, mira el reloj.

En poco más de veinte minutos, Jota se va.

Espera que, al menos, el conserje no haya entrado al baño con un libro o una revista.

Con el paso de los minutos, hasta ocho, Uve se plantea bajar. Arriesgarse a cruzar frente a la puerta del aseo, escapar delante de las narices del Búho. Se ve capaz de conseguirlo.

Cuando reúne el valor, baja el primer escalón.

En ese mismo momento, el conserje vacía la cisterna.

Descorre el seguro, abre la puerta.

Sale del baño con un golpe hueco de su zapato.

Uve se aferra al pasamanos.

Solo tiene que quedarse en esta postura, inmóvil. Esperar agazapado en la oscuridad a que el conserje se marche por donde ha venido. Que regrese a su garita satisfecho de haber usado el baño prohibido una noche más, dando a su trasero ese trato de importancia que merece tanto como los demás.

Sin embargo, el Búho toma la dirección opuesta a la salida de la casa.

Uve baja varios escalones para poder seguir su trayectoria.

Cuando lo oye entrar en la cocina, la angustia se aferra a su estómago. Del bolsillo, saca el trozo de papel con el que pensaba volver a atrancar la puerta al salir. No creyó necesario usarlo durante los escasos minutos que pensaba invertir aquí dentro.

Lo mira sabiendo que la puerta se ha quedado entornada.

El conserje se va a dar cuenta.

Es imposible que no lo haga.

Si no lo descubre a la vista, lo alertarán la corriente fría y el olor de las arizónicas, que deben de estar colándose por la rendija entreabierta.

Uve oye cómo el Búho abre y cierra un armario. Oye el crujido plástico del envoltorio de alguna pieza de bollería, típico antojo de sus hurtos nocturnos. Oye el pedal del cubo de la basura, la tapa golpeando la pared, el envoltorio siendo desechado.

Y oye también lo que más temía: el manojo de llaves desenganchándose de su cinturón. Cadenitas, anillos y llaveros tintinean entre sí y contra la puerta metálica de la cocina cuando gira la cerradura. Dos veces.

Durante el total silencio posterior, Uve imagina al conserje con la mano aún en la llave, tratando de hacer memoria sobre por qué ha encontrado abierta esa puerta. Si se le ha olvidado cerrarla antes o si hay algo más que se le haya escapado. Uve recuerda cómo Jota le contó antes la manera en que había engañado al conserje, mientras se comía un yogur, diciéndole que la puerta la había cerrado ya el

director. Si el Búho recordaba ahora esa conversación, la chulería extra de Jota podía costarles muy cara.

De pronto, el zapato extragrande golpea el suelo con una cadencia que sorprende a Uve, por inesperadamente rápida.

Uve sube escalones de espaldas, pisando con la mayor ligereza que puede.

Recula por el pasillo al tiempo que oye cómo el conserje comienza a subir la escalera.

Sin tiempo de pensar, ni de alcanzar su dormitorio, Uve se cuela en el baño en el momento en que el haz de la linterna atraviesa el espacio.

Con las palmas y los talones adheridos a la pared interior del baño, Uve tan solo cierra los ojos y suplica mentalmente, como hizo antes de bajar de la cama. No sabe con seguridad qué ha venido a comprobar exactamente el Búho aquí arriba, tan deprisa, qué sospecha habrá encendido en su mente la puerta entornada de la cocina. Pero, si está relacionada con el diálogo con Jota, quizá tan solo quiera asomarse a ese dormitorio para comprobar que él sigue ahí acostado. Que no ha hecho uso de la puerta entreabierta. Y, entonces, la idea de Uve de poner almohadas imitando sus anatomías, esa idea que a Jota le pareció una precaución innecesaria, podría acabar salvando el plan.

Uve suplica que sea solo eso, que el conserje entre y salga muy rápido de la habitación. Que, en la penumbra, eche un fugaz vistazo al volumen de Jota bajo las colchas y no vea nada raro. Que salga enseguida del cuarto para no despertar a los demás.

—Ya —susurra Uve sin darse cuenta, apenas separando los dientes —. Por favor, ya.

Si el Búho no sale del dormitorio ahora mismo es porque está haciendo alguna otra cosa.

No se tarda tanto en mirar si alguien está en la cama.

Uve abre los ojos, preparado para todo.

Los pasos regresan al pasillo. Y lo hacen de manera pausada, tranquila, no corriendo escaleras abajo para buscar a nadie o para avisar al director.

Uve suspira. El conserje no considera que haya ninguna alarma que disparar. Ahora, lo importante es que, con el hallazgo de Jota en la cama, dé por finalizada esta ronda inesperada y no se le ocurra inspeccionar el baño. El resplandor de su linterna en el pasillo se cuela por la puerta y acaricia los pies de Uve, que se predispone a esconderse en alguno de los retretes. Tendrá que subirse a la taza. O quizá sea mejor quitarse zapatillas y calcetines y sentarse en ella, que el Búho vea solo los pies descalzos, como si estuviera usando el váter de madrugada. Claro que, si hace eso y el conserje luego pasa por su dormitorio y lo ve tumbado en su cama en forma de almohada, estará delatando con ello la estrategia que acaba de salvar a Jota.

Como tantas veces esta noche, Uve se encomienda a los omnipresentes ronquidos de Supermario, a su aplastante cotidianeidad. Si ese chico está roncando con esas ganas, nada muy fuera de lugar puede estar ocurriendo a su alrededor. No tiene sentido seguir comprobando nada. Eso tiene que pensar el Búho, lo que Uve necesita que piense. Conociendo la tendencia del conserje a escurrir responsabilidades excesivas, tampoco sería raro.

El resplandor en el suelo vibra un instante.

Uve está a punto de entrar en acción, pero la lengua de luz se separa de sus pies, sale del baño.

El grueso zapato del conserje golpea contra el primer escalón. Y contra el tercero. Y el quinto. Todos los impares hasta que Uve oye cómo abre y se cierra la puerta de entrada.

El Búho se ha marchado.

Uve concede un tiempo prudencial antes de mover su cuerpo convertido en piedra. Entonces, baja también la escalera. A la desesperada, se dirige a la cocina. El olor a madera y galletas, mezclado ahora con el matiz a podrido que ha dejado el cubo de basura al abrirse, desagrada a Uve. Huele a pasado. A sitio en el que no quiere estar.

Sin saber muy bien qué hace porque no tiene ningún sentido intentarlo, baja la manilla y empuja la puerta de la cocina, confiando en algún tipo de milagro.

Pero está cerrada.

Como era de esperar.

La acaba de cerrar el Búho con su manojo de llaves.

Esa puerta, al final, se interpondrá para siempre entre él, Jota y su futuro.

A Uve las ganas de llorar se le arremolinan en lo alto de la nariz, momento en que una silueta aparece al otro lado del cristal.

—Sabía que la ibas a liar —dice Jota.

Sus dientes sisean conteniendo la risa.

8

—A ver, que está asegurada, tío, con tornillos —dice Jota sobre la única ventana de la cocina—. Hubiéramos salido por ahí desde el principio si no.

Uve trata de abrirla desde dentro, sin razón, ambos saben que es imposible. Tornillos y un cerrojo impiden que corra. Lo comprobaron días atrás. Esa ventana nunca se abre y está bloqueada por seguridad.

—¿Y qué hago?

Más que escuchar, Jota intuye las palabras susurradas de Uve. Le resulta graciosa la inmediata desesperación de su amigo, que vocaliza con los ojos muy abiertos, las palmas extendidas al techo formulando una pregunta sin respuesta.

—Vas a tener que salir por delante, tío —responde Jota.

—Sí, hombre. Me ve el Búho, seguro. Y el dormitorio del director da a ese lado.

Ambos acompañan el diálogo con aspavientos que ilustran lo que dicen, contrarrestando con mímica el bajo volumen de sus voces.

—Por favor… —El gesto que hace Uve ahora es el de suplicar con las manos—. No me quiero quedar.

Cuando la angustia de su amigo deja de ser divertida, Jota se pone serio. Da unos pasos atrás y extiende una mano en el aire,

midiendo un palmo de alguna distancia en la fachada trasera.

—Yo creo que puedes —le susurra a Uve en el quicio de la puerta —. En serio, no está tan alta.

—Que puedo ¿qué?

—Saltar por la ventana de la escalera.

Uve sacude la cabeza al instante.

—Dijimos que no. Que era peligroso.

—Que no, que sí que puedes. Te cuelgas y ya. Es dejarse caer.

Uve sigue diciendo que no con la cabeza, pero Jota empieza a asentir.

—Como primera opción a lo mejor no, pero ahora… En serio, no es para tanto.

La ventana se encuentra en un pequeño descansillo que hay en las escaleras que suben a la segunda planta. Su distancia al suelo es algo mayor que la de las ventanas del primer piso.

—Que es muchísimo —dice Uve—. No puedo. Me voy a romper las piernas.

—¿Y puedes quedarte ahí dentro? ¿Ves al Uve del futuro despertándose otra vez en el cuarto?

La respuesta es silenciosa, no hace falta pronunciarla.

—No hay otra salida, Uve —añade Jota—. Venga, que no tenemos tiempo.

Uve reacciona como si hubiera perdido de repente el miedo a las alturas, a los huesos fracturados. Jota lo ve esfumarse entre las sombras de la cocina. Lo imagina entrando al vestíbulo, subiendo las escaleras. Mientras, él se desplaza a la parte inferior de la ventana, a esperar a que se asome. Cuando lo hace, el rostro desencajado con

el que Uve lo mira desde las alturas lo obliga a morderse la lengua para no reír.

Jota levanta una mano y marca un tamaño pequeñísimo entre el índice y el pulgar, restándole importancia a la altura. Desde abajo, en realidad, no es para tanto. Si Uve se cuelga, la distancia entre los pies y el suelo será bastante asumible. Siempre existe el riesgo de una mala caída, pero no tiene por qué darse.

Uve no se mueve.

Jota da dos palmadas silenciosas, llamando a la acción. Y tiene ganas de aplaudir de verdad, de silbar y de saltar cuando ve cómo su amigo, aún con brazos temblorosos, se encarama al alféizar de la ventana, gira sobre sí mismo y se queda colgando en el aire, enfrentándose a un miedo, aunque fuera solo por huir de otro miedo mayor. Jota piensa que, al final, las personas acaban viviendo en el espacio delimitado por las fronteras de sus diferentes miedos. Las punteras de las zapatillas de Uve rascan cemento entre los ladrillos de la fachada.

Jota sacude los guijarros que le caen en la cara, se los quita de los ojos.

Se aparta para dejar libre la zona de aterrizaje.

—Venga —dice en el susurro más alto que se atreve a proferir—. Salta. Ya.

Más guijarros caen desde arriba.

Uve sigue colgado.

—Ya. Vamos. Suéltate.

Jota da un salto y alcanza a tocar, con la punta de los dedos, un lateral del pie de Uve. El toque debe de servirle de estímulo definitivo porque, justo después, su anatomía se precipita al suelo.

Varios gemidos acompañan una caída que se completa en cuatro fases: pies, culo, espalda y cabeza.

Uve termina tirado bocarriba, la cara ladeada sobre el césped.

—¿Estás bien? —pregunta Jota, aguantándose la risa.

Con el impacto, se ha salido parte del contenido de la mochila a la que Uve no le cerró la cremallera. Incluyendo el sobre a por el que ha regresado, ese tan importante.

El sobre se ha abierto y todo el dinero que contenía ha quedado desparramado sobre el césped.

Decenas de billetes amenazan con echar a volar, atrapados entre las briznas de hierba.

—Estás bien, ¿no? —insiste Jota. Acepta como respuesta un gemido afirmativo y, en lugar de ofrecer ayuda, salta a recuperar el dinero. Lo recoge a toda prisa, pisando algunos billetes justo antes de que salgan volando—. Casi lo perdemos todo.

En el proceso, Uve se recompone y se incorpora. Recupera otras cosas que se han salido de la mochila, como el folleto de los ferris o la llave del cajón que espera no volver a necesitar nunca.

—Que he saltado. —Mira hacia la ventana como si fuera la de un rascacielos—. He saltado desde ahí arriba.

A Jota le gusta ver sonreír a su amigo.

—¿Te duele algo?

—Qué va. —Se sacude césped del pantalón—. Si estoy perfecto.

Jota termina de reunir el dinero y da forma a un grueso fajo de billetes.

—Y aquí está la dirección y el teléfono de tu tío, ¿no? —Mira la información escrita en el dorso del sobre—. O sea que lo tenemos todo.

—Todo.

Uve va a coger el dinero, pero Jota retira las manos.

—Espera, mejor vamos a hacer una cosa. —Jota divide el fajo en dos partes iguales. Una mitad la devuelve al sobre y se lo entrega a Uve. La otra mitad se la mete en un bolsillo de la sudadera, lo cierra con cremallera—. Por si nos tenemos que separar.

—No…, no nos vamos a separar.

—Claro que no. —Jota le toca el hombro—. Pero por si acaso.

Uve, pensativo, se toma su tiempo en guardar el sobre en el compartimento delantero de la mochila.

—Es tardísimo, tío. —Jota le cierra la cremallera, metiéndole prisa —. Vamos.

9

Con un gruñido de empeño, Jota alcanza la cima de un terraplén que los saca por fin del bosque. Pisa el asfalto varias veces. Arrastra la suela para retirar barro, hojas podridas, agujas de pino. Uve va tras él, superando el mismo remonte con mayor esfuerzo. Frota sus zapatillas contra la calle y disfruta del firme terreno. Llevan un buen rato caminando por el campo, a oscuras, iluminados solo por la luz de la luna. Jota quería encender la linterna enseguida, Uve prefirió ser precavido. Aprovechó el camino para relatarle a Jota la imprevista incursión del conserje en la casa y cómo el engaño de las almohadas bajo las colchas había surtido efecto.

La calle a la que han salido es pequeña, residencial. No han abandonado todavía la zona de urbanizaciones a la que pertenece el internado, pero saben que, si toman cualquiera de estas calles en sentido descendente, deberían llegar a la carretera.

—Qué gusto —dice Jota, que agradece el asfalto—. ¡Y qué gusto también poder gritar! ¡Joder!

Uve lo manda callar.

—Venga ya, tío, relájate, que estamos lejísimos.

Uve aclara que no le preocupa que los oigan en el internado, sino algún vecino de la urbanización.

—Somos dos personas normales, libres, caminando por la calle. —Jota le da un par de toques en la frente—. Tienes que empezar a pensar que hay vida más allá del internado. Esta vida. —Abarca con los brazos la nueva inmensidad que los rodea—. El internado aquí ya no significa nada. ¡Nada! ¡¡Nada!!

El último grito, apoteósico, origina eco en algún lugar del entramado de calles. El volumen preocupa a Uve, pero la exaltación y el entusiasmo de Jota se le contagian. Tiene razón. Esto querían. Salir de allí. Estar fuera.

Y lo han conseguido.

Ni siquiera han abandonado las urbanizaciones y el mundo ya parece otro. Más grande, más colorido, lleno de posibilidades.

En mitad de la calle, Jota hace un giro con los brazos extendidos. La sudadera cuya cremallera desabrochó a mitad de camino, acalorado por la excursión a pesar del frío, hace vuelo con el movimiento.

—Nos hemos ido de ese sitio que nos consumía para esto. Para vivir. Para gritar. Para hacer lo que nos dé la gana. —Mira de frente a Uve—. Que la vida no tiene sentido, Uve. Que da igual todo. Que puedes gritar.

Uve se aclara la voz como si necesitara despertar esas cuerdas vocales que han estado reprimidas toda la noche. O que llevan toda la vida cohibidas para decir ciertas verdades. El carraspeo que resulta decepciona a Jota.

—Grita, Uve.

—¿Y qué digo?

—Que grites, tío, lo que sea. —Para animarlo, Jota repite el grito de antes—: ¡Nada! —Su aliento se convierte en vaho contra el cielo

nocturno.

Uve se deja llevar. Libera su garganta como hizo en la orilla del lago. Y, aunque su intención, hasta el último instante, es gritar la misma palabra que Jota, los labios o su inconsciente acaban pronunciando otra:

—¡Buuum!

La vocal alargada se convierte en un ligero gallo cuando él mismo se sorprende de lo que está diciendo, pero termina el grito con fuerza y a gran volumen. Los dientes de Jota empiezan a silbar y la olla a presión de sus carcajadas estalla en mitad de la calle.

—¡Eso es, tío! —logra decir entre risas—. ¡Que se prepare el mundo, que vamos a brillar! ¡Vamos a explotar!

Abre y cierra las manos, dirigidas al cielo. Después, le pone un brazo encima a Uve, que nota la acalorada humedad de todo su cuerpo. La camiseta, la sudadera y la piel de Jota transpiran el olor de la colonia que usa siempre, la que se echa con las manos a los lados del cuello. Incluso en una noche fría de otoño, Jota siempre hace pensar a Uve en las noches perfectas de algún verano futuro. Lo imagina caminando por la playa, con una camisa abierta sobre un pantalón corto vaquero y el walkman enganchado a una de las trabillas.

—Verás mañana la que se va a liar —dice Uve, tan animado de pronto que hasta le divierte pensar en la reacción que generará su fuga, algo que lo ha tenido preocupado durante semanas—. La cara que van a poner todos cuando se despierten y vean que solo somos unas almohadas en las camas.

Jota se separa.

—¿Mañana? —Frunce el ceño, exagerando confusión—. ¿Eso qué es? No me suena de nada esa palabra. —Coge a Uve por los hombros como un capitán de equipo que diera la instrucción definitiva a su mejor jugador—. Mañana no existe, Uve. Solo existe hoy. ¡Solo hoy!

Uve intuye lo que hará a continuación y se tapa los oídos con las manos.

—¡¡Solo hoy!! —grita Jota incluso más alto de lo que ha gritado hasta ahora.

Como si no pudiera contener el torrente de jovial energía que le proporciona saber que no hay futuro, que solamente importa el presente, Jota sale corriendo calle abajo, repitiendo su consigna a gritos hasta alcanzar un cruce que ignora por completo.

Uve oye el chillido de un frenazo al mismo tiempo que aparece el resplandor de unos faros. Ve brillar esos faros, haciéndose grandes, en los ojos aterrorizados de Jota. Con la boca muy abierta en mitad de uno de sus gritos, pero mudo de repente, el cuerpo de Jota se precipita contra la luna delantera del coche que lo acaba de atropellar.

10

En el aire flota olor a goma quemada.

El coche se detiene en seco.

La inercia del frenazo manda el cuerpo de Jota rodando capó abajo, al charco luminoso que los faros proyectan sobre el asfalto. Uve corre hacia el bulto en el suelo, se arrodilla junto a él. Las luces lo deslumbran y no puede ver nada.

—¿Jota? —Encuentra su cabeza al tacto—. ¡Jota!

Posa una mano en su pecho, esperando sentir una inspiración que no llega. Sigue buscando algún rastro de respiración en su tripa, preparándose para enfrentar el peor de los escenarios. Uno que repetiría un aciago patrón.

—Buah, qué flipe —dice Jota entonces, su abdomen duro de repente—. Ha tenido que molar verlo, ¿no?

El cuerpo se esfuma bajo las manos de Uve, que se hace visera con ellas para protegerse de los faros.

—Pero qué flipe, tío, que he salido volando. —Tras levantarse con agilidad, Jota alza los brazos y lanza un triple aullido poseído por la adrenalina, como si el atropello hubiera sido una práctica voluntaria de algún deporte de riesgo. Cuando baja los puños, se mira las manos. Arranca guijarros y trozos de piel raspada. Uve percibe

exageración en su júbilo, como si se esforzara por no pensar en otra cosa—. Buah, chaval, qué pasada.

Mientras él opera su palma, se oye cómo se abre la puerta del conductor del coche. Sin entender muy bien qué está pasando, Uve ve cómo Jota desaparece del campo luminoso, empujado por la silueta de un hombre que lo insulta.

—… como un puto conejo. ¿Qué mierda te crees que haces? —Es una voz cascada, como si hubiera tragado alambre de espino—. Te podría haber matado, gilipollas. La hostia que me he dado contra el volante.

Uve se aproxima al altercado. Espera encontrar a un señor mayor, de la edad del director del internado más o menos, pero en realidad es un chico que no debe de sacarles tantos años. Diez, como mucho. En lo que sí les gana es en altura y corpulencia, por muchos centímetros y más kilos. Lleva la cabeza rapada y una chaqueta de color verde militar con el forro naranja. El pantalón vaquero, ajustado, termina en unas botas negras anudadas hasta arriba. El chico registra la llegada de Uve con una mirada turbia, de ojos vidriosos y enrojecidos. A pesar de la agresiva presencia frente a ellos, Jota no se amilana.

—A lo mejor eso es porque no llevabas puesto el cinturón —dice.

—¿Me estás vacilando? —Su aliento esparce olor a cerveza.

—Me estarás vacilando tú a mí —replica Jota sin un ápice de temor—. Que me has atropellado tú a mí, tío. ¿Y encima la culpa es mía?

—Pero si te has lanzado al coche, gilipollas. Y mira cómo celebrabais. —Los señala a los dos como si para él fueran críos—. Inconsciente, que eres un inconsciente.

—¿Más inconsciente que tú conduciendo con esa borrachera? —suelta Jota—. ¿O menos?

El rapado le propina un empujón que lo obliga a dar varios pasos hacia atrás para no caer. En lugar de huir, Jota regresa, con el pecho hinchado. Aunque el otro le saca una cabeza entera, Jota le increpa con la cara ardiendo, sin tomar aire, sin hacer pausas.

—Vuelve a hacer eso, hijoputa, y te rajo con la navaja que llevo en la mochila, que conmigo te estás equivocando y no me importa una mierda ni tu vida ni la mía ni la de quien sea y te puedo matar aquí mismo, aunque no te lo creas.

Uve ya ha visto así de enajenado a Jota en otras ocasiones, con la mirada llena de tormenta y la saliva espesándosele en la boca, pero no tiene constancia de que lleve una navaja, o el cúter, en la mochila. Ha de ser puro ladrido inofensivo. La ferocidad del ataque logra descolocar al rapado solo un instante. Enseguida se recompone y da una simple toba en la frente a Jota, reduciendo su ferocidad animal a la molesta presencia de un mosquito.

—Quítate, pringado.

Jota respira entre dientes, más indignado, más rojo aún. A toda velocidad, lleva la mochila al frente.

—¿Quieres verla? —dice a tenor de la navaja—. ¿Te la saco? ¿O te saco otra cosa?

La provocación termina por hacer explotar al rapado, que aprieta el cuello de Jota con una mano. El ahogamiento llena su frente de venas inflamadas.

Uve oye que se abre otra puerta en el coche. Los faros lo ciegan al mirar hacia allá. Una carrera explosiva, de pasos cortos, los alcanza.

—¿Estás tonto? —La dueña de la voz femenina la emprende a puñetazos contra la espalda del rapado—. ¡Que lo sueltes!

Un montón de pulseras cascabelean cuando extiende el brazo para alcanzar la cabeza del atacante, la cual araña con uñas largas, esmaltadas en rosa intenso. El zarpazo hace voltear al rapado, que suelta a Jota para centrar toda su furia en la chica.

—Hazme eso una vez más, una sola vez más en tu vida, y te juro por mi madre, niña, que te mando a la mierda, pero para siempre.

—Pero ¿tú te has visto? ¿Peleando con unos niños? Animal, que eres un animal —responde ella. Después, se dirige a ellos—: Estáis bien, ¿no? Menudo susto, creí que te habíamos matado. Perdonad, ¿eh?, que íbamos a otras cosas.

Jota trata de recuperar el aliento, tose encorvado, con las manos en las rodillas.

La chica espera algún gesto de Uve, que asiente para confirmar que están bien. Ella lleva el pelo cardado, parte recogido con una goma voluminosa. La tela vaquera de su chaqueta, con hombreras y muy corta, es casi del mismo azul que los tejanos de tiro alto.

—¿A dónde vais? —pregunta ella.

Retoma un chicle que había dejado de mascar.

—Sí, tú encima hazte amiguita de ellos —suelta el rapado, y sacude los brazos.

—Anda, relájate —replica ella—, que estás muy animal.

Imitando, precisamente, a un animal, usa las mismas uñas de antes para arañarle la cara, de forma cariñosa. Y, aunque la intención de ella parece la de calmarlo con una caricia, él la agarra de la muñeca. Las pulseras se deslizan hacia el codo por debajo de

la manga de la chaqueta. El rapado afila su mirada vidriosa recordando la amenaza que lanzó antes sobre lo de arañarle.

Furiosa, ella sacude el brazo, consigue zafarse.

—Estás loco —le suelta a la cara.

Él le suelta a ella una bofetada desmedida que, como el grito de Jota, genera eco en alguna esquina de esas calles. La chica se lleva las manos a la mejilla golpeada. Lo mira en silencio, con la boca abierta.

—Hostia, niña, otra vez, perdóname —dice el rapado enseguida—. Se me ha escapado.

Sin mediar palabra, la chica se lanza contra él, convertida en un remolino de furia felina, todo codazos, uñas y gemidos de esfuerzo. El rapado logra mantenerla a raya con sencillos empujones.

Jota, que recupera en ese momento el aliento y la posición erguida, corre a la pelea y se incorpora a los ataques de la chica, sumando puños y patadas a la ofensiva. Uve no se lo piensa y se añade también al ataque. El tres contra uno les da la suficiente ventaja para que el rapado prefiera alejarse, caminando hacia atrás. Pero ellos siguen atacando como un cancerbero.

—Pero qué es esto, qué asco, dejadme en paz —grita él escudándose como puede con antebrazos y rodillas.

El improvisado escuadrón no tiene un objetivo claro, quizá simplemente liberar diferentes iras, pero el embate acaba por llevar al rapado al borde de la calle, que se convierte en tierra. Y la tierra, en terraplén. Es un desnivel similar al que antes remontaron Jota y Uve, pero más inclinado y mucho más profundo. El rapado pierde el equilibro cuando sus talones, sus botas enteras, son devorados como por tierras movedizas, que lo hacen caer hacia delante. Trata

de agarrarse a alguno de los brazos que lo atacan, que ahora se retraen como tentáculos. El rapado acaba por caer de boca contra la tierra, que se desmorona bajo su peso y lo obliga a deslizarse terraplén abajo. Los tres atacantes retroceden lo justo para que no se los trague el desprendimiento.

De la mochila, Jota saca no una navaja, sino la linterna que no ha usado hasta ese momento. Ilumina con el foco la pendiente de tierra hasta alcanzar el fondo, al menos cinco metros por debajo del nivel de la calle. Allí, entre matorrales que marcan el inicio del bosque, el rapado batalla contra la voluble rampa, que se deshace bajo sus botas cada vez que intenta escalarla.

Jota se ríe al verlo.

—¡Que te jodan! —le grita desde arriba.

Para picarlo, agita la linterna logrando que el foco baile a su alrededor.

El efecto hace reír a todos.

Él bufa varias veces, infectado de rabia.

Al no tener a nadie más cerca, se da una bofetada a sí mismo.

—¡Niña, no me toques los cojones! —vocifera.

—Te toco lo que me dé la gana. Y la que te manda a la mierda para siempre soy yo. —La chica se señala a sí misma con un dedo en tensión, sus pulseras cascabeleando—. Pero para siempre. Que estaba deseando hacerlo. Irme lejos de tu puto lado.

Jota aplaude a esas palabras, ríe, suelta improperios. Uve se anima también y grita el primer insulto que se le ocurre.

—¡Maltratador!

La chica aplaude.

—¡Justo! ¡Un cabrón maltratador! ¡Eso es lo que eres!

El rapado bufa, gruñe. La ira lo impulsa y logra subir hasta la mitad del desnivel, pero la avalancha que él mismo genera lo hace descender. En un momento que el foco de la linterna le ilumina el rostro, los ojos parecen brillar en la oscuridad, como los de una fiera.

—Estáis muertos —amenaza.

Uve nota la mano de la chica agarrándolo del brazo. También coge a Jota.

—Venid, venid —dice mientras tira de ellos—. Ay, madre, qué fuerte va a ser esto.

Desde abajo, aunque no pueda verlos, el rapado debe de intuir sus intenciones, porque se le oye vociferar:

—¡Ni se te ocurra, hija de puta!

Ella aligera el paso, llevándolos hacia el coche, y deja escapar alguna risita nerviosa. Uve puede oler el chicle de sandía que mastica, pero también su ropa y su respiración, que huelen a tabaco y a cerveza tanto como las del rapado.

—Vamos, vamos, subid.

Uve quiere consultar con Jota si no deberían evitar dejarse arrastrar por esta reyerta sentimental, pero se lo encuentra abriendo la puerta del copiloto.

—Flipo —exclama subiéndose al coche—. Esto es lo máximo.

Uve se sienta detrás.

Al volante, la chica los mira a ambos, con las manos en la boca.

Sus pendientes de aro se balancean.

—Estoy loca —dice. Enseguida, echa el asiento hacia delante, busca la llave, enciende el motor y mete primera—. Estoy loquísima.

Pisa con ganas el acelerador dejando escapar una carcajada que se mezcla con las de Jota. Él, además, vuelve a aullar, disfrutando de la inyección de adrenalina.

11

En el internado, el aire nocturno se cuela por la ventana que se ha quedado abierta en el descansillo de la escalera, generando una corriente fría que afecta especialmente a una de las habitaciones que hay en la segunda planta. Ahí duermen cuatro estudiantes de cursos superiores, igual que en el otro cuarto del mismo piso.

Uno de ellos se despierta con una tiritona. Nota la nariz más fría de lo que debería, también los brazos, que tiene destapados. Sus sensaciones del mundo real transpiran aún al sueño y generan imágenes de sí mismo en la competición del próximo sábado, para la que lleva meses entrenando. Se ve en la plataforma de salida, mojado, solo con un bañador. Se siente resfriado, congelado. Se imagina siendo descalificado por ser el único nadador que tiene la piel azulada, dura como el hielo. Podría romperse en pedacitos, como un jarrón, al lanzarse al agua de la piscina. El silbato de un árbitro, que lo expulsa de la competición en sus sueños, se transforma en un espasmo que termina de despertarlo del todo en el mundo real.

En repentino estado de alerta, en su cama, el nadador entiende enseguida lo que está ocurriendo, porque ya ha pasado más veces: los imbéciles de abajo se han dejado abierta la ventana de la escalera. Habrán estado fumando, de noche, en el baño, y la habrán

abierto porque esa ventana ventila el pasillo mucho mejor que la de los dormitorios. Después, se habrán quedado dormidos, tan a gusto, en sus camas, sin padecer el frío que le están haciendo pasar a él.

—Cabrones —farfulla, y se sube la sábana hasta la barbilla.

Como le ocurre a veces con las ganas de hacer pis en mitad de la noche, lucha internamente contra la idea de levantarse, quiere convencerse de que puede aguantar hasta el amanecer. Sin embargo, un pensamiento molesto, hipocondriaco, parasita su mente: con este frío está arriesgando su salud antes de la competición del sábado. Se está jugando el no clasificarse solo por no levantarse a cerrar una ventana que tiene bastante cerca. En realidad, no le cuesta nada ir, cerrar y volver a la cama. Dormir tranquilo y sin riesgo de amanecer con dolor de garganta.

—Joder —susurra cuando sabe que ya no tiene escapatoria de ese pensamiento—. Os juro que os mato.

Se quita la sábana como si llegara tarde a clase.

Baja de la cama y sale de la habitación.

Deja caer todo su peso en cada escalón, hasta el descansillo.

El aire le enfría las orejas, el cuello.

Cierra la ventana haciendo todo el ruido que puede.

Y, aunque su idea era regresar a la cama cuanto antes, ahora que ya está aquí, tiene energía y, sobre todo, ganas de hacer algo más.

Baja el tramo de escaleras que le queda hasta la primera planta.

Sin ningún sigilo, entra en el primer dormitorio, donde uno de los niñatos ronca más fuerte que los de arriba.

Les abre la ventana del cuarto por completo.

—Hala, fresquito para todos —dice.

Se dirige al siguiente dormitorio y también les abre la ventana.

Una corriente de aire infla una de las cortinas.

Antes de abandonar el cuarto, distingue, sobre un aparador cercano a una de las camas en la que alguien duerme tapado hasta la coronilla, un despertador de timbre. Lo coge. En la oscuridad brillan el minutero y el segundero, además de la tercera manilla, más corta y gruesa, que establece la hora de la alarma.

Está programada para las ocho de la mañana.

—No duermo yo —susurra el nadador—, no duerme nadie.

Gira la clavija trasera para restarles a todos una hora de sueño, estableciendo el despertador a las siete, incluso un poco antes.

Al devolverlo al aparador, la vibración de los timbres superiores produce una leve nota, como de bicicleta bajando un bordillo.

En el pasillo, el nadador no identifica ni rastro del olor a tabaco que supuso que inició todo esto. Claro, por eso abren la ventana del descansillo, porque da un excelente resultado de ventilación.

De vuelta a su cama, el nadador cae dormido enseguida.

12

A Jota le hace mucha gracia el caos en el interior del vehículo. Una lata de refresco, vacía, rueda junto a la mochila entre sus pies. Del retrovisor cuelga un racimo de ambientadores que no huelen a nada, hay envoltorios arrugados de comida rápida en varios compartimentos, prendas desperdigadas sobre los asientos. Más latas de cerveza, algún botellín.

—Oye, pero una cosa —comienza la chica al volante—, ¿de verdad llevas una navaja?

—Qué va, qué dices —responde Jota—. Era un farol.

—Me va a matar, os lo juro.

—Que no, que acabas de tomar la mejor decisión de tu vida —dice Jota—. Menudo idiota.

—Es que me tiene harta, de verdad. Vivo con él, pero compartimos con colegas suyos. Todo chicos, claro. Además, que son… mala gente. —Enciende la calefacción y comprueba el flujo de aire entre los dedos—. Me paso el día metida en un cuartucho y nuestras salidas al final son esto: beber y follar toda la noche en un coche.

Es la primera vez que Jota escucha esa palabra en boca de un adulto que no sea el conserje. Dedica a Uve una mirada con los ojos muy abiertos, aguantando la risa. En el asiento trasero, su amigo

arquea las cejas. La chica baja su ventanilla con la manivela y escupe a la carretera el chicle que iba mascando. No se da cuenta de que la velocidad del aire lo envía de vuelta al interior del coche. Enseguida coge otro chicle de un paquete en el salpicadero.

—¿Queréis? —les ofrece también a ellos—. Yo me fumaría un cigarro, la verdad, pero no puedo conducir a la vez. Si queréis vosotros, tengo ahí, en el bolso. Bueno, que no sé ni si tenéis edad de fumar.

Jota se conforma con la tira de chicle. Mientras la desenvuelve y se la mete a la boca, ve cómo Uve rechaza el ofrecimiento. Le hace una señal para que lo acepte.

—Encima es que él les hace más caso a sus colegas que a mí —continúa ella—. Pero, claro, ¿qué hago? Pasta para buscarnos un piso para nosotros no tenemos. Y yo a casa de mis padres no vuelvo ni muerta. Si es que encima me fui por él, toda chula, montándola. —La chica, más que mascar, exprime el chicle con los dientes—. Total, que estoy jodida. Pero bastante. Ya tendréis que buscaros la vida y veréis cómo el dinero lo jode todo. —Encuentra una lata de cerveza junto al freno de mano y la apura con un sorbo—. Aunque ahora mismo, justo ahora, si os digo la verdad, estoy contenta. De subidón, incluso. —Tamborilea con las uñas en el volante—. Vosotros ¿qué? ¿Qué hacéis por la calle a estas horas?

A Jota le divierte que lo pregunte con tanta naturalidad, sin regañar por defecto a dos chicos en edad escolar que caminan por la calle un día de entre semana, de madrugada. Intercambia otra mirada con Uve, como pidiendo permiso para contarle la verdad o solo avisándole de que lo va a hacer.

—Escapar —explica Jota—. Eso hacemos.

—¿Vosotros también? —La chica vuelve a beber de la lata, inclinándola mucho—. ¿De dónde?

—Que te lo diga este. —Jota cabecea hacia el asiento trasero.

—De los gilipollas de nuestro internado —suelta Uve.

A Jota se le desborda la risa entre los dientes, recordando el día que le obligó a gritar esa palabrota a su amigo por primera vez, junto al lago.

—Así se habla, tío. —Le dedica dos aplausos—. A él le hacían la vida imposible y yo me he unido a su causa porque soy algo así como su salvador. Y porque, en realidad, yo también quiero escapar. En general. De todo. De mí mismo, incluso.

La sonrisa con la que la chica seguía la conversación se desvanece.

Parpadea como si acabara de ver a Jota por primera vez.

—Así que hemos puesto unas almohadas en la cama y nos hemos pirado —continúa él—. Y lo fuerte es que ha funcionado.

—¡Yuju! —La chica forma un puño triunfal en el aire.

Uve sonríe ahí detrás.

—¿Y a dónde ibais? —pregunta ella.

Jota le cuenta que buscaban la carretera para después caminar hasta un puente que cruza las vías del tren. Se supone que a las tres y veinte de la madrugada pasa uno de mercancías sobre el que tienen pensado dejarse caer.

La chica se aguanta la risa, pulverizando saliva.

Jota está a punto de enfadarse, pero ella se disculpa enseguida.

—¿Va en serio?

—Totalmente —responde Jota.

—Muchas películas habéis visto vosotros.

—Los trenes y los polizones existían mucho antes que las películas —responde Jota—. Necesitamos llegar a la costa para coger un ferry.

—Me estáis vacilando —insiste.

—Que no, que va en serio.

La chica busca a Uve en el retrovisor. Después vuelve a mirar a Jota. Se queda en silencio, con el parpadeo detenido, dándose tiempo a asimilarlo.

—Sois graciosísimos —dice.

Jota le explica que ya iban mal de tiempo, por una movida que les ha retrasado la salida y por el encontronazo con ellos en la calle.

—Pero tu coche nos ha venido perfecto, ahora vamos a llegar de sobra. Estamos al lado ya.

—¿Ya? No era mucho, entonces —se sorprende ella—. Y el coche no es mío, os recuerdo. Madre mía, me va a matar. Es que dejarlo es una cosa, pero llevarme su coche… Eso es pasarme cuatro pueblos. ¿Con el ferry a dónde vais?

Jota va a responder, pero algo se le clava en la espalda. Es la rodilla de Uve, a través del respaldo.

—Es secreto —responde entonces—. Pero puedes descubrirlo si te vienes con nosotros.

La rodilla en el respaldo se remueve contra sus lumbares. Jota no se desdice ni retira la invitación. Le ha caído muy bien la chica y no hay razón para que no los acompañe. Aprovecha el momento para formalizar una presentación.

—Yo soy Jota. Él es Uve. ¿Tú?

—¿Iniciales? Muchos secretos tenéis vosotros.

—Que no, que a mí siempre me han llamado así, Jota —dice Jota —. Luego él me copió, eso sí. ¿A que sí?

Mira a Uve y descubre que su amigo se ha puesto serio. Su cara, ladeada, se colorea de manera intermitente con el paso de las farolas.

—Entonces yo sería… —La chica se lo piensa—. Eme. Y el cabrón que hemos dejado atrás era… Erre.

—Erre supongo que viene de Rata y me la sopla completamente —dice Jota—, pero Eme me gusta.

Eme se ríe y acepta su nuevo nombre.

—¿No sois muy jóvenes para estar escapando? —pregunta.

—Define «joven» —contesta Jota—. ¿Poder conducir? ¿Poder beber? ¿Poder fumar? ¿Poder amar? ¿Poder pensar por ti mismo? ¿Poder saber que necesitas escapar de un puto lugar que te aplasta el espíritu?

Jota reconoce en Eme el desconcierto de quien no espera ciertas reflexiones de la boca de un chico de su edad. Tampoco es que sea tan joven, tiene dieciséis, pero a quién le importa eso. Qué relevancia tiene la edad en realidad. Su amigo Uve tiene catorce y es tan listo como él. O más. E, igualmente, qué importa ser listo. A Jota serlo ni siquiera lo ha librado de repetir curso. Disfrutando de la confusión que ve en el rostro de Eme, añade una pregunta para impresionarla más:

—¿Qué pasa? ¿Te parezco demasiado joven para ser tan nihilista?

Eme abre la boca, pero se toma un tiempo en responder.

—Pues que sepas que ni siquiera soy nihilista —se adelanta él—. Soy más bien absurdista.

—En serio, eres graciosísimo —acaba por decir Eme. Y, hablando al retrovisor, añade—: No sé cómo lo aguantas, pero me cae bien tu amigo.

Uve no responde y Jota se fija en que sigue serio, así que se voltea para mirarlo directamente a los ojos. Se queda así, observándolo, picándole, poniéndolo nervioso, hasta que logra resquebrajar su seriedad.

—Para —dice Uve, ya con una sonrisa.

Jota se acomoda en su asiento. De pronto, su voz sube una octava.

—Por ahí, por ahí, por ahí —repite a gritos, señalando un desvío —. Es ahí mismo.

13

Eme detiene el coche en la zona de aparcamiento de un pequeño apeadero, visible en la oscuridad gracias a dos solitarias farolas en sus extremos. Sobre las vías, una irregular sucesión de focos, en su mayoría fundidos, dibujan el trazado de un cruce peatonal.

—¿Ese es el puente? —pregunta ella.

—Supongo —responde Jota, que agarra la mochila y baja del coche.

Sus nudillos golpean, desde fuera, la ventanilla trasera, metiendo prisa a Uve por bajar. Antes de que pueda abrir la puerta, la cabeza de Jota reaparece en el interior del vehículo.

—¿Tú te vienes o no? —le pregunta a Eme.

—¿De verdad os vais a subir al tren así, en plan película?

—¿Se te ocurre otra manera de hacerlo? —responde Jota con una sonrisa. Después, mira a Uve—. ¿Bajas o qué?

Uve se apresura en descender del coche. Quizá de esa manera, viéndolos a ellos dos tan seguros de lo que van a hacer, Eme se sienta excluida, fuera de ese grupo espontáneo que Uve en ningún momento ha querido formar. No es que la chica le haya caído mal, todo lo contrario, pero a Uve no le apetece compartir la compañía de Jota. Siempre ha imaginado esta huida como algo que harían ellos dos juntos. Solos.

—Venga. —Jota, por el contrario, sigue animando a Eme—. Vente con nosotros. ¿Cuándo se te ha presentado la oportunidad de vivir una aventura así?

Ella frota el volante, da un sorbo a la lata que lleva vacía desde hace cuatro, se muerde la uña del meñique.

—Me va a matar.

Insiste en preguntar a dónde se dirigen, como si el destino del viaje pudiera alterar su decisión. Uve sisea junto a Jota, reclamando silencio, pero esta vez él no le hace caso.

—En el tren queremos llegar hasta la playa, son setecientos kilómetros —explica al interior del vehículo—. Después en la costa cogemos un ferry y ese ferry nos va a llevar a…

Uve lo interrumpe con un chistido que ni se molesta en disimular.

Jota reacciona cambiando el nombre del destino por una suerte de adivinanza.

—… a esa isla que es famosa por la fiesta, por sus discotecas y por estar llena de hippies y libertad. Todo lo contrario a nuestro internado. —Mira a Uve esperando que esté satisfecho con su discreción—. Su tío vive allí, por eso vamos.

Uve chasquea la lengua porque sabe que a Eme, seguro, le va a gustar la idea de ir a la isla. Y, si ya le preocupaba aparecer en casa de su tío, sin avisar, con Jota, llevar a una tercera persona va a complicar más las cosas.

—¿Y qué hago con el coche? —Su pregunta deja claro que se está planteando acompañarlos—. Es que creo que me estoy pasando, en serio…

—Pues a la mierda el coche —suelta Jota—. Pero, a ver, ¿tú quieres seguir teniendo algo que ver con esa rata inmunda que te ha

soltado ese bofetón? ¿En serio crees que la Eme del futuro sigue con él?

Eme sale del coche dando un portazo. Jota le dedica su clásico par de aplausos y cierra la puerta del copiloto también. Exaltado, señala las vías del tren y urge a Eme a que tire por ahí la llave del coche.

—¡Tira la llave!

Eme se remanga la chaqueta vaquera, las pulseras. Llega a coger impulso para realizar el lanzamiento, pero acaba por arrepentirse.

—Es demasiado. —Abre la portezuela y desecha la llave en el interior del vehículo—. No nos pasemos.

—Mejor sí nos pasamos —contradice Jota.

Un gruñido de esfuerzo acompaña la patada que asesta contra el retrovisor exterior que tiene más cerca. El espejo se rompe hacia atrás y queda medio colgando, como una oreja caída. Eme se lleva las manos a la boca. Después, Jota da un puñetazo a la ventanilla, con la intención de romperla, pero solo consigue hacerse daño y acaba masajeándose los nudillos con la otra mano.

Uve lo agarra de un hombro y lo separa del coche.

Jota mira el vehículo con la misma furia con la que antes miró al rapado, esa furia con la que podía enemistarse contra lo que fuera de manera inmediata, aunque luego se le pasara enseguida. Eme rodea el coche para valorar el destrozo, pero ríe al verlo.

—Si es que se lo merece, joder.

—¡Claro que se lo merece! —añade Jota, de nuevo más eufórico que violento—. ¡Jódele más!

Eme abre esa puerta y coge la basura del suelo, de los compartimentos laterales. Desperdiga por los asientos latas, bolsas de papel con restos de comida y servilletas usadas. Rompe el racimo

de ambientadores, arrancando con ello el retrovisor interior, y lo lanza todo contra el salpicadero. Fuera, choca las manos con Jota, que toma una profunda inspiración.

—¿Y este olor a lluvia? —pregunta al respirar el aire nocturno—. Qué bien huele, joder. Respirad, en serio. ¡Respirad!

Jota espera a que lo hagan. Cuando Uve inspira, es cierto que el ambiente se ha inundado con el aroma a petricor que presagia lluvia, pero su olfato acaba por centrarse en el olor de la ropa de Jota.

—Hora —solicita él señalándolo con un dedo en tensión.

—Las tres y doce —lee Uve en su reloj de pulsera.

—Perfecto, vamos.

—¿No tenéis frío así vestidos? —pregunta Eme.

—Define «frío» —dice Jota.

Eme pone los ojos en blanco, vaticinando un nuevo discurso de Jota sobre la relatividad de las cosas, pero él tan solo niega con total convicción, dando a entender que cómo va a tener frío si le arde la piel de emoción y juventud, y sale corriendo hacia el puente.

Uve se sube la capucha de la sudadera.

—Un poco —responde a la pregunta de ella.

Eme le agarra la cara para calibrar ese frío. Uve nota en las mejillas que las manos de ella siguen calientes por la calefacción del coche.

—Eres muy mono. Con cara de bueno —le dice Eme—. Pero tienes un secreto.

Uve no asiente, no niega. No dice nada. Tan solo se frota las manos dentro del bolsillo frontal de la sudadera.

—No te quiero molestar, en serio —añade ella, que sonríe de manera comprensiva—. Tan solo quiero escapar, como vosotros.

Pellizca una mejilla a Uve antes de seguir a Jota, dejando tras de sí una ligera brisa de tabaco, alcohol y sandía.

14

En mitad del puente, Jota les explica que no deben colgarse antes de que pase el primer vagón, donde va el maquinista, porque podría verlos y dar la voz de alarma. Eso sí, en cuanto pase, tendrán que entrar en acción. Deben salir al otro lado de la barandilla, colgarse de ella y dejarse caer sobre el tren. Todos a la vez, eso es importante. No hay tiempo de dudar ni de tener miedo.

—A mí me da miedo —dice inmediatamente Eme al tiempo que abre su bolso para buscar algo.

—Son contenedores —aclara Jota—. Tienen el techo plano, va a ser superfácil. Lo peor que te puede pasar es que te caigas de culo. Irá muy lento, además.

Mientras ella revuelve el bolso, Uve le cuenta que él mismo acaba de saltar desde una ventana en el internado, muerto de miedo, pero que al final no ha sido para tanto. Jota se asoma a la barandilla del puente.

—Si es que no va a ser mucha distancia, en serio.

Eme deja de escarbar en su bolso.

—¿A que me lo he dejado en el coche? —se pregunta para sí misma antes de responderse—: Me lo he dejado en el coche.

—¿El qué? —pregunta Jota.

—Mi tabaco.

Jota va a decirle que no vuelva a por él, que no se arriesgue porque el tren debe de estar a punto de llegar, pero Eme alcanza el extremo del puente antes de que Jota llegue a abrir la boca.

—¡Pero corre, que viene ya! —le grita entonces, oyendo cómo baja las escaleras. Aprovecha el momento para comentar con su amigo—: Cómo está, ¿eh? Y lo que nos ha dicho que hace en el coche… Me ha puesto cachondo y todo. Me la pido, por cierto.

—Es guapa, sí —contesta Uve.

Solo por la manera en que su amigo le desvía la mirada, Jota entiende que no le ha hecho gracia que haya invitado a Eme a unirse a la fuga. Sabe que está deseando hacérselo saber, regañarle por estropear el plan de dos. Pero también sabe que Uve, en realidad, no va a decir nada, su amigo es muy dado a huir del conflicto.

Permanecen unos segundos en silencio, en mitad del puente.

—¿Qué te dije? —pregunta Jota tratando de animarlo—. Que a estas horas estaríamos en el puente, ¿sí o no?

Uve tan solo asiente, sin muchas ganas.

—Venga, tío, no me jodas. —Jota lleva mucho peor lo de callarse las cosas—. Que hace un rato estabas llorando en la cocina porque no íbamos a poder escapar y ahora estamos aquí, como querías, a punto de coger el tren a la playa, y estás con esa cara, con los hombros por los suelos. Que parece que te estoy obligando a ir. Yo. A ti. Es que hay que joderse. —Se acerca más a él—. Que, si lo que quiero es estar con esta tía, me piro ahora mismo con ella en el coche a cualquier lado, que no tengo que ir a casa de tu tío para nada. Pero para nada. Arréglatelas tú como puedas.

Uve no se defiende, tampoco intenta quitarle la razón.

El silencio es su única respuesta a la mayoría de las situaciones.

—No te vayas —acaba por decir, agarrado a las correas de la mochila.

Su voz hace que Jota se sienta mal por picarlo como lo pica a veces. Tiene que dejar de hacerlo. Va a decirle que no pensaba marcharse a ningún lado y que, en realidad, sí tiene muchas ganas de conocer la isla de su tío, pero, justo en ese momento, un traqueteo lejano anuncia la llegada del tren.

Uve mira las vías, su reloj.

—Llega justo.

—Y esta no ha vuelto —añade Jota sobre Eme—. Vamos, ven, ponte aquí.

Se colocan en mitad del puente, sin acercarse aún a la barandilla, para no ser vistos. Jota ajusta la posición de ambos, calculando lo mejor que puede dónde se encontrará la línea central de la vía y de los vagones sobre los que caerán. A lo lejos resultan ya visibles los faros frontales de la máquina, que se aproxima al apeadero, al cruce, a ellos. El tren avanza incluso más lento de lo que Jota esperaba, pero en unos treinta segundos, más o menos, pasará bajo sus pies.

—No le va a dar tiempo. —Dirige la mirada a la zona de aparcamiento, incapaz de discernir nada en la oscuridad—. Ella se lo pierde.

—Allá vamos —dice Uve, que vuelve a sonreír—. Voy a hacerlo sin miedo.

El metal de la estructura del puente chirría con unos pasos apresurados que ascienden por la escalera en un extremo, donde acaba apareciendo Eme. Corre hacia ellos y los alcanza en el mismo

momento en que el primer vagón ensarta el puente. El estruendo ensordece las palabras que ella viene diciendo. La corriente de aire que levanta el tren los envuelve a los tres.

Jota coge de los codos a Eme y a Uve, y los arrastra hacia la barandilla.

Él cabalga el riel para pasar primero una pierna, después la otra.

Los incita a imitarlo.

—¡Vamos! —les grita, aunque no sabe si pueden oírlo.

Tira de la chaqueta vaquera de Eme, de la sudadera de Uve. Ve las pulseras en la mano de ella, aferrada al riel. Ve a Uve casi tumbado sobre la barandilla. Las zapatillas de su amigo le rozan la cara. Eme le clava los talones buscando dónde pisar.

—¡Hay que colgarse! —grita Jota contra el estrépito de las vías.

Se agacha agarrado a los barrotes que hacen de balaustres hasta asir un travesaño horizontal inferior, momento en que suelta los pies. Los demás lo imitan con menor destreza, pero acaban por quedar colgados igual que él. Seis pies flotan en el vacío, sobre el tren. Jota inicia una cuenta atrás, elevando la voz al máximo. Confía en que los otros puedan escucharlo y logren sincronizar el salto.

—¡Ya! —grita después del uno.

Siente la dureza del metal contra su trasero casi al instante. Un remolino de piernas, brazos, labios y narices lo arrolla hacia atrás. Algo le estrangula un hombro. Es la correa del bolso de Eme. La caída ha sido mucho menos limpia de lo esperado y los tres han acabado amontonados en un extremo del vagón.

Jota logra desenredarse de la correa y del montón de extremidades. Se arrastra al centro del contenedor.

—¿Estáis bien? —El traqueteo del tren le hace temblar la voz.

—Bien —contesta Uve batallando contra su cuerpo para lograr sentarse.

—Eso creo. —Eme lucha por atrapar el cabello que se sacude y se le enreda en la cara—. Y tengo el tabaco.

Lo muestra con una mano en alto y hace reír a Jota, que contagia su risa a Eme y también a Uve.

Los tres ríen con ganas, liberando la tensión del salto.

Jota eleva la barbilla para sentir el aire en la cara, la velocidad en el cuerpo. Sentado con los codos enganchados en las rodillas, mira a su alrededor, al oscuro paisaje nocturno en el que solo algunas luces aparecen y desaparecen en función de la orografía del terreno. Piensa que alguna de esas luces lejanas puede ser la de la garita a las puertas del internado, convertido ya en un irrelevante punto de luz del que ellos se alejan para siempre.

—Eh, Uve —le dice a su amigo—. Lo hemos conseguido. Vamos a brillar.

Jota se deja caer de espaldas sobre el contenedor. Extiende brazos y piernas como si dibujara un ángel sobre la nieve.

15

El rapado cae terraplén abajo.

Una vez más.

Cuanto más alto sube, más clava los talones de las botas a la tierra y más se deshace el suelo bajo sus pies, arrastrándolo de nuevo a la base.

—¡Tu puta madre! —grita a la pendiente.

Tiene la ropa llena de tierra, la siente hasta en las uñas.

Bajo la chaqueta, la camiseta empapada en sudor se le adhiere a la espalda.

Escupe, pero el salivazo se le queda pegado a la barbilla. Se muere de sed. Lleva un rato obsesionado con la lata de cerveza que dejó en el coche antes de salir a por el niñato. Ojalá se la hubiera acabado, enterita, fresca, antes de bajar del coche.

—¡Vamos, hostia! —se grita a sí mismo para animarse.

Se palmea la cabeza como un boxeador.

Con un grito animal, emprende una nueva carrera explosiva pendiente arriba. La rabia desatada en sus extremidades tan solo remueve el terraplén bajo sus botas y manos, sin permitirle ascender.

De vuelta al suelo, brama con los puños en tensión.

Se quita la chaqueta de mala manera, como si la prenda fuera la culpable de algo. La desecha sobre un matorral. Remete el bajo de la camiseta en su pantalón, buscando algún tipo de eficiencia ergonómica.

—Ahora sí, ahora sí, ahora sí —se repite, motivado por la ligereza del cambio de ropa.

Da unos pasos atrás para alargar el impulso y se lanza a por otro duelo contra el desnivel. A punto está de comenzar a remontarlo a lo bruto, igual que ha hecho hasta ahora, pero una idea lo detiene. Frena en seco antes de subir. Esta vez, en lugar de ascender a toda prisa, posa un primer pie, suavemente, en una de las hendiduras que él mismo ha cavado en intentos anteriores. Hace lo mismo con el otro pie, colocando la bota en un agujero ya formado. Como esperaba, la tierra no se desmorona con tanta facilidad.

—Vale, vale… —susurra, como si hubiera descifrado el secreto del terraplén—. Que más vale maña que fuerza.

Prosigue la escalada buscando al tacto zonas ya aplanadas, para ayudarse también con las manos. Algún paso en falso todavía desmiga partes del terraplén, pero logra sostener el avance.

Cuando la línea de los ojos alcanza la altura de la calle, empiezan a temblarle los codos, las rodillas. Quiere lanzar las manos a esa firmeza, pero los movimientos bruscos no le han dado buenos resultados. Necesita subir las piernas un poco más. El último pie que ancla con firmeza al remonte le da la confianza suficiente para impulsarse. Y, aunque ese último empujón provoca un peligroso desprendimiento, resulta suficiente para anclar los brazos a terreno firme.

Tirando de ellos, logra completar el ascenso y ponerse de pie sobre el asfalto.

Se sacude tierra de todo el cuerpo, en algunas partes se ha quedado pegada al sudor.

No esperaba encontrar otra cosa, porque oyó claramente cómo el motor se alejaba en dirección descendente, pero ver la calle vacía en el lugar donde frenó su coche por última vez reaviva su ira.

—Estáis muertos —sentencia.

Se limpia saliva seca en las comisuras de los labios.

A paso ligero, retoma la dirección que llevaba el vehículo, dejándose guiar por la ligera caída del trazado, acalorado a pesar de haberse quedado en manga corta.

Pronto alcanza el cruce con la carretera. Es una secundaria, de afueras residenciales, con un solo carril en cada sentido. Su reloj le dice que son más de la tres y media de la madrugada. Es posible que no pase ningún coche por ahí hasta el amanecer, así que más le vale buscarse la vida.

Tiene muy claro lo primero que va a hacer: llamar a la policía. Denunciar el robo de su coche. Ojalá detengan a esa golfa, conduciendo, borracha como va, con dos menores en el vehículo. A ver con qué cara le pide el dinero de la multa a sus padres. Lo mismo le quitan hasta el carnet. La multa va a ser una buena hostia, pero una suya se va a llevar también en cuanto los dejen solos. Y sin pedir perdón esta vez.

El rapado se lanza a caminar por el arcén del carril derecho.

Se seca el sudor de las cejas.

Comprueba que tiene monedas en el bolsillo delantero del pantalón.

Si pasa algún coche, sacará el dedo para hacer autoestop.

Si no, en poco más de media hora, a buen paso, alcanzará una cabina telefónica.

Sabe dónde hay una: en el aparcamiento del apeadero del tren.

16

—No me jodas, que se va a parar del todo —dice Jota, de pie sobre el contenedor. Llevan un buen rato viajando a velocidad constante, pero desde hace unos minutos han notado que aminoraba—. No me lo puedo creer.

El tren se detiene por completo.

Uve se levanta, mira el paisaje nocturno que los rodea. Luces dispersas en el campo delatan la posición de algunas casas, algunos caminos rurales. Pero son muy pocas y están muy alejadas entre sí. En el sentido del tren, apenas alcanza a ver tres vagones de la decena que tienen por delante.

—¿Nos habrán visto? —pregunta Eme, aún sentada.

Jota responde que no, desde que se montaron hasta ahora no ha ocurrido nada que pueda delatarlos. Ni siquiera se los ve en la oscuridad. Y, si alguien los hubiera visto saltar desde el puente, el tren habría parado mucho antes.

Uve mira el reloj.

—A lo mejor es una parada programada.

—¿A estas horas? ¿En mitad de la nada? —Eme se incorpora y se frota los brazos. Sacude los hombros presa de algún escalofrío. Inicia una de sus búsquedas en el bolso remachado de bisutería,

revolviéndolo todo, y saca una petaca metálica a la que da un sorbo fugaz—. Ya sabía yo que esto no era buena idea.

Uve intercambia una mirada con Jota, a quien se le adivinan las intenciones de pedirle bebida, pero Eme guarda la petaca enseguida.

—Sí, hombre —dice ella poniendo las palmas al cielo—, ¿también esto?

Uve nota las primeras gotas en la cara.

—Por favor, mi pelo —añade ella.

—Os dije que olía a lluvia —confirma Jota.

Uve se da cuenta de que lo dice con una leve sonrisa, de pronto convirtiendo ambos inconvenientes, el parón del tren y la lluvia, en algo que celebrar. Jota, como siempre, creciéndose ante lo inesperado, disfrutando de todo aquello que hace la vida imprevisible.

—Pero se va a mover el tren ¿o qué? —Eme se cubre la cabeza con su chaqueta vaquera—. Digo yo que tendrá que seguir el camino y entregar estas mercancías, o carbón, o lo que sea que lleva, ¿no?

—En serio —dice Jota, que extiende los brazos y eleva la cara—, ¿cuándo habéis estado vosotros bajo la lluvia, encima de un tren, en mitad del campo, de noche? ¿Cuándo os va a volver a pasar?

—Espero que nunca —responde Eme.

El golpeteo de las gotas sobre el contenedor aumenta en intensidad. Uve nota que se le moja la nuca, también el pantalón a la altura de los muslos. Con una mano en la frente busca la luz más cercana en el campo que los rodea.

—Ahí hay algo.

Señala un foco que brilla en una pequeña construcción en forma de cubo alargado, de una sola planta. También resulta visible parte

de un techado de uralita.

—¿Vamos? —sugiere Eme con impaciencia.

Tanto ella como Uve esperan la respuesta de Jota, que mira al frente del tren como si pudiera sopesar el tiempo que falta para que retome la marcha. De la mochila, saca la linterna. Ilumina los alrededores de la vía en una improvisada investigación sin mucho sentido.

—Al final vas a conseguir que nos vean —dice Uve.

—Venga, vamos —insiste Eme.

Jota parece decidirse y dirige la linterna a la parte trasera del contenedor.

—Bajad por ahí.

Ilumina las barras del cierre de seguridad para que las usen de agarre. Eme baja primero, después Uve, que se queda esperando para ayudar a Jota. A mitad de altura, en lugar de descender como ellos, Jota salta al suelo desde el contenedor, con un alarido. Después, iluminando el camino campo a través, lidera la marcha hacia la construcción. Eme no deja de meter prisa para escapar de la lluvia cuanto antes. Sus gritos repentinos, al pisar barro o tropezar con una piedra, hacen reír a Jota y Uve.

Antes de alcanzar el techado, Jota se detiene.

—Venga, sentid la lluvia —dice con los brazos al cielo—. Sentid algo.

—Ni muerta. —Eme huye del agua.

Uve le coge la mochila a Jota, para que no se moje, y va detrás de Eme. Alcanzan refugio bajo el techo de uralita que cubre un porche con suelo de cemento. La construcción es un almacén al que llega un camino de tierra. En la pared, poco iluminada por el único foco

encendido en lo alto de un poste, Uve distingue el dibujo hecho a mano de unos petardos, cohetes y tracas. Escritas con letras que simulan arder, lee las palabras:

EL DIABLO

Almacén de pirotecnia.

Venta de petardos.

Bajo la lluvia estalla uno de los aullidos adrenalínicos de Jota.

—¡No sabéis lo que es vivir! —grita mientras se empapa.

—Yo vivo mejor seca —murmura Eme mientras se enciende un cigarro con el mechero. Ofrece la cajetilla a Uve, que niega con manos y cabeza—. ¿Es siempre así? Tu amigo. Así de… impulsivo.

Uve asiente.

—Seguro que lo pasáis bien. —Eme da una calada al cigarro y dedica una sonrisa fugaz a Uve—. A lo mejor tendríamos que ser todos más como él. Más de saltar al tren y ya está. Más de robarle el coche al tío que nos maltrata sin pensarlo dos veces. La verdad es que creo que sin vosotros no lo habría hecho.

Uve piensa que él tampoco habría hecho muchas cosas si no fuera por Jota.

—¡Qué puto frío! —grita entonces Jota.

—Ah, claro. —Eme se ríe con una carcajada llena de humo—. Ahora.

Jota aparece bajo el techado. Su pelo ondulado, alisado por el agua, parece más largo, más negro. Lo sacude salpicando a Uve y a Eme, que suelta unos gritos de queja.

—¿Para mí no hay? —pregunta Jota señalando el cigarro.

—Sécate primero, anda —dice Eme.

Uve le cuenta a Jota que están en un almacén de pirotecnia.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Pero qué le pasa a esta noche que no deja de mejorar? —contesta con una sonrisa—. ¿Y se puede entrar?

Intenta abrir la puerta, pero está cerrada. Y la única ventana que hay en esa fachada tiene rejas. Sin dudarlo, Jota sale del techado por un lateral, de nuevo bajo la lluvia y con la intención de rodear la construcción en busca de algún acceso.

—Ya, claro, como que va a poder entrar —dice Eme—. Estará todo igual de chapado.

Apenas unos segundos después, la luz de un fluorescente se enciende en el interior del almacén.

—Lo de tu amigo es muy fuerte —añade ella.

La ventana enrejada se abre desde dentro y Jota se asoma.

—¿Queríais algo? —les pregunta—. Tenemos todo tipo de petardos.

Sus dientes silban hasta explotar en una carcajada.

17

Jota les muestra el espacio como si fuera el dueño. Ha podido abrirles la puerta de entrada con unas llaves que colgaban de un clavo, justo en la pared de al lado. Él se ha colado por una ventana alta en el almacén trasero, donde ahora les señala las columnas de cajas de mercancía acumuladas. Sobre la parte delantera, la que da al techado, les explica que es la zona de tienda, abierta al público.

—Y aquí está el mostrador donde vendemos petardos a los chiquillos —dice entre risas. Aprovecha para revisar los estantes llenos de cajas multicolores, como chucherías pirotécnicas—. Todo lo que existe lo tenemos.

Jota abandona su interpretación y se interesa de verdad por una caja que tiene entre las manos. Le encanta la ilustración que muestra un cielo iluminado de mil colores y el texto que promete espectaculares explosiones, estelas y palmeras.

—Dan ganas, ¿eh?

Busca la complicidad de Uve, en recuerdo de lo del lago, pero su amigo está atento a Eme, que saca de un pequeño cuarto, empujándola, una estufa eléctrica con ruedas.

—Te va a venir de vicio —le dice a Jota.

Él deja la caja sobre el mostrador y acompaña a Eme en busca de una toma de corriente. Cuatro barras naranjas de puro calor

eléctrico se encienden en la estufa nada más enchufarla.

—Qué gusto. —Eme acerca las manos a las resistencias.

Jota coloca una silla frente a la estufa. Se descalza y acerca las zapatillas al calor. Se quita los calcetines y los cuelga en un travesaño inferior de la silla. Los pantalones los pone en el respaldo.

—¿Vas a estar así, en gayumbos? —pregunta Eme.

—¿Qué problema hay? —contesta él—. Si quieres, me los quito también.

Eme dice que no, arrugando la nariz.

—Es que vosotros no tanto —continúa Jota—, pero yo estoy calado.

Se quita la sudadera empapada y retuerce las mangas, escurriendo agua. Cuando va a hacer lo mismo con el resto de la prenda, encuentra un bulto inesperado en uno de los bolsillos.

—Hostia, tío.

—¿Qué pasa? —pregunta Uve.

Jota abre la cremallera, sin dejar de mirar a los ojos de su amigo. Saca del bolsillo el montón de billetes que se quedó él. Intenta separarlos, pero están tan mojados que se pegan unos a otros.

—Ostras. —Uve se tapa la boca.

Jota resta importancia a la alarma. Dice que los billetes están pensados para estas cosas, que solo hay que separarlos con cuidado, extenderlos y esperar a que se sequen.

—Yo he metido billetes a la lavadora mil veces —confirma Eme—, no pasa nada.

Jota procede a separar los billetes uno a uno. Los va colgando del filo de una larga estantería que recorre la misma pared a la que han enchufado la estufa. Comienza dejando mucha separación entre uno

y otro, pero son tantos que termina por ponerlos muy juntos. Antes de completar la longitud del estante, superpone los cuatro últimos.

—Esto se seca enseguida —le dice a Uve—. Antes que a mí las pelotas.

—¿Y ese montón de dinero? —Eme sigue pegada a la estufa, con las piernas muy juntas—. Es muchísimo.

—Pues es solo la mitad —dice Jota.

Enseguida ve cómo Uve se lleva la mochila a la tripa y aprieta el bolsillo delantero para asegurarse de que la otra mitad sigue en su sitio. Jota se da cuenta de que Eme también registra el gesto.

—Así visto, mola. —Jota da un paso atrás para tener una mejor panorámica del montón de billetes tendidos—. Parecemos fugitivos.

—No lo habréis robado, ¿no? En el internado o algo.

—Que no, que es suyo. —Jota cabecea hacia Uve.

—Que a ver si me he tragado vuestra historia de liberación adolescente y estoy aquí con dos maleantes peligrosos.

—El peligroso era la rata de tu novio —suelta Jota.

—También es verdad —responde Eme con un fuerte asentimiento.

Jota acerca otros dos taburetes a la fuente de calor. En uno cuelga la sudadera desabrochada. En el otro, la camiseta que acaba por quitarse también, quedándose solo con los calzoncillos.

—Lo que no tenemos ahora es dónde sentarnos. —Jota se ríe de la situación que ha provocado él mismo.

—Creo que había un sofá ahí dentro. —Eme señala el cuartito en el que ha encontrado la estufa—. Había de todo.

Jota corre entusiasmado, descalzo, al cuartito. Nada le gusta más que un abanico de posibilidades. El fluorescente en el techo titila al encenderse. Arrumbado en una esquina, ve un sofá pequeño.

También una alfombra enrollada. Pero lo primero que llama su atención es un radiocasete. Y lo segundo, una nevera. Sobre todo, cuando descubre que está llena.

—¿Alguien quiere celebrar? —pregunta en voz alta.

18

Al rapado no le quedan fuerzas para echarse a correr, pero camina cada vez más rápido. Por mucho que le duelan los talones, los tobillos y la parte baja de la espalda, saber que se aproxima al apeadero lo anima a acelerar el paso. Quiere llegar cuanto antes al teléfono.

No ha pasado ni un solo coche por la carretera en todo este tiempo, así que hace rato que abandonó el arcén y camina por mitad del asfalto.

Siente el frío de la noche en la piel, pero el cuerpo le arde por dentro.

Mientras se seca el sudor en la frente, cree oír el sonido de un motor.

Se voltea y, a lo lejos, distingue el brillo de unos faros, avanzando en su dirección.

—Bien, bien —murmura.

Traga una saliva tan seca que parece pegamento en una garganta de cartón. Adecentándose ante la llegada del vehículo, se sacude tierra de los brazos, de la ropa. Levanta un brazo para olerse y retira la nariz, asqueado. Regresa al arcén y muestra un pulgar extendido. La otra mano la balancea en el aire.

Inicialmente, el coche aminora la velocidad, pero, cuando el rapado se acerca lo suficiente como para que quien conduce pueda verlo con claridad, la mujer al volante vuelve a acelerar. El rapado se abalanza sobre el vehículo, la conductora invade parte del carril contrario para esquivarlo. Suena el claxon. Él cae al suelo mientras el coche se marcha con un fuerte acelerón.

—¡Hija de puta! —grita a los faros rojos que se alejan en la oscuridad.

El rapado sabe que esa chica ha salido pitando como haría cualquier chica sola que ve aparecer a un tío sucio y despeinado, a las cuatro de la madrugada, en medio de la carretera, pero él no está para pensar con calma.

—¡Ahí te estrelles, hija de la gran puta! —vocifera al coche que apenas se ve ya.

Los gritos arden en su garganta seca.

Se raspa los codos en el asfalto.

Vuelve a pensar en la cerveza que no se acabó antes de bajar del coche.

Lleva tanto tiempo sin beber que tiene hasta resaca ya.

La cabeza le duele en intensas palpitaciones.

Necesita una cerveza.

—Una puta cerveza.

Una aspirina tampoco le vendría mal.

Pero lo que más necesita es llegar a ese teléfono y denunciar a la ladrona de su novia.

—Por golfa y por cabrona. —Rebaña el interior de su nariz y escupe una flema antes de proseguir su camino—. Te vas a cagar.

19

Uve ve salir a Jota empujando el sofá. Encima de los asientos lleva una alfombra enrollada, un radiocasete y tres latas de cerveza.

—No te creo —dice Eme al verlo.

Abandona la estufa para ayudar a Jota. Él posiciona el sofá en el centro de la estancia, ella desenrolla la alfombra justo enfrente. Entre los dos crean un salón en mitad del almacén. Jota enchufa el aparato de música sobre el mostrador. Eme acerca hasta allí las tres cervezas, improvisando un bailecito, aunque no hay música aún.

—Deberíamos irnos —interrumpe Uve—. En cuanto suenen los despertadores y vean que no estamos empezarán a buscarnos. Nos deberíamos estar moviendo. Tenemos que alejarnos.

Jota comprueba que ambas caseteras están vacías.

—Relájate un poco, tío, que faltan como tres horas para el despertador. Además, que hemos parado porque se ha puesto a llover, no porque nos dé la gana. Y con el ratazo de tren nos hemos alejado bastante. Yo creo que estamos bien de momento.

Uve se queda en silencio, como hace siempre que no sabe llevar la contraria a Jota.

—A ver, tío, te lo prometo —continúa él—. En cuanto deje de llover vamos a la carretera y sacamos el dedo. Pero ahora nos

merecemos celebrar que la primera parte del plan ha salido bien. —Se dirige a Eme—: Y que tú eres libre.

Acompaña la frase tirando de la anilla de una cerveza que desecha sobre el mostrador.

—¡Yuju! —Ella también abre una lata y lanza su anilla como si fuera confeti—. Pero no pienso brindar hasta que estemos los tres. —Clava su mirada en Uve—. Así que vente para acá.

Uve se acerca. Sus dedos vacilan al abrir la lata.

—Es que él no ha bebido nunca —explica Jota en un susurro, como si revelara un secreto—. Es un poco niño todavía para algunas cosas. Ni en el internado, que bebemos todos ya.

—¿Pero cuántos años tenéis? —pregunta Eme.

—Los justos —responde Jota—. Venga, vamos. ¡Por la libertad! ¡Por el absurdismo de vivir!

—¡Por mí! —dice Eme—. Que ya me toca pensar un poco en mí.

Los dos juntan sus latas en el aire. Esperan a que Uve haga lo propio, pero él permanece callado.

—¡Pues por el silencio también! —concluye Jota—. Venga, Uve, para adentro.

Los tres pegan un trago a la lata. A Uve, el brutal amargor de la cerveza le recuerda a la vez que abrió, para probarlo, el hueso de un melocotón. Y, aunque no le gusta nada el sabor en la boca, nota en la garganta y detrás de los ojos cierta efervescencia agradable que le hace sonreír.

—Mira, mira qué cara pone —dice Jota, la olla a presión silbando entre los dientes. Se lanza sobre Uve para abrazarlo, envolviéndolo con el cuerpo casi desnudo. Al oído, le susurra—: Bravo, tío. Bienvenido a tu juventud.

Un escalofrío recorre el cuello de Uve, que no sabe ni dónde poner las manos. Se deja contagiar por la risa infecciosa de Jota, hasta que él se separa de pronto.

—La cinta. ¿Dónde está la cinta? —pregunta—. Mi mochila, me la cogiste allí fuera. La metiste tú.

Uve la señala, al lado de la puerta. Jota va a por ella, saca su walkman y el casete que lleva dentro. En el mostrador, Eme hurga en el bolso y saca su petaca, además de varias botellitas pequeñas de whisky.

—Que las cervezas están muy bien, pero esto es mucho mejor.

Desenrosca la petaca y da un sorbo largo al que sigue una interjección indescifrable de pura euforia. Gira sobre sí misma y se quita la chaqueta, descubriendo una camiseta estampada con trazos fluorescentes. Sus pulseras cascabelean en libertad. Jota pone el casete en el aparato, presiona Play.

Grita la letra sobre el a capela inicial de la cantante.

Uve reconoce la voz y la canción que escuchó por primera vez encerrado en uno de los cubículos del baño en el internado.

—¿Es Madonna? —pregunta Eme—. Me encanta Madonna.

Jota niega con la cabeza siguiendo el ritmo de la música. Sin dejar de moverse, abre una de las botellitas de whisky y le da un trago. El pequeño salón lo convierte en una pista de baile a la que se entrega con los brazos en alto y los ojos cerrados.

—¡Fiesta! —grita Eme.

Sumándose a la semidesnudez, se quita la camiseta y se lanza a la pista en sujetador. Cuando Jota se da cuenta, dirige a Uve una mirada escandalizada. Eme también mira a Uve, se acerca a por él.

—Ven, cariño, que la primera cerveza hay que bailarla. —Le pone la lata en la boca y le obliga a dar varios tragos—. Verás qué bien.

Eme lo arrastra a la pista. Uve siente que su cabeza y sus pasos no avanzan al mismo tiempo. De pronto, sin entender cómo, se descubre rodeado por Jota y Eme, por sus cuerpos. Y, aunque Uve sabe que solo son ellos tres bailando sobre la alfombra, de alguna manera parece que hubiera más gente. Siente la música vibrar en el pecho, en el estómago y en los pies. Una súbita sensación de alegría le hace reír en alto.

—Ahí estamos —dice Jota con dos aplausos—. Ese es mi colega borracho.

—Os lo juro, chicos, sois los mejores —añade Eme—. Qué suerte encontraros, en serio.

Jota celebra el cumplido cerrando los ojos y entregándose a la música con mayor abandono. En el extraño estado en el que se encuentra Uve, un inédito atrevimiento le permite seguir mirándolo más allá de lo que le han permitido nunca antes su miedo y su vergüenza. Se fija en la mano relajada de Jota, flotando sobre su abdomen mientras baila moviendo solo los hombros y la cintura. Se fija en esos hombros, se fija en esa cintura. Se fija sin reservas en la goma de unos calzoncillos por los que asoma un vello que crece hacia el ombligo. La tela se le ha secado un poco y ya no se le pega tanto a la piel. Se fija, sobre todo, en la cara. El perfecto relieve de su barbilla, sus pómulos y sus cejas. El mechón ondulado que le cae sobre la frente. Jota baila con los ojos cerrados, los labios murmurando la letra de la canción para sí mismo.

Eme abraza de repente a Uve.

—Es eso, ¿no? —le habla al oído y lo aleja de Jota—. Ese es el secreto.

Coge a Uve de las mejillas, como hizo en el apeadero.

—Qué mono, tío, cómo lo miras. Lo sabía. Es eso, ¿a que sí? Te gusta muchísimo.

Nadie le ha hecho a Uve una observación sobre ese tema que no fuera un insulto. Tampoco nadie se lo ha preguntado nunca directamente. Ni siquiera se ha atrevido a exigirse a sí mismo una respuesta, aun cuando la verdad ha brillado dentro de él con potencia incandescente en muchos momentos: oliendo la diadema de auriculares de Jota en el cubículo del baño, tocando sus manos frías en los escalones de piedra entre los parterres del internado, tumbado junto a él sobre el hielo. Todas esas veces, Uve se ha esforzado por apagar el brillo en su interior. Pero, en este momento, su mente piensa con innovadora claridad. Nota las manos cariñosas de Eme en su cara, reconoce el deseo rotundo y doloroso que acaba de experimentar viendo bailar a Jota y escucha las palabras de la cantante que llena de música el almacén, repitiendo una y otra vez que no tiene miedo. Sintiéndolo todo como nunca antes, Uve acepta que él tampoco quiere que el miedo lo siga apagando, sino responder, por primera vez, con la verdad. No solo a Eme, sino a sí mismo. Y dejarse brillar. Saltar al tren y ya está.

—Sí —responde Uve—. Me gusta muchísimo.

La afirmación se lleva consigo el secreto que mejor ha guardado en sus catorce años de vida. Abraza a Eme como se abraza a los desconocidos en una borrachera, con absoluta e infundada entrega, sintiendo que la revelación lo va a unir para siempre a la persona a la que ha desvelado su gran secreto por primera vez. El olor que

encuentra en su pelo, esa mezcla de tabaco, alcohol y sandía, le huele ahora a libertad, lugares prohibidos y un futuro diferente.

—¿Sientes que darle un beso es lo que más has deseado en toda tu vida? —pregunta ella.

—La que más —confiesa Uve, que no entiende cómo Eme se asoma de esa forma a sus pensamientos más íntimos.

—Entre otras cosas —añade ella con una sonrisa pícara—. Y él no lo sabe, claro.

Uve, primero, niega con la cabeza, pero acaba por encoger los hombros. Porque a veces siente que es imposible que Jota no se haya dado cuenta. Aunque otras veces, la mayoría, lo que le parece de verdad imposible es que Jota se lo haya planteado siquiera. Jota no es como él. La euforia del secreto revelado se transforma en la angustia de saber que su deseo nunca será correspondido. A Eme, que no puede dejar de leer su mente, se le humedecen los ojos, igual que se le han humedecido a él mismo. Ella se los seca esforzándose por seguir sonriendo.

—Como si yo estuviera mejor que tú.

Consigue que Uve se ría y los dos se abrazan, bailoteando entre lágrimas mientras la música sube de volumen en sus oídos.

Un inesperado silbido sobresalta a Eme.

La posterior detonación asusta a Uve.

Una risotada de Jota los calma a los dos.

Desde la ventana, agita una mano para que se acerquen.

—¡Ya no llueve! —anuncia.

Con el mechero de Eme, enciende un cohete que saca entre los barrotes de la ventana justo antes de que salga disparado. Tras el

silbido, en lugar de continuar su ascenso hacia el cielo, impacta contra el techado.

—Necesitamos algo mejor —dice Jota.

De una estantería elige dos cubos voluminosos. Pertenecen a una sección de la tienda llamada «Baterías y castillos». Con ellos bajo el brazo, aún en calzoncillos, se calza sin usar las manos y sale al exterior.

—¡Venid!

Eme coge de la mano a Uve.

Fuera, Jota prende en el terreno la mecha gruesa de una de las baterías.

—¡Esto no se repite!

Una primera detonación lanza al cielo un cohete que explota en una decena de destellos rojizos que dejan tras de sí titilantes estelas de chispas.

—¡Este momento no se repite! —Jota se lo grita a ellos, pero también a sí mismo, al mundo entero.

La segunda detonación dibuja en el aire un ardiente crisantemo de pólvora. La tercera, la cuarta y la quinta lo llenan todo de cometas brillantes, palmeras de fuego, meteoritos luminosos. La uralita, el suelo y el corazón de Uve vibran con cada explosión de los fuegos artificiales. Las tonalidades de la pólvora quemada se reflejan en los restos de nubes que ya se disipan, en los charcos en el terreno, en las pieles húmedas de Jota y Eme. Uve imagina el brillo de esas estrellas fugaces reflejándose también en sus ojos, asistiendo sin poder parpadear a la fabulosa explosión de luz, color y juventud que acontece frente a él, dentro de él. Su mirada se encuentra entonces con la de Jota, que lo observa fijamente bajo el radiante despliegue

anaranjado de una décima detonación. Sin que se le oiga, pero formando claramente las palabras con los labios, pronuncia:

—Bum, bumbum, bum. —En su sonrisa centellean los mismos colores que se encienden sobre sus cabezas—. Bum.

Uve siente calor húmedo en los ojos y escapa con la mirada al cielo. Ya no tiene claro si los fuegos artificiales explotan de verdad ahí arriba o laten únicamente dentro de su pecho.

20

Erre reconoce su coche nada más llegar al apeadero. Está ahí mismo, aparcado.

—Pero qué coño…

Corre a por él y le desconcierta encontrarlo vacío. Las puertas ni siquiera están cerradas del todo. Ve los asientos delanteros cubiertos de basura esparcida a propósito.

—¿Qué mierda es esto?

Antes de hacer otra cosa, busca latas y succiona todas las que encuentra, apurando gotas calientes. En el proceso descubre el retrovisor interior arrancado. Su rabia da forma a una sonrisa amenazante. Al mover uno de los ambientadores en el suelo, aparece la llave del coche. La mira sin entender nada.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde estás?

Como respuesta obtiene el sonido de una detonación ahogada, remota. Seguida de otras tantas. En la lejanía, distingue los destellos intermitentes, multicolores, de unos fuegos artificiales. El rapado mira su reloj. Nadie se pone a lanzar fuegos artificiales a las cuatro de la mañana. Se fija en las vías del tren frente al aparcamiento, visibles a la luz de dos farolas. Mira también al puente.

—No puede ser.

Sale del vehículo como si necesitara obtener una mejor perspectiva de toda la situación: del coche abandonado con la llave dentro, del apeadero, de las vías, del puente. De los fuegos artificiales. Erre sabe que por el apeadero pasan algunos trenes de mercancías de madrugada. Hace unos años una banda asaltó uno, el de los miércoles, porque se detiene durante hora y media en mitad del campo. El rapado trata de localizar los destellos que siguen detonando en algún lugar de la vasta oscuridad del paisaje.

—El Diablo.

Es el almacén de pirotecnia en el que se abastece toda la comarca en temporada de fiestas. Él mismo ha comprado petardos allí infinidad de veces. Se encuentra muy cerca de las vías de tren.

—No puede ser.

Erre se repite a sí mismo que es imposible, porque la escena que está componiendo incluye una imagen de su novia saltando a un tren en marcha desde ese puente, posiblemente motivada por los dos gamberros con los que se fue.

—No habrás sido capaz.

Una última y solitaria detonación en el horizonte suena como una desafiante respuesta afirmativa. Un provocador guiño luminoso.

El rapado mira al teléfono público en el apeadero.

Ese que tenía tantas ganas de usar.

Pero decide regresar al coche.

Arranca marcha atrás con el brazo sobre el asiento del copiloto. Cuando necesita usar el retrovisor exterior derecho, se da cuenta de que lo lleva colgando. Imagina el puñetazo con el que lo habrá arrancado el más gilipollas de los dos críos.

—Estáis muertos.

21

Jota aprovecha que Eme le ha puesto las piernas sobre el regazo para acariciárselas. Ella le pide que pare y le recuerda que están en gayumbos y sujetador. Los dos se dejaron caer en el sofá hace un rato, en la pausa tras una canción. Eme ha acabado por tumbarse, con las piernas encima de Jota. Uve se ha sentado sobre la alfombra.

Eme fuma y habla sin expulsar el humo, con la voz tomada.

—¿Entonces nadie os vio salir?

—Imposible —responde Jota cogiéndole el cigarrillo para dar una calada.

—Bueno, no sabemos —corrige Uve—, esperemos que no.

—A ver, Uve, por favor, al Uve inseguro y temeroso lo dejamos en el internado —recuerda Jota—. El nuevo Uve es este que salta por las ventanas, se emborracha y baila como un loco.

—¡Viva el nuevo Uve! —grita Eme.

Jota le ofrece el cigarrillo a su amigo, a modo de prueba para demostrar que, de verdad, ha cambiado. En el internado, Uve nunca ha querido fumar, pero ahora acepta el ofrecimiento. Da una calada tan profunda como imprudente, que lo lleva a sacudirse entre ásperas toses y ojos llorosos. Jota se ríe de él hasta que consigue que Uve se ría de sí mismo.

—Qué graciosos sois —dice Eme recuperando el cigarro—. No os imagino planeando una huida.

—Eso ha sido cosa suya. —Uve señala a Jota, con la cara roja todavía—. Si hemos podido salir ha sido gracias a él.

—Tengo mis métodos —afirma Jota con una sonrisa orgullosa.

Mientras le coge de nuevo el cigarrillo a Eme, oye algo. Sabe que los demás también lo han oído, porque se incorporan tan sobresaltados como él.

Los tres identifican el sonido de un motor.

El ruido inconfundible de un coche que se aproxima.

—No me jodas —exclama Jota.

—¿El dueño? —pregunta Uve.

—Los fuegos. —Eme mira a Jota—. Si es que a quién se le ocurre. A estas horas.

A Jota le entra la risa pensando en lo que va a encontrar el dueño del almacén en cuanto abra la puerta: un saloncito improvisado, con estufa y todo, y tres extraños semidesnudos en el sofá, en mitad de la tienda. Después mira al mostrador convertido en barra de bar y se ríe aún más fuerte.

—Para, tío. Calla. —Eme se levanta, salta a los interruptores—. Apagad todo.

Uve se tropieza con la alfombra, intensificando la carcajada de Jota.

Eme acaba por reírse también mientras echa la llave a la puerta.

—Vamos, vamos.

Aunque ella sigue llamando a la acción, Jota escucha el motor demasiado cerca. Se aprecia incluso el resplandor de los faros del coche en el exterior. No les da tiempo a colocar nada más.

Desenchufa la estufa como última luz por apagar y, en la oscuridad, agarra del brazo a Uve y Eme para guiarlos detrás del sofá, donde se tumban los tres.

—Por favor, esto es ridículo… —susurra Eme, que se raspa el paladar con una carcajada contenida—. Nos va a ver en cuanto se asome.

—Calla y agacha.

—Estoy más que agachada. Estoy tumbada. ¿De quién es este pie?

A Jota le burbujean los labios de la risa.

—No quiero volver… —murmura Uve.

Su tono apesadumbrado mutila de golpe la comicidad de la situación. Jota entiende que ser descubiertos ahora puede mandarlos de vuelta al internado.

Los tres se quedan en silencio, escondidos tras el sofá.

Sin la alfombra debajo, Jota nota el frío del suelo a lo largo de toda la pierna, del brazo.

Contiene la respiración para afinar el oído.

El coche alcanza la zona exterior, sus faros crean sombras cambiantes en el interior del almacén. El motor se apaga, pero las luces permanecen encendidas. Una portezuela se abre y Jota escucha pasos sobre el cemento bajo el techado, aproximándose a la puerta de entrada.

Jota nota que Eme y Uve entrelazan los dedos. Aprieta esas manos y sisea para que permanezcan en silencio. Espera escuchar unas llaves entrando en la cerradura, las del dueño del almacén, pero la puerta se sacude sin abrirse. Varias veces. El gesto de alguien que se enfrenta a una puerta desconocida. Quizá no es el

dueño de la tienda, sino un vigilante de la zona o algún vecino que solo quiere comprobar que, tras la insensatez que supone que alguien haya lanzado unos fuegos artificiales de madrugada, todo ha vuelto a la calma.

—Tranquilos… —susurra Jota—. Se va a ir.

La presencia exterior se desplaza a un lado, a la ventana enrejada.

Jota reconoce el sonido de piel que chirría contra cristal. Imagina dos manos extendidas intentando abrir la ventana. Tras un forcejo, consiguen deslizarla.

Los tres cuerpos tumbados tras el sofá se tensan, se juntan, se encogen.

La presencia escudriña el interior del almacén aprovechando la iluminación del coche. Su respiración de animal rabioso se va intensificando, como si le enfadara cada vez más lo que ve. Cuando habla, suena a gruñido:

—Niña.

Eme se lleva una mano a la boca.

Jota reconoce enseguida esa voz cascada de cardo seco, la que lo amenazó a medio centímetro de la cara y desde debajo del terraplén. Añade su mano a la que ya tiene Eme sobre sus propios labios. El rapado vuelve a hablar:

—Estás aquí —afirma mientras realiza dos sonoras inspiraciones de nariz—. Te huelo.

Jota pega la boca al oído de Eme.

—Ni caso —dice en un susurro casi inaudible, apenas un crepitar de saliva—. No contestes.

—Y tú, pringado —añade la voz—, veo tu mochila.

Jota aprieta los labios.

—¡Niña! ¡Contéstame!

La angustia sacude el pecho de Eme, que intenta quitarse la mano de la boca, dispuesta a responder. Jota refuerza la mordaza.

—No puede entrar —le susurra en la oreja.

Cierra los ojos invitándola a hacer lo mismo.

A dejar de mirar, de escuchar, de reconocer esa presencia.

Permanecen en silencio, inmóviles.

Eme se calma.

Hasta que la puerta de entrada se sacude con una colérica metralleta de puñetazos.

Los golpes retumban en toda la estancia, cruje el techado de uralita exterior.

—Niña, contéstame ahora mismo por tu puta madre o tiro esta puerta abajo y… —Más puñetazos, un bufido—. ¡Niña, no me jodas!

22

—¡Niña!

La traca de puñetazos culmina con uno más fuerte que todos los anteriores. Suena tan intenso que Uve da un respingo en el suelo. Jota le aprieta la muñeca para que no se mueva.

El rapado maldice allí fuera.

—¡Joder!

Se produce otro impacto y un gemido de dolor. Uve imagina que el rapado ha dado una patada a uno de los postes que sostiene el techado de uralita y se ha hecho daño en el empeine. Impulsado por esa rabia, sale al terreno. Sus pasos rodean la construcción.

—No, no, no —susurra Jota.

Su anatomía se escurre entre la de Uve y Eme. Se levanta y corre al almacén trasero, por donde se coló él. Se le oye moverse entre cajas y cerrar con urgencia una ventana, sin ninguna precaución ya por mantener el silencio. Ante la confirmación de movimiento en el interior de la construcción, los pasos del rapado vuelven a la ventana enrejada, justo a tiempo de ver a Jota regresar a la estancia.

—Lo sabía —dice.

Uve y Eme se asoman por el respaldo del sofá.

—Ábreme la puerta —ordena el rapado—. Ahora.

—Ni de coña —contesta Jota.

Entre los barrotes se cuela un brazo que lo señala con rabia.

—Ábreme —insiste—. Ya.

Jota también extiende un dedo, pero él lo agita en el aire.

—Te he dicho que no.

Usa un tono provocador, como el de una profesora regañando a un alumno.

Afuera, el rapado respira entre dientes.

Su frente impacta contra el metal al encajar la cara entre los barrotes.

—¡Niña! —grita al lugar, tan solo iluminado por los faros en el exterior—. Niña, sal ahora mismo o empotro aquí el coche y atravieso la pared y atropello al gilipollas este hasta hacerlo puré. A ver si esta vez sí le aplasto la cabeza.

Uve nota cómo, a su lado, Eme se aferra al sofá, conteniendo las ganas de responder.

—No te quiere ni ver —habla Jota a la ventana.

La sonora respiración del rapado se convierte en un gruñido. El grito posterior lo profiere ya fuera del techado. Pisadas enérgicas lo llevan hasta el coche. La portezuela se cierra. El motor vuelve a encenderse.

—Eso, que se pire —dice Jota—. Que nos deje en paz.

Pero el coche no inicia ninguna maniobra. Tan solo se revoluciona el motor, que ruge con intensidad creciente. El rapado da acelerones que amenazan con embestir. Eme abandona su lugar junto a Uve.

—¿Dónde vas? —pregunta Jota.

—A parar a este animal, que va a acabar aquí estampado como no salga.

Otro rugido mecánico de advertencia subraya las palabras de Eme, que echa mano a la llave en la cerradura.

—No abras —le pide Uve—. No salgas.

Ella busca otra opinión en los ojos de Jota, pero él también niega con la cabeza.

—Dejadme a mí —dice ella.

Rabiosa, gira la llave.

Al abrirla, la puerta se convierte en un cañón de luz del que se protege con las manos frente a la cara.

—¿Qué quieres? —grita a la noche—. ¡Déjame en paz! ¡Por una vez en tu vida, déjame vivir!

La voz de Eme va creciendo en volumen y arrojo, a causa del alcohol o de saberse acompañada y en mayoría. El coche responde con un nuevo acelerón que la exalta aún más. Eme eleva la barbilla, infla el pecho y sale al techado.

—¡Venga, dale! ¡Arróllame si te atreves!

Jota sale corriendo tras ella. Uve se une.

—¡Hazlo, joder! —Eme se golpea el pecho—. ¡Porque si quieres que me vaya contigo va a tener que ser muerta!

Jota le pide que pare. Le recuerda que donde están a salvo es dentro, con la puerta cerrada. Eme le responde que ha sido él mismo quien le ha abierto los ojos sobre el mierda de su novio y que ahora no piensa detenerse ni dejarse intimidar. Bocanadas de aliento alcohólico emanan de entre los labios con cada proclama.

—Ya, bueno, pero hay que ser inteligente también —dice Jota—. Que ahora el coche lo tiene él. Vamos dentro.

Un desafiante rugido del motor impulsa a Eme a hacer justo lo contrario. Echa a caminar en dirección al coche. A Uve, la silueta de

ella se le pierde en el brillo de los faros, pero oye unos impactos contra la carrocería, golpes de manos abiertas contra el capó.

—¡Vamos! ¡Ten cojones!

El motor baja de revoluciones hasta detenerse.

Los faros se apagan también.

—¿Qué? —grita Eme en el repentino silencio—. ¿Ahora qué?

Desde el techado, casi a la vez, Uve y Jota reparan en un detalle que los lleva a girar la cara para compartir una mirada: Eme ha salido en sujetador. Jota se toca la cintura como si necesitara confirmar que sigue en calzoncillos. Si al rapado le faltaban razones para querer matarlo, acaban de darle la definitiva.

En cuanto se oye abrirse la puerta del coche, Jota inicia una carrera explosiva hacia Eme. Ella, ahora, se deja hacer. Superado el deslumbramiento de los faros, habrá podido ver la cara con la que el rapado debe de estar mirando la escena frente a él, imaginando escenarios.

—Vamos, vamos, vamos —urge Jota entre gritos de Eme.

Uve sujeta la puerta del almacén para cerrarla de un golpe en el momento exacto en el que ellos dos cruzan el umbral. Ocurre apenas un instante antes de que el rapado lance un pie que no llega a interceptar la puerta. Desde dentro, los tres empujan con seis manos que también buscan llaves, cadenas y cerrojos que echar. Los dientes de Jota silban durante el proceso, hasta que su boca explota en una carcajada en cuanto terminan de bloquear la entrada. Eme recoge del mostrador, a toda prisa, su camiseta de trazos fluorescentes y se la pone antes de encarar la ventana enrejada.

—Estás loco, tío —le dice al rapado, que deja de aporrear la puerta—. ¿A ti te parece normal lo que estás haciendo?

—¿Y tú? —La enfrenta a través de los barrotes—. ¿Qué haces tú? ¿Por qué estás en bolas?

—No estoy en bolas. —Eme enciende la luz del almacén para que pueda ver que se ha puesto la camiseta—. Teníamos calor y me la quité, nada más.

—¿Qué coño hacéis ahí dentro? ¿Qué hace el niñato en calzones?

—Venga ya, deja de pensar tonterías, que son críos. Se mojó con la lluvia y está secando la ropa.

Jota chasquea la lengua, molesto por la manera de referirse a ellos o por ver a Eme deshaciéndose en explicaciones. Ella escucha la reprobación y vuelve a elevar la barbilla, a endurecer el tono.

—¿A qué vienes? ¿Qué quieres?

Parece que tratara de invocar la rabia con la que gritaba a su novio desde lo alto del terraplén, pero teniéndolo tan cerca, ahí delante, no lo consigue. Las sonoras respiraciones de él anuncian un nuevo arrebato. Uve se tensa, también Jota. Sin embargo, cuando el rapado habla, la voz cambia por completo. Suena serena, incluso melosa.

—¿Qué voy a querer, niña? —Hace una pausa valorando el impacto que el cambio de registro provoca en Eme—. Te quiero a ti. Y que me perdones. Que paremos de pelearnos.

Jota deja caer los hombros.

—Venga ya —le susurra a Uve—. Ahora en plan arrepentido embaucador. No cuela.

—Ya sabes cómo me pongo a veces… —continúa el rapado—. Se me va la cabeza, me vuelvo loco. Bueno, me vuelves loco. Que tú también, hablarme así… Y luego dejarme ahí tirado, como a un perro. Y lo que le has hecho al coche, tío… Pero, bueno, así somos,

¿no? Nos gusta darnos caña. Los amores reñidos son los más queridos, niña. Y tú y yo nos queremos un huevo.

Uve percibe un leve asentimiento de Eme y mira a Jota, incapaz de creerse la reacción de ella.

—Sé que en realidad no piensas nada de lo que me has dicho —continúa la voz ronca—. ¿Maltratador?

Eme le dedica una tímida negación de cabeza que sorprende a Uve. Él fue el primero en lanzar el insulto y lo hizo porque lo vio actuar como tal con sus propios ojos.

—Tú también me sueltas buenas hostias y no pasa nada —añade el rapado.

—Eme —interviene Jota sin miedo a que lo escuche el otro—. Eme, tú no has hecho nada malo.

Del exterior llega un bufido y un golpe contra los barrotes.

—¡Cállate, hostia! ¿Y qué es eso de Eme? ¿Por qué te llama así este gilipollas?

El paso atrás que da ella hace que el rapado reprima su rabia y vuelva a suavizar su tono.

—Que no, niña, va, me controlo. Nos vamos y ya está. —Bajo el impostado sosiego en sus palabras late la furia de la voz quebrada—. Menuda nochecita hemos tenido, ¿eh? Con lo bien que la empezamos es una pena acabarla así, tío. Nos quedan tres fichas todavía. Podemos hacer tolón.

Eme sonríe a algún tipo de chiste interno.

Uve da un paso adelante.

—Eme.

Intercambia con ella una mirada con la que pretende rememorar lo que acaban de vivir. El baile, la libertad, las ansias por un nuevo

futuro. El rapado contraataca para interrumpir esa conexión silenciosa.

—Niña, te lo iba a decir antes, pero no me dio tiempo con toda esta movida. Ya es hora de que nos vayamos a vivir solos, ¿no? O echo a mis colegas del piso, o nos buscamos algo. Para ti y para mí, sin nadie más. Que ya nos toca. Pillo más curro si hace falta.

Uve entiende lo que ese ofrecimiento significa para ella. No solo porque recuerda lo que les contó en el coche, lo incómoda que se sentía en ese piso compartido y lo mal que le caían esos colegas, sino por la manera en que ahora se le abre la boca.

—¿En serio?

Eme se aproxima a la ventana, se agarra a uno de los barrotes. El rapado cierra una mano encima de la suya.

—Prometido. Mañana empezamos a buscar —dice él—. ¿Me perdonas y te perdono?

Jota le susurra a Uve que ella no tiene nada que perdonarle, que el cabrón la está liando.

—Venga, vámonos —insiste el rapado—. ¿Qué haces aquí metida con dos críos?

—Eme, no —se atreve a decir Uve.

Pero los ojos que lo miran de vuelta no brillan ya con la excitación de un porvenir que descubrir, sino bajo el efecto de algún influjo que los domina y los apaga. Un veneno que resulta apetecible por su sabor familiar.

—No os preocupéis, chicos. De verdad, ya está bien. Lo noto. —Eme entrelaza los dedos a la altura del pecho como en un ruego o una promesa—. Siempre es igual. Se pone muy bestia, pero luego se le pasa totalmente.

—Eme, te insultó, te pegó —le recuerda Uve.

—Ya, bueno, y yo le arañé la cara primero.

—Si en el fondo tengo un corazón de oro —intercede el aludido desde el exterior.

—Y tiene razón, nos hemos pasado cuatro pueblos con lo del coche. —Eme los mira en silencio, con esforzados parpadeos, esperando a que lo reconozcan—. Que lo dejamos ahí tirado, en una cuneta. A que se muriera de frío y de sed. —Esa última palabra le da una idea y se vuelve hacia la ventana—. ¿Quieres tomar algo? Tenemos de todo. Hay una nevera con hielo, refresco, cerveza. Y a mí me quedan botellitas. De la mía y de las otras.

Tanto Jota como Uve sacuden la cabeza.

—Eme, en serio, no —sentencia Jota con un dedo en alto—. ¿Estás tonta? ¿O borrachísima?

Ella sacude los dedos en el aire quitándole importancia.

—¿A que no les vas a hacer nada a mis amigos? ¿A que se te ha pasado todo el mal rollo? —pregunta a la ventana con un repentino tono infantil. Al no obtener respuesta, añade—: Tienes que prometérmelo, que no les vas a hacer nada a mis amigos.

—Tus amigos me la sudan. Y no son tus amigos.

—Prométemelo. —La voz aniñada de Eme molesta a Uve—. Sí son mis amigos. Amigos de los buenos. Hemos estado tirando fuegos artificiales.

—Ya lo he visto —responde él—. ¿Te acuerdas de aquella noche en el parque?

—Claro… —Eme se abraza a sí misma y sonríe al recuerdo.

—Me muero de sed, tío —dice el rapado.

—Venga, entra —invita ella—. Que hace frío ahí fuera.

Jota arranca las llaves de la cerradura. Las esconde detrás de la espalda. Cuando Eme se le abalanza, se las arroja a Uve, que no recibe bien el pase. El llavero cae al suelo y tanto Eme como Jota se lanzan a por él.

—Eh, eh, ni la toques. —El rapado pega una sien a los barrotes de la ventana, entre los que cuela un brazo amenazante—. Entonces sí que la lío. Que yo ahora estoy en son de paz, pringado. Me la bufáis dos críos de mierda, pero como le pongas una mano encima… Uf, como le pongas una mano encima a mi niña.

Uve sortea el forcejeo entre los dos y se hace con la llave.

—Dámela —dice ella—. Dámela. No me hagas contar nada.

Uve se queda inmóvil al entender la amenaza. Eme aprovecha el momento de impresión para pescar el llavero de su mano abierta. Jota la coge a ella de un hombro. Se acerca para formar entre los tres un improvisado corrillo en el salón.

—¿Qué hacéis? —grita la voz desde fuera.

Durante un instante, vuelven a ser ellos tres contra el rapado. Jota aproxima la cara a la de Eme para mirarla a los ojos lo más cerca que puede. Y, aunque Uve cree que le va a preguntar a qué se ha referido con eso de contar algo, lo que susurra es:

—¿Estás segura?

Ella rompe el espacio de complicidad y se separa de ellos.

—Que sí, que le dan prontos —contesta en voz alta para que él también lo oiga—. Pero luego se calma. Si al final es un buenazo. Nos cabreamos mucho, pero no es para tanto. En serio, estamos bien.

Eme introduce la llave en la cerradura.

Uve dirige una mirada de preocupación a Jota mientras chirrían las bisagras de la puerta al abrirse.

23

—Vístete, anda —le dice el rapado a Jota nada más entrar—. Si quieres que nos llevemos bien, vístete.

—No quiero que nos llevemos bien —responde él.

—Eh, parad, que hemos quedado en que está todo olvidado —interviene Eme.

Apoya un dedo en el pecho de su novio y le pregunta qué quiere de beber. Se ríe cuando le contesta que tres cervezas y lo guía hacia el cuartito donde está la nevera. Uve se fija en que el rapado ya no lleva la chaqueta verde, sino solo la camiseta, estampada por cercos de polvo y sudor. Jota se pellizca la nariz y finge una arcada cuando pasa junto a él. Uve asiente y se abanica la cara, huele fatal.

El rapado regresa con dos cervezas en la mano. A la primera le arranca la anilla y se la bebe de un trago.

—En mi puta vida he tenido tanta sed —dice mientras va soltando el gas en eructos—, te lo juro.

Eme desecha la lata vacía en el mostrador. También ha sacado una botella de refresco, una bolsa de hielos y vasos desechables. La alfombra se va llenando de huellas del barro exterior con los movimientos de unos y otros. El rapado abre su segunda lata.

—Vístete, hostia —le repite a Jota antes de dar otro trago largo—. No te lo digo más.

—Que no puedo, hostia —responde Jota con retintín—. Que mi ropa está empapada por vivir la vida con demasiadas ganas.

Señala las prendas colgadas en sillas y taburetes, junto al calefactor que desenchufaron para ocultar su brillo. Uve se acerca a encenderlo de nuevo. Cuando se agacha entre los asientos, una pregunta del rapado atasca sus articulaciones:

—¿Y ese dinero?

Enseguida oye una aspiración entre dientes de Jota, el sonido que sucede a una desagradable revelación. Él también acaba de caer en la cuenta. Uve gira el cuello en busca de su mirada y se preguntan el uno al otro, sin palabras, cómo han podido ser tan idiotas. Después, los ojos de ambos se dirigen a la pared de la estantería. Allí donde extendieron, colgando del filo, los billetes mojados. El lugar exacto hacia el que mira el rapado.

—¿Has visto? —Eme vacía botellitas de whisky en dos vasos de plástico—. Están forrados aquí los chicos. Y él tiene más en su mochila. —Señala a Uve con el meñique mientras sacude las últimas gotas de licor—. ¿Un hielo o dos?

Para distraer la atención sobre sí mismo, Uve permanece agachado, terminando de enchufar el calefactor. Recibe el golpe de calor en la cara.

—A ver si se te seca la ropa —le dice a Jota—. Creo que ya no tardará mucho.

Y, aunque su intención es cambiar de tema sobre el dinero, el rapado no ha dejado de mirar los billetes.

—Que cuánto hielo quieres —repite Eme—. En la copa que te estoy preparando.

—Esto…, no sé…, no, da igual —contesta el rapado, perdido en otros pensamientos—. ¿Hay baño en este sitio?

Eme abandona el mostrador y ofrece los vasos que sujeta por los bordes.

—Sí, ahí detrás. —Con el codo le indica la zona de las cajas—. Un aseo enano.

—Ven un segundo.

Erre la coge del mismo codo para llevársela hacia allá.

—¿Aquí? —se sorprende ella con picardía—. ¿Ahora?

En cuanto la pareja desaparece en la oscuridad del almacén trasero, Uve enfila a Jota. Lo ve morderse el interior de las mejillas. En su mandíbula, los músculos palpitan al ritmo de una urgente toma de decisión. Sus ojos viajan del dinero a la puerta. De los billetes a Uve.

—Hay que pirarse —dice de pronto.

Sin esperar respuesta, Jota entra en acción. Del respaldo de la silla arranca su pantalón y comienza a ponérselo. El tejido mojado se le adhiere a la piel y dificulta la acción.

—Recógelo todo —le ordena a Uve. Señala la hilera de billetes extendidos mientras pelea por sacar un talón de la pernera húmeda —. Cuando tienes razón, la tienes. Nos deberíamos estar moviendo.

Es lo mismo que dijo Uve antes del baile, sin que le hiciera caso.

Jota no termina de abrocharse el pantalón. Se calza las zapatillas sin los calcetines, que mete en los bolsillos de la sudadera. La camiseta se la ha puesto al revés.

—Venga, venga, venga.

A toda prisa, se une a Uve en la labor de recolectar billetes, que ya están secos. Le entrega los últimos formando un taco

desordenado al que Uve no logra dar forma con dedos temblorosos. Dos de los billetes morados caen al suelo. Jota los recoge con una sentadilla veloz en la que también recupera su mochila. Saca la cinta del radiocasete mientras Uve termina de formar un taco manejable con el dinero.

La voz ronca del rapado irrumpe entonces en el saloncito.

—Dejad eso ahí —dice—. Encima del mostrador.

Uve alza la vista. El escenario del que Jota pretendía huir a toda prisa empieza a materializarse frente a ellos. El fajo de billetes le tiembla en las manos.

—Que lo sueltes —ordena el rapado.

Eme va agarrada de su brazo, con la mirada dirigida al suelo. Uve piensa que es porque no tiene el valor de mirarlos a la cara, pero enseguida se da cuenta de que está inspeccionando la estancia. En un momento, se separa y se agacha junto al sofá. Trastabilla y debe apoyar una mano para no caer, pero cuando se levanta tiene la mochila de Uve entre las manos. Los dedos comprueban el volumen del bolsillo delantero en un gesto similar al que hizo el propio Uve cuando Jota cometió el error de mencionar esa otra mitad del dinero. Eme abre la cremallera, mete la mano y dirige un leve asentimiento a su novio.

—Perdonadme, ¿eh? —Eme se dirige primero a Jota, que aún observa la escena junto al radiocasete. Después, a Uve—: En serio, perdonadme. Me habéis caído guay, os lo juro. Pero es que esto es mucho dinero, nos viene muy bien. Como caído del cielo, justo ahora que nos vamos a vivir solos.

—No les cuentes tu vida —dice el rapado—. Y tú, llorica, suelta tu parte, que lo queremos todo.

Los ojos humedecidos de Uve emborronan la silueta de Eme con la mochila. La chica a quien había confiado un secreto guardado durante una vida entera, a quien hacía tan solo una hora había imaginado como una amiga para siempre. Uno nunca sabe cuán corto puede llegar a ser un «siempre».

—Eme… —Uve aprieta la lengua contra el paladar para contener un sollozo que lo va a enmudecer—. Eme, no, por fav…

No llega a completar la palabra.

Una lágrima cae sobre los billetes en sus manos.

—Jo, me sabe mal. No te pongas así, que lo hemos pasado muy bien. Compartiendo confidencias y todo. —La complicidad en la voz suena ahora de lo más forzada—. Pero es que vosotros no podéis necesitar tanto el dinero… Nosotros sí. A vosotros os dan todo hecho en el internado.

Uve no se seca los ojos, prefiere que las lágrimas sigan emborronando la imagen de la traición frente a él.

—Calla ya —interrumpe el rapado—. Que nos den la pasta y punto, que dos niñatos no necesitan tanto dinero. Nosotros tenemos movidas de adultos.

—Sabéis que vais a acabar volviendo al internado —continúa ella —. Os van a pillar rápido. Dos menores de edad, solos, saltando a trenes… A lo mejor podemos vernos por aquí otra vez, algún día, y bailar esa canción que habéis puesto.

—Para ya con las gilipolleces, si son dos pijos que viven con la paga de papá y mamá.

Uve teme la reacción de Jota a la mención de su padre y, sobre todo, de su madre. Suelen ser los truenos que anuncian sus peores tempestades. Lo ve apretar los puños y percibe el esfuerzo que hace

para no dejarse arrastrar por la tormenta de rabia. Si aún albergan alguna opción de salir de allí con el dinero, un enfrentamiento físico no es la mejor estrategia. Jota le dirige a Uve una mirada que lo pone en alerta. Hay que entrar en acción. Sin pensarlo. Ya.

—¡Corre!

Jota grita tan alto como gritaba su libertad en la calle de la urbanización. Aprovecha el desconcierto que genera el alarido para arrancarle a Eme la mochila de las manos. Uve se apresura hacia la puerta, como hace Jota. Aunque llega a abrirla, el rapado se lanza contra ella de costado y la cierra de un golpe. Jota trata de escabullirse, pero una bota negra lo barre con una zancadilla. La cadera y el codo de Jota impactan contra el suelo. El casete se sale de la mochila que carga a la espalda. La que lleva en las manos, la de Uve, la protege enroscándose en el suelo. La misma bota que lo ha hecho caer le propina ahora puntapiés en la columna, las espinillas.

—No me calientes, que acabo pisándote la cabeza y me quedo nuevo.

El rapado sonríe con cada gemido de dolor de Jota, que resiste el ataque en posición fetal, protegiendo la mochila con el dinero.

—¡Dile algo! —le grita Uve a Eme.

La mirada de ella lo hace sentir como un desconocido, como si esa chica no fuera la misma que hacía un rato lo abrazaba con cariño para animarlo a ser él mismo.

—Pídele tú a tu amigo que suelte la mochila —contesta.

Parece que se hubiera olvidado hasta de sus nombres.

—Se acabaron las tonterías —dice el rapado.

Eleva una bota sobre la cabeza de Jota.

—Eh, eh, tampoco te pases. —Eme le da un manotazo en la pierna amenazante—. Tú sujétalo.

El rapado inmoviliza a Jota en el suelo. Una vez retenido, Eme introduce y retuerce los brazos entre los de Jota. Las pulseras se le suben hasta el codo.

—Ni lo intentes —amenaza el rapado a Uve en cuanto adivina sus intenciones de atacarla a ella.

Jota resiste entre gemidos y tomas de aliento. Increpa a Eme por ser una falsa, una convenida y una rata traicionera que se merece todo lo malo que le pase en la vida. Le desea que todo ese mal se lo acabe dando Erre.

—¡Que me clavas las uñas! —le grita también.

Al rapado lo llama Erre para molestar. Lo insulta diciéndole que huele fatal, que ya hay que tener tragaderas para querer acercarse a él, y le pregunta si ha oído hablar de los nueve círculos del infierno porque acabarán en el noveno, como dos ratas traicioneras. El esforzado discurso de Jota culmina con una carcajada desquiciada y rendida de quien sabe que va a perder. De un último tirón, Eme se hace con la única correa a la que aún se aferraban unos dedos retorcidos.

—La tengo.

Se pone de pie y se aparta el pelo de la cara con un suspiro de agotamiento. Concluida la extracción, el rapado levanta a Jota sin soltarlo.

—Qué ganas te tenía —masculla.

Lo asfixia con el elástico de la camiseta que lleva al revés y amenaza con ahogarlo como ya hizo en la carretera. E, igual que ocurrió entonces, Jota no se amilana.

—La navaja la sigo teniendo en el bolsillo —dice con dificultad—. ¿Te la saco?

—No tiene ninguna navaja —interviene Eme—. Me confesó antes que era un farol. Déjalo ya, que no te puede hacer nada.

Jota lucha por respirar, la cara se le pone roja.

—Pero si quieres te saco otra cosa y me la chupas —logra decir.

Las manos del rapado saltan de la camiseta al cuello. Los pies de Jota se separan del suelo. Uve lo oye atragantarse en una agónica toma de aire.

—¡Que lo sueltes! —grita Eme—. ¡Para!

El rapado obedece y se deshace de Jota con un violento empujón que lo estampa de espaldas contra la estantería donde secaron los billetes. El impacto derriba uno de los estantes, y cajas de artefactos pirotécnicos caen al suelo a la vez que él se desploma. Tras unos segundos de incertidumbre, Jota habla:

—Estoy bien —dice.

El rapado se acerca a Uve, que tan solo aprieta la otra mitad del dinero entre las manos, paralizado ante lo que está ocurriendo.

—A ti se te habrán quitado las ganas de resistirte, ¿no?

El taco de billetes se desliza entre sus dedos sin que haga nada por evitarlo.

—Por favor, son ahorros de varios años —susurra mientras traga saliva—. Y son especiales. Me los manda mi tío…

Busca un último rastro de compasión en Eme, pero ella ni siquiera lo mira, sino que centra su atención en el sobre con dinero que ya ha sacado de la mochila. El rapado suma a ese fajo el que le acaba de arrebatar a Uve, y la pareja se acaricia las manos y el dinero entre risitas.

—Es muchísimo —dice ella.

—Lo que merecemos, niña. Lo que merecemos.

Trasladan el montón de billetes al mostrador para contarlos.

Jota se pone a gatas y Uve supera su parálisis para arrodillarse a su lado. Aparta productos esparcidos por el suelo y le pregunta cómo se encuentra. Jota responde que fatal, que muy mareado, que no se puede ni mover. Lo hace en voz más alta de lo necesario y a la vez que guiña un ojo a Uve. Se arrima a él con el fin de que los cuerpos oculten lo que hace, porque en realidad manipula un blíster con tanta urgencia como destreza.

—Creo que me voy a desmayar —prosigue Jota con la falacia dirigida a los del mostrador, aunque allí están más pendientes de otra cosa—. No puedo más.

Enmascara con una tos el crujido plástico del envoltorio al abrirlo. En sus manos, aparece una pistola de color naranja brillante. Uve lee en el paquete que se trata de un lanzabengalas. Y que incluye cuatro cartuchos. Jota introduce uno de los cilindros en el cargador.

—Se va a cagar —susurra.

Empuña el arma y se incorpora casi de un salto. Se enfrenta al rapado y a Eme con la pistola en ristre.

—El dinero. Es nuestro.

Ellos levantan la vista de los montoncitos que han separado sobre el mostrador. El rapado se encontraba en mitad de una cuenta, con billetes en ambas manos.

—Suelta el dinero. —Jota le apunta el arma a la cabeza.

—Estás de coña —contesta él con un ronquido—. ¿Qué es eso? ¿Tu pistola de juguete?

No hace falta conocer a Jota para darse cuenta de que la profundidad de su respiración, las arrugas de su frente y la tensión del brazo implican máxima seriedad y alarma. Uve lo sabe, pero el rapado parece no detectarlo.

—Atrévete —dice sin soltar los billetes siquiera—. Venga, haz lo último que vas a hacer en tu vida.

Jota se humedece los labios.

Reajusta la empuñadura del arma como si dudara.

—Lo que suponía —añade la voz ronca—. Anda, llama a tu mamá, que venga a buscarte.

Uve se lleva las manos a la boca. El dedo de Jota aprieta el gatillo. La bengala se dispara con un silbido balístico. Impacta contra el mostrador y contra el pecho del rapado antes de desviar su trayectoria hacia arriba, momento en que un fogonazo inicia una llamarada que le atraviesa el rostro. En el intento de apartarla, el proyectil luminoso, ardiente, queda atrapado unos instantes entre sus manos, frente a la cara, para acabar escapando hacia el techo y extinguirse con un intenso resplandor naranja en un rincón del almacén.

Un berrido de dolor del rapado acompaña el estruendoso galope de sus botas hacia Jota. Un toro que grita de dolor y furia lo embiste y lo lanza de espaldas contra el suelo. Se sienta sobre su pecho y lo inmoviliza mientras se frota los ojos con los brazos enteros.

—¡Tráeme agua! —grita a su novia—. ¡Tráeme algo!

Montado sobre Jota, cabalga con violencia sobre su tórax. Las piernas del aplastado se sacuden en espasmos al ritmo de cada impacto.

—No… puedo… respirar.

Uve imagina horrorizado el sonido de las costillas de Jota quebrándose al completo bajo el peso del rapado. Imagina sus pulmones perforados.

—¡Para! —Eme corre a detenerlo—. ¡Que lo vas a matar!

El rapado se resiste a desmontar a Jota.

Para sacarlo del trance, ella le lanza a la cara el contenido de los vasos que trae en las manos.

—¡Joder! —El rapado se levanta y enfoca su rabia en el dolor del rostro, con lesiones visibles—. ¡Me quema la puta cara!

Le pregunta a su novia qué mierda le ha echado.

—Es whisky. Para desinfectar las heridas.

Él alza un puño hacia ella, con la lengua entre los dientes, hasta que Jota vuelve a atraer su atención al tratar de incorporarse entre toses, incapaz de hablar. El rapado lo derriba de una patada en el costado y vuelve a cabalgarlo, esta vez sobre la espalda. Se desabrocha el cinturón y lo saca trabilla a trabilla. Uve no se atreve a imaginar qué pretende hacer hasta que lo ve usarlo para atarle las muñecas a Jota. Después, rebusca entre los estantes no caídos hasta dar con un ovillo de cuerda. Con ella, anuda también sus tobillos y refuerza el amarre de las muñecas.

—Aquí, quietecito, te vas a quedar.

Jota tose con la mejilla contra el suelo.

—¡Hostia, lo que me arde esto! —grita el rapado, como si únicamente se acordara de su propio dolor cada vez que logra reducir a Jota. A Eme le pide que le traiga agua, pero agua de verdad, solo agua—. Que pareces tonta. Y busca un botiquín, algo, lo que sea. Tiene que haber algo contra quemaduras en este puto sitio lleno de pólvora.

Él mismo coge la bolsa de hielos casi derretidos sobre el mostrador y se deja caer bocarriba en el sofá. Se pone el plástico húmedo, helado, en la cara.

A Eme se la oye buscar por el aseo, el almacén trasero.

Uve aprovecha para intentar socorrer a Jota.

—Acércate más —advierte el rapado desde el sofá—, o intenta desatarlo, y te ato a ti también. Y os prendo cuatro tracas a cada uno en la cara. Para que sepáis lo que se siente.

Uve detiene su aproximación.

Le duele ver a Jota inmovilizado de esa manera, como la víctima de algún secuestro, con las manos atadas a la espalda y los tobillos anudados.

—Niña, hostia, ¿no hay nada? ¡Me queman los putos ojos!

24

El minutero avanza en el despertador de timbre sobre el aparador del dormitorio en el que dormía Jota. En su cama, una almohada y un cojín dan forma a un cuerpo de mentira. Ni la colcha ni la sábana ni su falsa anatomía van a sufrir ni a quejarse del frío que se cuela por la ventana del cuarto, esa que un compañero de los dormitorios superiores ha abierto, de mala gana, para estropearles el sueño a los niñatos de aquí abajo. Fue parte de su venganza por hacerle pasar frío a él, la cual completó adelantando en el despertador común la más corta y gruesa de las manillas. La que brilla en la oscuridad y establece la hora de la alarma. La que cuenta los minutos avanza un poco más y el horario se va acercando a esa otra manilla más gruesa. Cuando ambas se encuentren, se soltará el martillo que golpeará los timbres que despertarán a todos, como al inicio de cada jornada. Pero la venganza del nadador hará que la alarma no suene a las ocho de la mañana, como ocurre todos los días de clase, sino más de una hora antes, cuando estén a punto de dar las siete.

Son las 05.41.

Tic.

Tac.

Las 05.53.

Tic.

Tac.
Las 05.59.

25

Eme susurra algo al oído a su novio, que se ríe. Los dos cuchichean acurrucados en el sofá. Dirigieron hacia ellos el calefactor y el radiocasete, en el que han sintonizado una emisora que pincha canciones que no le gustan nada a Uve. La pareja apura ya una segunda copa de whisky en los vasos de plástico. El rapado tiene la cara llena de trazos y puntos blancos, los de una pomada que Eme le fue aplicando mientras él se quejaba, sorbía saliva o le pellizcaba el culo por sorpresa con risitas lascivas.

Uve los observa desde el mostrador, sentado en el suelo, a un paso de Jota. Hasta allí desplazaron el cuerpo atado cuando el rapado dijo que no soportaba ver al puto niñato ese que le había desgraciado la cara. Propuso sacarlo fuera, pero Eme le convenció de que hacía demasiado frío. Terminaron por arrastrarlo de los pies, amarrado como estaba, la tripa contra el suelo, hasta esconderlo detrás del mostrador como si fuera un montón de cajas que se le oculta a los clientes. Cuando Uve se sentó cerca, el rapado le repitió la advertencia de no intentar ayudar a su amigo. Ni hablar con él.

El radiocasete emite una canción sobre pasárselo bien y llegar al baño dando volteretas. A Uve le recuerda al internado, a sus compañeros cantándola con guitarras invisibles. Cómo odia a esos compañeros, ese lugar. Cómo odia esa canción. El rapado entona un

verso del estribillo antes de beber más whisky. Eme lo repite haciéndole los coros y sorbe los últimos trozos de hielo en su vaso.

Jota chista a Uve, igual que hizo en las arizónicas para revelar su posición. Antes de atenderlo, se fija en que la pareja sigue a lo suyo en el sofá, moviendo la cabeza al compás de la canción.

—Eh —susurra Jota—. Escucha, tío.

Uve se tensa, teme que el rapado pueda oírlo, pero el volumen de la música no debe de permitírselo. Se recuesta en las rodillas flexionadas, como si descansara, y dirige la cara hacia Jota, tirado a su derecha.

—¿Qué? —dice sin mover los labios.

—La pistola. —Jota habla con el cuello torcido, una mejilla contra el suelo—. Úsala. Quedaban tres cartuchos.

—Qué dices. —Uve sacude la cabeza—. No me atrevo.

El chasquido de lengua de Jota le hace sentir inútil, pero Uve tiene muy claro que, si intentara recuperar la pistola que sigue tirada por ahí, el rapado lo pillaría antes de encontrarla. Jamás le daría tiempo a cargar un cartucho. E, incluso si llegara a conseguir eso, fallaría seguro en el disparo.

—Joder, Uve, que tú ya te atreves a todo —dice Jota.

—No te pases.

—Hay que hacer algo y yo no puedo. Tienes que ser tú.

Eme rompe a reír, a su aire, en el sofá.

—Pues esperamos a que se vayan —dice Uve—. Se acabarán yendo.

—Con tu dinero. —El susurro de Jota sube de volumen. Tiene la cara roja por el esfuerzo que le supone erguir el cuello para separar la boca del suelo—. El dinero de tu tío. Se lo van a llevar. Y nos

están retrasando. Si no nos alejamos más, nos van a encontrar enseguida.

Uve abraza sus rodillas, se balancea con los talones. Jota tiene razón. No falta tanto para que el internado despierte y todos descubran su huida, si acaso no la descubre antes el conserje. Con todo lo que le duele perder el dinero de su tío, más le atormenta la idea de volver a ese lugar.

—Las mochilas —dice entonces Jota—. ¿Dónde están? No las veo.

A Uve se le contrae el estómago al imaginar lo que Jota va a plantear. Valora si decirle que no las tiene al alcance. En realidad, Eme reunió las dos mochilas y se las acercó a Uve, en un esforzado gesto de reparación de daños. Incluso recogió el casete del suelo y lo metió en una de ellas, como si un par de buenas acciones pudieran compensar su traición. Durante el proceso, Eme no miró a los ojos a Uve ni una sola vez.

—Que si tienes cerca las mochilas —insiste Jota.

—Sí —confiesa Uve, que teme la orden siguiente.

—¿La mía?

—Que sí.

—Pues ponle, tío. Está en mi bolsillo de delante —dice Jota entre dientes—. Ponle y nos piramos.

Descansa la cabeza en el suelo como si lo aliviara haber encontrado una solución definitiva al entuerto. Uve, que no lo ve tan claro y preferiría no hacer nada, busca otra alternativa y habla al sofá, sin pensarlo, a la desesperada.

—¿Os podéis ir? —le dice a la pareja. No lo oyen con la música, así que lo repite en voz alta—. ¡Que os vayáis!

El grito interrumpe su conversación.

—¿Qué has dicho? —pregunta el rapado.

Los ojos enrojecidos y vidriosos hacen que Uve cambie de registro.

—Que si os podéis ir, por favor. O dejar que nos vayamos. Lo desato y nos vamos.

—Tú debes de ser más tonto de lo que pareces. —El rapado expulsa aire por la nariz como si acabara de escuchar el peor chiste de la historia—. No vas a desatar al pringado de tu amigo. Y tampoco nos vamos a ir. ¿Sabes lo que sí vamos a hacer? Tomarnos otra copa. A vuestra salud. —Eleva el vaso de plástico como si brindara—. Y adivina quién me la va a servir. Tú mismo. Me vas a poner un copazo para que me quede todo el tiempo que me dé la puta gana en este sitio, te guste a ti o no. ¿Te ha quedado claro? No sé si te ha quedado suficientemente claro. Si es que sí, imita a una gallina.

—Para, anda —le dice Eme—. Yo pongo las copas.

Hace ademán de levantarse, pero él la apresa por la cintura.

—No. Nos las pone el llorica. —Sacude su vaso en el aire. A Eme le arranca el suyo de las manos para hacer lo mismo—. Vamos.

Uve escucha susurrar a Jota:

—Si es que te lo está pidiendo a gritos el muy capullo. —Incluso atado bocabajo en el rincón de un almacén, Jota encuentra el momento de contener una risa—. Si supiera lo que le espera…

En el radiocasete suena ahora una canción sobre alguien que come ranas. Es otro de los temas que hace que sus compañeros de dormitorio salten encima de las camas o se abalancen unos contra otros. Uve piensa en Barro, usando una toalla mojada como látigo o

clavándole los dedos en la magdalena, y el rencor que siente le sirve de impulso para levantarse.

—Ese es mi chico… —oye decir a Jota antes de que la música lo ensordezca al alejarse del mostrador.

—Mira qué mayordomito más obediente nos he conseguido. —El rapado le entrega los vasos con una sonrisa ladeada—. Y cárgalas, no me seas tacaño con el alcohol de este lugar.

—Si el whisky es mío —dice Eme—. Son del paquete de botellitas ese que nos llevamos del bingo.

La risotada que suelta el novio salpica de saliva las manos de Uve, que evita hacer ningún gesto de asco para no enfadarlo. Regresa al mostrador con los vasos vacíos. Nunca ha servido una copa y no tiene muy claro cómo se hace, pero tampoco pregunta. Entiende que habrá que mezclar el refresco con el alcohol y añadirle un hielo.

—Lo de la mochila —susurra Jota desde el suelo—. Uve, lo de la mochila.

Trata de calmar sus nervios mientras sirve refresco en ambos vasos, pero acaba derramándolo.

—Vamos —ordena Jota—. Cógelo. Ponlo ya.

Uve rebusca entre latas vacías y botellitas sin tapón hasta encontrar dos cerradas. Vacía una en cada copa, ya llenas de refresco hasta la mitad.

—Que lo cojas —urge la voz a sus pies—. Está en la mochila. La mía. En el bolsillo de delante.

Uve siente ganas de gritarle que ya le ha oído y que ya sabe dónde está, pero se contiene. Sobre el mostrador se derrite una segunda bolsa de hielo, la que Eme ha sacado hace un rato, cuando descubrió que su novio había usado los restos de la anterior para

aliviar las quemaduras del rostro. Uve la deja caer al suelo, como para separar unos cubitos que se hubieran pegado entre sí. Es algo que le ha visto hacer al Búho en la cocina del internado alguna vez.

Se acuclilla a recoger la bolsa y aprovecha para echar mano al bolsillo delantero de la mochila de Jota.

—Eres muy listo, tío —susurra él.

Los dedos temblorosos de Uve remueven clínex arrugados, monedas, bolígrafos, carátulas de casetes, hasta dar con el contorno de cristal que busca. Reconoce la perilla de goma. Saca el frasco y lo apoya en una cajonera tras el mostrador al mismo tiempo que se incorpora con la bolsa de hielos. Aprovecha para comprobar si sus dos únicos espectadores están atentos a su teatrillo, pero ni siquiera lo miran. Eme le ha subido la camiseta al rapado y parece contar los pelos de su pecho entre risitas. En la radio, alguien se despide de su padre y le pide un poco de dinero más, letra que los dos tararean.

Uve deja caer de nuevo la bolsa de hielos, en otro innecesario intento de quebrarlos. Y, como si su única intención fuera acercar las bebidas a los hielos que acaba de separar, se agacha con los vasos, los apoya en el suelo.

—No me atrevo.

—Que sí, que puedes con todo.

Uve busca la mirada de Jota, que, para poder observar sus movimientos, mantiene el cuello retorcido, con la barbilla sobre un hombro, a pesar de la mueca de dolor en el rostro.

—Corre, tío —dice, las mejillas rojas del esfuerzo.

Frente a los vasos, con una rodilla en el suelo y la barbilla apoyada en la otra, en una pose infantil como de quemar hormigas con una

lupa, Uve recupera el pequeño frasco sobre la cajonera. Al acercarlo a las bebidas, el temblor en sus manos se intensifica.

—Échale —susurra Jota—. Échale bien.

Un escalofrío recorre la espalda de Uve. Desenrosca el gotero que sirve de tapa al botecito y aprieta la tetina antes de extraerlo. La pipeta de cristal golpea varias veces el cuello del frasco al salir. Uve no está nada seguro de lo que hace, así que busca apoyo e indicaciones en Jota.

—Tranquilo, tío —le dice él—. Vas muy bien.

Uve sitúa el cuentagotas encima del vaso de la derecha. La pipeta flota, temblorosa, sobre el líquido.

—¿Cuánto? —pregunta.

—Tú echa —insta Jota—. Dale bien.

Uve presiona la tetina y dos gotas caen en la bebida.

—Anda ya, eso no es nada.

Cuatro gotas más dibujan ondas concéntricas en el líquido.

—Aprieta más —ordena Jota.

Uve lo mira con las cejas elevadas, cuestionándolo.

—Que sí. Que necesitamos que se duerma enseguida. Échale todo.

Otras tres gotas caen en la copa.

—Uve, todo —insiste Jota—. Por nosotros. Bum.

Uve aprieta la tetina por completo.

La dosis entera del cuentagotas se diluye en el alcohol igual que se diluyen todas sus preocupaciones con la sonrisa que le dedica Jota.

Un grito del rapado los interrumpe.

—Tú, ¿y nuestras copas?

Uve cierra el frasco, lo devuelve a la mochila. A toda prisa, echa un hielo en cada vaso, se levanta con ellos en las manos y los deja en el mostrador como si fuera la barra de un bar. Antes de que le pregunten qué hacía agachado al otro lado, vuelve a recoger la bolsa de hielo y, a la vista de ellos, la precipita contra el suelo una vez más.

—Estaban hechos una roca —ofrece como explicación al tiempo que la pone junto a las bebidas.

—Pero relájate, chico —dice la voz ronca—, que solo estás poniendo unas copas. Me das un mal rollo, o estás llorando, o tienes cara de estar a punto de llorar.

—Déjalo en paz. —Eme le baja la mano.

Uve agarra con rabia la bebida de la derecha.

Antes de que abandone el mostrador en dirección al sofá, Jota le susurra que debería haberle echado el frasco entero.

—El mayordomito obediente —dice el rapado al verlo llegar.

Uve le entrega el vaso adulterado de la derecha. A Eme le da el de la izquierda. Retrae el brazo cuando ella intenta acariciárselo en otro tardío gesto de disculpa.

Con un trago largo, el rapado deja la bebida a la mitad.

—Guau, cargadita —suelta con un carraspeo. Uve se prepara para recibir algún regaño o insulto, pero lo que escucha es—: Justo como la quería.

El rapado da otro sorbo y chasquea los dedos en su cara para que regrese a su sitio, como se le señala a un perro dónde se debe sentar. Detrás del mostrador, Uve se encuentra a Jota riéndose en el suelo.

—Eres el mejor —susurra contra el cemento—. En quince minutos ese cabrón está roncando.

26

El reloj despertador sigue avanzando en el dormitorio del internado.

06.12.

06.17.

06.23.

27

El rapado se acaba su copa al tercer trago mientras ella disfruta la suya a sorbitos. Eme ha aprovechado la llegada de las bebidas para dejarse de cuchicheos y ponerse a hablar con cierta seriedad sobre ese futuro de vida en común que se le ha prometido. Entre las voces del locutor y la música del radiocasete, Uve oye cómo le explica a su novio lo importante que es para ella este paso. Construir un hogar. Con enérgica gesticulación le dice que es una oportunidad que llega en el momento justo porque estaba a punto de rendirse y dar todo por perdido.

—Es que no aguanto a tus colegas, así de claro. Tirados en casa todo el día.

Eme habla sin parar durante un par de canciones mientras su novio interviene con frases muy cortas. A la tercera canción, el rapado solo usa monosílabos. A la cuarta, apenas refuerza lo que ella dice con sonidos de garganta. Es en mitad de la sexta canción cuando Eme alza la voz.

—Te aburro ¿o qué? —No obtiene respuesta—. ¡Que no te duermas! —Lo sacude de un hombro, pero el rapado ni siquiera la mira—. Yo aquí abriéndote mi corazón y tú durmiendo la mona en mi cara.

Aún sentado tras el mostrador, Uve observa cómo Eme le da un empujón con el que pretende despertarlo, pero el tronco del rapado se desliza por el respaldo hasta quedar doblado sobre el brazo del sofá.

—¡Pero, tío! —regaña ella, que derrama parte de la copa al incorporarse.

Coge a su novio de la muñeca para levantarlo, pero su anatomía se vence hacia delante. La cara resbala contra las piernas de ella hasta quedar a sus pies. La manera en que se desploma sobrecoge a Uve. El ruido del cuerpo al caer alerta a Jota.

—Ahora, desátame —ordena. Ya ni se molesta en susurrar—. Vamos, Uve. Quítame estas mierdas.

A Uve le cuesta separar la mirada de Eme, que pelea por darle la vuelta al rapado entre gritos que pasan del enfado a la preocupación.

—¡Uve! —Jota se sacude en el suelo—. ¡Ya!

Uve reacciona, gatea hasta él. Le desabrocha primero el cinturón de las muñecas e intenta deshacer los nudos a mano, pero no lo consigue. Tampoco los de los tobillos, donde la cuerda igualmente presiona contra la piel, porque Jota no volvió a ponerse los calcetines.

Al otro lado del mostrador, se oyen cachetadas de Eme a su novio.

Uve revisa los estantes, la cajonera. Encuentra una tijera. La ensarta con cuidado entre la cuerda y la pierna de Jota, mucho más velluda que la suya. Un picotazo de la punta afilada derrama una gota de sangre. Tras liberar los tobillos, Uve cierra las cuchillas en el entramado de cuerda en las muñecas y los lazos se desprenden solos.

—Mi salvador —dice Jota, que gime de alivio al liberar los brazos y darse la vuelta. Un primer paso en falso lo lleva a sujetarse al mostrador. Mueve los tobillos en círculos y se masajea los gemelos para devolver la circulación a los pies dormidos. Se queja de los pinchazos que siente—. Ya, vamos. Nos piramos.

Recoge del suelo ambas mochilas y se las entrega a Uve.

Después, se dirige al sofá.

Eme ha tumbado bocarriba al rapado, en el suelo, y lo sacude con una mano en el pecho. A gritos le pide que despierte. Cuando Jota se aproxima, ella le hace sitio pensando que va a ayudarla, pero él solo se agacha y registra los bolsillos delanteros del pantalón del novio. Le mete la mano por debajo del culo para comprobar también los traseros. Uve se fija en que el rapado tiene la boca abierta, los ojos cerrados sin presión en los párpados.

—Le pasa algo —dice Eme—. Necesitamos ayuda.

—Le pasa que bebe mucho —replica Jota—. ¿Dónde está el dinero?

Eme no responde, pero una torpe mirada alcohólica, de esforzado parpadeo, la delata. Jota va a ese lado del sofá, del que cuelgan su chaqueta vaquera y el bolso con remaches de bisutería. Hurga en ambos, sin reparos, hasta sacar el sobre con el dinero. Calibra el grosor del taco y deduce que está todo. Ellos no tuvieron la precaución de separarlo en dos partes.

—Vale, te lo doy, quédatelo —dice ella—. Pero ayudadme, por favor. No sé qué le pasa.

—¿Que tú me lo das? —Jota enarca las cejas, se acerca a Uve—. Es que te tienes que reír.

Separa el dinero en dos tacos y emula el reparto que hicieron en el exterior del internado. Un montón se lo guarda en el bolsillo libre de la sudadera, en el que no guardó los calcetines, y el otro lo devuelve, metido en el sobre, al compartimento delantero de la mochila de Uve.

—Las cosas siempre vuelven al sitio al que pertenecen —dice mientras le cierra la cremallera con satisfacción—. Vámonos.

En el suelo, Eme da bofetadas al rapado mientras grita su nombre con una voz rasgada por la desesperación y los excesos de la noche. Sus pulseras tintinean con intensidad creciente.

—¿Tu Erre de Rata no se despierta? —interrumpe Jota de camino a la puerta—. Qué raro, ¿no? Estará muuuy dormido.

Guiña un ojo a Uve, gesto que Eme intercepta.

—¿Por qué haces eso? —pregunta.

—No, por nada. Porque se le veía con sueño.

Jota vuelve a guiñar el ojo a Uve.

—¡Que por qué haces eso! —grita Eme justo antes de albergar una sospecha—. ¿Qué le habéis hecho? ¿Qué le pasa?

Ella busca los ojos de Uve, los mismos que lleva evitando un buen rato. Parece que ahora sí le interesa recuperar la complicidad para obtener de él alguna respuesta. Durante un instante, esa mirada transporta a Uve al momento del baile, el porvenir y las confesiones que olían a sandía y tabaco.

—No te preocupes —susurra—. Solo está dormido.

Jota agarra a Uve de la muñeca y tira de él.

—Que pases de ella.

Eme señala con la barbilla la mano de Jota y agarra la del rapado en el suelo.

—No son tan diferentes —le dice a Uve.

La chica a quien imaginó como una amiga para siempre le retira la mirada y abofetea el cuerpo que no despierta. Presiona dos dedos contra el cuello.

Uve trastabilla con la fuerza de arrastre de Jota.

—Vamos, joder.

Fuera, desde el techado, los dos observan el coche que el rapado ha dejado con la puerta abierta. Intercambian una mirada y comparten la misma idea.

—¿Sabes conducir? —pregunta Uve.

Nota inquieto a Jota. Lo ve frotarse los dedos, morderse el interior de las mejillas. Tras unos segundos de cavilación, Jota retoma la marcha en dirección al campo, como para regresar a las vías del tren. Uve va detrás. Se adentran en el terreno, aún húmedo. La altura de la maleza los obliga a elevar las rodillas. Antes de sortear el siguiente matorral, Jota frena en seco.

—Qué coño —murmura—. Que da todo igual.

Se voltea de regreso al almacén de pirotecnia. Ya no esquiva las hierbas, sino que las pisa. Uve utiliza el camino que él va abriendo.

Jota se monta en el asiento del conductor. Le abre la puerta del copiloto a Uve y el retrovisor roto se balancea, a punto de caer.

—¿Sabes o no? —pregunta al subir.

La llave está metida en el contacto.

Jota enciende el motor.

Cierra, uno a uno, los dedos en el volante.

Y, aunque dirige la vista al frente, parece que no mirara al almacén de pirotecnia delante de ellos, sino a algún otro lugar mucho más lejano, no solo en la distancia, también en el tiempo.

—Claro que sé —dice al regresar del recuerdo. Pelea para meter la marcha atrás—. ¡Nos piramos!

28

En el reloj, la manilla que cuenta las horas se encuentra con la que establece la alarma y las dos campanas del despertador repican con un estruendoso timbrazo que rompe el silencio y la calma en el dormitorio que Jota abandonó pasada la medianoche.

El estrépito retumba en el suelo de terrazo, en las paredes. Parte del sonido escapa por la ventana abierta y se desvanece en el frío paisaje nocturno al que está a punto de asomarse el alba. El ruido de la alarma se derrama también al pasillo del internado y flota escaleras arriba hasta el piso superior, donde la vibración llega amortiguada, pero firme y constante, al cuarto donde duerme el mismo estudiante que adelantó la manilla corta, aunque ya no duerme porque la alarma acaba de despertarlo en mitad de otra pesadilla sobre la competición del sábado.

El nadador abre los ojos y maldice a los niñatos que están tardando tanto en apagar el despertador.

—Vamos —murmura con los labios pegados de sueño—. Joder, vamos.

El timbrazo permanece constante.

—Os juro que os mato.

Sigue sonando.

—Como me hagáis levantarme otra vez…

Aún aguanta un minuto más antes de retirar la colcha. Baja la escalera acelerado, dando golpes a las paredes. Si no duerme él, no duerme nadie. El volumen del despertador aumenta a medida que se acerca, igual que la intensidad de su cabreo. Tan enfadado va que ni siquiera aprecia del todo el frío que asola esa planta, su mente centrada en un único objetivo, el de poner fin al timbrazo.

Entra al dormitorio y coge el despertador.

Está a punto de lanzarlo contra una de las cabezas que asoma entre las mantas, pero un resquicio de sentido común le hace entender que podría causar demasiado daño. El reloj es metálico y tanto el afilado borde de la esfera como las patas puntiagudas, el asa o los timbres podrían abrir una brecha importante.

Con el puño blanco de la rabia que concentra en la mano, arroja el despertador contra una pared. El aparato se deshace en una explosión de piezas y mecanismos que llueven sobre algunas camas. El impacto deja un boquete no solo en la pared, sino en un póster de un cantante caracterizado de muerto viviente.

La alarma deja de sonar.

En el repentino silencio, el silbido de una ráfaga de aire que entra por la ventana abierta infla la cortina y estremece la piel del nadador. Se frota los brazos desnudos y los empeines contra las piernas, culpando al frío de la sobrecogedora sensación que lo invade.

Pero el frío no tendría por qué provocarle esta siniestra presión en el estómago.

El cambio de corriente hace que la ventana absorba la cortina, como una boca que se asfixiara con un plástico, y el nadador lo único que quiere es regresar al calor de sus sábanas.

29

El horizonte empieza a clarear con una banda de color amarillo pálido allí a donde los lleva la carretera. Jota ha empezado a sentir leves palpitaciones de dolor en la cabeza, el amanecer de una resaca. El motor del coche hace un ruido que debe de llevar días, o semanas, reclamando atención. El frío y la humedad empañan constantemente el cristal delantero y las ventanillas. Con cada cambio de marcha, una lata vacía rueda adelante y atrás. Todas esas cosas molestan a Jota, pero más le molesta lo callado que va Uve. Le molesta que lleve las manos en el asiento, bajo las piernas. Él siempre tan apocado y temeroso. Le molesta escuchar el ronroneo de una preocupación en su garganta.

—Eh, de bajón, nada —le dice.

Porque bastante tiene con aguantar la luz decrépita de un alba casi invernal, saborear el amargor de cervezas pasadas en la lengua cada vez más áspera y sobrellevar el ligero martilleo detrás de los ojos, como para ahora ocuparse también de la eterna desazón de su amigo. Sobre todo, cuando lo único que ha hecho es cumplir todos sus deseos.

—Te juro que no te entiendo. —Jota deja caer la mano sobre la palanca de cambios—. Acabamos de escapar de un cabrón que casi nos roba todo el dinero. Tu dinero. Explícame por qué estás así.

—¿Le viste la cara? —Uve no le dirige la mirada, la mantiene fija en el amarillento amanecer, como un golpe reciente en la piel del cielo—. ¿Y la de Eme? Cuando le ha puesto los dedos en el cuello… se ha asustado un montón. Creo que no le encontraba…

—Venga ya, no me jodas. Ahora te vas a preocupar también por esa hija de puta que ha tardado medio segundo en vendernos. Hemos hecho lo que teníamos que hacer, y lo sabes.

Uve gira la cara hacia él, pero no habla. Tan solo se queda mirándolo, cuestionándolo en silencio. Forzándolo a escuchar una de esas preocupaciones silenciosas que son siempre las más profundas.

—¿Qué? —pregunta Jota, experto en enmudecer su mente—. No te estoy entendiendo.

—Ese tío era enorme… Y mira cómo se ha quedado.

—Ya, ¿y? De eso se trataba, ¿no? Para eso hice la mezcla.

—Pero es que no parecía solo dormido. Parecía…

Uve respira hondo. Su frente se llena de arrugas.

Jota trata de ignorarlo y escapa al retrovisor izquierdo como si necesitara comprobar las maniobras de un coche que los siguiera, a pesar de que la carretera se encuentra vacía. Al mirar de nuevo a su amigo, un barniz de lágrimas brilla en los ojos de Uve.

Resulta imposible seguir fingiendo que no se entera de nada.

—¿Qué me quieres preguntar? —desafía Jota.

Uve permanece en silencio.

—¿Qué?

Su amigo aprieta los labios para contener eso que no se atreve a insinuar.

—Venga, dilo —ordena Jota—. Que hables.

—¿Cuánto…? —Uve traga saliva—. ¿Cuánto les pusiste a ellos?

Jota deja caer los hombros. Estruja el volante como si pudiera exprimirle algún líquido. En su pecho y estómago se arremolinan emociones que le secan aún más la boca.

—A ver, tío, estate tranquilo —acaba por decirle a Uve, quizá porque es lo mismo que quiere escuchar él—. El cabrón ese ha doblado porque iba hasta arriba de alcohol y vete tú a saber de qué más. Pero ellos, esos putos compañeros a los que tanto odias y que de repente tanto te preocupan, ellos están bien. Te lo juro, está controlado.

—¿Cómo pued…?

Jota presiona Play en la radio del coche.

—¡Que dejes de preocuparte! ¡Tienes que mandar a la mierda al Uve que se agobia por todo!

Sube el volumen y canta sobre la música, aunque eso aumente su dolor de cabeza.

30

Unos pies descalzos rechinan sobre el mismo suelo por el que rechinaron los de Jota al bajar las escaleras hace unas horas. Son los pies descalzos del nadador, que ha bajado corriendo desde el cuarto y se dirige a la puerta principal de la casa.

Al salir, pisa gravilla muy fría, pero no se detiene.

Ignora el temblor que le tensa la espalda.

Camina en calzoncillos por el exterior, sin preocuparle ya enfermar de frío de cara a la competición del sábado.

—¡Búho! ¡Búho! —Una diminuta nube de vaho acompaña cada grito—. ¡Búho!

La puerta de la garita se abre antes de que la alcance.

Al verlo llegar gritando, el conserje exige silencio con un dedo contra los labios.

—¿Estás tonto con esas voces? —Coge al estudiante por los hombros, le pregunta qué hace descalzo y en calzones—. ¿Te parece normal? ¿Qué es lo que pasa?

—No sé, joder, qué movida. No se despiertan.

El conserje mira su reloj por si la cabezada que pretendía dar se le ha alargado más de lo que pensaba, pero no.

—Es pronto aún. Falta una hora.

—Que no, macho, que no se despiertan. Qué mal rollo.

El estudiante traga saliva con un gesto de dolor de garganta. El conserje intenta oler el aliento que se le escapa en bocanadas entrecortadas, en busca de algún matiz alcohólico. No sería la primera vez que uno de los estudiantes aparecía ahí en mitad de la noche con tremenda melopea, soltando alguna gilipollez o atendiendo algún estúpido reto que le hubieran impuesto los compañeros. En esos casos, el propio conserje les echaba la bronca y los metía en vereda, pero procuraba que el suceso no trascendiera al director ni a los padres. Siempre ha pensado que los chavales tienen que hacer cosas de chavales, como emborracharse, pajearse y enamorarse, y su trabajo no es ser el ogro que les joda sus mejores años. Claro que ese tipo de cosas ocurrían siempre los fines de semana. No una mañana de jueves. Y en el aliento de ese chico no percibe ni rastro de borrachera. Es, además, uno de los estudiantes más sanos y formales de esa casa, que vive centrado en sus competiciones de natación.

—Ven a verlo, por favor. —El chico se abraza a sí mismo en busca de calor—. Pinta muy chungo.

La cosa debe de ser seria para tenerlo allí delante tiritando casi en bolas a las siete de la mañana.

—Vamos.

El manojo de llaves cascabelea en su cinturón, de camino a la casa.

El zapato de la pierna más corta se hunde en la gravilla más que el otro.

Es la segunda vez que el conserje apresura el paso esa noche. La primera fue en la ronda de hace unas horas, cuando encontró abierta la puerta de la cocina y subió a echar un ojo desde el pasillo.

Asciende otra vez por la misma escalera, detrás del nadador. Procura tranquilizarse recordando que, en aquel momento, ya de madrugada, todo parecía en calma. Incluso se asomó a comprobar que seguía en su cama el muchacho que había detonado sus sospechas, el nuevo, el hijo del militar, el mismo que comiéndose un yogur junto a la nevera le había asegurado que el director había cerrado ya la puerta trasera de la cocina antes que él.

En cuanto alcanzan el distribuidor del primer piso y el conserje ve encendida la luz de ese mismo cuarto, algo le dice que ese muchacho se la ha jugado bien jugada.

—Corre, pasa —dice el nadador.

El conserje entra en la habitación y el espacio se deforma en su mente, transformándose en un lugar gigantesco que lo hace sentir muy pequeño, porque entiende de inmediato que los tres chicos destapados en sus camas no están dormidos. Los cuerpos han perdido color, la rigidez de las posturas no se corresponde con la que proporciona el sueño. Desde algún rincón del lugar de extrañas dimensiones al que el vértigo y el mareo lo han desterrado, llega una voz que suena lejana y con eco. Es la voz del nadador, a su lado, explicándole que bajó cabreado a apagar un despertador que los chicos no paraban. Que acabó por lanzar el aparato contra la pared, por eso están los pedazos por ahí desperdigados, pero que nadie respondió a su ofensa. Frustrado con el pasotismo de los dormilones, encendió la luz y destapó la cama que más cerca le pillaba. Ante él apareció un cuerpo que no se movió ni un poquito, ni siquiera cuando le pateó el colchón. Probó entonces a quitarle la colcha al compañero de la siguiente cama, que tampoco reaccionó a su agravio. A ese, el de los dientes partidos, que dormía de lado, lo

agarró de las mejillas para gritarle que dejaran de hacer el gilipollas, que sabía que estaban despiertos, pero la cara helada que tocó le hizo retirar el brazo antes de pronunciar una sola palabra. En la tercera cama que destapó, encontró abiertos los ojos verdes del chico pelirrojo, pero notó enseguida que parecían opacos, carentes de humedad, y que no parpadeaban. La pupila se veía gigantesca.

El nadador sigue hablando y el conserje tropieza con su zapato como hacía años que no le pasaba. Solo ha dado tres pasos para acercarse a la cama del chico pelirrojo con los ojos de muñeco que no miran a ningún sitio. Encorvado, aproxima un oído a los labios entreabiertos. Desea que la boca del chico se mueva y le grite o le susurre que le están tomando el pelo, que es otra broma pesada de las muchas que acontecen a cada poco en los dormitorios del internado, pero el conserje no escucha ni siente en la piel siquiera el más frágil de los hálitos. Al tratar de incorporarse, el vértigo acaba por vencerlo. Se agarra al armazón metálico de la cama y evita la caída sentándose a los pies del colchón del muñeco gigante.

Dos estudiantes del piso superior, uno con camiseta ancha de dormir, calzón y calcetines desparejados, y el otro con un pijama de cuadros, se asoman a la puerta preguntando qué pasa. Se llevan las manos a la cara en cuanto observan la escena. El de los calcetines desparejados destapa una cuarta colcha y descubre otro cuerpo adolescente de inquietante palidez.

Aún agarrado al armazón metálico para navegar su mareo, el conserje ve cómo el otro estudiante descubre la quinta cama, la más cercana a la puerta. Esa en la que duerme el hijo del militar, al que todavía no ha calado del todo y que solo usa su inicial como nombre. Se prepara para ver entre las sábanas otro rostro joven con la

mirada perdida en el más allá, pero lo que aparece en ese colchón son dos almohadas esculpiendo una anatomía de tela y relleno.

—Qué coño está pasando —susurra el conserje sin que sea realmente una pregunta.

Imagina a Jota, que así se llama el chico de la inicial, rebañando con la cuchara el envase de un yogur cuando logró engañarlo sobre la puerta de la cocina. El pensamiento inicia una náusea que le explota en la boca como una arcada. Espera pulverizar el suelo con las magdalenas que se comió de madrugada y los espaguetis recalentados que cenó en la garita, pero de alguna manera logra evitarlo y la violenta arcada solo le raspa el paladar hasta que se traga un ácido que le quema la garganta y le inunda los ojos.

El retumbar de unos pasos que recorrieron el pasillo en dirección a la habitación de al lado lo atraviesan ahora de vuelta a este dormitorio. El conserje identifica, incluso con su visión borrosa, los calcetines desparejados del estudiante que se agarra al marco de la puerta y dice:

—En la otra tampoco se despiertan. Tío, es que están muertos.

El espacio se deforma aún más en la cabeza del conserje, que necesita que la estancia deje de dar vueltas. Que el mundo entero se pare. Que dejen de pasar cosas y que cada frase que escucha tenga implicaciones más terribles que la anterior.

Se impulsa con los antebrazos en las rodillas y logra levantarse de la cama, incluso mantener el equilibrio. Atraviesa la habitación con un andar inseguro que revive traumas de su infancia. El suelo del pasillo se curva y tambalea a sus pies. Nada más entrar al otro cuarto, ve tres camas descubiertas con tres cuerpos rígidos de

adolescencia interrumpida. Los dos estudiantes del piso superior los sacuden, los pellizcan, sin obtener reacción alguna.

—¡Este respira! —grita de pronto el de los calcetines desparejados. Se refiere al chico cuyo edredón acaba de retirar en la cama más cercana a la ventana—. ¡Aún respira!

El brote de vida desvanece el vértigo y el mareo que nublan la mente del conserje. De pronto, el suelo vuelve a ser plano y la estancia recupera las esquinas.

—Bajad a por el director. Ya. ¡Ahora! —ordena a los estudiantes—. Y que alguien compruebe también los dormitorios de arriba, si están bien allí.

El del pijama de cuadros se ofrece a subir, aunque asegura que en el suyo estaban todos bien. El nadador y el otro corren escaleras abajo.

El conserje se acerca a la última cama que falta por destapar en ese cuarto. En la que duerme el único amigo que el chico nuevo se ha hecho en el internado, a quien empezó a llamar Uve por esa tontería suya con las iniciales. Un niño tan amable, educado y reservado que al conserje le cuesta comprender por qué ha hecho tan buenas migas con el otro, que encima es mucho mayor que él. Pero los ha visto a los dos encontrarse en las escaleras exteriores por las noches, los ha oído cuchichear en las sombras de rincones y pasillos, y los ha pillado cambiando de postura al entrar en el baño. También los ha visto dar largos paseos por la orilla del lago y cenar y desayunar juntos, apartados de los demás, en el extremo de una mesa.

El conserje tira de la colcha de Uve imaginando lo que ocurrirá.

Primero, se alegra de no encontrar otro rostro sin vida, con la boca abierta y la mirada vacía. Pero el alivio se desvanece enseguida, porque, igual que en la de Jota, dos almohadas suplen la ausencia en esa cama. Aunque no acierta a pensar nada en concreto porque hace rato que no entiende el significado de ninguna cosa, la boca se le adelanta y da voz a una idea:

—¿Qué habéis hecho? —susurra al aire.

31

—¡Es que está buenísima! —grita Jota, que incluso suelta el volante para apretar los puños de la rabia que le da lo buena que está la cantante.

En el coche suena la música de su cinta a todo volumen.

Jota ha conseguido que Uve se tranquilice, aunque le ha costado. Ahora incluso entona con él algunas frases de la canción, que ya se ha aprendido también. Los dos cantan al unísono y Jota sonríe al ver a su amigo decir que no con el dedo, señalarse a sí mismo y después al frente, a un tú ficticio, tal y como indica la letra.

—Uve —le dice—. Uve, mírame.

Desde el asiento del copiloto, Uve lo mira con unos ojos que vuelven a estar sedientos de porvenir.

—Uve, todo lo que hay detrás de esa luna es nuestro pasado.

Jota señala el cristal trasero del coche, refiriéndose a esa luna, pero Uve mira a la otra, a la que se desvanece, casi llena, en el cielo matutino.

—Y nuestro pasado es toda la mierda de la que estamos escapando —continúa Jota—. ¿De qué estamos escapando, Uve?

Su amigo siempre tarda unos instantes de más en responder.

A veces parece que le costara dejar de mirarlo.

—¡De toda esa mierda! —acaba gritando Uve con una sonrisa.

Jota hunde el pie en el acelerador.
—¡Nos piramos!

ANTES

32

Un despertador sonó a las ocho de la mañana, como todos los días lectivos de ese curso y de todos los anteriores. Las vueltas y los estirones de los primeros en desperezarse hicieron chirriar los muelles de los colchones. Uve escuchó los pies de los menos remolones bajar de la cama y dirigirse al baño. Choques de manos y risas guturales llegaron desde el pasillo. Él se subió la manta hasta la nariz, retrasando al máximo el sacrificio diario de abandonar el calor de sus sábanas para pisar el suelo, un suelo que a partir de octubre estaba tan frío que parecía el lago de fuera cuando se congelaba.

—Como vea a alguien en la cama, me lo como y lo cago por la noche en el baño de la garita. —La voz del Búho reverberó por el pasillo antes de que un manotazo contra la puerta anunciara que había entrado a la habitación. Dos palmadas estallaron sobre la cabeza de Uve—. ¿Qué? A gusto, ¿no?

El conserje le lanzó manta y sábanas a los pies de la cama.

—No tengo ducha —dijo Uve.

En la primera planta de la casa había dos dormitorios para cinco estudiantes cada uno, y todos compartían un baño en el que había solo cuatro duchas, así que alguien tenía que esperar su turno. Incluso ahora que en la otra habitación faltaba todavía un residente.

—No tienes sitio porque vas el último —le dijo el Búho—. Ve ahí a pegarte un poco. ¡Gánate tu sitio!

—Prefiero ser el último —susurró Uve.

El conserje había abierto la boca para pegarle otro grito, pero acabó calmando su tono.

—Venga, ve levantándote. Que el que mucho tarda tarde llega.

Dejó una carta sobre la mesilla de Uve antes de proseguir con el reparto de correspondencia. Los martes y viernes eran días de correo. Al reconocer la caligrafía de su tío, Uve se incorporó con ganas y cogió el sobre. Era uno grande, de los que traía alguna lámina, seguro. La palpó mientras oía cómo el conserje le preguntaba a Supermario, que dormía junto a la ventana, por qué le olía la boca a rata muerta todas las mañanas.

—Ve a lavarte el pozo ahora mismo, que vomito —le ordenó. Después regresó a Uve—: Eh, tú, que te veo, no lo abras. Se lee en el desayuno, no ahora. A la ducha a lavarte el culo. Ya.

Uve terminó de rasgar con el cúter un lateral del sobre para dejarlo abierto, pero no leyó nada.

En el baño, sus compañeros quitaban vaho del espejo con las manos, se peinaban pelos muy mojados, salpicaban pasta de dientes al reírse y se ponían los jerséis del uniforme sobre camisas mal abotonadas. Bromearon sobre el pelo que tenían unos u otros en ciertas partes del cuerpo.

Uve se asomó a la zona de duchas.

Había una libre.

—Quita, quita, que voy yo.

Eté lo apartó de un manotazo y se coló en la única división vacía.

El vapor de ese chorro se unió al que emanaba de las otras tres cabinas de ducha ocupadas. Uve se metió en uno de los váteres, que olía mal de un uso reciente, y echó el cerrojo a la puerta.

El desayuno se tomaba en las amplias cocinas de cada casa. Eran nueve viviendas contiguas que servían de residencia para los alumnos internos. Las encabezaba una décima casa, la más cercana al edificio de las aulas, donde vivía el director del internado con su familia. Aunque supuestamente debía desayunar en una de las casas cada día, por comodidad acababa quedándose casi siempre en la contigua a la suya, que era la de Uve.

Además de la mesa pequeña que usaba el director, había cuatro grandes adjudicadas a cada uno de los dormitorios, aunque nadie respetaba el orden. Y, como los estudiantes de las habitaciones y cursos superiores desayunaban media hora más tarde, en realidad siempre había sitio de sobra. Uve se sentaba rápidamente en el primero que encontrara libre, siempre en un extremo, con su taza y la pieza de bollería.

Abrió la carta de su tío y usó el sobre para barrer migas de la magdalena que había comido. Dos billetes cayeron sobre la mesa. No hizo mucho caso al dinero, su atención se centró en la lámina. Se dejó maravillar por la imagen antes siquiera de leer la explicación que su tío le ofrecería en la carta. Observó la extraña arquitectura del peculiar edificio y se preguntó por qué esas personas, vestidas como monjes, parecían subir y bajar por las escaleras al mismo tiempo, eternamente.

El teléfono sonó en el salón principal de la casa.

El director, que siempre parecía recién duchado, recién afeitado y vestido con ropa recién planchada, dobló su periódico y se levantó.

—Qué manía de llamar tan pronto —dijo de pasada mientras aromatizaba de *aftershave* la cocina—. Portaos bien.

En cuanto abandonó la estancia, un alboroto de sillas precedió a la aparición de Barro, que se sentó en un sitio vacío frente a Uve. El cabello pelirrojo, aún mojado, se veía más oscuro.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó con sorna—. Me preocupa mucho.

Soltó una perorata afectada sobre lo importante que era descansar en edad de crecimiento. Eté, Gemelo y Replay reían desde sus sitios. Uve no se percató de que un codo de Barro se deslizaba sobre la mesa hasta que vio cómo le robaba los billetes. No le hubiera dado tiempo de recuperarlos, pero una mano cayó sobre el brazo de Barro y lo atrapó contra la mesa.

—Devuélveselos.

Era una voz más grave que la de todos los chicos que desayunaban a esa hora.

Barro intentó retraer el brazo, pero el cepo lo aprisionaba.

—Que le devuelvas los billetes —añadió la voz—. El dinero de los demás no se toca.

—¿De qué vas? —gritó Barro elevando la barbilla.

Otro revuelo de sillas anunció la llegada de Eté y Gemelo, con los pechos inflados.

—Eh, eh, eh —dijeron—. Suéltalo.

Uve miró por primera vez a quien defendía su dinero y encontró un rostro desconocido. Sobre la frente le caía un mechón de pelo ondulado, negro. La nuez en ese cuello era más ancha que la de los

demás. Se impuso a los recién llegados con una simple mirada que los amansó. A Barro le apretó la muñeca y le sacudió la mano hasta que aflojó los dedos. Los billetes cayeron a la mesa.

—Cógelos —le dijo el desconocido a Uve—. Son tuyos.

Experimentó una inexplicable oleada de timidez y recuperó el dinero tratando de ocultar el temblor de los dedos. Enseguida apartó la mirada hacia la carta y confió en que el calor que sentía en la cara no resultara visible.

—Estás muerto —le susurró Barro.

—¿Qué has dicho? —preguntó la voz más grave.

—Nada. No he dicho nada.

—Mejor así.

En el salón cesó el murmullo de la conversación telefónica. Los pasos del director se acercaron a la cocina. Todos regresaron a su sitio excepto el desconocido, que permaneció de pie en mitad de la estancia. Al encontrarlo allí, el director le preguntó si ya se había instalado en la cama libre del dormitorio asignado.

—Sí, señor.

La rectitud de su respuesta provocó risas contenidas en las mesas.

—No hace falta que me llames así. Esto no es un cuartel. —El director apretó los labios—. No me refería a… Vamos, coge algo de desayunar.

La manera en que el director se interrumpió al mencionar un cuartel confirmó a Uve que debía de tratarse del alumno nuevo. El que llegaba con el curso empezado hacía un mes y ocuparía la plaza que seguía libre en el otro dormitorio. El décimo estudiante con el que compartirían ducha cada mañana a partir de ahora. De él habían oído que, además de repetidor, era hijo de un militar.

El nuevo se acercó a las encimeras donde se encontraban los panes, los cereales, las piezas de bollería, las galletas, la leche y el agua caliente. Uve dejó de seguirlo con la mirada por si los demás se daban cuenta de que lo hacía, pero volvió a fijarse en él cuando se sentó a una mesa. Eligió el extremo de una vacía, sin que pareciera una imposición por no conocer a nadie, sino más bien una preferencia. La elección de su desayuno, dos piezas de fruta y una infusión, sorprendió a Uve. La manera en que exprimió la bolsita del té sobre la taza humeante, retorciendo el hilo en la cucharilla, le resultó de lo más sofisticada, pero en las otras dos mesas se iniciaron bisbiseos y ronquidos de burla.

El nuevo los estaría oyendo también.

Sin molestarse en mirar a esos compañeros, sacó un walkman del bolsillo interior de una cazadora de cuero que había colgado en el respaldo de la silla y comenzó a desliar el cable de unos auriculares de diadema.

El director chistó hasta captar su atención.

—No se puede —le dijo—. En el desayuno, nada de aparatos.

El nuevo soltó las manos sin más y el walkman cayó sobre la mesa.

Uve sintió una arrebatadora curiosidad por saber qué música sonaría en esos auriculares de espuma naranja. El nuevo se dio cuenta de que lo miraba y le dedicó una sonrisa ladeada antes de juntar las muñecas con gesto de fastidio. Uve captó la mímica de unas esposas que coartaran su libertad y se atrevió a devolver la sonrisa, pero enseguida bajó la cabeza.

El chirrido metálico de una puerta mal encajada anunció la irrupción del Búho, que entraba a la cocina desde la parte ajardinada

de detrás de la casa.

—¡Quince minutos, señores! Los niños a clase y el menda a la cama, que ya me toca. —Culminó el anuncio con un eructo que se ganó risas en las mesas, pero también una mirada censora del director—. Perdóneme. Se me pegan las malas formas de estar con estos guarros.

Con la mano abierta señaló a los diez alumnos en la cocina.

Uve dio un último sorbo a su leche con chocolate.

Guardó la lámina y la carta en el sobre. Antes de meter los billetes, sonrió al fijarse en los números de serie: V6835386 y L7911197. No sabía cómo lo hacía, pero su tío seguía consiguiéndolos.

Cuando volvió a mirar al sitio donde estaba el nuevo, encontró la mesa vacía.

33

Durante la jornada, Uve estuvo pendiente de los movimientos del nuevo. En Lengua, la primera asignatura de los martes, el profesor aprovechó para anunciar la incorporación del recién llegado al resto de la clase. El aludido tan solo se removió en su asiento y extendió dos dedos desde su frente a modo de saludo, sin levantarse.

—Con la apatía no se llega a ningún sitio —le dijo el profesor—. Normal que esté repitiendo curso.

En el recreo, Uve vio cómo varios compañeros se acercaban a saludarlo y a proponerle que se juntara con ellos, pero el nuevo tan solo se quitó los auriculares como si fuera un gran incordio y rechazó todas las ofertas sacudiendo la cabeza antes de volver a ponérselos. En el almuerzo, que se servía en el comedor común al que también regresarían para cenar, el nuevo prefirió sentarse a solas en el extremo de una mesa larga. A lo largo del día, Uve cazó murmullos que fueron evolucionando y tachando al recién llegado de tímido, de chulo, de borde y, a última hora, de antipático. Sus compañeros de vivienda reforzaron los rumores negativos al contar su versión de lo ocurrido durante el desayuno.

Tras la última clase, Uve regresó por los caminos traseros del internado, los que separaban el edificio del colegio de las casas que servían de residencia. En la parte delantera se armaba cada tarde un

gran jaleo cuando coches y autobuses recogían a los alumnos no residentes, a quienes los del internado denominaban «hogareños». Por eso, la mayoría de los internos prefería volver a sus habitaciones caminando por detrás. Lo hacían por varias sendas que cruzaban el inmenso jardín que rodeaba las instalaciones, delimitado por los setos de arizónicas que daban paso al campo y al bosque, antes de llegar, mucho más allá, a las urbanizaciones de chalets de la zona. Desde los caminos podía verse, en algunos puntos, el lago y su orilla más cercana, que quedaba a cinco minutos andando de la última casa, la más alejada de la del director.

Uve se fijó en que alguien se movía por esa orilla.

En la lejanía, logró distinguir, entre los apagados colores del otoño, los brillos de la cazadora de cuero del nuevo. Reconoció, también, su forma de moverse. Aunque lo había visto por primera vez esa mañana, sentía que ya podía cerrar los ojos y recrear su silueta a la perfección. Uve pasó de largo frente a la casa del director y la suya. Dejó a un lado la tercera casa de estudiantes, la quinta y también la novena. Antes de concederse el tiempo de pensarlo, continuó caminando hasta el final del jardín y abrió, con un chirrido, la cancela oxidada. Se adentró en el tramo boscoso que casi todos los alumnos usaban como acceso clandestino al lago. La entrada oficial, en la que había un muelle en condiciones, quedaba mucho más lejos y solo era accesible con vehículo.

Los auriculares del nuevo, dos puntos de espuma naranja, flotaban entre el ramaje como focos de atención. Uve lo espió sin anunciar su llegada, aprovechando que la música lo mantendría ajeno a los pasos que se le aproximaban por detrás. Lo vio tirar una piña y una piedra al lago. Ambas se deslizaron, con un silbido, por la

superficie helada del agua. Con un palo largo, el nuevo testó aún más la firmeza del hielo mediante algunos toques. Y decidió dar un paso adelante.

—No, no, no. —Uve emergió de entre las ramas—. ¡Para!

Aunque habló en voz alta, el otro no lo oyó. Tampoco advirtió su presencia hasta que lo rebasó por un lado, agitando los brazos, algo que ocurrió en el mismo momento en el que el nuevo se disponía a dar el siguiente paso. Al poner todo su peso en el pie delantero, una grieta se dibujó en el hielo, con un crujido, bajo su zapatilla deportiva.

—¡Atrás! —gritó Uve, sus zapatos clavados en el barro frío en la orilla.

El nuevo detuvo su movimiento, pero no retrocedió. Se quedó con un pie flotando en el aire. La fisura en el hielo se engrosó. Se quitó los auriculares manteniendo el equilibrio.

—Cómo cruje —le dijo a Uve con una sonrisa de fascinación. Cuando el hielo crepitó bajo su peso, gimió como si le provocara placer—. Lo noto en el cuerpo.

—Quítate, vamos.

—Quiero llegar a lo profundo. —El nuevo dirigió la mirada a la amplitud del lago—. Estar ahí en medio. Solo. Donde dé todo igual.

—En un mes quizá se pueda, pero todavía no.

—Y que nadie pueda acercarse a mí porque el hielo estará tan agrietado que un solo paso condenaría a quien lo intentara a morir congelado —continuó sin atender a Uve—. Acercarse a mí significaría morir.

Un crujido bifurcó una de las grietas más anchas.

—Ojalá se rompa —añadió el nuevo—. Que me trague el hielo.

—No digas eso. Para ya.

Uve le ofreció una mano como amarre, pero el otro tan solo la miró.

—Acercarse a mí significaría morir —repitió. Después fijó los ojos en los de Uve para preguntarle—: ¿Tú te acercarías?

Uve halló en esa mirada una profundidad más atrayente que la del lago y un «sí» rotundo e inexplicable le ardió en la lengua, pero no lo pronunció. Se lo calló y se lo tragó como saliva caliente que prendió en su pecho una hoguera de emociones desconocidas. Aún mudo, y como si el humo de esas llamas inexistentes lo cegara, dio un paso temerario hacia el hielo frágil y traicionero del que pretendía advertir al nuevo hacía tan solo un segundo.

—Quita, quita, que era coña —dijo él—. ¿Estás tonto o qué?

Sin perder el equilibrio, agitó un brazo para espantar a Uve como si fuera un animal molesto. Más grietas brotaron con el movimiento, las cuales lo incitaron, ahora sí, a pedir ayuda. Ordenó a Uve que cogiera alguna rama larga de las que había por ahí. Cuando se la ofreció, se agarró a ella para impulsarse hacia la orilla, empuje que terminó por resquebrajar el hielo. El pie entero del nuevo se hundió en el agua, hasta por encima del tobillo, antes de que consiguiera escapar a tierra firme.

—Pero si no era tan profundo —dijo mientras sacudía la pierna en el aire—. Te veía tan preocupado que pensé que era peligroso de verdad.

—Aquí no, pero en el centro es muy profundo.

—Tomo nota de que eres un exagerado. —Aunque parecía que lo estaba regañando, le ofreció al mismo tiempo la mano de forma

amigable—. ¿Cómo te llamas? —Elevó un dedo en el aire—. Pero no me digas tu nombre, dime solo la letra por la que empieza.

—Por uve.

—Encantado, Uve. Yo soy Jota. —Le estrechó la mano de manera formal, no como solían hacer el resto de los chicos en el internado, que más bien se las chocaban—. Aunque debo decir que esta mañana tardé mucho menos en evitar que te robaran de lo que has tardado tú en decidir venir a sacarme del hielo. Estás empezando esta amistad en deuda.

A Uve se le arremolinaron las palabras en la boca, pero no pronunció ninguna. No sabía si le confundía más que lo acusara de falta de ayuda cuando se la había ofrecido sin cesar desde que había llegado o que hablara ya de amistad. En silencio, las manos se le movieron por sí solas, activadas por la palabra «deuda», y sacaron de su bolsillo uno de los billetes que habían llegado en el sobre.

—Por lo de antes. —Se lo entregó a Jota a modo de pago por la protección—. Muchas gracias.

—Anda ya. Me refería a deuda moral, que son las únicas importantes. El dinero es solo dinero.

—Tendría mucho menos si no me hubieras salvado.

—Venga, pues yo te salvé antes y tú me has salvado ahora también. —Señaló su zapatilla empapada arqueando las cejas—. De morir en el hielo o algo así, no sé, con lo exagerado que eres. Guárdate eso, vamos, que el dinero es tuyo y estamos en paz. ¿Por qué te lo robaban esos gilipollas?

Uve había dejado de hacerse preguntas de ese tipo tiempo atrás, así que tan solo se encogió de hombros y desvió la mirada a sus

zapatos. Los despegó de la superficie lodosa comprobando el alcance del barro.

—Porque son gilipollas, ¿no? —insistió Jota—. La respuesta estaba en la propia pregunta.

Uve permaneció en silencio.

—Dilo, si es la verdad. Que son unos gilipollas.

—Bueno, no los conoces aún. A lo mejor te caen bien.

—No lo creo. Para mí son unos gilipollas. ¿O es que acaso tienen otro nombre?

Uve respondió a la pregunta retórica de forma literal.

—En mi habitación están Supermario, Eté, Replay y Quinto. —Los enumeró vislumbrando en su mente la posición de las camas—. Y en la tuya están Gemelo, Barro, Jackson y Latas.

—¿No hay ningún nombre normal?

Uve se mordió el interior del labio.

—Jota y Uve —se atrevió a contestar.

La respuesta sorprendió a Jota.

—Aprendes rápido —dijo con una de esas sonrisas ladeadas a las que Uve comenzaba a aficionarse—. Y sobre esos gilipollas no necesito ver más que lo que vi esta mañana. Así que, venga, dilo. Que son unos gilipollas.

Uve miró a ambos lados, temiendo que alguien lo escuchara.

—Dilo, venga. Si lo son, lo son.

Permaneció en silencio.

—Que lo digas.

—Son unos gilipollas —susurró.

—Así no. Grítalo. Pero de verdad. ¡Gilipollas!

Uve se rodeó la boca con las manos y vociferó a la inmensidad del lago.

—¡Gilipollas! —Se había puesto de puntillas sin darse cuenta, como para que la voz y el insulto llegaran más lejos—. ¡Sois unos gilipollas!

El eco repitió las dos últimas sílabas en algún rincón del paisaje.

Jota rompió a aplaudir.

Sus dientes emitieron un peculiar silbido que acabó en carcajada.

34

Jota disfrutó de la sensación del agua caliente sobre la piel. La dejó correr por la cara, el pecho, las piernas. El pie del lago, que había adquirido un tono azulado, hormigueó al recibir el baño de calor. No se había quitado el calcetín mojado hasta después de cenar, como lección para aprender a sufrir las consecuencias de sus actos. En el baño, fuera de las duchas, otros chicos hablaban, se reían. Jota quiso dejar de oírlos y colocó la cabeza de tal forma que el discurrir del agua lo ensordeciera. El borboteo en las orejas dio voz a ecos de su propia mente y un murmullo líquido le dijo al oído:

«Ojalá te hubieras muerto tú».

Sacó la cabeza del chorro para escapar de esos pensamientos.

Risas contenidas y pasos se escabulleron al momento, como si los otros chicos lo hubieran estado espiando. Jota cerró la llave y salió de la zona de duchas con la toalla en la cintura. Tres de sus compañeros usaban un lavabo cada uno, ocupándolos todos. Enjuagaban sus cepillos de dientes mientras intercambiaban miradas.

—¿Qué pasa? —preguntó Jota a la imagen de uno de ellos en el espejo.

Por las descripciones que le había proporcionado Uve, se trataba de Barro, el alto pelirrojo de los ojos verdes. El otro sería Eté, más

bajito y de piel morena, como el extraterrestre. El tercero, rubio y peinado a raya, tenía que ser Replay, que se apartó con un pulgar el flequillo que le caía en la frente.

—¿Qué te pasa a ti? —Barro se volteó para mirarlo de frente—. Que llegas el último y te crees algo.

—No me creo nada —dijo Jota.

—Mejor.

Los tres amigos se miraron cuestionando si decir algo más, pero Barro sacudió la cabeza.

—¿Me dejáis usar alguno de los lavabos? —preguntó Jota—. También me quiero lavar los dientes.

Otro diálogo de miradas entre ellos acabó con Barro haciendo un gesto para que le dejaran hueco.

—Venga, vámonos.

Replay hurgó los botes de baño a lo largo de la estantería común. Se volteó con algo en la mano y se acercó a uno de los váteres. El ruido de un cepillo de dientes chocando contra el interior de la taza resultó inconfundible.

—Dime que no lo has hecho. —Jota se lanzó a comprobar el lugar donde había dejado el suyo por la mañana, siguiendo las indicaciones del director, quien le explicó, como si fuera un gran lujo, que cada estudiante disponía de una división y un bote propio en la estantería. Su cepillo seguía en el mismo sitio—. No era el mío, listos.

—Ya, ya lo sabemos.

Los tres se rieron y se marcharon del baño.

Jota usó el secador de pelo y se dio el gusto de pasárselo por el cuerpo, incluso bajo la toalla. Se encorvó para dirigir también el aire

caliente al pie afectado, aunque ya no hormigueaba y su aspecto era el de siempre.

Al recuperar la postura erguida, se encontró a Uve en el espejo. Con el zumbido del aparato no lo había oído entrar. La mirada de él revoloteó alrededor de su reflejo sin saber dónde posarse.

—Tío, se me ha puesto un poco azul —le dijo sobre el pie—. Al final va a ser verdad que me salvaste la vida.

—Se supone que… —Uve carraspeó—, que no podemos ducharnos a estas horas, solo por la mañana. Algo de las calderas.

—Y luego va y dice el director que esto no es un cuartel. Si son todo normas.

Uve le dijo que tampoco era para tanto, que seguro que un cuartel debía de ser mucho peor. Aprovechó para preguntarle si era verdad eso que se comentaba por ahí de que su padre era militar.

—¿Mi qué? —Jota se ordenó el pelo con los dedos, sin usar peine —. ¿El señor ese que me va dejando en cualquier internado con tal de no tenerme cerca?

—¿Y tu madre?

—Muerta. Y hermanos no tengo. Ni tanta suerte como tú de que mis padres me quieran y me envíen cartas con dinero y dibujitos.

—No me las mandan mis padres —aclaró Uve—. Sería mi madre en todo caso, pero ella… tampoco sé si me quiere tanto.

Uve le contó que su madre era trabajadora humanitaria. Se quedó embarazada de un compañero en alguno de los viajes, pero su paternidad acabó reducida al ingreso mensual de algún dinero. Ella probó durante unos años la vida doméstica de madre que lleva a su hijo al colegio y trabaja en la ciudad, pero no lo soportó. Así que, en cuanto el niño creció un poco, le cuadraron las cuentas y encontró el

internado, prefirió regresar a sus labores humanitarias y vivir viajando.

—Los primeros años —continuó Uve—, cuando le preguntaba por qué se iba, me decía que había muchos niños en el mundo que la necesitaban. Yo le decía que no entendía por qué otros niños necesitaban a mi madre más que yo mismo, pero ella me respondía que no podía ser tan egoísta. Que el mundo estaba lleno de gente con problemas de verdad.

Uve usó uno de los grifos para echarse agua en la cara, como si se la lavara, pero Jota supo que era una forma de disimular la humedad que le había aparecido en los ojos. Se los secó ahora con una toalla pequeña que llevaba al hombro.

—Ayuda a muchos niños que de verdad lo necesitan —añadió—. Pero el que me manda las cartas es mi tío, él está mucho más pendiente de mí.

Jota abrió su colonia, se echó un chorro en las manos y se frotó el cuello y el pecho. Pilló a Uve mirando el frasco. Buscaba algo en la estantería. Por cómo dejó caer los hombros, parecía no encontrarlo.

—Y no me manda dibujitos, son cosas superinteresantes, cuadros famosos… —Siguió hablando mientras se dirigía al cubículo del primer inodoro—. Le encanta el arte, las curiosidades.

Uve chasqueó la lengua al asomarse a la segunda taza. Atrapó el cepillo de dientes en un pellizco, para tocarlo lo menos posible, y así lo trasladó hasta uno de los lavabos, donde lo dejó caer. Lo limpió con jabón de manos y lo enjuagó varias veces, presionando las cerdas contra la palma de la mano. Realizó todo el proceso con la cadencia de una tarea repetida.

—¿Te hacen siempre estas mierdas? —preguntó Jota.

Uve se encogió de hombros en un gesto de forzada indiferencia.

—Están todo el rato vacilándose entre ellos también, es medio broma todo. —Uve rascó entre las cerdas con la uña—. El agua del váter está limpia en realidad.

Un chancleteo apresurado anunció la entrada de alguien en el servicio. Un chico en bañador de nadador arrancó pañuelos del dispensador y estornudó varias veces en el montón de papel.

—No llegaba al baño de arriba. —Se secó la nariz y reparó en Jota —. ¿Tú eres el nuevo?

—Sí.

—¿Y te van a poner en una habitación arriba o abajo?

—Aquí abajo, voy a su curso. —Señaló a Uve.

—Ah, como oímos que tenías casi nuestra edad, no sabíamos si a lo mejor…

—¿Me acabas de llamar repetidor?

—Repetidor es el que repite, ¿no?

La honestidad del nadador desarmó a Jota.

—Sí, tío —respondió con una risotada de complicidad.

El nadador rio también y alzó una mano en la que Jota chocó el puño.

—Si te apetece apuntarte y competir en natación, avísame —dijo el nadador mientras abandonaba el baño—. Tienes buena espalda.

Jota agradeció el cumplido hasta que el chico desapareció, momento en que le dedicó a Uve una rotunda negación de cabeza.

—No tengo yo otra cosa que hacer.

La voz que irrumpió en el pasillo puso en alerta a Uve.

—El Búho —avisó. Y, ante su falta de reacción, aclaró—: El conserje nocturno.

—¿El del zapatón? —preguntó Jota—. ¿Y qué pasa?

—Que no puedes ducharte a esta hora.

—Pero ¿qué tengo? ¿Ocho años? ¿Me va a regañar papá?

Uve se apresuró en parecer ocupado en el lavabo, le puso pasta de dientes al cepillo.

En cuanto entró, el conserje miró a Jota de arriba abajo.

—¿Tú no sabes que no se puede duchar uno a estas horas? —le preguntó—. ¿O te crees que tienes derecho a limpiarte los huevos cuando te dé la gana?

A Jota el comentario le hizo gracia, pero por el tono intuyó que era mejor aguantarse la risa.

—No tenía ni idea —respondió—. Soy nuevo.

—Sé quién eres. Pero me extraña que él no te haya dicho nada. —El Búho señaló a Uve, cuya postura se tensó—. Aquí todos conocen y cumplen las normas.

El interpelado detuvo el cepillo de dientes en la boca. Buscó en el espejo los ojos de Jota y redondeó los suyos, reclamándole en silencio que admitiera que sí le había avisado.

—¿No se lo has dicho? —insistió el conserje.

La mirada de Uve se afiló aún más, pero Jota permaneció en silencio. Era una oportunidad perfecta para calibrar su lealtad. Ahora sabría si podía confiar en él de verdad o si era un chivato que cedía bajo presión.

—¿Se lo has dicho o no? —presionó el Búho.

Uve se enjuagó la boca, quizá ganando tiempo para decidir qué hacer. Jota disfrutó del dilema al que lo había enfrentado: asumir una culpa que no le pertenecía o dejar en evidencia al chico nuevo.

—Sí se lo he dicho —confirmó Uve.

A Jota le dolió la traición tan temprana.

—Pero es que era una urgencia —continuó Uve—. Metió un pie en el lago y lo tenía morado del frío. Necesitaba agua caliente.

Jota habría querido guiñarle un ojo, pero se limitó a dirigirle una sonrisa ladeada.

—Ya le he dicho que es muy pronto para andar por el hielo. Que en un mes o así nos subiremos todos, pero que todavía es pronto.

—Bueno, subiréis todos si no se entera el director y si yo os salvo el culo, como siempre.

Del banco de la zona de duchas, Jota recuperó su zapatilla y su calcetín, empapados ambos. Se los mostró al conserje junto con el pie afectado.

—Ahora se ve bien, pero tenía mala pinta. Uve me dijo que por una urgencia sí podía usar la ducha.

—¿Uve? —El Búho apretó las cejas al escuchar ese apelativo.

—Y yo soy Jota.

Ofreció la mano al conserje, que, confundido, acabó por estrechársela. Tenía la piel áspera en los dedos, la palma llena de callos.

—Bueno, venga. —El conserje deshizo el apretón de mala gana—. Os vais los dos a la habitación, que a las diez se apagan las luces comunes. Y a y media, las personales.

—¿Vas a ir cama por cama comprobándolo?

—Por supuesto. Y al que no la haya apagado, rodillazo en las pelotas.

35

Replay se retiró el flequillo con el pulgar. Arrodillado en el suelo frente a la mesilla de Uve, con el codo sobre la cama, ensartó una vez más el extremo del clip en la cerradura del cajón inferior, tratando de forzarla.

—No sé por qué no se deja la llave puesta, joder, como todo el mundo.

—Porque tiene muchos secretos. —Quinto aflojó una muñeca y dejó caer la mano hacia un lado. Con la otra giraba aleatoriamente el dial de la caja fuerte en el armario de Uve, por si daba con la combinación—. No voy a acertar ni de coña.

—Vosotros también cerráis vuestras cajas fuertes. —Supermario leía una revista, tirado en su cama, junto a la ventana—. A saber qué secretos guardáis.

—Lo que guardamos son cuchillas para afeitarte el mostacho y condones para follarnos a tu madre —dijo Replay—. Y cerramos las cajas porque son cajas fuertes y para eso están, pero no este puto cajón de mierda.

Sacudió, con rabia, el alambre en la cerradura.

—¡Viene! —avisó Eté, que vigilaba el pasillo desde la puerta.

Los tres se lanzaron a la cama de Replay y forzaron una carcajada para disimular.

Supermario pasó una página de su revista.

Uve oyó risas antes de entrar en la habitación y se convenció de que no había ninguna razón para que fueran a su costa. Una vez en el cuarto, se dirigió a su armario. Todos tenían uno, además de la cama, la mesilla y un estante sobre el cabecero. Dentro de cada armario, disponían de una caja fuerte personal. Uve introdujo su combinación girando la ruedita a la derecha, a la izquierda y a la derecha otra vez. Ahí guardaba el dinero y también la llave del cajón de su mesilla, en el que archivaba las cartas de su tío. Cogió la llavecita y la usó para recuperar la de ese día.

Del sobre cuidadosamente abierto con el cúter, extrajo la lámina que había visto durante el desayuno. Su tío le explicaba en la carta que se titulaba *Ascendiendo y descendiendo* y era de un artista neerlandés, M. C. Escher. Al día siguiente, Uve sacaría chinchetas del cajón superior y clavaría la lámina en la pared alrededor del cabecero, junto a muchas reproducciones de otras obras: *La noche estrellada*, *Gótico americano*, *El grito*, *Misterio y melancolía de una calle*, *El hijo del hombre*… Su tío solía decirle que eran cuadros muy básicos y conocidos, pero consideraba que era la mejor forma de conseguir que se interesara en un futuro por obras menos populares.

Uve se metió en la cama para releer la carta, pero los pies chocaron con la sábana a mitad del colchón. No podía estirar las piernas, y eso solo podía significar una cosa: le habían hecho la petaca otra vez, doblando la sábana hacia el embozo.

Replay y los demás empezaron a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Eté—. ¿No cabes?

—Si eres muy bajito —dijo Quinto—. Deberías caber.

Uve se tapó la boca con la carta.

—Gilipollas. —Lo murmuró para sí mismo, pero imaginó que lo gritaba como le había enseñado a hacer Jota—. Sois unos gilipollas.

Replay chistó y alzó la voz:

—¿Qué dices?

Las risas se detuvieron de golpe.

Supermario bajó su revista para asomarse a lo que ocurría.

Uve disimuló y salió de la cama para colocar bien las sábanas. Era imposible que le hubiera escuchado.

—Tú, el del museíto —insistió Replay—. Que qué dices.

—Que tienes el culo lleno de lombrices —respondió Uve.

Un tenso silencio se apoderó de la estancia.

Duró solo un instante.

Supermario fue el primero en reírse.

—Hala, para que vuelvas a por más —le dijo a Replay.

Eté y Quinto dudaron un momento, pero se unieron a la carcajada. Incluso celebraron a Uve.

—Esa ha sido buena, tío.

—Se la has metido doblada.

A Quinto se le descolgaron las gafas de la risa.

Replay los echó de su cama mientras ellos le decían que no se picara tanto.

—Menudo *píkers*.

—Eres un *píííkers* —canturreó Eté.

Se enzarzaron entre ellos usando otras palabras inventadas en el internado y se olvidaron de Uve, que terminó de rehacer la cama, satisfecho de haberse atrevido a dar esa respuesta.

De nuevo bajo las sábanas, releyó la carta de su tío y miró la lámina de Escher con un mejor entendimiento tras las explicaciones que él le daba. Sin ellas no se habría fijado en que, además del grupo de monjes protagonistas que subían y bajaban las escaleras a perpetuidad, había dos figuras ajenas a todo. Uve imaginó que el extraño edificio en la imagen era el internado, que los monjes atrapados en un ciclo sin sentido eran sus compañeros y que esas dos figuras inconformistas, aún separadas, pero abocadas a conocerse, eran Jota y él.

Se preguntó qué estaría haciendo Jota en la habitación de al lado.

36

Se apagaron las luces del pasillo y también la del cuarto.

Jota vio al conserje gritar al interior de la habitación y se separó un auricular para escuchar lo que decía. Avisaba de que en media hora regresaría para asegurarse de que todos hubieran apagado las lámparas de sus mesillas. Lo dijo en alto, pero lo miraba solo a él. En cuanto se marchó, Jota soltó la diadema.

Se quedó escuchando música tumbado bocarriba en la cama, las manos cruzadas bajo la cabeza. Observó con desagrado a las cuatro personas con las que, a partir de ahora, tendría que compartir toses nocturnas y ronquidos. A una zancada de distancia, en la cama de al lado, cuyo cabecero compartía pared con la suya, leía un cómic el que llamaban Jackson, que habría cogido su apodo del cantante cuyo póster tenía sobre la mesilla. A Jota también le gustaban sus canciones, llevaba unas cuantas grabadas en sus casetes, pero no le apeteció iniciar ninguna conversación al respecto.

En la pared opuesta había otras dos camas, ocupadas por Gemelo y Latas. El de los paletos partidos en diagonal era Gemelo. Uve le contó que Gemelo no tenía ningún hermano en realidad, sino que lo había absorbido antes de nacer en el vientre de su madre. Desde el día en que cometió el error de compartir esa información con los demás, lo convirtieron en su apodo para que no se olvidara nunca

de ese hermano al que no le dio ni la oportunidad de existir. A Jota le había hecho mucha gracia la explicación. Sobre el nombre de Latas, Uve no ofreció ninguna, pero resultaba sencillo imaginar que sería porque llevaba aparato de dientes.

En la quinta cama, una solitaria pegada a la ventana, Barro ejercitaba sus antebrazos apretando una pinza que cambiaba de mano cada quince repeticiones. Finalizó la serie con la cara roja y un exagerado grito de esfuerzo que Jota escuchó por encima de la música en sus auriculares.

—¡Proyectil! —anunció de pronto.

Lanzó la pinza a la cabeza de Latas, que tuvo la suerte de que impactara contra el extremo de la almohada y no contra su cráneo. Latas se la tiró a Jackson con tanta puntería que el cómic desapareció de entre las manos como en un truco de magia. El atacado no rechistó, sino que se rio con el efecto. Gemelo y Latas chocaron las manos estirando los brazos entre sus camas.

Tras el repentino fuego cruzado, los cuatro cesaron sus actividades y apagaron las lámparas personales. Jota comprobó en las manecillas fluorescentes de un despertador de timbre que eran exactamente las diez y media de la noche. La puntual obediencia de esos chicos que tan rebeldes se creían lo asqueó. Mantuvo encendida su luz, cambió de cara el casete y pensó en cómo a él le habían dejado la cama más cercana a la puerta. La peor, claro. La que más corrientes tendría, junto a la que pasaría todo el mundo que entrara o saliera del cuarto, la primera que vería el pesado del conserje en sus rondas por el pasillo.

Jota cerró los ojos con la intención de evadirse en la música.

No había terminado siquiera la primera canción cuando la punta de una flecha impactó contra su hombro. Solo que no era una flecha, sino dos dedos en tensión, que se le clavaron y le retorcieron el músculo hasta que dolió.

Jota abrió los ojos y encontró la cara enfadada del Búho sobre la suya. Le susurraba algo que no escuchó con los auriculares, pero imaginó de qué se trataba. Que era la hora de apagar la luz, seguro. A modo de desafío, Jota le mostró cómo subía el volumen del walkman, para no escucharlo, justo antes de apagar su lámpara.

La luz podían quitársela. La música no.

Pero las manos callosas del conserje se deslizaron por la manta hasta encontrar el reproductor sobre su tripa. De un tirón le desconectó el cable de los auriculares.

—Se apaga todo —susurró el Búho en la oscuridad—. Y, a la próxima, te quito las pilas.

Jota limpió con la sábana salpicones de saliva en su cara.

En cuanto el zapatón del conserje se alejó por el pasillo, hubo risas en las otras camas.

37

El profesor de Química les pidió que metieran las bolas de papel de aluminio en la probeta. Explicó que, al verter sobre ellas la solución que ahora les entregaría, se produciría una espectacular reacción exotérmica. Recomendó que dieran un paso atrás para evitar salpicaduras e inhalación de vapores.

—Que no os quiero quemados ni vomitando en una esquina —dijo mientras cogía una caja cuyo contenido sonó a cristal—. Os voy a repartir uno de estos por pareja. No mezcléis nada hasta que yo lo diga.

Aunque había amanecido hacía dos horas, la oscura nubosidad de un día de tormenta mantenía encendidas las luces del laboratorio. A Uve le encantaba que lloviera cuando estaba en clase. A ese profesor lo llamaban Gorbachov porque tenía una calva con una mancha que recordaba al señor que salía todo el tiempo en la televisión y los periódicos. El profesor avanzó con la caja a lo largo de las mesas altas de laboratorio, donde la treintena de alumnos se había dividido por parejas. Un chico «hogareño» y Uve se quedaron sueltos, pero, cuando Gorbachov les propuso que se juntaran, el otro optó por sumarse a una pareja.

Antes de que Gorbachov alcanzara a Uve, se abrió la puerta del laboratorio.

Muchos cuellos se giraron hacia el ruido.

En el umbral apareció Jota, con el pelo y la cazadora mojados.

—¿Usted no vive en el internado? —preguntó Gorbachov con el tratamiento formal que usaba en los regaños. Al recibir un asentimiento como respuesta, añadió—: ¿Y llega veinte minutos tarde?

—Me equivoqué de camino, he acabado en las pistas de tenis. Es la primera vez que vengo al laboratorio. Le podría haber pasado a cualquiera. Usted también habrá sido nuevo en algún sitio alguna vez.

Hubo susurros y codazos en las mesas.

—Anda, pasa. —El profesor reanudó el reparto—. Pero el próximo día ya no te servirá esa excusa. Ahora júntate a alguien, que esto te va a gustar.

Jota recorrió con la mirada el montón de alumnos a los que apenas conocía o con los que ya había tenido un mal comienzo. Los ojos se le redondearon al encontrarse con los de Uve, que enseguida le ofreció el taburete vacío a su lado.

—Ayer me mojo en el lago y hoy con la lluvia —susurró Jota al llegar, al tiempo que sacudía el agua de su cazadora—. *Be water, my friend.*

—¿Qué? —preguntó Uve.

—Nada. Veo que no lo conoces.

—¿El qué?

El profesor los alcanzó con la caja en la mano, que tintineó al apoyarla en la mesa.

—No vuelva a llegar tarde.

—¿Y si he llegado justo a tiempo? —Jota extendió la mano como si atendiera puntualmente el reparto.

—No se pase de listo.

Gorbachov le entregó uno de los goteros de cristal de la caja. Les recordó que no debían usarlo hasta que él lo avisara.

Barro gritó desde su sitio:

—¿Qué pasa si se lo tiro a este a la cara?

Había desenroscado el cuentagotas del frasco y amenazaba con lanzarle el contenido a Replay, que se mostraba dispuesto a colaborar en el experimento.

—Pasa que os expulso del colegio a los dos ahora mismo. Separa ese frasco del tonto de tu amigo, anda. ¿O quieres quedarte ciego y desfigurado antes de cumplir los quince? Por muy acostumbrado que estés a ser un adefesio, esto sería mucho peor.

Varias risas explotaron alrededor de Replay, que empujó el brazo de Barro para separarlo de su cara.

—El frasco en la mesa. —El tono del profesor perdió cualquier matiz de broma—. Ahora.

Barro acató la orden.

—¿Siempre son así de críos? —le preguntó Jota a Uve, envolviéndolo en una oleada de su colonia—. Parece una guardería esto.

—¡Desfigurado se parecería más a su padre! —exclamó alguien.

Las risas resultaron incontenibles.

Incluso Gorbachov se rio, ya más calmado al ver el gotero lejos de la cara de nadie.

—Ahora que descubráis lo que hace con el aluminio —dijo mientras regresaba a la pizarra—, se os van a quitar las ganas de

reír.

Jota arrancó una esquina del papel plateado que Uve tenía sobre la mesa. Señaló las tres bolas dentro de la probeta y preguntó si podía añadir otra.

—Ha dicho que eran tres —explicó Uve.

—Y yo digo que más siempre es mejor. —Jota dio forma a una cuarta bola que encestó en el recipiente—. A ver qué pasa.

—A ver qué pasa —repitió Uve.

El profesor pidió atención. Explicó que debían desenroscar el cuentagotas, pero que no usarían la pipeta. Debían verter la solución al completo, de una sola vez, en la probeta.

—La química se encargará del resto —anunció moviendo los dedos como un prestidigitador.

Realizó una cuenta atrás desde tres y dio la orden de mezclar.

Fue Jota quien vació el líquido sobre el aluminio.

Desde otros puestos llegó el sonido de burbujeo y exclamaciones de asombro. Algún aplauso.

—Os dije que sería espectacular —afirmó el profesor.

Jota cuestionó a Uve con la mirada porque en la probeta de ellos no ocurría nada. Entonces se inició la reacción. El líquido casi transparente cambió a negro y la espuma de una violenta efervescencia ascendió por el cuello del recipiente, del que emanaban humo y vapores con olor a metal quemado.

Uve tosió para despegar un sabor desagradable en su garganta.

Jota tocó la probeta y retiró el dedo con un latigazo.

—Está ardiendo —dijo con fascinación.

Aunque parecía que la mezcla no iba a rebasar el cuello del recipiente, una pequeña detonación en el líquido escupió espuma

oscura como en una erupción volcánica.

Jota se separó de la mesa y el taburete, silbando de la risa entre los dientes.

Gorbachov pidió calma a los alumnos, que celebraban la reacción con voces cada vez más altas.

Una gota densa le cayó a Uve en el dorso de la mano.

Quemó como si le apagaran un cigarrillo en la piel, pero, al escuchar reír a Jota, apenas le dolió.

38

Uve le preguntó qué tal se encontraba hoy a la señora del comedor, que le sirvió carne en salsa y puré de patata en cada compartimento de la bandeja. Ella le respondió que iba mejorando, que muchas gracias por preguntar. Uve completó su menú con un vaso de agua y un yogur.

Se sentó junto a dos chicos de un curso inferior con los que también hablaba a veces en el patio, pero ellos terminaban de comer y se marcharon poco después de que Uve comenzara.

En cuanto lo dejaron solo, Barro apareció en una silla frente a él, igual que había hecho en el desayuno del día anterior.

—¿Te vas a comer eso? —le preguntó con la nariz arrugada.

Uve se fijó en que Eté, Latas, Replay y los demás observaban desde la cola de las bandejas. Asintió a la pregunta, a él sí le gustaba la comida del colegio. De la manga, donde lo traía escondido, Barro sacó un tubo de ensayo.

—Cogí un regalito del laboratorio esta mañana —susurró.

Destapó el corcho y vació el líquido sobre la bandeja de Uve.

Hubo risas en la cola.

—¿Te lo vas a comer? —Barro usó el tenedor de Uve para mezclar el líquido transparente con la comida—. ¿Seguro?

Dejó clavado el cubierto en el montón de puré como si fuera la bandera de alguna conquista y se marchó empujando la mesa al levantarse del banco. Se oyeron choques de manos en la cola. Uve miró a la mesa donde comían Gorbachov y otros profesores. Ajenos a los alumnos, conversaban entre ellos con enérgicos aspavientos mientras una profesora que llevaba las gafas colgando del cuello servía vino en los vasos para el agua.

Las patas del banco volvieron a chirriar.

Una bandeja se apoyó en la mesa.

Y, a continuación, un walkman.

—Lo dijo Bruce Lee y es una filosofía de vida sobre fluir y adaptarse a lo que venga, sin resistencia. Como hace el agua. —Jota se sentó con un menú igual al de Uve, pero con una manzana de postre. Ante el silencio que obtuvo como respuesta, aclaró—: Lo que te dije antes, lo de *be water, my friend*. Sé reconocer una buena filosofía, aunque venga de un karateka, pero para mí es un enfoque taoísta que no me convence del todo. Yo soy más absurdista, de Camus, el mito de Sísifo, todo eso. ¿Tú?

Uve se quedó mirándolo sin parpadear.

—No tienes ni idea —continuó Jota—. Como la mayor parte de la gente, que vivís sin significaros. Pero diría que eres… —Entornó los ojos como si realizara un examen científico—. Eres un poco como el agua de Bruce Lee, pero mal entendido. Obediente y sumiso como un cauce artificial. Típico de autoritaristas.

—Soy capricornio —respondió Uve.

Jota acababa de beber agua y a punto estuvo de pulverizarla entre los labios.

—Esa ha sido buena —afirmó cuando consiguió tragar—. ¿Qué más da todo? Tú eres capricornio y las bombillas brillan.

Jota comió con hambre. Dio varios bocados, paseando el tenedor sin descanso entre el puré y la carne. Uve destapó su yogur, lo único que aún podía comerse. Después de ver lo que ese ácido había hecho al papel de aluminio ni siquiera se atrevería a tocar la comida.

—¿Ya estás con el postre? ¿Y todo eso? —observó Jota sobre su bandeja—. ¿Lo vas a dejar?

Uve se limitó a asentir.

—¿En serio? Si no has comido nada.

—No tengo hambre.

—Pues dame a mí, que tengo mucha.

Jota atacó la bandeja con su tenedor, pero Uve la deslizó a un lado para que no la alcanzara.

—¿Qué haces? —Jota estiró aún más el brazo—. No seas rata. La van a tirar si no te la comes.

Uve empujó más lejos la bandeja.

—Pero, tío, para.

Desde otra mesa llegaron unas risas.

Jota giró el cuello hacia allá.

—¿Y a esos gilipollas qué les pasa ahora?

Barro los miraba de vuelta y comentó algo con Gemelo, Quinto y el resto. Se habían juntado todos los de las habitaciones en una misma mesa, excepto Supermario y Jackson, que en horario de clases solían irse con otra gente.

Jota se volvió y miró la bandeja que Uve no había tocado y que tampoco quería compartir. Ladeó la cara armando alguna conjetura. Más risitas en la otra mesa le sirvieron de confirmación.

—¿No te habrán hecho una mierda de las suyas? —preguntó.

—Da igual. Tampoco tenía hambre.

—¿Te han echado algo? —Señaló con el tenedor la bandeja en el extremo de la mesa—. ¿Por qué no se puede comer?

—Déjalo, en serio.

—¿Qué le han echado?

Uve permaneció en silencio.

—Dímelo, Uve.

Oír ese nombre en los labios de Jota, esa nueva identidad que él le había inventado y que podía ser el inicio de una vida diferente, lo animó a responder.

—Echó un líquido de un tubo de ensayo del laboratorio —dijo en voz baja—. No sé qué era.

—¿Quién? ¿El pelirrojo?

Uve asintió y a Jota se le cerraron los puños sobre la mesa, como si quisiera agarrarse a algo para no dejarse dominar por una rabia que también le tensó los labios y le nubló los ojos. Acabó por levantarse con una enérgica sacudida.

Alcanzó a Barro de espaldas, sentado a su mesa, sin que tuviera tiempo de reaccionar a los avisos de sus amigos. Jota lo levantó de los hombros con tal brusquedad que los enmudeció a todos. Manejó a su antojo a un Barro desconcertado hasta aprisionarlo por el cuello de su jersey del uniforme.

—¿Vas a parar? —le escupió en la cara—. ¿Vais a dejarlo en paz?

Los ojos de Barro, hinchados por el ahogamiento, viajaron hasta Uve, que se acercaba al altercado. Después, volvieron a Jota.

—¿Qué eres tú ahora? —La presión en su garganta le rasgó la voz —. ¿Su guardaespaldas?

Jota lo zarandeó para revalidar su superioridad, pero esta vez Barro se defendió con un rodillazo. También lanzó un puño que Jota esquivó, pero que lo llevó a perder el agarre del jersey. Liberado, Barro embistió a Jota.

Las patas de los bancos de todo el comedor rechinaron contra el suelo cuando los alumnos se levantaron para ver la pelea. La mayoría de los cubiertos se apoyaron en los platos.

Los secuaces de Barro rodearon a su amigo, lo jalearon, dudaron de si intervenir o no.

Quien sí intervino fue Gorbachov, que se abrió paso entre ellos a codazos, aún masticando un trozo de comida. Separó a los luchadores con los brazos extendidos a los lados. Otro de los profesores impuso orden entre los mirones y los mandó de vuelta a sus asientos y sus comidas.

—¿Cómo le hacéis eso? —increpó Jota a Barro.

—¿Hacer el qué? —preguntó Gorbachov.

—Yo no he hecho nada. —Barro se apartó el pelo sudado de la frente—. Me ha atacado este gañán por la espalda, sin venir a cuento. Solo me he defendido.

El profesor cuestionó a Jota.

—El que estaba defendiendo a alguien era yo. —Señaló a Uve, que negó con la cabeza para que no siguiera hablando—. Le han echado algo en la comida.

—¡Mentira! —interrumpió Barro—. Se lo está inventando.

—Le han vaciado un tubo de ensayo del laboratorio —continuó Jota con tanta seguridad como si lo hubiera visto con sus propios ojos.

Gorbachov enfiló a Barro y endureció el tono:

—¿De verdad has hecho eso?

—Que no he hecho nada —insistió el pelirrojo—. Le habrá mentido su amiguito.

La manera en que entonó la palabra generó en la mesa risitas a las que incluso el profesor se unió.

—¿En serio no vas a hacer nada? —le preguntó Jota.

—A usted le sobra carácter para el poco tiempo que lleva aquí —contestó Gorbachov—. No nos diga lo que tenemos que hacer.

En lugar de seguir hablando con los protagonistas de la pelea, el profesor se dirigió a Uve, que había regresado a su mesa.

—¿Te han echado algo? —le preguntó.

Uve sintió la presión del montón de ojos clavados en él. Los de Barro, los de los otros gilipollas que tenía por compañeros de casa, los del profesor. Ojos muy abiertos que le exigían en silencio que zanjara el asunto, que negara lo ocurrido, aunque fuera mentira, como había hecho tantas otras veces porque era lo más fácil para todos. Incluso para él, que con esas renuncias conseguía que lo dejaran en paz hasta la vez siguiente y evitaba que añadieran el de «chivato» a los insultos que podían dirigirle. Pero, esta vez, Uve sentía sobre él también los ojos de Jota, que fue a los que miró cuando decidió responder con la verdad.

—Sí —dijo—. Un tubo de ensayo. En toda la comida. Ha sido Barro.

Jota señaló al acusado con ambas manos, como si las palabras de Uve fueran la evidencia definitiva.

A Gorbachov se le torció el gesto y cogió a Barro del brazo.

—¡Es una trola!

El pelirrojo se zafó de un tirón y se acercó al borde de la mesa de Uve. Levantó la bandeja y cogió el cubierto que seguía limpio.

—¿Aquí? —Señaló la comida con la cuchara—. ¿Aquí te lo he echado?

Uve lo miró sin entender el teatro. Ni siquiera consideró necesario responder. Claro que se lo había echado ahí. Sabía perfectamente que sí. Lo había hecho hacía cinco minutos.

—Te lo he echado aquí, ¿no?

Uve asintió.

—Muy bien.

Barro cogió carne y puré de patata con la cuchara. Se la mostró, llena, al profesor, a Jota y a quienes aún observaban el altercado desde sus mesas. Delante de todos ellos, se llevó la comida a la boca y se la tragó. Comió una segunda cucharada, mucho más colmada, y soltó la bandeja con desprecio y un estruendo metálico.

—Eres un mentiroso —le dijo a Uve.

El puré de patatas formó cortinas amarillentas en el interior de la boca.

Incapaz de entender lo ocurrido, Uve buscó a Jota.

El estómago ya encogido se le retorció aún más cuando él le retiró la mirada.

Jota trató de decirle algo a Gorbachov, pero el profesor habló por encima de él.

—No quiero oír nada más. No voy ni a preguntar. Cada uno a su sitio y aquí se ha acabado el tema.

—Pero podrían haberlo matado —soltó Jota.

—Tampoco exageremos. —Gorbachov mostró las palmas de las manos mientras se marchaba.

Barro y Jota se cruzaron de regreso a sus mesas respectivas.

Intercambiaron miradas desafiantes hasta que sus hombros se rozaron.

El resto de los alumnos comentaba lo que acababa de ocurrir y no oyeron nada más, pero Uve, que solo se fijaba en Jota, escuchó con claridad:

—A tu madre sí que la mataron —dijo Barro.

Antes de que Uve pudiera procesar el comentario, Jota arreó un cabezazo al frente. Empujó a Barro, todavía aturdido, haciéndole caer al suelo. Con dedos temblorosos, el pelirrojo tocó la sangre que fluía de su nariz y manchó de rojo el jersey gris del uniforme.

Jota también sangraba, por una brecha en la ceja.

En el comedor estalló de nuevo el vocerío.

Gorbachov reapareció acompañado de más profesores.

—Usted se viene conmigo —le dijo a Jota.

Lo guio, a empujones, fuera del comedor.

La profesora que antes servía copas de vino ayudó a levantarse a Barro y le mantuvo elevada la barbilla.

—Así contenemos la hemorragia —explicó mientras se lo llevaba hacia el pasillo donde se encontraba la enfermería.

Los demás profesores preguntaron sobre lo ocurrido, pero nadie supo explicar qué había provocado la segunda pelea. Uve se encogió de hombros cuando lo cuestionaron a él. No pensaba repetir el comentario que había escuchado. Ni siquiera sabía muy bien qué significaba.

Barro regresó poco después con algodones en la nariz.

—La que has liado —le soltó a Uve.

Con una sonrisa, le enseñó el tubo de ensayo escondido en su manga.

Uve esperó a Jota en el comedor, pero la misma señora que le había servido la bandeja acabó por decirle que tenía que marcharse. Cogió el walkman que Jota se había dejado sobre la mesa.

39

En la puerta de la enfermería, Jota encontró a un señor mayor que ya se marchaba, con bigote grueso y blanco como de explorador antiguo.

—Doctor Livingstone, supongo —le dijo.

—¿Cómo?

Jota se rio para sí mismo, pero no se explicó. Sus referencias eran para quienes las entendieran.

El señor se tocó la oreja.

—Es que no oigo.

—Soy el de la ceja —se presentó Jota como si lo repitiera—. Creo que avisaron de que bajaría.

—El de la pelea, ya. ¿Cómo tardas tanto en venir? Un poco más y no me encuentras. El de la nariz estuvo aquí hace horas.

—Me han secuestrado en el despacho del director. ¿Se la rompí?

El señor ladeó la oreja.

—Que si le rompí la nariz al otro.

—¿Eso querías?

El doctor Livingstone se puso de puntillas y gimió con una mano en las lumbares. El otro brazo lo extendió para coger algo escondido sobre el foco en la pared que había encima de la puerta. De allí bajó la llave con la que abrió la puerta de la enfermería. Invitó a pasar a

Jota y ambos sortearon columnas de cajas que acaparaban demasiado espacio de la estrecha sala.

—Todos los primeros de mes ocurre lo mismo. Hay gente que confunde internado con orfanato y nos llegan donaciones de medicamentos como si todos vosotros fuerais huérfanos enfermos de tuberculosis. —Sacó un envase al azar de una de las cajas y soltó un ronquido de incredulidad al descubrir lo que era—. Ni que estuviera yo aquí amputando piernas como en un hospital de campaña. Si lo máximo que veo son narices que sangran, dientes rotos y brechas de estas. —Le señaló la camilla a Jota, inutilizada con más paquetes—. Suerte que no te tienes que tumbar.

Jota apoyó el trasero en el borde de la camilla, cuya esquina desgarrada dejaba ver el relleno de espuma. El señor encendió un foco potente y, de su rebeca de lana, sacó unas gafas para examinar la ceja.

—Esto no es nada —dijo como si le decepcionara—. ¿Te dejó de sangrar después de presionar un rato?

Jota asintió. Gorbachov le había dado un pañuelo mientras lo sacaba a empujones del comedor. Sentado en secretaría, mantuvo apretada la tela contra la herida hasta que apareció el director. Antes de que entrara al despacho, el profesor hizo amago de recuperar su pañuelo, pero, con gesto de desagrado, acabó por decirle que se lo quedara.

—¿Te la han desinfectado?

—No me han hecho nada. Solo echarme broncas y sermones. Y llevo aquí dos días.

—Eres el nuevo…

Al caer en la cuenta de quién era Jota, el doctor Livingstone suavizó la voz y le masajeó el hombro de la misma manera que se lo habían masajeado anteriormente otros tantos adultos de ojos llorosos y gesto apenado para decirle palabras vacías que no le ayudaban en nada.

—Cuando la vida se porta mal contigo, maltratarla de vuelta no es la respuesta. —El señor cogió un bote rojo de un botiquín de pared mientras hablaba como si compartiera valiosa sabiduría—. Es mucho mejor perdonarla.

Jota habría puesto los ojos en blanco, pero se limitó a asentir. Era la manera más rápida de callar a esa gente que le daba consejos sin que los hubiera pedido.

—Las heridas hay que cuidarlas. —El señor aplicó mercromina a la brecha con un algodón, muy consciente del doble sentido que adquirían sus palabras—. No sanan solas.

La gravedad con la que entonaba pensamientos tan básicos le dio a Jota ganas de reír. Sobre todo porque, en realidad, las heridas sí sanaban solas. El cuerpo disponía de mecanismos suficientes de cicatrización y regeneración, los que permitieron al ser humano sobrevivir a sus heridas durante siglos, mucho antes de que existiera la medicina. Si ese señor era médico o algo parecido, debería saberlo.

—Relaja la frente, que se te arruga la ceja.

Jota se esforzó por mantener la compostura.

—Y no estés enfadado con el mundo —susurró el señor—, por injusto que parezca.

Jota se incorporó de golpe. O salía de ahí ahora mismo, o le iba a acabar contestando algo que lo mandaría de nuevo al despacho del

director.

—Ya está desinfectada, ¿no?

—Si escuece, se está curando. —El señor mantuvo el tono solemne de adulto sabelotodo con el que pretendía convertir la brecha en una metáfora de algo más grande para seguir dándole consejos en clave—. Deja que duela. Deja que cure.

Jota se dio golpecitos con un dedo en la brecha.

—Si es que no me duele.

El portazo al marcharse hizo titilar un fluorescente en el pasillo.

40

Uve entró al baño antes de llegar a su habitación.

Lo encontró vacío.

Se encerró en un retrete, usó el váter tapado como asiento y abrazó la mochila contra su pecho. Antes de abrirla, trató de calmar la anticipación que le aceleraba la respiración.

Agarró el tirador.

Recorrió la cremallera eslabón a eslabón.

Contuvo el aliento mientras sacaba el walkman del interior de la mochila. Lo apoyó en el regazo incapaz de creer que los auriculares de espuma naranja que había visto en las orejas de Jota, o colgando de su nuca, descansaran ahora sobre las piernas. Acarició la diadema y se la imaginó perdida, por las noches, entre sus sábanas, junto a sus piernas o sobre su almohada, después de que se quedara dormido escuchando música.

Desenredó el cable como si desentrañara algún misterio.

El corazón le latió en el pecho a un ritmo desconocido mientras aproximaba la diadema a su nariz. A propósito, dejó que le rozara los labios y no reprimió las ganas de inspirar en la espuma naranja. El olor impregnado de la colonia de Jota lo asomó a la idea de una vida que desconocía, pero ansiaba.

Algunas sospechas que Uve aún albergaba sobre sí mismo se transformaron en una verdad tan aplastante que tuvo ganas de llorar, de miedo y de felicidad. Por primera vez, se sintió en el centro de su propio mundo.

Uve se puso los auriculares.

Presionó Play en el walkman para descubrir qué escuchaba Jota y a qué sonaba el futuro.

Se dejó arrastrar por la voz suplicante de quien cantaba y por la nocturnidad de un sonido que lo transportó, de la mano imaginada de Jota, a un paisaje urbano de semáforos, carteles y chaquetas de cuero de una gran ciudad que no conocía, pero en la que todo era posible y en la que…

Golpes atronadores interrumpieron la música y la ensoñación. Uve se quitó los auriculares y regresó al baño del internado, donde alguien aporreaba la puerta de su retrete.

Vio tres pares de zapatos bajo la puerta.

A toda prisa escondió el walkman en la mochila, como si cualquiera que lo viera pudiera descubrir la verdad que sobre sí mismo le había revelado.

—Que si quieres tu regalo o no —dijo Barro.

—No. —Uve cerró la cremallera de un tirón.

—Pues aquí lo tienes.

Un rollo de papel higiénico entró por el espacio superior de la puerta y cayó con un impacto húmedo junto a los zapatos de Uve. Estaba amarillo y completamente empapado, como si lo hubieran sumergido en el agua de un váter después de que lo usara alguno de ellos, o quizá los tres, que se marcharon corriendo del baño entre risas.

41

Uve esperó medio oculto tras el árbol.

Notaba la corteza húmeda en las manos.

Hojas secas crujían bajo los pies cada vez que cambiaba de posición. Vigilaba la salida lateral del colegio, la que permanecía abierta después de las clases para que los alumnos internos accedieran al comedor en el horario de cena. Sin los «hogareños», lo usaban muchos menos estudiantes que al mediodía y algunos se presentaban ya con el pijama puesto, convirtiendo el espacio en una extensión de las casas en las que vivían. Además, a esas horas sí les dejaban encender la televisión anclada a la pared que permanecía apagada en horario escolar.

Uve había cenado expectante ante la aparición de Jota. Pero, cuando él llegó, tan solo lo miró desde lejos y eligió otra mesa para sentarse. Uve supo entonces que se habría creído la versión de Barro y la sola idea de que Jota pudiera pensar que se había inventado lo del tubo de ensayo le cortó el apetito. Quiso acercarse en ese momento a aclarar las cosas, pero prefirió hacerlo sin miradas ni bisbiseos de los demás.

Por eso lo esperaba a la salida, a cierta distancia, medio escondido tras el tronco de uno de los árboles desnudos en el terreno.

Varios compañeros salieron empujándose, desafiándose en carreras hasta la casa. En el resplandor de las farolas resultó visible el aliento de los corredores, convertido en fugaces nubes de vaho. Otros alumnos saltaron los cuatro escalones que había nada más salir del comedor, alguno bajó deslizándose por la barandilla.

Por fin, salió Jota, casi el último.

Se abrochó la cazadora hasta arriba.

Uve lo vio bajar los escalones sin prisa y caminar igual de tranquilo por una de las sendas que llevaba a las casas. Nervios de último minuto mantuvieron a Uve anclado al árbol. Temía encontrar a Jota más enfadado de lo que esperaba. Solo cuando se alejó tanto que casi alcanzaba la residencia reunió el valor suficiente de ir a por él.

Para su sorpresa, Jota no se dirigió a la puerta trasera que daba acceso a la cocina de la casa, sino que se desvió en sentido contrario, al terreno ajardinado. Se sentó en un par de escalones de piedra que había en un desnivel, entre parterres.

El crujido de una hoja delató la llegada de Uve.

Jota se volteó con un sobresalto y una mano escondida en el bolsillo interior de su cazadora, pero se relajó enseguida.

—¿Cogiste mi walkman? —le preguntó sin más, como si hubiera estado esperando su aparición—. Dime que lo has cogido y que no tengo que pedírselo a ningún profesor.

A Uve le alivió que no pareciera tan enfadado.

Asintió a la pregunta y le mostró la mochila donde lo llevaba.

—Menos mal —dijo él.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te han hecho?

—Nada. —Jota lo invitó a sentarse con una palmada en el escalón —. Secuestrarme en un despacho para preguntarme qué pretendo conseguir con esta actitud y darme tiempo para pensar y mierdas de esas… Como si me conocieran.

Uve sintió el frío de la piedra a través del pantalón. La mochila la dejó entre los pies. Iba a preguntarle a Jota por lo que Barro le había dicho justo antes del cabezazo, pero prefirió no desvelar, de primeras, que él también lo había oído.

—¿Por qué volviste a pegarle?

Jota desvió la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Porque no había acabado con él. Se habían pasado contigo. O eso creí, al menos.

—Te dijo algo —insistió Uve—. Fue por otra cosa.

—Déjalo, en serio. —Los ojos de Jota regresaron a él, afilados—. A mí lo que más me jode de todo esto es la bola que me contaste. No te habían echado nada. Ni siquiera entiendo por qué…

—Me lo echaron —interrumpió Uve—. En serio.

—Pero si el gilipollas se lo comió sin miedo. Y no le pasó nada.

Uve ofreció la explicación a la que había llegado él mismo: en el tubo de ensayo había solo agua. La intención de la broma no había sido que tragara nada del laboratorio, sino solo asustarlo y joderle la comida.

—Pues me parece casi más chungo y retorcido —dijo Jota—. Inteligente, por otra parte, eso hay que reconocerlo. Pero menudos gilipollas. Al pelirrojo es que lo odio, te lo juro.

Uve se quedó embelesado por el vaho que desprendía la boca de Jota, su aliento convertido en vapor. Un escalofrío le ascendió por la espalda y sacudió los hombros.

—Si no hace tanto frío —observó Jota al verlo estremecerse.

Uve contradijo con un asentimiento y se frotó las manos para calentarlas.

Jota se las tocó con un dedo.

—Las tienes heladas.

Se rio al verlo tiritar una vez más, sin saber que ese nuevo temblor de Uve nada tenía que ver con el frío, sino con un prodigioso remolino que podría salírsele por los ojos en forma de luz. Ajeno a la turbación de Uve, Jota expulsó un par de bocanadas de vaho que flotaron hacia una farola.

—¿Sale mucho? —preguntó—. ¿Parece humo?

—Sí.

—Perfecto.

Del bolsillo interior de su cazadora, sacó un paquete de tabaco.

—No se puede fumar aquí —avisó Uve.

—¿Acaso podemos hacer algo?

Jota encendió un cigarrillo con mechero y dio una profunda calada que expulsó en una mezcla de humo y vaho. Agitó la cajetilla para que asomara otro cigarro que le ofreció a Uve. Aunque tenía ganas de decirle que sí a todo, lo rechazó con una sacudida de cabeza.

—No fumo —dijo como si lo hubiera decidido alguna vez.

—Ya conseguiré que lo pruebes.

Uve quiso robarle el cigarro y fumárselo ahí mismo, por mucho asco que le diera el olor. Jota curvó una comisura de la boca como si pudiera descifrar sus deseos contradictorios y disfrutara de verlo confundido. Alargó una mirada silenciosa hasta que Uve no pudo sostenerla y escapó con los ojos al jardín.

—¿Me vas a devolver el walkman o no? —preguntó Jota.

Uve lo sacó de la mochila. Se lo entregó con vergüenza, temiendo que pudiera notar cómo había acariciado el cable o rozado la diadema con la boca.

—¿Te ha gustado la cinta?

—Qué va, no, ¿por? O sea, no sé. —Uve soltó las palabras sin pensar—. Es que no la he oído. Vamos, que no me ha dado…, esto…, tiempo.

—Te acabo de decir que me jode mucho que me mientan. —La brasa del cigarrillo brilló de un color naranja similar al de la espuma de los auriculares—. ¿No le diste ni por curiosidad?

Jota soltó el humo a la vez que las palabras.

—Una —concedió Uve, a quien el tabaco empezó a olerle bien—. Escuché una canción.

Jota celebró tener razón con otra leve sonrisa.

—¿Y te gustó? ¿La conocías?

Ante la negativa de Uve, sacó algo de un bolsillo lateral de la cazadora. Era la funda del casete, la cual abrió para desplegar el libreto. Buscó la mejor iluminación de la farola para mostrarle a Uve una fotografía del grupo.

—Canta ella. —Puso el pulgar junto a la chica rubia que encabezaba la banda—. Te juro que me parece la tía más buena del mundo. Pillé una vez el videoclip en la tele y, si lo ves, te pones cachondo. Salía como con ropa blanca y el pelo así en la cara… Uf, me pongo malo. Era en este plan. —Señaló otra imagen en una esquina del libreto—. A esta le he dado uso… Ya me entiendes.

Buscó la complicidad de Uve clavándole un codo.

Él forzó una sonrisa mientras el enérgico remolino luminoso en su interior se apagaba al entender lo que eso revelaba sobre Jota.

—Es muy guapa —dijo Uve.

—Pero es que además molan las canciones, en serio.

La única que había escuchado Uve resonó ahora, desafinada, en su cabeza.

Un agudo silbido perforó la oscuridad.

Provenía de las casas.

—Es el Búho —avisó Uve—. Que entremos.

—Ah, ¿que también silba como una alarma?

Jota disipó con una mano el humo expulsado y apagó el cigarrillo en la piedra.

42

El conserje le preguntó a Barro qué hacía en esa habitación y todavía en toalla.

—Antes del desayuno no quiero líos, no me jodáis —añadió—. Luego haced lo que queráis, que yo ya estaré en mi casa.

—He venido a pedir una camiseta interior —respondió Barro—, no me quedan limpias.

—¿Por qué será? —El conserje sacudió la mano frente a su entrepierna hasta imitar una salpicadura dirigida al pecho.

Replay, Eté, Quinto y Supermario, a medio vestir tras la ducha mañanera, se rieron con ganas.

El conserje le lanzó una carta a Barro como si fuera un frisbi.

Para cogerla, tuvo que soltar la toalla de su cintura.

—Tápate, cerdo —dijo el Búho.

—Pues no me tires así las cartas —respondió Barro, desnudo en mitad de la habitación—. ¿O era un truco para vérmela?

Batió la cintura hasta hacer el ruido de un aplauso sin manos. El conserje exageró una arcada y el volumen de las risas en la habitación aumentó mientras terminaba de repartir la correspondencia al resto.

—Haz el favor de usar desodorante —le dijo a Quinto—, que ya no eres un crío. Y tú —se dirigió a Supermario y le entregó un sobre de

correo aéreo—, o te afeitas de una vez esos cuatro pelos que tienes por bigote, o te los arranco a tirones, que da asco verlos.

La carta que le quedaba la dejó en la mesilla de Uve.

—Siempre el último en la ducha… —Encajó el sobre entre la pared y la base de la lámpara. Antes de abandonar la habitación, gritó a traición para asustarlos—: ¡Ocho minutos para el desayuno!

En cuanto el conserje se marchó, Barro chistó a los demás. Señaló con la barbilla la carta de Uve y, con un movimiento de cabeza, mandó a Eté a vigilar a la puerta de la habitación. Todos entendieron el plan.

Replay se subió el flequillo con el pulgar, dispuesto a colaborar.

Quinto, como había hecho Barro, soltó su propia carta.

Supermario se sentó en su cama para calzarse, sin ánimo de participar.

—Venga, que no está —informó Eté desde el umbral.

Barro alcanzó la mesilla de Uve y se hizo con el sobre, uno de tamaño normal. Lo palpó por las esquinas y el centro.

—Joder, no sé si tiene.

—Siempre tiene. —Replay trató de arrebatárselo.

—A veces, no —dijo Quinto poniéndose las gafas—. Ábrelo y ya está.

Un chistido de Eté los alertó.

—Viene, viene, viene.

Todos se quedaron paralizados un instante, sin saber qué hacer. Replay arrancó la carta de las manos de Barro, que no tenía dónde ocultarla, y se la escondió bajo la camisa del uniforme. El grupo se desperdigó por la habitación conteniendo la risa justo antes de que

entrara Uve, que regresaba de la ducha ya prácticamente vestido, como siempre.

Barro vio cómo se fijaba en el sobre de correo aéreo que Supermario había dejado a un lado para atarse los cordones. Los ojos de Uve viajaron también a las otras cartas sobre las mesillas y las sábanas de los demás, lo que evidenciaba que el conserje había repartido ya la correspondencia. Uve miró enseguida su mesilla y comprobó que no tenía carta. Supermario negó con la cabeza mientras terminaba de atarse los zapatos.

—¡Un minuto para el desayuno! —gritó Barro, al estilo del conserje.

Intercambió un guiño con los otros y todos esperaron a que Uve fuera el primero en abandonar la habitación.

Inmediatamente, Eté retomó su posición de vigía en la puerta.

—Vía libre —informó pasados unos segundos.

Replay sacó el sobre de Uve de debajo de su camisa.

Ensartó el pulgar en la solapa y la rasgó a lo largo sin ningún cuidado.

Entre los blancos pliegues del papel de carta resultaron visibles los colores de varios billetes.

—Os lo dije —susurró Replay.

—Somos ricos.

Barro quiso pescar el dinero, pero Replay apretó el sobre para impedírselo.

Se ganó con ello una colleja que hizo reír a Eté.

—Yo dirijo el golpe, yo administro el botín. —Barro extrajo los tres billetes y los mostró como si fuera una jugada ganadora de naipes—. Esto va a mi caja fuerte. Ya repartiremos. Nos vamos a forrar.

Replay devolvió la carta, claramente abierta, a la mesilla de Uve.

—Bah, chaval, qué canteo —dijo Eté—. Si además ya ha visto que no tenía carta.

—No la dejes ahí, hombre, que se va a dar cuenta —añadió Barro.

—¿Y nos importa? —Replay arqueó las cejas.

Los otros lo dudaron un instante.

—Sí, cógela —decidió Barro—, básicamente porque se va a chivar, como el otro día en el comedor. Está menos enrollado últimamente.

—¡Que vuelve! —avisó Eté—. ¿Por qué vuelve?

Replay tenía ya el sobre en las manos otra vez.

—¿Qué hago?

Cada uno le hizo señas diferentes, contradictorias.

—Está casi aquí —susurró Eté.

Replay le pasó la carta a Barro para desentenderse del problema.

Él, en toalla y sin tener dónde guardarla, acabó por romperla.

—Cómo os pasáis —dijo Supermario.

Los otros amortiguaron risas en la mano.

Barro apretó los billetes en un puño y tiró la carta hecha pedazos a una de las papeleras de la habitación. Revolvió el contenido justo en el momento en que Uve regresaba al cuarto.

—Hay dónuts —anunció para compartir con todos la buena noticia —. Y de chocolate.

Cogió el reloj que se había olvidado sobre la cama, se lo abrochó en la muñeca y se marchó de nuevo.

Los autores del robo se miraron con una sonrisa.

—Si es que somos la hostia —exclamó Replay.

Buscaron también la complicidad de Supermario, que se marchó sin decir nada.

—Joder, y ahora voy a llegar el último a los putos dónuts, ¡que sigo en pelotas! —gritó Barro de camino a la puerta—. ¡Como os los acabéis, os mato a todos!

43

El timbre había sonado hacía unos minutos.

Uve entró al almacén justo después de Barro.

—Joder, qué susto —dijo él cuando una sombra delató su presencia.

Barro devolvía el balón al almacén después del recreo. Era un espacio oscuro y polvoriento, con un casquillo sin bombilla que colgaba del techo agrietado. Colchonetas, pelotas y otros materiales deportivos conferían un aroma sintético al espacio, en el que también se amontonaban viejos pupitres, una pizarra y dos conos de tráfico. Una mesa larga con tres cajas de las que sobresalían mangas de varias prendas había sido rotulada con un folio pegado a la pared: «Objetos perdidos».

—No sé nada —respondió Barro a una pregunta que aún no le habían formulado.

—¿Cómo? —preguntó Uve.

—Que a mí no me preguntes, no sé nada.

El balón que había dejado en la estantería metálica rodó de vuelta al suelo. Lo recuperó sin agacharse, solo con un hábil juego de pies.

—Si no te he dicho nada.

—Ya, pero te veo venir. —Barro dedicó una atención excesiva a la pelota, como si huyera de la mirada de Uve—. Y yo ni siquiera estoy

en tu habitación.

Uve no sabía de qué le hablaba.

Ante su prolongado silencio, algo cambió en la actitud de Barro.

—¿A qué venías? —interrogó.

—Quería preguntarte una cosa.

—¿Sobre qué?

—Sobre Jota.

A Barro se le redondearon los ojos, que por fin miraron a Uve.

—Claro, claro, lo que me imaginaba. —El balón en el estante rodó hacia fuera una vez más. Barro lo atrapó en el aire y repitió con más seguridad la frase que había soltado antes a la defensiva—: Pero no sé nada. Y menos de tu guardaespaldas.

—Es sobre lo que le dijiste el otro día. —Uve apoyó una mano en el armazón sin tapa de un plinto—. En el comedor.

—¿Qué pasa? ¿No te lo cuenta todo? Pensaba que erais superamiguitos.

Movió los dedos a la altura de los hombros.

—¿Por qué le dijiste eso?

—¿El qué?

—Lo de su madre. Antes del cabezazo.

—Pero si lo comenta todo el mundo, no me jodas. ¿No te has enterado?

Uve negó con la cabeza. No creyó necesario explicarle a Barro que él no hablaba con todo el mundo.

—A ver, ¿tú qué oíste? ¿Y por qué te importa?

—Le dijiste que… —Uve bajó la voz—. Que habían matado a su madre.

—¿Y por qué pones esa cara? —Barro raspó su paladar con desprecio—. Ni que fuera la tuya.

—Pero ¿es verdad?

—Que sí, hostia.

Uve descolgó la cabeza hacia delante.

—¿La asesinaron? —susurró.

—Anda ya, no te flipes. Solo la atropellaron. Pero, como era mujer de un militar, pues fue noticia y tal. —Barro usó unas latas de pintura para aprisionar la pelota en el estante—. En la biblioteca hay un periódico antiguo con la noticia, lo encontró Replay. Sale hasta tu amiguito en una foto, en plan niño. Se ha puesto fuerte, pero antes era un mico.

A Uve le costó entender que Barro hubiera usado esa tragedia para atacarlo en una simple pelea de colegio.

—¿Y te parece normal soltarle eso así, a la cara?

—¿Te parece normal a ti que me agarrara como me agarró en el comedor, delante de todo el mundo? —Barro empujó a Uve para dirigirlo fuera del almacén. Cerró la puerta como si el espacio le perteneciera—. Aunque la culpa fue tuya por irle con el cuento. Estás tú muy chivato desde que tienes guardaespaldas.

Los dos entornaron los ojos al regresar a la luz exterior.

Dentro, el balón volvió a liberarse de su prisión de latas y lo oyeron botar contra el suelo y los trastos, pero a Barro ya no le importó.

—En el fondo me da pena por él —añadió sobre Jota—. Podría estar con nosotros y ha elegido al más pringado como único amigo.

Sin esperar respuesta, inició una carrera explosiva hacia sus amigos, que regresaban a las clases tras el recreo.

Antes de que anocheciera, cuando el horizonte era todavía de color azul oscuro, Uve atravesó la cancela oxidada, los árboles.

En la orilla del lago, probó a tocar el hielo con la punta del zapato. Lo consideró lo suficientemente firme como para subirse a él, pero el sordo crujido acuático que se produjo bajo los pies sirvió de advertencia.

Uve retrocedió a tierra firme.

Aún era pronto.

44

Las luces se apagaron en el pasillo.

También las del cuarto, con un comentario del Búho que los hizo reír a todos.

Uve ni siquiera usó su lámpara, se durmió enseguida.

Hasta que un ruido lo despertó en mitad de la noche.

O quizá solo hubieran pasado unas horas, o unos minutos, porque sentía que acababa de cerrar los ojos.

Oyó murmullos en la oscuridad.

Pasos que se aproximaban a su cama.

Un temor lo paralizó cuando notó manos en la colcha.

Los muelles del colchón rechinaron con la sacudida que le pegaron.

—Vamos, que son y cincuenta y siete —susurró Replay.

Uve parpadeó.

Se relajó al entender.

—¿De Jackson? —preguntó con voz adormilada.

—Sí, pesado, de Jackson —dijo Eté—. Sal, vamos.

Las manos sobre su cuerpo le arrancaron la colcha y lo impulsaron a bajar por un lado de la cama.

El resplandor de una linterna dirigida al suelo le permitió distinguir a los otros. Los cuatro llevaban pelos revueltos, caras hinchadas y

pantalones de pijama retorcidos en las espinillas, pero lucían mucho más despiertos que él.

—Y cincuenta y ocho —apuntó Quinto.

—Vamos, vamos, vamos.

Replay lideró con la linterna hacia el pasillo y la habitación contigua. En cuanto los oyeron entrar, Gemelo, Latas y Barro bajaron de sus camas. Uve se fijó en la de Jota, en su volumen bajo las sábanas, tan distinto al de los demás. El haz de luz condujo al grupo hasta la cama de Jackson.

—Despertad al nuevo también —susurró Barro—, que aprenda las tradiciones.

Replay obedeció y meneó a Jota.

Le dirigió la linterna a la cara.

Tiró de sus auriculares.

—Despierta, hostia.

Jota lo agarró de la pechera del pijama como si llevara un rato en alerta.

—¿Qué coño haces? —Retorció la tela.

—Te estamos invitando de buen rollo, gilipollas —intervino Gemelo.

Uve se hizo visible entre los demás para que Jota supiera que era verdad, que no pasaba nada malo ni era un ataque.

—Es por un cumpleaños —explicó Uve.

A pesar de sus diferencias, seguía habiendo momentos en que volvían a ser simplemente un montón de chicos compartiendo habitación.

—¿Y a mí qué m…?

—¡Las doce! —anunció Quinto con un grito.

El grupo rodeó la cama de Jackson.

Entre todos hicieron vibrar su colchón.

—Terre-terre-terre-terre-terre-terremoto —balbucearon al unísono.

Destaparon por completo a Jackson y anunciaron que ya era su cumpleaños.

Uno por uno le fueron dando dos bofetadas como regalo.

Cuanto más sonaba la cachetada, más se reían todos.

Jackson se incorporó y aceptó la ceremonia entre fastidiado y divertido.

—Venga, ya está —dijo.

—Sí, hombre —replicó Eté—. Falta lo mejor.

Barro fue a su armario y regresó con dos bolsas de plástico cuyo contenido tintineaba. La algarabía entre los demás creció, compartieron choques de manos amortiguados.

—Todos en fila, a tomar tequila. —Barro lo canturreó subrayando la rima, como en una consigna—. Y el cumpleañero siempre es el primero.

De una de las bolsas, fue sacando vasos de chupito que repartió a los otros.

—Bah, tío, no me apetece nada —se quejó Jackson al coger el suyo.

Los demás se rieron porque sabían que no había opción.

Uve, como en cumpleaños anteriores, rechazó el vaso, pero Barro le obligó a cogerlo.

—Tú también brindas, aunque sea vacío.

La voz de Jota sorprendió a todos, que se giraron a mirarlo.

—¿Vais a beber tequila? —preguntó desde su colchón, incorporado sobre un codo—. ¿Tequila tequila? ¿Con alcohol?

—No, tequila sin alcohol, no te jode —respondió Barro. Sacó la botella de la bolsa y la agitó para que sonara—. Tequila del bueno.

Jota se dejó caer de la cama.

—Por fin algo divertido en este internado. —Se rio entre dientes y levantó una mano para solicitar un vaso—. ¿Puedo?

Latas y Gemelo empezaron a decirle que ya era tarde, que ya no podía unirse porque ahora no les daba la gana a ellos, pero Barro los calló con un chistido.

—Celebramos siempre juntos, que es el cumpleaños de nuestro querido Jackson.

Le entregó a Jota un vasito igual a los del resto. De la otra bolsa, sacó una botella y desenroscó el tapón. Le pidió a Replay que le fuera alumbrando y sirvió tequila a todos. Se empeñó en servirle a Uve también, pero él apartó el vaso cada vez.

—Venga, tío —lo animó Jota—. No pasa nada.

Uve se mantuvo en su negativa. Oyó que Jota chasqueaba la lengua y se sintió idiota. Tras el cigarro, era la segunda vez que le rechazaba un ofrecimiento.

—Y ahora el toque maestro… —Con destreza, Barro cerró la botella, la guardó en la bolsa y sacó otra—. Que, si no, me lloráis con que sabe muy mal.

Añadió un último chorrito a cada vaso.

—¿Licor de mora? —reconoció Jota al olfato—. Quita, quita, yo paso, que me lo jodes.

Las bebidas de Quinto y Supermario se desbordaron con el licor, les mojaron los dedos. Con ellos, salpicaron a los demás.

Los vasitos chocaron en el aire en un brindis común, incluyendo el de Uve, que seguía vacío.

—El cumpleañero siempre es el primero —repitió Barro.

Inició así un cántico susurrado que los otros replicaron.

—El cumpleañero siempre es el primero.

El foco de la linterna iluminó el rostro del aludido.

Jackson cerró los ojos y se tragó el chupito.

Los demás lo celebraron azotando el colchón, la almohada.

—¡Al ataque! —Eté abrió la veda para que los demás bebieran.

Se tomaron sus tequilas de un trago y reaccionaron con carraspeos, lenguas fuera y ojos cerrados. Jota, que apenas se inmutó, alzó su vaso solicitando una segunda ronda.

—Sí, anda, no te flipes —respondió Barro.

—Felicidades, tío —le dijo Quinto a Jackson, con la cara aún arrugada por efecto del alcohol—. Otro año que no te ha servido para nada más que para hacerte pajas.

—Y todas pensando en tu hermana —respondió el cumpleañero.

Las risas se transformaron en toses, las toses en risas de nuevo.

—¿Ya te corres al menos? —preguntó Latas.

—¿Escupes o solo babeas? —secundó Gemelo, ceceando más de lo habitual.

—No lo sé, vuestras madres se lo tragan antes de que pueda verlo.

Las carcajadas aumentaron de volumen por efecto del alcohol, algunos se atragantaron con ellas hasta secar lágrimas en los ojos y decir otras barbaridades.

Supermario chistó para que controlaran el ruido.

—Va a acabar bajando el pesado de arriba. —Lo imitó moviendo los brazos como si nadara en una piscina y solo consiguió que los otros rieran más alto.

Replay dirigió la linterna al despertador sobre la cómoda.

—El que va a venir es el Búho.

—Venga, se acabó la fiesta. —Barro abrió una de las bolsas de plástico e invitó a los demás a soltar los vasos en su interior. Se la entregó a Jackson entonando otra de las tradiciones que todos conocían—: El que cumple es el que friega.

Jackson aceptó la bolsa sin rechistar y la escondió en el cajón inferior de su mesilla. Al día siguiente limpiaría los vasos en el lavabo durante las duchas matutinas y juntos comentarían entre risas el chupito de la medianoche, como ocurría con cada cumpleaños.

—¡Espera, espera, espera! —dijo de pronto Gemelo.

—Ezpera, ezpera, ezpera —repitió Latas, imitando el efecto de los dientes partidos de su amigo.

Los demás se rieron y le dijeron que era un cabrón mientras Gemelo cogía algo de su estantería. De regreso, se situó a los pies de la cama de Jackson y estiró los brazos todo lo que pudo, para alejar al máximo la cámara Polaroid que enfocó hacia sí mismo y los demás.

—Poneos —dijo.

—Poneoz —imitó Latas.

A Uve una mano en el hombro lo atrajo hacia el borde de la cama, donde todos se agruparon alrededor de Jackson. Todos excepto Jota, que en algún momento se había vuelto a meter en la cama. El destello del flash cegó al grupo entero y la fotografía se deslizó con un sonido de barrido mecánico. Gemelo la sostuvo por los bordes y la mostró al aire, aún toda blanca.

—La prueba del delito —susurró Replay.

El ruido de la puerta principal de la casa al cerrarse resultó inconfundible.

Todos entendieron lo que significaba.

Barro corrió a su armario con la bolsa de las botellas, Gemelo se metió a la cama con la Polaroid. Replay apagó la linterna y huyó a toda prisa, seguido de Uve y los que dormían en el otro cuarto, que lograron contener las risas bajo las colchas justo antes de que el zapatón del conserje alcanzara lo alto de la escalera.

45

Uve olió el humo del tabaco antes de ver a Jota. Lo encontró sentado en los escalones de piedra del jardín, entre los parterres, el mismo lugar donde le devolvió el walkman aquella noche y que habían convertido en punto de encuentro habitual para charlas nocturnas después de la cena.

—¿Por qué vienes por ese lado? —preguntó Jota quitándose los auriculares.

—Estaba dando un paseo. —Uve no quiso decirle que regresaba de comprobar el hielo en el lago.

—Pues el Búho estará a punto de silbar.

En pocas semanas, Jota se había acostumbrado a las rutinas del internado.

Uve se sentó a su lado en el escalón. Ese enclave hacía que pensara en ellos como las dos figuras aisladas del cuadro de Escher que le envío su tío, que de alguna manera habían acabado compartiendo escalera.

—¿Qué pasa? —Jota expulsó una bocanada de humo—. No hablas.

Hacía tiempo que Uve quería volver a preguntarle por lo de su madre, confesarle que en realidad sí había escuchado lo que Barro le dijo antes del cabezazo y hacerle saber que incluso conocía el

porqué del comentario, pero no había logrado encontrar el momento. Esa noche se había prometido hacerlo.

—El día de la pelea… —comenzó.

—¿Qué pelea?

—En el comedor. Con Barro.

Jota dio una profunda calada al cigarrillo y miró al frente, evidenciando lo poco que le interesaba el tema. Uve se aclaró la voz. Le contó lo que había escuchado y lo que Barro le había desvelado sobre su madre.

—Lo siento mucho —susurró Uve con una tenue bocanada de vaho—. Cuando me dijiste que había muerto…, no imaginé que hubiera sido así.

Jota dejó caer la cabeza y se quedó mirando al suelo.

Lanzó lejos la colilla encendida.

—¿Le preguntaste a él antes que a mí?

—Claro que no. Te lo pregunté a ti antes. —Le recordó que lo había hecho en esas mismas escaleras—. Y cambiaste de tema.

—Cada vez tarda menos. —Jota sacudió la cabeza, aún dirigida al suelo—. Ni un mes aguanto en los internados sin que se entere todo el mundo, por mucho que se lo pidamos a los directores y a quien sea. Y entonces empezáis todos a mirarme diferente y a tratarme con pena. A buscar explicaciones de por qué soy como soy o a decirme chorradas varias, como el de la enfermería. Hacéis todos lo mismo.

A Uve le molestó que lo incluyera en ese plural.

Jota elevó la cara para mirarlo.

—¿Ves? Tú también —le dijo—. Quita esa pena de los ojos. Si tampoco es tan raro que se muera una madre, no sé. Le dais una

importancia…

—No es tan raro, pero no…, no ocurre así, de esa forma tan…, como le pasó.

—Atropellada —sentenció Jota—. Dilo, con todas las letras, que pareces mi padre. Atropellada en un cruce por un mierda que la dejó tirada. Que no buscó ni una cabina para pedir ayuda y que dejó agonizando a una mujer para no meterse en líos él. —Jota hablaba en un tono frío con el que pretendía distanciarse de la tragedia, pero no pudo evitar que se le fuera espesando la saliva—. Mi padre se torturaba con el pensamiento de que no perdió solo a una mujer, sino también a un hijo. Su otro hijo.

—¿Cómo?

—¿Eso no te lo ha contado el gilipollas?

Uve negó con la cabeza.

—Mi madre estaba… —Jota dibujó en el aire una tripa abultada—. Mi padre lo llamaba su hijo, mi hermano. Es como si le encantara sufrir pensando que la pérdida fue mayor, cuando era una persona que nunca existió. Pero él cree que al menos al niño podrían haberlo salvado. Y a lo mejor tiene razón, si ese cabrón hubiera parado a tiempo para llamar a alguien.

—¿Cuánto…?

—Ocho meses. —Jota movió la mandíbula en una extraña mueca —. Ahora te da más pena todavía, ¿eh? Ocho meses, casi un bebé. Os encanta escucharlo.

—Que no me hables en plural —soltó Uve—. Que no pienso nada de lo que me dices. Lo único que quiero es conocer tu historia para conocerte a ti.

La velada declaración contenida en esas palabras impuso un denso silencio del que Jota huyó al bolsillo interior de su cazadora.

—Fue una putada —continuó Jota mientras sacaba otro cigarro—. Pero me gustaría que fuera mi putada, mi tragedia, no que se la apropie la gente para compadecerme cuando en el fondo les da completamente igual.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Doce —susurró Jota—. Doce «añitos», como me decía la gente para que sonara más triste aún. Igual que me decían «y tan cerca de casa», como si eso cambiara algo. Como si de haberse matado a cien kilómetros me hubiera importado menos.

—¿Al conductor lo encontraron?

Jota usó el mechero, dio dos caladas cortas al cigarrillo. Expulsó el humo entre los dientes apretados con una rabia que evidenció que la respuesta iba a ser negativa. Después se quedó mirando a la oscuridad más allá del jardín, masajeándose la palma de una mano con el pulgar de la otra.

—Perdona… —Uve lamentó haberlo preguntado.

Jota sacudió la cabeza para restarle gravedad, pero sus ojos brillaron, enrojecidos. Tragó saliva.

—No lo encontraron, no —contestó por fin—. Dejó a mi madre ahí tirada y desapareció sin más. Una zona de chalets enormes, cada uno a su bola. Nadie vio una mierda. Y ni todos los contactos de mi padre sirvieron para nada. Hasta que no inventen cámaras para las carreteras va a ser muy difícil pillar a la gente que huye de estas cosas. Me quedé sin madre, sin hermano —esa palabra la acompañó con comillas aéreas—, sin casa y casi sin padre. Desde entonces,

como dice que no puede encargarse de mí, se inventó esto de ir dejándome en internados. ¿Ya? ¿Contento? ¿Alguna pregunta más?

Uve negó con la cabeza en el mismo momento en que el silbido del conserje recorrió el jardín.

—Hoy me apetecía que silbara el pesado ese. —Jota apagó el cigarrillo por la mitad, frotando la brasa contra la piedra, y lo devolvió a la cajetilla—. Que esto parece un funeral.

Uve tensó el cuello sin saber cómo reaccionar. El comentario había sonado a chiste, pero reír le pareció inapropiado. Entonces el característico silbido de dientes de Jota inició una carcajada a la que acabó por unirse.

46

Un súbito alboroto en el pasillo alertó a Uve y sus compañeros de cuarto, que apuraban el tiempo hasta el apagado de luces. Supermario bajó la revista que leía. Eté, Replay y Quinto interrumpieron una partida de cartas. Uve alzó la vista de una lámina en la que una mujer, vestida de blanco, buscaba a ciegas el bloque de madera donde la decapitarían.

Todos bajaron de la cama.

Eté fue el primero en asomarse a lo que ocurría. Sacudió la mano en el aire, tan alarmado como encantado con lo que veía. Uve salió el último.

Jota aprisionaba a Barro contra la pared del pasillo, empujándolo del pecho.

—... contando cosas de mi vida —terminaba de decir Jota, salpicando saliva.

—Lo sabe todo el mundo —se defendió Barro.

—Pero lo has contado tú.

—Porque me lo preguntaron. A lo mejor el problema es de tu amiguito.

—Pasa de mí. —Jota aumentó la presión de su empuje—. Olvídame. Ni me menciones.

Barro se percató de la aparición de Uve y dirigió los ojos a él.

—¿Otra vez mandando a tu guardaespaldas, pedazo de chivato? Está visto que no sabe controlarse y no haces más que pincharlo. —Devolvió la mirada a Jota—. Eres como un dóberman rabioso.

La intensa reacción de Jota alarmó al resto de los chicos, que corrieron a separarlos antes de que la pelea empeorara. Quinto, Gemelo y Latas lo empujaron dentro de su habitación. Los demás atendieron a Barro, le preguntaron si estaba bien.

—Nah, si no me ha hecho nada —respondió mientras se recolocaba el pijama—. Si va de chulito, pero es un mierda. Y tú…

Uve, que regresaba ya a su cuarto, intuyó que se dirigía a él y se volteó para mirarlo.

—Tú eres un gusano —le dijo Barro.

47

Desde la puerta de su habitación, Barro vio al conserje marcharse escaleras abajo. Soltó el jersey que aún no se había puesto. Le pidió a Gemelo que se quedara atento al pasillo, por si reaparecía el Búho.

—Voy para allá. —Cabeceó hacia la pared.

Acababan de repartirles la correspondencia, así que Gemelo entendió enseguida. Asumió su posición y Barro corrió al cuarto vecino con los zapatos sin atar. En el baño se oía correr el agua de varias duchas.

Encontró a Eté, Replay y Quinto apostados ya junto a la mesilla de Uve.

—¿Hay? —les preguntó.

Replay se peinó el flequillo y le enseñó una nueva carta.

—Y viene gordita —dijo palpando el sobre.

Barro se la arrebató para abrirla él.

—Qué canteo, macho, nos va a pillar. —Eté se dirigió a su habitual puesto de vigía—. ¿Cuántas llevamos? ¿Cuatro?

—Esta es la quinta. —Quinto se ajustó las gafas.

—Le parecerá muy raro que no le escriba su tío en tanto tiempo.

—Me la suda su tío —opinó Replay—. Nos estamos forrando.

—¿Y si le pregunta al Búho? —cuestionó Eté.

Barro interrumpió la apertura de la carta.

—No le va a preguntar —decidió y rasgó un lateral del sobre—. Y, si lo hace porque es un chivato de mierda, mentimos como soldados torturados. No sabemos nada y punto.

—Tendríamos que haberle dejado las cartas al menos —insistió Eté.

—Las cartas podían mencionar el dinero. —Quinto arqueó las cejas—. Se hubiera dado cuenta igual.

—Por fin alguien que piensa —apoyó Replay.

Barro extrajo el contenido del sobre, más grueso de lo habitual. Y, aunque esperaba un mayor número de billetes, enseguida descubrió que era la vez que menos dinero había.

—Joder, es porque la carta es eterna. Y hay fotos. —Barro rebuscó entre el contenido y encontró un único billete—. Qué cutre, por favor.

Replay cogió las fotografías.

—Buah, chaval, flipas —exclamó al verlas.

—¿Qué pasa?

Pasó las tres imágenes con tal cara que los demás necesitaron asomarse a mirar.

—Esperad, esperad, por orden —dijo Replay.

—¿Qué es? —preguntó Eté, impaciente, desde la puerta.

Replay volvió a la primera foto.

Mostraba a dos hombres en una playa, protegidos del sol bajo una sombrilla.

—Fardahuevos —observó Quinto sobre los bañadores que llevaban ambos.

Acostados en dos toallas, uno descansaba la cabeza en el regazo del otro. La instantánea recogía el momento en el que se pasaban

una lata de cerveza.

—Parecen…

Replay avanzó a la siguiente imagen para confirmar la sospecha que ya verbalizaba Quinto.

—Maricones —completó Barro.

Miraban una segunda fotografía en la que los dos hombres se besaban en la boca rodeados de mucha otra gente con pancartas, en una manifestación.

—Ascazo, ¿eh? —dijo Replay

—Mucho. —Quinto arrugó la nariz.

La tercera foto era un retrato de la pareja sentada a la mesa de algún chiringuito. Llevaban coloridas camisetas de tirantes, el pelo aún mojado de un baño reciente.

—Hostia, y con manchas. —Barro señaló marcas oscuras en la cara y los brazos de uno de los hombres—. Qué grima, esos son los peores.

—¿Por? —preguntó Replay—. ¿Qué son las manchas?

—¿Tú no ves la tele? Sida, tío. Eso les sale a los sidosos.

—¿Qué dices? —Replay desechó las fotografías sobre la cama, como si quemaran—. Que las habrán tocado ellos.

Desde la puerta, Eté exigió saber qué veían.

Quinto pellizcó la foto por una esquina.

Ajustó sus gafas para observarla con morboso interés.

—Qué fuerte. Y el otro ahí abrazándolo como si nada.

—Por eso lo pillan todos.

—¿Cuál será el tío? —preguntó Replay—. El manchado, fijo.

—Tú qué sabes. —Barro se metió el único billete en el bolsillo del pantalón y tiró la carta manuscrita sobre las fotografías—. Rompedlo

todo.

—Yo no toco eso. —Replay se separó de la cama.

—Daos prisa —intervino Eté—, ya no oigo duchas.

Quinto rompió las hojas escritas. Sus manos parecieron dudar un instante antes de rasgar las fotografías, pero acabó rompiéndolas de igual forma. Llevó el montón de trozos a la papelera más alejada de la cama de Uve y allí los desechó.

Aún revolvía el contenido del cubo cuando Supermario entró en la habitación y lo vio con el brazo metido en la basura.

—¿Otra? —preguntó con gesto de reprobación.

—Tú no has visto nada —lo amenazó Barro.

—¿Vais a comprar mi silencio con parte de ese dinero sucio?

—Ya veremos —contestó Barro—. Pero no te recomiendo hablar.

—Viene, viene, viene —avisó Eté.

48

Uve comprobó la superficie del lago esa noche.

Y también las ocho noches siguientes.

A la novena, caminó y saltó sobre el hielo sin que este crujiera bajo los pies.

En la decimoprimera, interceptó a Jota a la salida del comedor, después de la cena, y le dijo que tenía algo que enseñarle. Le preguntó si prefería abrigarse más antes de ir.

—¿Más? —dijo Jota, como si la sudadera con cremallera que llevaba fuera una piel de oso—. El frío no existe para quienes solo creen en el calor.

Uve quería ofrecerle la mano para llevarlo, pero se aguantó las ganas y estrujó la tela interior de su bolsillo. Guio el camino a través del jardín y hasta la cancela oxidada.

—¿Dónde vamos a estas horas? Me da miedo la oscuridad.

Uve encendió la linterna con el gesto orgulloso de quien ha pensado en todo.

—Era coña, tío —aclaró Jota—. Me encanta la oscuridad, de la noche y del alma.

Uve apagó la linterna.

—No, no, pero eso déjalo encendido, no quiero estamparme contra un árbol.

Sortearon troncos y quebraron pequeñas ramas con los hombros. En el silencio de la noche tan solo se escuchaba el crujir de los pasos al compás de sus respiraciones.

—Me encanta este Uve que hace cosas inesperadas —dijo Jota cuando alcanzaron el claro de la orilla—, aunque no tenga ni idea de lo que estamos haciendo.

Uve se iluminó el rostro. Llevaba tiempo esperando poder entregarle a Jota un regalo que ahora deseaba verlo desenvolver.

—Ya puedes —le dijo con una sonrisa.

Señaló el lago con la linterna. Él miró hacia allá abriendo la sudadera con las manos en los bolsillos, ni siquiera la tenía abrochada.

—¿De verdad? —Aceptó instantáneamente la aventura ofrecida—. ¿Hasta el centro?

—Tenemos que ir con cuidado —dijo Uve—, pero creo que sí.

—¿Tenemos? ¿Tú también?

Uve asintió con ganas.

Jota lo observó en silencio.

—Eres otro. Muy diferente al chico que se me apareció aquí mismo hace unas semanas. —El cierre de la cremallera cascabeleaba mientras gesticulaba sin sacar la mano de la sudadera—. Hay menos miedo en esos ojos.

A Uve le habría encantado explicarle por qué se sentía más valiente que nunca, pero se tragó las palabras. Tan solo confirmó su osadía siendo el primero en subirse al hielo.

—¿Vienes?

Jota se situó a su lado y el peso combinado de ambos originó un crujido en la superficie. Sonó más como el disparo de una pistola

láser que como un cristal al romperse, lo cual era buena señal. Aun así, Uve advirtió que debían permanecer atentos a medida que avanzaran. Jota asintió, exagerando obediencia, para enseguida arrancarle la linterna de las manos.

—Si lo hacemos, lo hacemos bien —dijo y apagó la luz—, que veamos las estrellas.

A medida que sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad, el resplandor plateado de la luna fue revelando un paisaje coloreado en una variedad de tonos negros, grisáceos y azulados.

—Ahora se ve perfecto —susurró Jota—. Ahora se ve como es de verdad.

Uve suspiró al contemplar el cielo lleno de estrellas.

Jota disimuló un escalofrío y se abrochó la sudadera hasta la barbilla. Una primera zancada lo abrió de piernas más de lo esperado. Uve se rio y Jota le exigió que dejara de hacerlo mientras trataba de recuperar el equilibrio. Una vez conseguido, los dos procedieron a avanzar con pasos más precavidos. Cautivado con lo que veía, Jota dio una vuelta completa sobre sí mismo para observar el paisaje en su totalidad.

—Es flipante —susurró.

Su aliento generó un remolino de vaho que flotó hacia el cielo.

Siguieron avanzando por la superficie helada hasta que un crujido diferente y la aparición de agua líquida preocuparon a Uve.

—Espera, para —avisó—. Hasta aquí llegamos

—No, no, no, estamos casi. —Jota alargó la mano como si pudiera tocar el centro del lago—. Esto sigue igual de firme. —Empujó el suelo con los talones—. No podemos quedarnos aquí.

Lo dijo con esas ganas suyas que anulaban cualquier opción de llevarle la contraria. Uve probó a balancear el peso del cuerpo y no hubo más crujidos. El agua a sus pies, en realidad, era muy poca. No provendría de una fisura inferior, sino que sería hielo derretido en la propia superficie.

—Lo estás deseando —añadió Jota.

Y era verdad.

Lo estaba deseando.

Así que dio otro paso adelante.

—¡Ese es mi colega! —dijo con dos aplausos.

Completaron el camino hasta el punto en el que todas las orillas se veían igual de lejanas.

—Ya estamos. —Jota levantó los brazos en el aire como en una victoria deportiva e imitó con la garganta el fragor de una ovación—. Los ganadores alcanzan el centro del lago.

Tras la celebración, a la que Uve no se sumó por timidez, los dos se miraron en silencio. Tenían la vista tan acostumbrada a la oscuridad que el brillo lunar era suficiente para verse las caras. Jota se humedeció los labios al tiempo que dibujaba una de sus medias sonrisas. Uve no pudo sostener la tensión y retiró la mirada.

Fue entonces cuando se oyó la primera explosión.

—Sí, hombre, no me jodas.

Uve vio los destellos de colores en los labios de Jota antes que en el cielo.

—¡Fuegos artificiales! —gritó él—. ¿Puede este momento ser más perfecto?

Jota elevó la barbilla hacia el lugar donde brillaban las explosiones. La superficie del lago reflejó el rojo, el naranja, el verde

y el amarillo de las estelas luminosas, doblando la espectacularidad de la pirotecnia.

—Serán del pueblo de al lado —supuso Uve.

Jota se tumbó en el hielo bocarriba para disfrutar aún mejor del espectáculo. Atrapó la muñeca de Uve y tiró de él hacia abajo para que hiciera lo mismo.

—Mira, mira, mira.

Señaló el cielo mientras Uve se tumbaba con reticencias. El frío del hielo atravesaba la ropa. Las explosiones no le permitían escuchar si se producían nuevos crujidos.

—Qué pasada —susurró Jota—. Vamos a recordar esto siempre.

La pólvora desplegaba en la oscuridad cometas y palmeras incandescentes. Dientes de león multicolores. En un momento, con la naturalidad de quien tan solo busca mayor comodidad para la cabeza, Jota giró sobre el hielo hasta usar como almohada la cadera de Uve, que se olvidó del frío y de la resistencia del hielo.

—Buah, este es el mejor —dijo Jota sobre un enorme y ardiente crisantemo de pólvora que refulgía sobre ellos con un radiante brillo anaranjado.

El espectáculo siguió coloreando el paisaje hasta culminar en una traca a menor altura que tan solo alcanzó a iluminar el horizonte, pero formada por explosiones tan intensas que Uve las sintió retumbar en el estómago. Un petardazo final resonó en todo el lago y dejó flotando una última humareda que se fue disipando en la oscuridad.

Jota aplaudió al cielo.

Aulló y vitoreó al final del espectáculo.

Se giró para hablar y su cabeza rodó sobre la anatomía de Uve.

—Ha sido impresionante —comentó apoyado ya en su pecho—. ¿Tú qué dices?

Uve tenía mucho que decir, quería decirlo todo, pero la mandíbula de Jota acomodada sobre su cuerpo de esa manera, aunque fuera únicamente para usarlo como almohada, lo enmudecía.

El silencio entre ambos, tras el estruendo de la pirotecnia, resultó abrumador.

—Los sigo oyendo —dijo entonces Jota.

—¿Cómo?

—Los fuegos artificiales.

—¿Qué?

—Que los sigo oyendo. —Jota posicionó mejor la oreja sobre el pecho de Uve—. Bum, bumbum, bum. Bum.

Su voz tradujo a fuegos artificiales el latido del corazón de Uve, que de verdad lo sintió retumbar con la intensidad de una traca final hasta explotarle por dentro en mil colores.

Jota le dedicó otra de sus sonrisas ladeadas, divertido por la reacción que debía de ver en su rostro, pero se levantó de golpe sin darle oportunidad de responder.

—¡Qué puto frío! —gritó de repente—. ¡Tengo las pelotas congeladas!

En el hielo se produjo entonces el sonido que Uve había temido escuchar, el de un cristal al romperse.

Una piedra acababa de caer cerca de ellos.

49

Otra piedra impactó contra el hielo y se deslizó hasta chocar con el cuerpo de Uve, aún tumbado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Jota miró a su alrededor. Dos linternas se aproximaban desde la misma orilla por la que ellos habían accedido al lago. Un barullo de susurros y risitas se escondía tras el resplandor. Absortos como habían estado con los fuegos artificiales, mirando al cielo, ni Uve ni Jota se habían percatado de su llegada.

—¿Qué hacéis ahí tan solitos? —gritó una voz lejana.

Jota reconoció la de Barro.

Uve quiso ponerse de pie a toda prisa, pero los pies patinaron y apenas separó la espalda del hielo. El movimiento provocó crujidos en la superficie del lago.

Un tercer proyectil cayó cerca de ellos.

Jota usó la linterna para iluminar la zona. Descubrió grietas y rajas en el hielo. Varias de ellas confluían bajo el cuerpo de Uve, que retomó el intento de incorporarse empujándose con las manos.

—No, no, para —advirtió Jota—. No hagas fuerza.

—¿Por? —A Uve se le abrieron mucho los ojos.

Entre los pies de Jota se formó otra fisura.

—No… te… muevas.

Más piedras impactaron a su alrededor, con chasquidos que mellaban la superficie del lago.

—¡Parad! —gritó Jota.

Sacudió la linterna hacia los otros en señal de alarma.

Obtuvo risas como respuesta, al tiempo que el resplandor se seguía aproximando. Resultaba difícil discernir si eran tres, cuatro o seis siluetas las que se ocultaban tras las luces.

—¿Tenéis problemitas? —preguntó la voz de Replay.

Les lanzaron otra piedra.

—¡Que paréis!

Y otra más.

—¡Parad con las putas piedras! ¡En serio! ¡Y no os acerquéis!

—¿Qué os pasa? —preguntó Barro—. ¿Que se os rompe el hielo?

El diálogo vociferado generaba eco en rincones dispares del paisaje.

—Hay que tener cuidado con lo que se hace. —Eté también estaba.

—¿No te ha dicho tu amiguito que es muy pronto para ir hasta el centro?

—Nosotros sabemos exactamente hasta dónde se puede llegar —dijo Barro—. Todavía podemos acercarnos un poco más.

El grupo continuó su avance mientras Uve permanecía inmóvil, tumbado sobre el hielo. Jota lo oyó susurrar, como quien pide un deseo, que no se acercaran más. Le iluminó el rostro con la linterna y vio que le castañeteaban los dientes, aunque no supo si era solo por el frío.

Un sonido sibilante anunció la aparición de una roca más grande que las piedras lanzadas hasta ese momento. Llegó hasta ellos

deslizándose sobre el hielo, como en un siniestro lanzamiento de *curling*. Enseguida llegó otra. Las dos sumaron peso al área que sostenía a Jota y Uve.

—¡Que paréis, joder!

Se oyeron risas.

Y también el silbido de otra roca deslizándose hasta detenerse a escasos palmos de la cabeza de Uve.

Tres repentinos trazos en ángulo recto dibujaron una enorme fisura en el hielo.

—Levántate, Uve. —Jota cambió de estrategia—. Ya. Ahora. ¡Levántate!

Uve obedeció y se impulsó sin reservas en todos sus apoyos.

Logró ponerse a gatas.

Jota ofreció el brazo como agarre.

Uve le atrapó la manga de la sudadera.

El empujón definitivo de los pies al levantarse fue lo que acabó por quebrar el hielo a su alrededor, que se desintegró bajo su peso como si el suelo desapareciera y él cayera el vacío.

Solo que el vacío era el agua negra del lago.

Jota reculó en cuanto la mano de Uve se soltó de su manga. En los ojos asustados de su amigo pudo descifrar la decepción y el dolor de verlo alejarse, pero de nada iba a servir que se sumergieran los dos.

A Uve se lo tragaron las aguas heladas.

El grito que pegó quedó cercenado por el frío que contrajo sus pulmones.

El sonido acuático de una zambullida se mezcló con uno más contundente y material, como el de una carretilla de obra al caer.

La inestabilidad de la superficie derribó igualmente a Jota, que se alejó del agujero a rastras.

Las risas del grupo aumentaron de volumen, también aplaudieron.

—¡Ayuda, joder, se ha caído! —gritó Jota.

La angustia en la voz logró que interrumpieran la celebración e iniciaran una discusión en la que Jota escuchó que alguien sugería marcharse, otro consideró que podían meterse en una movida de las tochas y Quinto dijo que no era posible acercarse hasta el centro ni de coña, que tenían que salir todos del hielo echando hostias.

Mientras, las brazadas desesperadas de Uve salpicaban en el agua.

Jota se arrodilló y trató de acercarse a él, pero el hielo que era su suelo amenazó con hundirse. Dirigió la linterna al agujero, donde las manos de Uve intentaban sin éxito asirse a alguno de los bordes de agua congelada.

—¡Jo…, Jota! —gritó Uve entre burbujeos.

Jota se quitó la sudadera. Agarró uno de los puños y lanzó el resto de la prenda hacia el pozo oscuro, como si fuera una cuerda que ofrecer a Uve. Se quedó a mucha distancia del borde.

—¡Ayudadme! —exigió Jota sobre su hombro.

La discusión continuó en el grupo hasta que el volumen de las voces descendió y el barullo comenzó a alejarse. Jota miró hacia allá incapaz de creerlo. El resplandor regresaba de vuelta a la orilla.

—Gilipollas —masculló primero. Después, lo gritó—: ¡Gilipollas!

Se dio cuenta entonces de que solo se alejaba una linterna.

La otra se había quedado en el sitio.

Y comenzó a acercarse lentamente.

La silueta de Barro se definió en la oscuridad cuando ya casi lo tenía encima. Venía en manga corta, como se había quedado Jota, y cargaba algo voluminoso.

El hielo se balanceó bajo el peso de ambos.

Sin mediar palabra, Barro soltó la carga. Sudaderas, jerséis y chaquetas cayeron al suelo. Empezó a atar las mangas de las unas a las otras, labor a la que enseguida se unió Jota.

—No le va a pasar nada —dijo Barro.

En cuanto completaron la cadena de prendas, Jota repitió el lanzamiento que había realizado con la sudadera. Ahora sí, la soga improvisada alcanzó el roto en el hielo, donde Uve chapoteaba.

—¡Agárralo!

Las prendas se tensaron de inmediato.

Jota clavó los talones en el relieve del hielo para no ser arrastrado.

Barro tiró con fuerza manteniendo el equilibro con experimentada habilidad.

Uve emergió del agua agarrado a la manga de un jersey de uniforme estirada al máximo. Logró anclar un brazo al borde del roto y arrastrarse hielo adentro hasta una zona estable.

En cuanto Uve se encontró a salvo fuera del agua, Barro soltó la cuerda de prendas.

—Las queremos de vuelta —dijo—. Más os vale no contar nada.

Se marchó y los dejó solos.

Crujidos en el hielo acompañaron su retirada.

Jota gateó hasta Uve, a quien le tiritaba el cuerpo entero. El vaho salía de su boca en aceleradas, diminutas, bocanadas. A la luz de la linterna se le veía el rostro muy pálido, con algunos parches de piel enrojecida.

—¿Estás bien? —preguntó Jota.

Uve no respondió, la tensión en su mandíbula se lo impedía. El cuello inmovilizado apenas le permitió realizar algo parecido a un asentimiento.

—Tranquilo, tío, tranquilo.

Jota desató las prendas que seguían secas.

Le secó la cara y el pelo a Uve con una de las sudaderas.

—Vamos, tío, levanta. —Logró incorporarlo hasta sentarlo y cubrirlo con dos chaquetas. Un jersey se lo puso alrededor del cuello a modo de bufanda—. Tenemos que ir adentro.

Resbalaron varias veces en el hielo hasta que consiguieron ponerse de pie. Jota se echó un brazo de Uve sobre los hombros para sostenerlo. En la mano, a un lado de su cadera, llevaba la linterna. Con la otra, arrastraba las prendas mojadas, su sudadera entre ellas. En manga corta y mojado en algunas partes, Jota no sentía su propio frío, pero a Uve le seguía temblando el cuerpo entero.

A mitad de camino hacia la orilla, aún sobre el lago, Uve se esforzó por controlar el castañeteo de los dientes para decir algo, que no le salió muy claro.

—¿Qué? —preguntó Jota.

Uve detuvo sus pasos temblorosos.

—Es… es… toto… toy… bien —tartamudeó primero, para luego añadir—: Bum…, bumbum, bum…, bum.

Jota sonrió.

—Ha sido una pasada —dijo.

50

—No podemos usar la ducha a esta hora —dijo Uve cuando llegaron al baño.

Había ido entrando en calor durante la caminata de regreso al internado. Ya podía hablar sin tiritar.

—Venga ya, no me jodas —replicó Jota—. Míranos. Tú tienes un color rarísimo todavía.

Hormigueos por todo el cuerpo, algunos tan intensos que los sintió como agujas en la piel, le fueron devolviendo a Uve la sensibilidad y el control de sus movimientos.

Jota colgó dos toallas en los ganchos.

Las prendas mojadas de los otros las amontonó en un banco.

—Vamos, quítate eso, necesitas secarte ya. —Palpó la ropa empapada de Uve en varios puntos—. Sigue helada.

Uve se metió a una de las duchas sin desvestirse aún. Antes de que se quitara nada, la voz de Barro retumbó en las baldosas del pequeño espacio.

—¿Qué coño hacéis?

—¿Tú qué crees? —oyó contestar a Jota—. Necesita calor porque lo habéis tirado a un puto lago congelado.

—Como os pille el Búho, ya podéis estar calladitos.

—¿O qué?

Barro chasqueó la lengua.

—Tú, el congelado, escucha —dijo—. Que salgas.

Uve se asomó desde la ducha.

—Ya le he dicho a tu amiguito que más os vale no contar nada. Espero que tú también lo tengas claro. —Al no obtener respuestas, Barro se adentró un paso más—. Dime que vas a tener la boca cerrada.

—¿O qué? —repitió Jota—. ¿Qué más vais a hacer?

Barro lo miró como si tuviera que hacer esfuerzos para no soltarle un puñetazo.

—A mí en el fondo me la suda que me expulsen. Así que puedo hacer cualquier locura —Devolvió la mirada a Uve—: Tú ya me conoces. No me tientes. No me compliques la vida. —Se retiró caminando hacia atrás—. Además, erais vosotros los que estabais en el centro del lago. De noche. No os conviene contarlo.

—No os conviene a vosotros —dijo Jota.

Al pasar junto al banco, Barro señaló el montón de prendas mojadas.

—Esto con lo que os hemos ayudado, nos lo devolvéis seco. Y secad también el espejo y las paredes después de ducharos, que el Búho no es tonto.

En cuanto Barro se marchó, Jota se desabrochó el pantalón a la vez que se quitaba las zapatillas sin usar las manos.

—Se creen que no lo vamos a contar.

—Y no lo vamos a contar —confirmó Uve.

—¿Cómo que no? ¿Por?

—En serio, no. Mejor no.

Uve se refugió en la ducha para desnudarse a solas.

Lanzó fuera su ropa mojada.

—No te pongas agua caliente a lo bestia, ¿eh? —avisó Jota, que se metió en la ducha de al lado—. A ver si te va a dar un chungo o algo.

Uve abrió la llave derecha. Incluso el chorro frío le resultó placentero en la piel.

Fue girando la izquierda para ir añadiendo agua a mayor temperatura.

Logró que los últimos hormigueos en su cuerpo desaparecieran del todo.

Cerró la ducha casi a la vez que Jota.

En el silencio resultante, se oyeron caer las últimas gotas desde lo alto.

—Jota —dijo Uve hablando al tabique que separaba ambas duchas.

—Dime.

—¿Cuánto más tengo que aguantar?

51

Supermario se abrochó la bragueta del pantalón del uniforme. Terminó de secarse el pelo con la toalla. Se fijó en que Uve aún esperaba turno de baño, sentado al borde de su colchón. La luz suave, amarillenta, de la mañana difuminaba los contornos.

—Puedes ir ya —le dijo—. Hay libres.

—¿Y ellos? —Uve señaló las camas de Eté, Quinto y Replay. Las sábanas aún mostraban las arrugas del despertar reciente.

—Están en el lavabo haciendo el tonto. Pero tienes sitio.

Uve se levantó con la toalla al hombro.

—Oye. —Supermario esperó a que se volteara para preguntarle—. ¿Estás bien? ¿No te pasó nada anoche?

Uve se encogió de hombros como única respuesta.

—Yo… Yo no estaba —aclaró Supermario.

Uve asintió con una leve sonrisa, como si lo supiera o lo supusiese, y prosiguió su camino al baño.

Poco después de que abandonara la habitación, apareció el conserje con la correspondencia.

—Ya podrías haber llegado un poco antes —susurró Supermario, que lamentó lo que iba a ocurrir si traía una carta para un Uve ausente.

—¿Qué dices, Mustafá?

—Que si hay carta para mí o qué —improvisó.

—Nada. No te quiere nadie. Pero con esa cara es normal. ¿Sabes lo que le dijeron a tu madre cuando naciste?

—No, ¿qué?

—Señora, esto es el paritorio, no el váter.

El Búho se rio de su propio chiste mientras repartía las cartas en las mesillas.

—¿De qué nos reímos? —Replay regresó al cuarto con los demás.

—De que a este lo cagaron, no lo parieron —respondió el conserje.

—Totalmente —confirmó Eté—, se nota en la cara, sobre todo.

—Y el olor —añadió Quinto.

—Tú de olor no hables, que sales perdiendo.

El conserje tenía para todos y consiguió que Supermario se uniera a las risas.

Después se marchó gritando los minutos que faltaban para el desayuno.

Antes de comprobar sus propias mesillas, los otros tres miraron la de Uve.

Había carta.

Barro se presentó en el umbral de la puerta, ya uniformado.

—¡Día de paga! —anunció.

Se arremolinaron junto a la cama de Uve, excepto Eté, que asumió su posición de vigía.

—¿En serio, tíos? —preguntó Supermario—. Casi os lo cargáis ayer. Parad un poco ya.

—Anda, no exageres. —Quinto se secaba las gafas en la camiseta interior—. Yo también me caí una vez y no es para tanto.

Barro rasgó el sobre con la confianza de quien abría su propia correspondencia.

Sacó dos billetes.

Replay le atrapó la mano antes de que se los guardara.

—¿Cuándo se va a repartir esto?

—Cuando a mí me dé la gana. —Barro se liberó de un tirón—. No, tío, que es coña… Pronto, yo qué sé, cuando queráis. Nos juntamos una tarde y lo hacemos.

Metió los billetes en su bolsillo y desplegó la carta por si escondía más dinero.

Apareció una fotografía.

—Mira, esto para ti si quieres. Otra foto del manchas.

Se la ofreció a Replay, que escondió las manos a la espalda y emuló una arcada.

Barro rompió la imagen, la carta y el sobre. Lo desechó todo en la papelera del otro lado del cuarto, la que usaban Replay y Eté.

—Qué asco dais, colega, todo lleno de papel higiénico —dijo al empujar los pedazos cubo abajo.

La misión se disolvió tras el golpe. Barro se esfumó y los demás terminaron de vestirse hablando de otras cosas, como si nada hubiera pasado. Eté abandonó la habitación a caballito de Quinto. Replay les hizo una zancadilla para que se cayeran, pero lograron mantener el equilibrio contra la pared del pasillo.

A solas, Supermario miró la mesilla vacía de Uve. El espacio de pared que aún quedaba libre junto a su colección de cuadros, claramente reservado para otras láminas que esperaba recibir. Dejó caer los hombros con un suspiro apenado, pero se marchó del cuarto antes de que Uve regresara.

Supermario fue de asignatura en asignatura sin poder concentrarse.

En el recreo no escuchó las conversaciones de sus amigos del colegio, que eran todos «hogareños». Se limitó a contar guijarros mientras hablaban y se sumó a las risas por imitación.

En la última clase, guardó el cuaderno cinco minutos antes de la hora en punto.

Se preparó la mochila en las rodillas.

Balanceó un talón en el aire hasta que sonó el timbre, momento en que se levantó empujando la mesa.

Abandonó la clase antes que nadie.

Aceleró el paso por el camino trasero, de regreso a casa.

Entró a la cocina por la puerta metálica que siempre se salía del resbalón, a no ser que se cerrara con llave. Subió la escalera a zancadas de dos escalones.

En el cuarto, lanzó la mochila a su cama.

Se arrodilló frente a la papelera junto a la mesilla de Replay.

Escarbó el contenido de la bolsa. Como había dicho Quinto, se componía en gran parte de papel higiénico arrugado. Unas bolas estaban acartonadas. Otras conservaban cierta humedad. Supermario apretó la lengua al paladar hasta dar con los papeles que buscaba, casi al fondo.

Los sacó todos y separó los trozos de mayor gramaje que pertenecían al sobre.

También los de la fotografía, rota en cuatro pedazos.

Seleccionó los fragmentos de papel con letra manuscrita y los ordenó usando las esquinas y bordes como referencia. Quedó un hueco en el centro. Revolvió la papelera una vez más y encontró el pedazo que faltaba.

Con ese último trozo, completó la carta, un texto no muy largo escrito en un único folio, por una cara.

Lo leyó a toda prisa, bisbiseando.

Al terminar, chasqueó la lengua.

Se tapó la cara con las manos y bufó agobiado, indeciso.

52

Uve retiró las sábanas, ya en pijama. Algunas risitas en el baño, mientras se lavaba los dientes, habían levantado sus sospechas, así que, antes de meterse en la cama, comprobó que no le hubieran hecho la petaca.

Lo que halló fue un papel que sobresalía bajo la almohada.

La broma iba a ser otra.

Valoró hacerse el despistado y acostarse como si nada, pero quizá la hoja contenía algo que manchaba o picaba, o era un mensaje que alertara de otra cosa aún peor. O, pensó de pronto, podía ser un mensaje de Jota. Durante el día habían hablado ya de los fuegos artificiales y la caída al lago, pero quizá quería decirle algo más en una nota como las que a veces intercambiaban en clase. Tan acostumbrado estaba Uve a esperar trucos de sus compañeros de cuarto que ni siquiera consideró que la aparición de un elemento extraño en su espacio pudiera significar algo positivo.

Animado por el pensamiento, tiró de la esquina de papel. Era una hoja cuadriculada de cuaderno, doblada, con los bordes plegados para contener algo en su interior. Como un sobre de confección casera. Llevaba una frase escrita:

MÍRALO TÚ SOLO.

Pero no era la letra de Jota.

El temor de haber caído en alguna trampa lo invadió, hasta que creyó reconocer esa otra caligrafía. El autor usaba solo mayúsculas con la intención de ocultar su identidad, pero se asemejaba mucho a la de Supermario.

A él dirigió Uve la mirada.

Lo pilló devolviendo su atención a las páginas de la revista que leía, que usó también para taparse la cara. De Supermario, Uve no esperaba ninguna broma demasiado cruel, aunque tampoco podía descartar del todo que hubiera colaborado con los otros en algo más inofensivo. Claro que para cualquier broma tendría más sentido que le pidieran abrir el sobre ahí mismo, delante de todos, no a solas.

Uve miró a los demás. Tirados en sus camas, ninguno parecía estar pendiente de él ni mostraron la actitud esquiva de Supermario.

—Que me dejes —se defendió Eté al sentirse observado—. No voy a bajar el volumen hasta que se apaguen las luces.

Jugaba a una maquinita que emitía pitidos, zumbidos y campanillas de victoria.

—Apágalo, me estás poniendo nervioso —le soltó Replay, que no se había quejado del ruido hasta ese momento.

Se enzarzaron en un pique al que se sumó Quinto y en el que enseguida involucraron a Supermario al mencionar algo de su mostacho. Uve ocultó lo que había recibido tras un libro que cogió del estante y aprovechó la discusión para salir del cuarto, donde de repente proponían echar una partida de cartas.

Que no trataran de detenerlo era buena señal.

Uve vio abierta la ventana de la escalera, así que supo que el baño olería a tabaco. Se refugió en el retrete más alejado de la

puerta, el mismo en el que fantaseó con el walkman de Jota. Sintió, a través del calcetín, que pisaba algunas gotas. Dejó el libro sobre la cisterna y, sentado en la tapa del váter, desdobló los bordes plegados del extraño sobre.

Otro sobre, uno de verdad, cayó a su regazo.

Era uno de los de tamaño normal que usaba su tío cuando no le enviaba láminas grandes. Venía estampado con su caligrafía y llevaba los sellos pegados en la esquina que él siempre usaba. Sin embargo, por alguna razón, varias tiras de celo recorrían el sobre en horizontal y en vertical, reparando papel rasgado.

A Uve se le aceleró la respiración. Se preguntó si sería una carta antigua que los otros le hubieran roto como gracieta, porque sabían del cariño con el que las guardaba. Le asustó pensar que, para conseguirla, habrían accedido a su caja fuerte y a su cajón con llave, pero él no había notado nada raro en ninguno de los dos ni echado en falta ninguna carta pasada.

Buscó respuestas en el matasellos. Su garganta emitió un gemido confundido al ver que tenía fecha de unos días atrás. Hacía mucho más tiempo, semanas, que no recibía carta de su tío, algo que ya había pasado en alguna ocasión. La frecuencia de su correspondencia no era siempre la misma.

Uve tragó saliva sin entender. Nervioso, palpó el contenido. El grosor correspondía al de una carta breve, de un folio o así, pero había también algo más duro, como una lámina pequeña o una fotografía. Intentó abrir el sobre. Resultó complicado entre tanta cinta adhesiva. Echó de menos el cúter de su cajón con el que siempre los abría tan fácilmente.

En un arrebato de inquietud, acabó rompiéndolo.

Una foto volteada le cayó sobre la pierna.

En el dorso figuraba una fecha de hacía dos años.

Le dio la vuelta.

Reparada con una cruz de celo, mostraba una imagen de su tío con otra persona a la que no conocía. De pie frente a un edificio, en mitad de una ciudad, su tío miraba a cámara y daba alguna indicación a quien tiraba la foto. El otro hombre se reía con tantas ganas que echaba la cabeza hacia atrás. Uve analizó mejor el rostro, tratando de identificarlo, pero no le sonaba de nada.

Desplegó la carta, también restaurada con cinta adhesiva.

Durante un instante, antes de empezar a leer, Uve sintió el regocijo y entusiasmo habitual de ver la caligrafía de su tío en una carta nueva, como si fuera a leerla una mañana cualquiera en el desayuno y no desdoblándola, rota, encerrado en un váter.

Sobrino querido:

¿Cómo estás? Confío en que bien, seguro que bien. Tan bien, espero, que ni tiempo encuentras de responder a este tío pesado que tanto te escribe. Deseo que sea por eso o porque te están haciendo estudiar más de la cuenta, pero no puedo evitar preocuparme al no obtener respuesta a ninguna de mis últimas cartas.

Del internado no me han llamado, eso me tranquiliza. A tu madre supongo que tampoco, ni siquiera sabemos en qué país está. Pero, si esto se alarga más, acabaré llamando yo. De verdad que no quiero molestarte, pero es que empieza a asustarme la idea de que hayas dejado de escribirme por lo que te contaba en aquella carta. Espero que no fuera muy pronto para decírtelo. Para mí ya no eres un niño, y quiero que mi sobrino me conozca como soy de verdad, cómo vivo y con quién.

Me obligo a pensar que no es por eso que te contaba, que de verdad estás muy ocupado con las clases, porque ni en mis peores escenarios imaginé una

reacción así de ti. Pero, si es lo que sientes, prefiero que me lo digas. Y saber cómo podemos empezar a trabajarlo. Yo no voy a renunciar a ti y pondré de mi parte todo lo que esté en mi mano.

Ha llegado un momento en el que no quiero mentir ni esconderme más. Estoy más feliz que nunca, y más asustado que nunca también. Y triste, gran parte del tiempo, aunque trato de ocultarlo delante de él. De verdad, me encantaría que lo conocieras. Que nos conocieras. Danos al menos una oportunidad. No sé de cuánto tiempo más disponemos.

Tu tío que te quiere.

(Y te querrá siempre).

V.

P. D.: Muero por saber qué te pareció la lámina de Keith Haring de la carta anterior.

P. P. D.: Espero que al menos tengas tiempo para disfrutar del dinero que te mando.

El papel crepitaba en las manos temblorosas de Uve, que se secó los mocos con la manga del pijama. Parpadeó para secarse los ojos. Una lágrima cayó sobre la cinta adhesiva y resbaló fuera de la carta. La siguiente emborronó la tinta. La respiración se le había acelerado hasta abrirle la boca, se oía jadear a sí mismo.

En el baño hubo risas.

—¿Quién es el del pajote? —preguntó Gemelo.

—¡Córtate un poco, cabrón! —gritó Latas.

A Uve el pecho se le inflaba a un ritmo que no podía controlar.

Miró la foto del hombre que reía junto a su tío.

No sabía quién era.

Quería saber quién era.

No estaba seguro de haberlo entendido bien.

Quería entenderlo todo, pero no entendía nada.

—Venga, nos vamos —anunció Latas ahí fuera.

—¡Feliz final feliz!

Uve releyó la carta en busca de sentido, pero solo consiguió angustiarse más. La decepción de su tío resultaba palpable, y la importancia de algo que le había contado, capital. La mención de unas cartas anteriores que Uve desconocía transformó su agitada respiración en un sollozo.

—¿Uve?

La voz de Jota, en el baño, interrumpió su lamento.

Uve quiso responder, pero fue incapaz de articular palabra.

Jota se acercó a la puerta. Llamó.

—Uve.

Los intentos de hablar se le convertían en sonidos extraños.

—¿Qué te pasa, tío?

Uve sintió que se ahogaba.

—Uve, abre —gritó Jota al otro lado—. ¡Uve!

Uve llevó los dedos al pestillo.

Correrlo le costó varios intentos.

En cuanto lo consiguió, Jota empujó la puerta.

—Tío, ¿estás bien?

Uve negó con la cabeza.

53

Uve tenía el pelo sudado en las sienes.

Se le veía perdido en el diminuto espacio del cubículo.

Sostenía en las manos un sobre, una carta, una foto.

—¿Qué pasa? —Jota le pidió que se calmara—. ¿Qué lees?

—Me… Me faltan cartas.

Le entregó la que tenía en la mano, también la fotografía.

—¿Es él? —Mostró interés en la imagen para distraer a su amigo —. ¿Es tu tío?

Uve asintió.

—El de la izquierda. El otro no sé quién es.

—Pues algún colega. Te lo contará en la carta. —Jota miró ambas caras—. ¿Por qué está rota?

El gesto confundido de Uve dejaba claro que no lo sabía, pero un destello de rabia en los ojos albergó una sospecha clara.

—¿Han sido los gilipollas?

Uve arqueó las cejas como preguntando quién más podía ser.

—¿En serio te han hecho esto?

—Y me faltan otras…

—¿Para qué te van a romper tus cartas? Hay que ser muy cabrones para eso.

—Mi tío me contaba algo. En alguna carta. O en varias, no sé cuántas.

Tan preocupado se mostraba Uve únicamente por el contenido textual de las cartas que incluso Jota tardó en pensar en el otro contenido habitual de esos sobres.

—Un momento, Uve —dijo al caer—. ¿Son cartas que ni siquiera te han llegado?

Uve asintió.

—¿Le has preguntado al Búho?

—No…, todavía no. Pensaba que mi tío no me estaba escribiendo. Hay temporadas que tarda. Otras veces ha estado más tiempo sin escribirme.

—O sea que no te han llegado porque te las han… robado.

Uve se encogió de hombros.

—Y te las han robado porque esas cartas también traen dinero.

A Uve se le redondearon los ojos.

Se levantó para señalar la segunda posdata de la carta, que Jota leyó en voz alta:

—«Espero que al menos tengas tiempo para disfrutar del dinero que te mando».

Uve se tapó la boca al procesar la evidencia que había pasado por alto.

—El dinero… —susurró entre los dedos.

—Menudos hijos de puta.

Jota le devolvió los papeles a Uve.

Salió del cubículo golpeando la puerta con el codo.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas?

—No se van a quedar con tu dinero.

—¡Espera!

Jota abandonó el baño a paso acelerado. En el pasillo, se chocó con el estudiante del piso superior que le había hablado del equipo de natación, que no dudó en empujarlo para quitárselo de encima.

—Qué movidas os traéis siempre aquí abajo —dijo con desprecio —. Y es la última vez que os pido que cerréis la ventana de la escalera por las noches.

Jota no se molestó en responder y continuó hasta su habitación. Gemelo, Latas y Jackson, que se relajaban en sus camas, se incorporaron, alarmados.

—¿Dónde está Barro? —preguntó Jota.

Los primeros intercambiaron miradas cómplices sin responder, pero Jackson señaló la pared de su cabecero, la que daba a la habitación contigua.

Al girarse, Jota se topó con Uve.

Lo apartó sin atender sus peticiones de que no dijera nada y prosiguió con su búsqueda.

En el otro cuarto, Quinto, Barro, Eté y Replay iniciaban una partida de cartas. Lo hacían sobre la cama del último, que terminó de repartir y se peinó el flequillo con el pulgar.

—¿Dónde las tenéis? —les preguntó Jota.

Supermario, en su cama, bajó la revista para ver qué ocurría.

Los jugadores recogieron sus naipes, los ordenaron. Barro apoyaba las manos en el respaldo de la silla girada en la que se había sentado. Ninguno contestó a la pregunta.

Jota proyectó la voz:

—Que dónde las tenéis.

Como si fuera un noble a quien importunara alguien del servicio, Barro alzó la mirada.

—¿Hablas con nosotros?

Jota se resistió a asentir.

—Pues vas a tener que repetirlo —dijo Barro—, porque no te estábamos haciendo ni caso. Se oía como el zumbido de una mosca nada más.

Jota sintió la mano de Uve en la espalda, pidiéndole que no siguiera.

—Que dónde están las cartas —insistió de igual forma.

A Barro el ceño se le frunció al entender, pero trató de disimularlo.

—¿Cartas? ¿Estas cartas? —Alzó los naipes que sujetaba, haciéndose el tonto o el gracioso—. Pues aquí las ves. Estamos jugando una partidita. Tranquilos.

—Esas no, las del dinero. —Jota vocalizó de forma exagerada y pronunció cada sílaba a conciencia—: Las cartas con el dinero.

—¿Qué cartas? ¿Qué dinero?

—Las cartas y el dinero de Uve.

—Tú estás loco, chaval —intervino Eté.

—Menuda mosca cojonera —dijo Replay.

—Además, no conozco a ningún Uve —añadió Barro—. ¿Te refieres a Disneilán?

Jota dio un paso hacia la cama convertida en mesa de juego.

—Devuélvele el dinero que le has robado a Uve.

El respaldo de la silla de Barro cayó hacia delante cuando se levantó.

—A mí tú no me vas a llamar ladrón por la puta cara. No tenemos ni idea de ninguna carta. —Sacó pecho frente a Jota—. No sabemos

ni de lo que hablas. Si tu amiguito no tiene cartas será porque no las ha recibido. —Dirigió la vista a Uve, detrás de él—. ¿Ya estás otra vez picando a tu guardaespaldas?

Jota oyó cómo Uve tragaba saliva y daba un paso adelante para enfrentar a Barro.

—Me habéis… —su voz flaqueó a mitad de frase— quitado cartas.

A un lado del cuerpo, Barro chasqueó los dedos en el aire para atraer la atención de sus amigos, como si Jota no pudiera verlo. Les señaló algo con pretendida discreción. Eté se apresuró en cerrar la bolsa de una papelera, la cual también anudó.

—Me da igual el dinero —continuó Uve—. Pero dadme las cartas, por favor.

Barro comprobó de reojo lo que había hecho Eté.

—No sabemos nada de tus putas cartas —sentenció.

Uve realizó entonces una honda inspiración.

Mostró lo que traía escondido tras la espalda.

En sus manos temblorosas crujió el papel de la carta reparada.

Los muelles del colchón de Supermario chirriaron.

A Barro se le aflojó el cuello. Su mirada, tan desafiante hasta ese momento, repasó insegura, cuestionándolos, a sus compañeros de juego, que negaron con la cabeza. Al último al que interrogó en silencio fue a Supermario, a quien miró con los párpados entornados por la sospecha.

—La encontré yo mismo —intervino Uve para protegerlo, antes de que lo acusara de nada—. En esa papelera.

Señaló la que acababa de manipular Eté. A Jota le encantó comprobar que su amigo también había estado atento a todo.

—Menudo psicópata —dijo Replay—, hurgando en nuestra papelera.

Lo soltó sin darse cuenta de que ese comentario terminaba de delatarlos.

Barro chasqueó la lengua.

—Tú eres tonto —le dijo a Replay.

—Qué cabrones, en serio —dijo Jota.

—Quiero las cartas. Por favor.

—No las tenemos —replicó Barro.

—Devolvédselas. Las cartas y el dinero. Por una vez podéis elegir no ser tan gilipollas.

—Por favor —insistió Uve—, mi tío me contaba algo importante.

—Sí, sí, importantísimo —susurró Quinto en la cama.

Eté contuvo una risa contra el paladar.

Barro chistó para que se callaran.

—Las habéis leído —dedujo Jota, mirando a uno y a otro.

Ninguno respondió, pero el silencio sonó a afirmación.

—¿Sabéis quién es? —Uve le mostró a Barro la fotografía de su tío con otra persona—. El que se ríe. ¿Sabes quién es? ¿Lo explicaba mi tío?

En la cama se triplicaron las risas contenidas. Eté desvió la cara, Replay se la tapó con la almohada y Quinto con los naipes. A la puerta del cuarto llegaron en ese momento Latas y Gemelo.

—Leer las cartas de la gente es ilegal —añadió Jota como si sirviera de algo.

Barro le arrebató la foto a Uve.

La sujetó de una esquina con los dedos en pinza y se la enseñó a sus amigos.

—¿Os suena?

Lanzó la fotografía a la cama. Los tres se revolvieron, gritaron, escaparon como si los atacara una cucaracha voladora. Replay, al que le cayó encima, manoteó para quitársela. La sábana se le enredó en el tobillo al huir de la cama.

—Hijoputa —le dijo a Barro—, que no quiero pillar nada.

Uve arrugó la cara, desconcertado.

—¿Qué sabéis? —preguntó Jota—. ¿Qué habéis leído?

—No hemos leído nada. Solo hemos visto fotos.

Barro retorció el cuerpo en un escalofrío exagerado, emulando una sensación desagradable.

—¿Más fotos? —A Uve le costaba hablar—. ¿Cuántas cartas han sido? Dádmelas, por favor.

—Pero, a ver, ¿qué parte de que no las tenemos no entiendes? Si esa la sacaste de la papelera…, imagina dónde están las demás. A estas alturas estarán llenas de mierda de gaviota en el vertedero.

—¿Y el dinero? —A Jota comenzaba a invadirlo una rabia que lo llevó a abrir y cerrar las manos tratando de contenerse—. Dadle el dinero al menos. Y no me digáis que el dinero lo habéis tirado también.

—No había dinero.

Barro ni se esforzó en disimular la sonrisa.

Jota notó que le ardía la cara. Apretó los puños.

—Te juro que dinero no hemos cogido —insistió Barro—. No le enviaba nada.

Jota quiso agarrarlo del cuello, empujarlo hasta desnucarlo contra el estante en la pared. En lugar de eso, cogió la carta que sostenía

Uve. Se la puso a Barro frente a la cara, conteniendo las ganas de estampársela. Le señaló la segunda posdata.

—Lee esto.

La sonrisa mal disimulada de Barro se convirtió en una risotada descarada, como si por fin se rindiera a admitir lo que esa línea de texto convertía en innegable. Sin embargo, recuperó la seriedad y dijo:

—Su tío es un mentiroso. No le ha mandado dinero. No tenemos nada.

—Dadle el dinero o…

—¿O qué? ¿Te vas a chivar a tu mamá? —Barro sonrió del todo—. Ah, no, que la mataron.

Jota le estampó el papel en la cara.

Corrió a la mesilla de Uve y abrió el cajón donde sabía que guardaba el cúter.

54

Jota se abalanzó sobre Barro, aún encorvado por el golpe en la cara.

Lo inmovilizó por la espalda y le puso el cúter en el cuello.

—Le vas a devolver el dinero ahora mismo —escupió en su oído.

Deslizó eslabones de la cuchilla sin llegar a sacarla.

Clac, clac, clac.

Todos en la habitación increparon a Jota.

—Eh, eh, eh.

—Para, loco.

—Suéltalo.

Barro pidió calma. Recomendó que nadie se acercara.

Jota percibió que había roto a sudar.

—Voy a avisar al Búho —anunció Eté.

Barro le chistó.

—No vas a avisar a nadie. —Tragó saliva con dificultad—. Este imbécil no me va a hacer nada.

Para demostrar que se equivocaba, Jota deslizó la cuchilla con otro clac que terminó por asomar el filo. La punta descansó contra la piel de Barro, junto a su protuberante nuez.

—Voy a por el Búho, te lo juro —repitió Eté.

Se produjo un repentino destello y el sonido de un barrido mecánico.

Gemelo enfocaba la escena con su cámara de fotos.

La polaroid emergió del aparato.

—Eté, no te muevas —indicó Barro, que lideraba al grupo incluso reducido con un arma al cuello—. Nosotros no contaremos cómo este imbécil me está amenazando con un cuchillo, cosa que podemos demostrar con la foto que acaba de hacer el amigo Geme, y, a cambio, ellos no contarán nada de lo ocurrido con las cartas.

—El dinero —exigió Jota entre dientes antes de aceptar ningún trato—. Dadle el dinero.

—Le estás haciendo sangre, animal —increpó Quinto—. Suéltalo ya. O me planto donde el Búho con la foto.

Gemelo la agitaba en al aire para terminar de revelarla.

Jota permaneció en silencio, su demanda había quedado muy clara y no pensaba repetirla. Deslizó la cuchilla otro eslabón al tiempo que aprisionaba a su rehén con más fuerza.

—Replay —masculló Barro con un gemido de dolor—. Coge tú el dinero. Está en mi caja fuerte.

El aludido no necesitó ni preguntar la combinación antes de marcharse. Los demás permanecieron inmóviles, en un angustioso silencio en el que solo se escucharon los quejidos de Barro.

Replay regresó con billetes en la mano.

—Dáselos a Uve —ordenó Jota.

No obedeció hasta que Barro confirmó la instrucción.

Uve se sorprendió al ver que eran tantos billetes.

—Han sido muchas cartas entonces…

—Seis —dijo Quinto, molesto, como si ya no tuviera sentido ocultar nada—. Han sido seis cartas, pesado. Bueno, la sexta es la que tienes ahí.

—Mi tío me contaría muchas cosas. Contadme lo que sepáis, por favor.

Jota mantuvo inmovilizado a Barro por si aún tenían que pelear por esa información. Su sudor empezó a oler mal.

—No las leímos bien —respondió Replay—. Solo las fotos ya nos daban repelús.

Uve fue a recoger la que había acabado en el suelo.

—¿Sabéis quién es el de la foto?

Barro asintió sin pensarlo y se clavó la punta de la cuchilla.

—¡Suéltame ya, hostia! —gritó de dolor y de rabia, pataleó entre los brazos de Jota—. Disneilán, dile a tu guardaespaldas que me suelte y te digo quién es el de la foto. Claro que lo sabemos. En las otras fotos quedaba muy claro.

Jota se resistió a aflojar, pero Uve echó mano del cúter y, con el pulgar sobre el suyo, deslizó la cuchilla hacia abajo. Sin la amenaza del filo, el rehén se revolvió con más ímpetu, hasta que Jota lo liberó atendiendo a las peticiones de Uve.

Barro se tocó el lugar del pinchazo y se miró las yemas manchadas de sangre.

—Esto no va a quedar así —dijo.

—¿Quién es? —Uve insistió con la foto en alto.

—¿Quién va a ser? —Barro se chupó los dedos y extendió saliva en la herida del cuello—. Está clarísimo. El asqueroso de su novio. Ahora ya sabemos de quién te viene a ti, ¿no?

Jota percibió cómo se tensaba el cuerpo de Uve, que dejó incluso de respirar para hacerse menos presente, como si quisiera desaparecer.

—Me… Me viene… ¿el qué?

Movió los ojos a un lado y a otro, comprobando quién lo miraba, quién había escuchado el comentario.

—Venga, hombre —soltó Barro—, no te hagas el imbécil.

Los otros se susurraron cosas. Hubo risitas.

—Me viene… ¿qué? —Uve trataba de sonar confundido, pero no lo consiguió. Resultaba doloroso verlo disimular de esa manera.

—Nada, nada —dijo Barro, que compartió con sus amigos un gesto burlón—. No he dicho nada.

—Te ha preguntado por la foto —interrumpió Jota el intercambio de miraditas.

—Y le he contestado. Es el novio maricón de su tío maricón. —Barro pulverizaba saliva al hablar—. Que había fotos dándose besos, joder.

Alguien imitó el sonido de una arcada.

—Y en esta foto no se le nota mucho, o no las tenía todavía, pero este de aquí... —Barro señaló sin tocar al hombre que se reía en la imagen—, este está lleno de manchas. Hasta en la cara tiene.

Uve cuestionó lo que oía con un sonido de garganta, sin entenderlo del todo.

—Pues que se lo está comiendo el sida —aclaró Barro.

Uve dio un paso atrás como si hubiera recibido un golpe.

Jota estuvo a punto de sujetarlo para que no cayera.

—Tu tío y su novio son unos sidosos asquerosos. —Barro lo soltó con una sonrisa triunfal, como si con esa información diera el golpe decisivo que lo proclamaba ganador del altercado de esa noche—. Eso te contaba tu tío en sus putas cartas. No sabes la de veces que me he lavado las manos después de tocarlas.

Uve empalideció de golpe.

Jota, ahora sí, lo sujetó por la espalda.

La energía de todo el cuarto cambió con las palabras de Barro. Pronunciadas con tal odio a la cara de Uve, dejaron boquiabiertos incluso a sus secuaces. Supermario soltó su revista y escondió el rostro entre las manos.

Barro se dio cuenta del cambio en la densidad del ambiente. Se humedeció los labios y desvió la mirada, calibrando la reacción de los demás antes de seguir hablando. Pero la perplejidad en los rostros de sus amigos debió de irritarlo aún más, al entenderla como cobardía o debilidad, porque decidió ignorarla y reforzar su postura.

—A ver cuánto tardas en pillarlo tú —le dijo a Uve.

El cuerpo de Uve se separó de la mano de Jota, que vio a su amigo salir corriendo de la habitación. Miró a Barro con un desprecio que no se podía agravar con ningún insulto y fue detrás de él. Al pasar junto a Gemelo intentó arrebatarle la polaroid, pero el fotógrafo extendió el brazo y huyó con ella encima de una cama.

—Que os den. —Jota extendió los dedos mayores en el aire y abandonó el cuarto.

—Cómo te pasas, macho —oyó que le decía alguien a Barro ahí dentro.

—Buah, buah, buah… —decía otro.

—Me he preocupado cuando te acercaba tanto la foto a la herida, que por ahí entra.

Pero, antes incluso de que Jota alcanzara la escalera, empezaron a reír de nuevo.

55

Jota bajó en busca de Uve.

Faltaba muy poco para el apagado de luces.

Lo encontró en la cocina, peleando contra la puerta trasera que salía al jardín. Sorbía mocos, la congoja lo atragantaba.

—Uve, para. La han cerrado ya.

Pero él siguió bajando la manilla metálica como si al vigésimo intento pudiera abrirse por casualidad. Un acceso de llanto se le desbordó en la garganta al tiempo que empujaba la puerta con el hombro, luchando, impotente, por salir de allí. En un puño apretaba los billetes como si fueran un papel cualquiera.

—Para. —Jota habló con calma, lo sujetó de los brazos.

—Quiero salir —balbuceó Uve.

—Ya, pero vas en calcetines.

Se miró los pies y la sorpresa de la revelación sirvió para que interrumpiera el gimoteo.

—Ven.

Jota lo guio hacia el extremo de la cocina, donde una escalera bajaba a un sótano que se usaba de almacén, trastero y despensa. A pellizcos se quitó una hebra de telaraña en la frente. Cerró la puerta tras ellos y encendió una bombilla que inundó el espacio de

sombras de luz amarillenta. Sentó a Uve en una silla con el respaldo roto y él usó unas cajas como asiento.

—Son unos hijos de puta.

Uve escondía la cabeza entre los hombros, encorvado hacia delante.

—No sabía lo de mi tío —sollozó sorbiendo mocos—. Y él ha pensado que no he querido contestarle por eso, por ser… Pero eso sería imposible… Si además yo… —Respiró de forma entrecortada—. Si yo… Si yo también…

Uve rompió a llorar por fin. Del todo. No en accesos de congoja contenida, sino desahogándose entre lágrimas que le humedecieron la cara entera. Algunas se le deslizaron incluso entre los dedos. Jota miró a otro lado y permitió que se vaciara. En silencio, escuchó cómo su respiración se iba normalizando.

—Quiero ver a mi tío —susurró Uve cuando recuperó algo de calma, con la cara aún dirigida al suelo y sin acabar la frase que había dejado a medias antes—. Que no esté enfadado conmigo. Necesito verlo.

Jota le masajeó una rodilla en ademán tranquilizador.

—Tu tío no está enfadado. Está deseando verte.

Uve se secó los párpados, la mandíbula. Realizó una honda inspiración. Tras un silencio, elevó la barbilla y habló a Jota con una mirada desafiante de ojos enrojecidos y brillantes:

—Necesito irme de aquí. No puedo más. Los odio.

Jota le dedicó una media sonrisa.

—¿Cuándo quieres que nos vayamos?

56

Los golpes de la suela gruesa del conserje se acercaron por el pasillo.

Uve acababa de regresar a la cama. Se había metido los billetes recuperados en el calzoncillo, no le había dado tiempo de reunirlos con el resto del dinero que guardaba en la caja fuerte. Tampoco lo hubiera hecho delante de los otros, que supervisaron cada uno de sus movimientos desde que entró por la puerta.

Uve cerró los ojos justo antes de que entrara el conserje.

Las luces estaban apagadas.

—Así me gusta, todos dormidos —dijo el Búho—. Como muñequitas.

—Eh, cabrón —respondió Quinto—. Muñequita lo serás tú.

—Anda, no llores, bonita, que mañana te cambio el pañal.

Las risas estallaron en el resto de las camas.

—Sabía que estabais despiertos —comentó el conserje—. Ahora haceos todas las pajas que queráis, pero nadie sale de la habitación a no ser que vayáis al baño a vaciaros por delante, por atrás o por arriba. Menos tú, muñequita, que puedes hacerlo en el pañal.

—Te odio, cojo asqueroso —respondió Quinto.

Consiguió que los demás rieran, incluido el Búho.

—Anda, que paséis buen fin de semana. Os veo el lunes.

Su peculiar andar continuó escaleras arriba, a las habitaciones de los cursos superiores. En cuanto se oyeron sus pisadas por el segundo piso, alguien chistó en la habitación.

—¿Vas a poder dormir? —susurró Replay a la oscuridad—. Porque seguimos queriendo el dinero. Y tu guardaespaldas no será el único con una navaja la próxima vez.

Uve se subió la colcha hasta la frente.

57

Jota dio otra calada al cigarro. Apoyó los codos en los escalones y, aunque la temperatura del día soleado no convertía su respiración en vaho, fumó sin preocuparse de que el humo pudiera verse a lo lejos. El internado parecía diferente los fines de semana, como si la ausencia de un horario común y la menor afluencia de estudiantes restara importancia no solo a las clases, sino a la vida en general. Hasta el sol parecía brillar más claro y ligero en las mañanas de los sábados. El director solía irse temprano con su familia, de excursión o de compras, y no regresaba hasta bien avanzada la tarde. Los vigilantes del fin de semana, en turnos diurno y nocturno, cambiaban con tanta frecuencia que apenas conocían a los chicos y ni se molestaban en entablar ningún tipo de relación con ellos. Tampoco se esforzaban en su trabajo, sino que se pasaban la jornada entera en la caseta. Esa dejadez ofrecía una libertad a los internos que ellos celebraban, por ejemplo, fumando sin preocupaciones en el jardín, como hacía en ese momento Jota en la escalera de piedra entre los parterres, con la cara dirigida al sol y los auriculares colgando del cuello.

—Tiene que ser de noche —dijo sin abrir los ojos—. De día se darán cuenta enseguida de que no estamos.

—Y de noche es imposible, dormimos en el mismo cuarto. Nos van a oír salir. —Uve le contó cómo lo habían amenazado tras regresar a la cama la noche anterior—. Van a estar muy pendientes.

Por la mañana, Uve había sacado de la caja fuerte el sobre con todo su dinero ahorrado para añadir los billetes recuperados y hacer el recuento total en un lugar seguro, que era a lo que se dedicaba en ese momento.

—Es mejor de noche, por todo —insistió Jota—. La gente se escapa por las noches.

—Podemos irnos de día, un sábado. Como ahora, que está todo el mundo a su bola.

—Pero en fin de semana no pasa el tren de la costa.

—Jota, no vamos a tirarnos a un tren en marcha —se adelantó Uve.

Sabía que Jota se refería a un tren mencionado habitualmente en el internado, en fantasías de fuga hilvanadas en grupo en el comedor o en las habitaciones de cualquiera de las casas. Hacía años que un residente se había escapado de verdad y llegado hasta la playa, saltando sobre ese tren desde el puente en una estación cercana. Desde entonces, el ejemplo servía de inspiración para múltiples planes de huida que siempre acababan en nada. Algunos repetían, muy serios, la hora a la que supuestamente pasaba el tren, las tres y veinte de la madrugada, y los kilómetros exactos que recorría, para que sus amenazas de evasión sonaran realistas y bien calculadas, pero esos prófugos aguerridos terminaban acobardándose como el resto en cuanto se les pasaba el enfado con el profesor de turno o con el boletín de notas que acababan de recibir.

—Es que además nos lleva directos a la costa. Y allí ya buscamos cómo coger el ferry a la isla de tu tío. —Jota abrió los ojos, se echó hacia delante—. Sigues teniendo el folleto de los ferris que me dijiste, ¿no?

Uve asintió, aún lo conservaba desde la última vez que lo visitó con su madre, hacía tres veranos. Jota se quedó mirando cómo contaba los billetes.

—¿Por qué te fijas tanto en esos otros numeritos?

Se refería a los números de serie que Uve iba comprobando, además del valor. Como respuesta, le señaló la fila de números rojos en uno de los billetes: V6835386. Después, en otro, L7911197. Y en otro, 0962690. Jota sacudió la cabeza, sin entender.

—Son capicúas —explicó Uve—. Casi todos los que me manda mi tío tienen número de serie capicúa. No sé cómo lo hace.

—Tu tío es un fenómeno —soltó Jota.

—Tengo que avisarle de que vamos, por cierto. Además, quiero hablar con él de lo de las cartas. Voy a pedir un permiso de llamada al director.

—¿Avisar a tu tío? —Jota arrugó la frente—. ¿De que te vas a escapar del internado? ¿Tú estás tonto? Ni de coña, no te va a dejar. Ya aclararás las cosas con él en persona, cuando lleguemos allí. Es mucho mejor eso.

Uve terminó el recuento y guardó todo el dinero en el sobre. Cerró la cremallera de la mochila, valorando esas palabras.

—Irnos de noche es lo más fácil —retomó Jota el plan de huida—. De día, ¿qué vamos a hacer? ¿Autoestop?

—Pagar un tren normal con el dinero de mi tío. Y entrar por la puerta como pasajeros normales.

—Eso es un rollo. —Parecía que Jota quisiera complicar la huida solo para hacerla más épica—. Además, ¿qué quieres?, ¿que nos vea todo el mundo la cara?

El humo de una calada intoxicó el frescor vegetal matutino que los rodeaba.

Uve se quedó mirándolo sin entender a qué se refería.

—En cuanto pongan nuestras fotos por la tele —aclaró Jota—, la gente nos reconocerá en el tren.

—No vamos a salir en las noticias. Solo nos estamos escapando de un internado.

—Dos menores desaparecidos… Eso siempre interesa. Tenemos que ir con cuidado.

Jota había agravado el tono, con las cejas en alto, dejando claro que lo decía medio en broma. Pero tanto su actitud divertida como la propia idea de que fueran a aparecer en la lista de los más buscados llevaron a Uve a ladear la cara con una sonrisa, contemplando ese escenario impensable y opuesto a todo lo que cualquiera esperaría de él. Empezando por los gilipollas de sus compañeros de casa. Jota debió de percibir el despertar de ese interés, porque desechó el cigarrillo y se deslizó en el escalón hasta rozar la cintura de Uve con la suya.

—En serio, tío, puede ser la aventura de nuestras vidas. —Las manos de ambos, sobre sus rodillas, quedaron muy próximas—. Los dos solos, cruzando el país. Como fugitivos. Yo quiero eso. No quiero pagar un billete de autobús como una abuela.

Sin el humo del cigarro y con su cuerpo tan cerca, fue el aroma de su colonia deportiva lo que envolvió a Uve. Ese olor a otra vida y el

espíritu irreflexivo, intrépido, de Jota imposibilitaron por completo su negativa.

—¿Y cómo conseguimos salir de noche? Los vamos a despertar.

—Eso ya lo tengo pensado —respondió Jota con seguridad—. Ahora no hay nadie en el colegio, ¿no?

—Los sábados están las de la limpieza por la mañana. —Uve miró su reloj de pulsera—. Pero se van ya.

58

—¿Dónde estamos yendo? —preguntó Uve.

La voz reverberó en las baldosas que cubrían las paredes del pasillo hasta media altura. El colegio vacío olía a suelo recién fregado. Los residentes del internado podían acceder al edificio en fin de semana para ir al comedor o a la biblioteca, que permanecía abierta un par de horas cada mañana, pero no pasearse a su antojo por el resto de las aulas y los pasillos, como hacían ellos en ese momento.

El chirrido de las suelas deportivas de Jota fue la única respuesta que obtuvo. Giraron a la derecha. Después a la izquierda. Llegaron a un tramo de escaleras que Jota saltó desde la mitad de los escalones. Avanzaba con tal seguridad que no parecía el mismo chico que se había perdido de camino a su primera clase de Química en un día de lluvia. Precisamente frente a la puerta del laboratorio fue donde por fin se detuvo.

—¿Tú qué dices? —preguntó con la mano en el pomo—, ¿abierta o cerrada?

—Cerrada, seguro.

—Ponerse siempre en lo peor no sirve de nada —dijo Jota con una sonrisa antes de probar a girarlo. La puerta se abrió con facilidad—. ¿Lo ves?

—¿A qué venimos? —preguntó Uve.

Jota sorteaba ya el laberinto de mesas largas hacia el frente del aula. Allí inspeccionó el instrumental dispuesto junto a la pila. Se agachó y arrastró cosas en armarios bajos. Hubo tintineos de cristal, de metal. Se levantó con algo en la mano.

—Gotero conseguido —anunció.

Desenroscó la tapa y volteó el botecito sobre el fregadero.

Uve le pidió que tuviera cuidado.

—Si no pasa nada, está vacío.

Jota olió el frasco y le ardieron las fosas nasales. Se lo alejó de la cara con la nariz arrugada, pero volvió a cerrarlo con el tapón cuentagotas.

—Limpio y seco —afirmó—. Vamos.

Lideró el camino fuera del laboratorio y a través de otros pasillos y tramos de escaleras. Sus zapatillas rechinaron al ritmo de su excitación hasta que llegaron a la puerta de la enfermería.

—Esa sí que no está abierta —dijo Uve con total certeza.

Jota dejó los dedos flotando en el aire, sin agarrar el pomo.

—¿Estás seguro?

Impaciente por tener razón, Uve se le adelantó y trató de girarlo. Sonrió victorioso al encontrarlo bloqueado. Jota miró a Uve con los ojos muy abiertos, como quien anuncia silenciosamente una sorpresa. Se puso de puntillas. Elevó un brazo por encima del marco de la puerta y lo bajó sujetando algo en la mano.

—¿No te cansas de equivocarte?

Metió una llave en la cerradura y abrió la puerta.

—No puede ser.

—Me sé todos los secretos del doctor Livingstone.

—Ese era un explorador que estuvo años desaparecido. Me ha hablado mi tío de él.

—Te pongo un sobresaliente —dijo Jota antes de entrar—. También es el nombre que le puse al señor de aquí.

Se desplazó por el espacio como si le extrañara la amplitud. Comentó que la última vez que estuvo ahí, tras la pelea en el comedor, apenas podían moverse por la cantidad de cajas acumuladas. Precisamente esas cajas, informó, eran la razón de que hubieran ido a la enfermería.

—¿Por? —preguntó Uve.

—Me fijé en una cosa que miró el viejo que nos vendría muy bien.

—¿Para?

Jota revisó la estancia sin encontrar lo que buscaba. Se dio cuenta entonces de que la puerta de entrada, al abrirla, tapaba un armario situado en ese rincón. Accedió a él y recorrió estantes llenos de diferentes cajas, tan repetidas que los laterales formaban patrones de diseño, hasta dar con una en concreto.

—Esta es.

Le mostró la caja a Uve de manera tan fugaz que no tuvo tiempo de leer nada.

Jota extrajo los blísteres que contenía.

—Y de estas otras también nos llevamos. Venga, vamos.

Cerró la enfermería con la llave, que devolvió a lo alto del foco sobre la puerta.

—No estoy entendiendo nada… —dijo Uve mientras lo perseguía hacia el fondo de otro pasillo.

—Tú ven —replicó Jota sin detenerse, sus zapatillas piando como pájaros impacientes.

Entraron a uno de los baños del colegio. Pasadas recientes del trapo se secaban aún en la media docena de lavabos. Jota se sentó en el suelo con la espalda contra un radiador. Uve lo palpó para comprobar su temperatura, pero tan solo tocó hierro frío.

Se sentó frente a Jota, que abrió el gotero y enganchó el frasco en las piernas cruzadas. Después, sacó cápsulas de los blísteres.

—Con esto se duermen y nos piramos sin problema.

—¿Qué es?

—Pues para dormir. Mi padre lo tomaba y se quedaba grogui a los cinco minutos.

Abrió las cápsulas por la mitad para ir dejando caer el polvo en el frasco.

—¿No son muchas?

—Qué va. Si mi padre se tomaba una entera él solito. Y dos, a veces. Aquí van disueltas y a ellos les pondremos unas gotas. —Señaló con el meñique el cuentagotas en su rodilla—. La concentración de principio activo va a ser mucho menor en proporción de su volumen.

A Uve le dio la sensación de que se inventaba las palabras. Le sonó al Jota que había añadido porque sí, por ver qué pasaba, porque más siempre es mejor, una cuarta bola de papel de aluminio al experimento en la clase de Química.

Jota terminó con esas cápsulas y sacó la mitad de las del otro blíster.

—¿Y esas?

—Para dormir también. Creo que son un poco más fuertes, así que voy a poner menos. —Como muestra de precaución, decidió no

añadir el polvo de una que ya había abierto, la décima, y la tiró al suelo—. Está todo controlado, Uve. Tú confías en mí, ¿no?

Lo miró elevando solo los ojos, sin levantar la cara.

Uve asintió con total convencimiento.

—Pues ya casi está. —Jota se puso de pie sin usar las manos, ocupadas con el frasco y el cuentagotas—. Lo disolvemos todo y listo.

Se acercó a un lavabo y colocó el bote bajo un hilo de agua en el grifo.

Antes de que se llenara completamente, lo quitó y enroscó el tapón.

Agitó la mezcla frente a los ojos.

—Qué ganas de pirarnos, tío. Y que se queden esos gilipollas en esta mierda de sitio. —Dio unos golpecitos al cristal con la uña—. Es que no van a oír ni el despertador por la mañana. Tendrá que sacarlos de la cama el Búho. Pero a nosotros eso ya nos dará igual porque estaremos en un tren camino de la casa de tu tío.

—¿Cómo?…, ¿cuándo…?

—Tú tranqui, Uve. Yo me encargo. Te explicaré todo cuando toque. A ver, dime, ¿cuándo es el próximo cumpleaños?

Sonó a pregunta con la que quería reconfirmar algo, no descubrirlo.

Uve hizo memoria.

—De Eté. El jueves.

Jota dio por válida su respuesta con un asentimiento y le ofreció la mano libre para ayudarlo a levantarse.

—Pues la noche del miércoles nos largamos.

Antes de que pudiera preguntarle qué tenía eso que ver, Jota se marchó del baño. Uve se quedó tan intrigado como confundido. Un miedo atenazó su estómago, advirtiéndole de las cosas que podían salir mal en una huida del internado, pero entonces se miró al espejo sobre el lavabo. Por una vez, podía hacer algo que de verdad le apetecía, por peligroso que fuera. Por una vez, podía dejarse contagiar por la resuelta y confiada energía de Jota. Hacer las cosas como él, sin pensarlas tanto. Por una vez, Uve podía tomar la decisión arriesgada. Y quizá así, por una vez, las cosas empezarían a cambiar a mejor.

—¡Vamos! —gritó Jota desde el pasillo.

Uve se apresuró tras él y deseó que pasaran volando los días que faltaban para la noche del miércoles.

59

Esa tarde, Uve bajó las escaleras cuando la casa se encontraba vacía. Se dirigía al salón principal, donde, en una esquina, en la mesita de la lámpara grande, se hallaba el único teléfono del que disponía la casa. El director bloqueaba el marcador de rueda con un candado, y por eso debían pedirle permiso para llamar, pero quizá, por algún tipo de error o casualidad, se le hubiera olvidado volver a ponerlo tras alguna llamada anterior. Si de verdad Uve tenía la suerte de poder marcar, cumpliría las peticiones de Jota de no contarle a su tío que pensaban escaparse del internado, pero al menos le explicaría por qué no había recibido sus cartas. Le diría que esa era la única razón por la que no había respondido. Le diría también que tenía muchas ganas de conocer a su otro tío, sin desvelarle que, probablemente, ocurriría en los próximos días, cuando Jota y él aparecieran en la isla por sorpresa.

Uve sorteó el sofá, una butaca y una mesa de centro.

Alcanzó la esquina con la lámpara grande.

Vio enseguida en el teléfono el candado que bloqueaba la rueda de números.

Por la noche, Uve encontró su cepillo de dientes en uno de los váteres.

Antes de dormir, aprovechó un momento a solas en el cuarto para trasladar discretamente el dinero de la mochila al cajón con llave de su mesilla. Así lo haría hasta que se escaparan: llevar el dinero encima durante el día y dormir junto a él por la noche. Mientras, los demás seguirían pensando que lo guardaba en la caja fuerte y a ella dirigirían potenciales intentos de robo cuando él no se encontrara en el cuarto. Si por casualidad lograban abrirla, cosa que, en todo caso, era poco probable, se la encontrarían vacía.

Jota y Uve dedicaron la mañana del domingo a localizar la parte más deteriorada de la verja entre las arizónicas del límite del jardín. Quisieron calcular cuánto tardarían en llegar hasta allí corriendo, una vez que salieran de la casa de madrugada. Para ello, fingieron echar una carrera desde la cocina. Ganó Jota con diferencia.

Tras el almuerzo, los dos salieron del comedor por separado, pero antes que todos los demás. Según lo acordado, se reunieron en una de las habitaciones. Uve vigiló la puerta mientras Jota abría el armario de Barro. En la parte inferior, al fondo, entre ropa sucia y varios pares de zapatillas deportivas, encontró las dos bolsas de plástico en las que guardaba las botellas de alcohol y también los vasos de chupito.

—Sí, están aquí —confirmó Jota—. Superfáciles de coger.

Hablaron toda la tarde en los escalones de piedra entre los parterres, revisando el plan trazado. Uve propuso poner almohadas bajo las sábanas para imitar sus cuerpos.

En un momento, Latas y Gemelo se acercaron a mirarlos.

No dijeron nada, solo los vigilaron en silencio.

—Tu dinero no está en el cuarto, ¿no? —preguntó Jota cuando se marcharon.

Uve sacudió la cabeza y tocó la mochila.

En el desayuno del lunes, Barro se sentó de pronto frente a Uve y le clavó dos dedos en la magdalena que acababa de desenvolver.

—Vas a pasar el peor curso de tu vida —le dijo entre dientes.

—¿Me dejas, por favor? —solicitó Jota su silla.

Alzó la voz a propósito para llamar la atención del director, que miró hacia ellos por encima de una taza de café humeante. Barro soltó la magdalena y se levantó. Los señaló a ambos con un dedo barnizado de migas.

—Vais a sufrir —susurró.

Después de clase, Uve siguió a Supermario por una de las sendas del jardín. Caminó tras él hasta que pudo tocarle el hombro.

—¿Por qué tienes el ojo así? —le preguntó cuando se volteó.

Se lo había visto morado desde el día siguiente a lo ocurrido con las cartas y el cúter.

Supermario desvió la cara como si quisiera esconderlo.

—Me diste la carta tú —afirmó Uve—. La sacaste de la basura y la pegaste.

—Yo no te di nada —replicó él sin mirarlo—. Déjame en paz.

Se giró para continuar su camino.

—Lo del ojo te lo han hecho ellos porque también lo saben —añadió Uve—. Aunque intenté protegerte.

Supermario permaneció quieto, dándole la espalda.

Tomó aire como si fuera a decir algo más, pero guardó silencio y siguió andando.

—Muchas gracias —le dijo Uve antes de que se alejara demasiado.

El martes por la mañana, Uve no se movió de su cama. Se quedó sentado en el borde con la toalla sobre el hombro. Si tenía que saltarse la ducha, se la saltaría, pero no pensaba irse hasta que apareciera el conserje con la correspondencia de ese día.

—¿Por qué no vas al baño? —preguntó Replay mientras le guiñaba el ojo a Quinto.

—Vete tranquilo, anda, que nosotros te cogemos las cartas —dijo él con una sonrisilla, limpiando sus gafas.

El Búho apareció en ese momento. Dedicó saludos ofensivos para todos y repartió las cartas que traía.

—No me mires con esa cara, que para ti no tengo —le dijo a Uve con las manos ya vacías—. Ah, no, espera, sí tengo una.

Uve enderezó la espalda. Quinto y Replay giraron los cuellos. El conserje metió la mano en su chaqueta, como si hubiera olvidado alguna que traía en un bolsillo interior. Frente a la cara de Uve, sacó solo la mano con el dedo mayor extendido. Replay y Quinto se rieron

de forma escandalosa, hasta que el Búho los mandó callar llamándolos hienas apestosas.

—Oye, no te pongas así —le dijo a Uve en voz baja—, que estoy de cachondeo. Como siempre.

Ante su falta de respuesta, se encorvó hacia él con las manos en las rodillas. Comprobó que los otros dos estuvieran a lo suyo y bajó el tono.

—Tú, ¿estás bien?

Uve tragó saliva y asintió con los ojos muy abiertos.

—¿Seguro? —El conserje le puso una mano en el hombro—. ¿Se puede saber por qué llevas tanto tiempo sin responder a tu tío? No me has dado ninguna carta en semanas.

Uve salió corriendo al baño sin contestar.

Jota y Uve se encontraron por la noche en la orilla del lago para repasar por última vez el plan de huida del día siguiente.

El vaho de sus alientos se entremezclaba sobre sus cabezas antes de ascender hacia el cielo.

En clase de Filosofía, un cuadradito de papel cayó sobre las páginas del libro de Uve. De soslayo, miró a Jota, sentado en la mesa de al lado. Desdobló la nota para descubrir el mensaje:

Llegó la noche.

Vamos a brillar.

Vamos a explotar.

2.

Uve tachó la caligrafía de Jota hasta hacerla ilegible. Después rompió el papel y escondió los trocitos en el puño.

El corazón le latía tan fuerte que temió que pudiera escucharlo la clase entera.

60

Uve leía sentado sobre la colcha, aún vestido, con la espalda contra el cabecero de la cama. Entre las manos sujetaba una carta de su tío. Fingía concentrarse en la lectura, pero en realidad vigilaba los movimientos de sus compañeros de cuarto. Escuchaba los sonidos de la maquinita de Eté, se fijaba en cada página que pasaba Supermario. Replay se exprimía espinillas en el reflejo de una cuchara. Quinto completaba deberes en un cuaderno. Uve esperaba el momento en el que decidieran irse a cenar al comedor.

—¿Quién jama? —preguntó por fin Replay, con la habitual entonación grave y de ultratumba, como de dios egipcio, con la que alguien lanzaba esa pregunta cada día.

—Nosotros jamamos —contestaron al unísono el resto, completando el ritual.

Los cuatro lanzaron cosas a sus mesillas, se apearon de las camas, se calzaron, se pusieron alguna prenda extra y salieron del cuarto sin prestar atención a Uve.

Él aguardó a que fueran bajando también los estudiantes del piso de arriba. Los contó a medida que los veía circular por el pasillo. El octavo, el más rezagado, se tomó su tiempo. Uve esperó a que alcanzara el piso inferior para saltar de la cama y correr a la otra habitación. Allí encontró a Jota, caminando en círculos.

—¿Ya? ¿Todos? —preguntó en cuanto lo vio aparecer—. ¿Seguro?

—De mi cuarto y de arriba, sí.

—Y de aquí también. Es el momento.

Jota abrió su armario, sacó la mochila.

Del bolsillo frontal, extrajo el gotero.

Se lo enseñó a Uve con una sonrisa.

—Nuestra salvación —dijo.

Lo trasladó en una mano hasta el otro extremo de la habitación, donde abrió el armario de Barro. Uve, plantado en el umbral para mantener la vigilancia, lo vio arrodillarse y meter el brazo hasta el fondo, en busca de la bolsa de las botellas. Oyó la fricción del plástico, el tintineo del cristal.

Jota sacó la botella de tequila.

El nivel de líquido apenas alcanzaba la parte inferior de la etiqueta.

Desenroscó el tapón temiendo encontrar un difusor de plástico de los que llevaban algunos licores, lo que complicaría su labor, pero no lo tenía.

Apoyó la botella, abierta, en el suelo.

Apretó la tetina del gotero antes de extraer la pipeta, que situó sobre la abertura. Hubo un ligero temblor en la mano, pero lo controló enseguida. Presionó y contó las gotas que iban cayendo en el interior de la botella. Fueron doce. Siendo ellos ocho personas, le pareció muy poca cantidad. Así que llenó una vez más el cuentagotas y lo vació en el licor.

—Venga, corre —dijo Uve.

Jota se quedó mirando el cuello de la botella.

Hipnotizado por algún recuerdo.

Uve dijo algo más desde la puerta, impaciente, metiéndole prisa, pero la voz se transformó, en la cabeza de Jota, en una mucho más grave. Una que sonaba como la voz de su padre. Una voz que le decía:

«Ojalá te hubieras muerto tú».

La mano en la que sujetaba el frasco le palpitó de rabia.

La notó cargada de poder.

—Que te jodan… —contestó al eco en su cabeza.

Jota dejó de usar el cuentagotas y acercó directamente el borde del frasco al de la botella. Lo inclinó para verter mayor cantidad de líquido. Parpadeó lento, dos veces, como si necesitara asegurarse de lo que había hecho.

—¡Viene alguien!

Eso decía Uve, cuya voz volvió a sonar como la suya.

Unos pasos ascendían por la escalera.

Quien subía iba tarareando una canción.

Jota mantuvo la calma con precisión artificiera. Enroscó el gotero. También el tapón de la botella de tequila, que metió a la bolsa. Esta la devolvió al fondo del armario, el cual cerró con delicadeza. Aún tuvo tiempo de incorporarse, alcanzar la ventana y abrirla, como si pretendiera asomarse al exterior, justo antes de que la irrupción inesperada se presentara en la puerta.

—¿Qué…, qué hay de cenar? —preguntó Uve en un torpe intento de disimular o ganar tiempo.

—No he llegado al comedor —respondió Jackson—. Pero supongo que mierda hervida con mierda frita. —Cogió algo del cajón de su mesilla—. Oye, tú, cierra la ventana, que luego me hielo por las noches.

Jota acató la orden.

Mantenía el gotero escondido en el interior de un puño.

—¿Y de postre qué habrá? —preguntó Uve para desviar su atención.

—Pues mierda con nata —respondió Jackson, ya desde el pasillo.

Jota y Uve permanecieron en silencio. Lo escucharon bajar por las escaleras.

Cuando oyeron el golpe de la puerta metálica de la cocina, Jota mostró el gotero.

—Misión cumplida —anunció con una sonrisa.

61

Llegaron por separado al comedor y cada uno cenó en una mesa.

Esa precaución la propuso Uve, que temió que alguien pudiera notar algo distinto en ellos, un nerviosismo diferente en su forma de estar. O que, al compartir una conversación en clave, alguna información sensible llegara a oídos ajenos. A Jota le divertía la idea de escaparse. Para Uve, era una necesidad, y no estaba dispuesto a verla truncada por no extremar las precauciones.

Jota lo observó mientras cenaba, a varias mesas de distancia.

Con rigor excesivo, mantenía la cara dirigida al plato como si llevara el plan de huida impreso en su frente y todos pudieran verlo. Entre arrugas de preocupación, se le escaparon también algunos destellos de sonrisas fugaces.

Tal y como habían quedado, Jota fue el primero en regresar a la casa.

En la cocina, sacó un yogur de la nevera que tardaría en comerse el tiempo que necesitara para asegurarse de que todos los demás residentes hubieran regresado y subido a sus cuartos. Uve sería el último en hacerlo.

Sentado a una mesa que nunca había ocupado en el desayuno, por estar demasiado cerca de la del director, Jota tomó lentísimas cucharadas de su segundo postre mientras vigilaba y pasaba lista

mentalmente de quienes iban subiendo. Replay y Eté complicaron el registro porque subieron, volvieron a bajar, salieron y volvieron a entrar. Finalmente, un estudiante de los cursos superiores fue el último de la lista.

Poco después, apareció Uve.

Hizo la prueba de intentar cerrar tras de sí la puerta metálica, pero, como había ocurrido con cada uso, el pestillo se salió del resbalón al que no se ajustaba y se quedó entornada, como siempre. Solo echar la llave la mantendría cerrada en su sitio.

Adivinando lo que estaría pensando su amigo, Jota se sacó del bolsillo del pantalón la hoja cuadriculada del cuaderno y jugueteó con ella sobre la mesa. Le divirtió el agobio que inundó el rostro de Uve, al ver así de expuesta una parte tan importante del plan de huida. Elevó las cejas para pedirle sin palabras que la escondiese de nuevo.

—Me subo ya —dijo.

A Jota le dieron ganas de reír de lo poco natural que sonaba y lo tenso que se le notaba. Realmente habían hecho bien en no cenar juntos. Le dirigió un guiño para tranquilizarlo y, con un movimiento de barbilla, le indicó que se marchara.

En cuanto se fue, Jota se levantó para poner el papel en el marco de la puerta metálica y falsear el cierre. Pero, en ese momento, escuchó abrirse la puerta que comunicaba la casa del director con la de ellos. Desvió su ruta hacia la nevera y simuló sacar en ese momento el yogur que llevaba media hora comiéndose.

El director dejó unas carpetas con papeles sobre la mesa pequeña en la que desayunaría al día siguiente.

—Esto ya para mañana, que espero tener un día tranquilo —dijo al reparar en Jota—. Todo bien por aquí, ¿verdad?

Él siempre preguntaba en positivo. Así parecía que mostraba interés, pero también proyectaba de antemano la idea de que su intervención no sería necesaria.

—Todo bien —confirmó Jota. Los ojos se le desviaron hacia la puerta trasera, temiendo que al director le diera por cerrarla él. Como distracción, elevó el yogur para sonar despreocupado—: Me apeteció un segundo postre.

—Di que sí. Están mejor estos que los del comedor. El conserje estará a punto de llegar, te recomiendo acabártelo antes. —El director miró el reloj de pared—. Yo ya doy por terminado el día, os quedáis en sus manos. Buenas noches.

—Buenas noches —repitió Jota, que se metió la cuchara vacía a la boca.

El director dio tres vueltas a la llave del lado de su casa, dejando claro que no realizaría más incursiones.

Jota sacó la hoja cuadriculada y la dobló por la mitad, sobre la mesa, hasta que pudo separarla en dos trozos. En uno escribió una nota para sorprender a Uve cuando se marcharan. El otro lo guardó de reserva en el bolsillo de su pantalón.

Frente a la puerta metálica, plegó el papel para conseguir el grosor adecuado que la atrancara hasta parecer cerrada con llave. Un milímetro de la hoja quedó asomando por el marco, pero Jota lo dio por bueno. Nadie que no supiera que estaba ahí la vería.

Otra puerta, la de la entrada principal a la casa, se abrió y cerró.

Los golpes del zapato grueso del conserje y el cascabeleo de su manojo de llaves se aproximaron por el salón.

Jota recuperó el yogur.

Se apoyó lo más relajado que pudo en la nevera.

Justo antes de que el Búho accediera a la cocina, rebañó sonoramente el envase, como si terminara de apurarlo en ese momento.

—No son horas de seguir aquí abajo. —Fue el saludo del conserje.

—Si es prontísimo todavía.

—Después de cenar, siempre es tarde.

—Interesante frase. —Jota observó al conserje con los ojos entornados—. Un poco estoica, un poco existencialista, pero, sobre todo, muy pragmática.

—Los cojones intenta no tocármelos tan pronto, que acabo de llegar.

—¿Ves como era pronto?

Confundido, el Búho le exigió que se subiera a su cuarto de una puta vez. Jota sabía que a continuación realizaría la pequeña ronda en la cocina que incluiría la comprobación de la puerta metálica. En cuanto lo vio llevarse la mano al llavero en su cintura, supo que había llegado el momento de lanzar el farol.

—La acaba de cerrar el director. —De la manera más confiada que pudo, Jota señaló la puerta con la cucharilla—. Ha estado aquí hace un minuto.

Con la misma cucharilla señaló también, como prueba, las carpetas que él había dejado preparadas sobre su mesa.

El conserje miró las carpetas y la puerta. Al no hallarla en su habitual posición entornada, aceptó que estaría cerrada con llave y separó la mano de su llavero.

Jota se aguantó una sonrisa.

Para interrumpir un potencial acercamiento del conserje a la puerta, se situó junto al cubo de basura que había al lado. La tapa chocó contra la pared cuando pisó el pedal. Jota rebañó el yogur mucho más de lo necesario antes de tirarlo.

—Como en cinco segundos no salgas de mi vista, te quemo los pelos de los huevos con mechero —soltó el Búho—. Cinco, cuatro, tres…

Jota alcanzó los pies de la escalera al término de la cuenta atrás.

62

Uve apretó el botón del reloj para iluminar la hora. El conserje acababa de proceder al apagado de luces y se marchaba ya escaleras abajo.

—Pues nada, a dormir hasta mañana —dijo Eté, sus palabras cargadas de intención.

—¿Te crees que hay chupito luego porque es tu cumple? —preguntó Replay en la oscuridad—. Menudo flipado, para ti no hay.

Uve estrujó el borde de las sábanas.

—No me jodáis —replicó Eté—. Como no me hagáis chupito, me cabreo.

—Pues vete cabreando porque no hay. —Replay dejó escapar un brutal bostezo—. Me duermo ya, que estoy baldado.

—Yo igual —dijo Quinto con otro bostezo osuno—, pienso dormir de un tirón hasta mañana.

—Yo también, ¿eh? —añadió Supermario.

A todas esas declaraciones les siguió un completo silencio.

—Es coña, ¿no? —preguntó Eté a la habitación.

Nadie le respondió.

—Más os vale que sea coña.

Uve también deseó que lo fuera, incluso con mayor vehemencia que el cumpleañero. Si no había celebración, no habría fuga, así que

a la intranquilidad por la huida se le sumó la incertidumbre de si ocurriría.

Hasta la medianoche, Uve miró la hora más de una docena de veces. Y, cuando por fin aparecieron en el reloj los cuatro dígitos iguales que marcaban las doce, el silencio se mantuvo abrumador en el cuarto. Respiraciones espaciadas y plácidas delataban sueños profundos.

El chupito había quedado cancelado.

Los muelles de algún colchón chirriaron en la oscuridad, pero sería el de Eté, igual de estupefacto que él mismo ante la ausencia de celebración.

A Uve, el cambio al siguiente minuto en el reloj se le hizo tan largo que pensó en lo mucho que las emociones distorsionaban el tiempo. Y no fue hasta un minuto después, cuando ya daba por perdida la escapada, cuando, de pronto, estalló un trote en la habitación de al lado. En la suya, Replay encendió una linterna con un grito que desveló la farsa.

—¡Feliz cumpleaños, puto marciano!

—¡Qué cabrones, lo sabía! —dijo Eté.

El trote recorrió el pasillo hasta adentrarse en el cuarto, acompañado por el resplandor de otra linterna y choques de cristal. Los compañeros le provocaron a Eté un «terre-terre-terremoto» en el colchón, le dieron cada uno las dos bofetadas de regalo y Barro canturreó el tradicional «Todos en fila, a tomar tequila».

—Y el cumpleañero siempre es el primero —secundaron los demás.

Uve miraba al techo sin esperar ser incluido en la celebración, pero un empujón lo sacó de la cama.

—Los cumpleaños de los compañeros se celebran —amonestó Barro—. Y hoy vas a beber como todos los demás, te guste o no. A tu guardaespaldas ni lo busques, que él no está invitado.

Replay repartió vasitos para los nueve asistentes, dispuestos alrededor de la cama de Eté. A diferencia de Jackson, el festejado en esta ocasión ansiaba el trago de alcohol. Barro desenroscó el tapón de la botella con un crujido plástico. Al resplandor de las linternas, Uve vio cómo el tequila iba llenando los vasos. Se preguntó si olería diferente, si su aspecto o textura habría cambiado lo suficiente como para que los demás se dieran cuenta de algo. Pero ninguno dijo nada ni prestó especial atención a lo que les servían. Cuando Barro se saltó su turno, Uve se alegró de que finalmente hubiera decidido respetar su preferencia de no beber, pero enseguida descubrió que tan solo lo había dejado para el último en el reparto.

—Yo no quiero —insistió Uve—. Brindo con el vaso vacío, como siempre.

—Ni se te ocurra apartarlo —amenazó Barro—. Hoy bebes como todos. Demuestra un poco de respeto al cumpleañero. Además, tienes el honor de matar la botella.

La inclinó del todo para servirle el licor que quedaba. A continuación, la elevó y un par de últimas gotas se desprendieron sobre el vasito de Uve, como dos toques de advertencia. Barro cambió de botella para coronar el cóctel celebratorio con el consabido chorrito de licor de mora. Uve dedicó el tiempo de esa nueva ronda a pensar qué sería menos sospechoso, si dejar caer el chupito como si se le hubiera resbalado, fingir un desmayo con el que derramarlo por completo o intentar escupirlo a escondidas en cuanto lo obligaran a tomárselo.

Los nueve brindaron sobre la cama de Eté.

—El cumpleañero siempre es el primero —entonaron Latas y Gemelo.

Incluso antes de que completaran la rima, Eté se tragó la bebida con ganas.

Uve temió que ese rostro sombreado por las linternas se retorciera en una mueca grotesca, un agónico gesto que delatara el inusual contenido de los vasos, o que su cuerpo reaccionara de inmediato con una violenta arcada, un desplome repentino. Pero Eté solo arrugó la cara y elevó los brazos.

—¡Feliz cumpleaños a mí!

Los demás se tragaron sus tequilas y reaccionaron con los habituales carraspeos, lenguas entre los dientes y ojos llorosos. Uve mantuvo su vaso en la misma posición, aún temeroso de que alguno de ellos notara algo raro.

—Te lo vas a beber —dijo Barro—. Ahora.

—Bah, pasa de él… —intervino Quinto—. Si nunca bebe.

—Porque a mí nunca se me había metido en los cojones que bebiera. Pero hoy me ha dado por ahí.

Con un dedo, Barro empujó el vasito hacia Uve.

—Te ha dicho que no quiere.

La voz de Jota irrumpió desde el umbral a oscuras.

—El que faltaba —soltó Barro—. ¿Ahora también nos espías?

—Si tanta ilusión te hace obligar a la gente a beber, me lo puedo tomar yo.

Uve sintió alivio cuando Jota le arrebató el chupito, pero no entendió qué pretendía hacer. Él tampoco podía bebérselo.

—Sí, hombre —replicó Barro al tiempo que le arrancaba el vaso—. Tú no estás invitado a nada. Disneilán al menos lleva toda la vida aquí, pero tú… ¿Tú quién eres?

Lo preguntó con todo el desprecio que pudo arrastrar en los labios, justo antes de tomarse el segundo chupito, de un trago.

—Todo tuyo —susurró Jota.

Uve imaginó a la perfección lo que estaría pensando.

—Bueno, parad ya, que me estáis amargando el cumple —dijo Eté.

—A mí sí que me amarga que seas un tapón —le soltó Replay.

—¡Foto! —anunció Gemelo, que alargó el brazo con la cámara para adoptar la postura de autorretrato grupal.

Barro empujó a Jota de un golpe en el pecho, para sacarlo del encuadre y de sus vidas. Uve se percató de cómo a Jota se le cerraban los puños a un lado del cuerpo, preámbulo de muchos de sus estallidos de rabia, y deseó en silencio que fuera capaz de controlar el arrebato. No les interesaba enzarzarse en una pelea que pudiera complicar las cosas.

Jota dedicó una brevísima mirada a Uve, apenas un destello en la oscuridad, lleno de significado, antes de desaparecer.

La polaroid emergió de la cámara con un barrido mecánico.

Quinto reunió los vasos usados en una bolsa.

—El que cumple es el que friega —le dijo a Eté, que los guardó debajo de la cama.

—Hostia, hostia, hos… —Supermario se tapó la boca con las dos manos.

Corrió a la ventana, peleó con los codos contra la cortina y consiguió abrirla a tiempo de vomitar hacia fuera. Cada arcada fue

celebrada con risas en la habitación. Aplausos.

—El Supermario está muy amariconado últimamente —dijo Latas.

—Venga, para ya, que, como venga el Búho y te vea así, la liamos.

Quinto se aseguró de que Supermario hubiera terminado de vaciarse por arriba, como decía el conserje, y lo sujetó hasta su cama, donde se desplomó de espaldas.

—Hala, venga, tú duérmete. De nada, ¿eh?

Uve rogó mentalmente para que nadie más vomitara o presentara ninguna reacción escandalosa a lo ingerido. Lo único que necesitaban Jota y él era que los demás regresaran a sus camas y cayeran rendidos bajo los efectos de lo que habían tomado. Por suerte, la mención del conserje y su inminente aparición sirvió para que dieran por terminada la fiesta.

Metido en la cama, Uve escuchó bostezos, almohadas ahuecándose.

Una linterna se apagó y el resplandor de la otra se alejó por el pasillo, igual que el susurro de los pasos.

Él trató de calmar el nerviosismo en su estómago con una honda inspiración.

El pecho se le llenó de anticipación al darse cuenta de que había llegado el momento.

De que todo iba en serio.

Esa era la noche en la que se escapaba del internado.

Bajo las sábanas, iluminó su reloj para ver la hora.

DESPUÉS

63

Al conserje le fallan las rodillas y no puede evitar caer al suelo, junto al colchón que acaba de destapar, del que se han resbalado dos almohadas que sustituían un cuerpo ausente.

—No puede ser… —susurra.

Allí tirado, siente la tentación de dejarse ir, permitir que el vértigo que lo marea desde que entró en el otro dormitorio lo venza del todo. Solo quiere apagarse y despertar más tarde, en cualquier otro sitio. En otra realidad diferente a esa en la que acaba de ver los rostros sin vida de siete chicos que aún no han cumplido los quince.

Pero el estudiante de los calcetines desparejados ha dicho que uno de los muchachos aún respiraba, así que el Búho se dirige hacia esa cama a gatas, a rastras, tirando de su zapato grueso, y escala por la estructura.

—Despierta. —Le pega al chico una cachetada con la que logra que contraiga el rostro—. Despierta o te arranco el mostacho a tirones.

Se lo dice así en el desesperado intento de conseguir que esa mañana suene como una mañana normal. Una de esas en las que reparte palos entre los residentes y en las que el bigote incipiente de Supermario siempre es un blanco fácil para sus bromas. Al pensar en los demás chicos, el conserje sacude la cabeza para borrar de su

mente imágenes de ojos de muñeco, bocas abiertas y pieles descoloridas.

—Arriba están todos bien.

Lo anuncia el estudiante del pijama de cuadros, que ha regresado en algún momento.

Un galope de pasos asciende por la escalera.

—Me estáis dando un susto terrible para algo que no va a ser tan grave —viene diciendo el director por el pasillo—. Al final siempre ha…

Su discurso se interrumpe en cuanto entra en el cuarto.

Es la primera vez, desde que trabaja ahí, que el conserje ve al director sin peinar y con sombra de barba. También la primera que lo ve con un batín y pantuflas. La boca aún abierta, en mitad de una palabra, se le va cerrando a medida que realiza una panorámica de la habitación. Al fijarse en que el conserje está tratando de reanimar a un alumno, debe de entender que aún hay posibilidad de hacer lo mismo con los demás, porque corre a la cama de al lado a asistir a otro. En cuanto le toca la cara, da un paso atrás con las manos en alto.

—Está… frío.

Se apresura a cerrar la ventana como si recuperar la temperatura en el interior del cuarto pudiera servir también para recobrar la de los cuerpos pálidos que lo rodean. Traga saliva de forma tan sonora que parece una caricatura.

—¿Qué hacemos? —murmura, más para sí mismo que para los demás. Después, se dirige al conserje—: ¿En el otro cuarto también…?

No hace falta que termine la pregunta para que el Búho le responda con un funesto asentimiento.

—¿Todos?

—Menos los dos que faltan. El nuevo y… —Señala con la barbilla la cama vacía en esa habitación.

—¿Y dónde están?

El conserje se encoge de hombros.

Los otros estudiantes niegan con la cabeza.

El director entra en acción y le entrega un llavero al nadador, que sigue en calzoncillos.

—Llama a todo —le dice mientras selecciona la llave diminuta del candado del teléfono—. Los números están en el cajoncito. Ambulancias, policía…, todo.

Entre las manos del conserje, Supermario deja escapar un agónico bostezo, pesado, como si se esforzara por regresar de alguna dimensión lejana. La bocanada de aliento que le sale del cuerpo asquea al Búho. Huele a sangre, a eructo y a vómito, entre otras notas que no identifica.

—Venga, despierta. —Le pellizca la barbilla luchando contra su estómago revuelto—. No te me vayas.

En otro rincón del cuarto, el director emite un sonido gutural de derrota, entre arcada y sollozo, que eriza el vello del conserje. Lo ve junto al chico al que llaman Eté, a quien mira como si no quisiera arriesgarse a tocar otra piel igual de fría que la de antes. La puntera de una de sus pantuflas choca contra algo bajo la cama. Del suelo recoge una bolsa de plástico en la que tintinean cristales. El director examina el contenido y se lo muestra al conserje: una decena de

vasos de trago corto. Un aroma dulzón, de licor afrutado, emana de la bolsa, junto al de algún alcohol de mayor graduación.

—Están húmedos, usados… —Saca uno de los vasitos como prueba—. ¿Beben alcohol aquí?

El conserje sabe que sí, igual que lo sabe el director. Muy ingenuo hay que ser, o ciego querer estar, para creer que en una casa llena de adolescentes no encontrarán la manera de beber algo de alcohol.

—Lo hacen en los cumpleaños —se adelanta el estudiante del pijama de cuadros—. Creo que toman un chupito a medianoche, como celebración.

—Pero es muy rápido, no molestan casi —añade el de los calcetines desparejados con ánimo de descargo.

—Y tú lo permites.

El director acusa al conserje como si eso tuviera ahora alguna relevancia. Pero siete jóvenes no se mueren a la vez por tomar un trago de alcohol, al que además estarían acostumbrados según ha contado el del pijama, así que el Búho le retira la mirada, prefiere centrar su atención en Supermario.

—¿Tampoco notaste nada raro en ninguna de tus rondas? —insiste el director—. ¿Y los que faltan? ¿Se han escapado? ¿Están vivos?

—No te me duermas. —El conserje ignora las preguntas y le pellizca las mejillas a Supermario, obligándolo a permanecer alerta —. No te me duermas. Que te afeito el mostacho sin que te enteres.

El nadador reaparece en la puerta con la respiración entrecortada.

—Vienen… ambulancias —anuncia entre jadeos—. Pero la poli…, quieren hablar con un adulto. No… No me creen.

El director entrelaza las manos por detrás de la cabeza y cierra los codos para ocultar el rostro, como si quisiera desaparecer.

—Están esperando al teléfono —dice el nadador.

Cuando el conserje endereza su zapato grueso en además de levantarse, el director sale a toda prisa de la habitación.

64

Jota y Uve desayunan fuera del coche, sobre el capó delantero.

Han parado en una gasolinera en mitad de la carretera, donde un empleado les ha llenado el depósito a petición de Jota, que incluso ha entablado conversación con él, sin miedo alguno a que pudiera cuestionar si no era muy joven para conducir o sospechar que el coche no era suyo. Jota le preguntó si vendían algo de comer ahí dentro, que su amigo tenía ganas de desayunar, a lo que el empleado, con un palillo entre los dientes, respondió que poca cosa, bolsas de patatas y otras mierdas.

—Las que vienen envueltas son las mejores —dice Uve, que quita el papel a otra galleta.

A Jota le gustan más las que llevan ralladura de coco, le parecen más sofisticadas. Al final han comprado una caja de galletas surtidas, de dos pisos, que Uve acompaña con un batido de chocolate y Jota con un brik de zumo. Lo han pagado todo, incluyendo la gasolina, un paquete de tabaco y un mapa de carreteras que Jota cogió del mostrador, con el dinero de Uve. El coche lo han movido del surtidor a un lado de la gasolinera.

—Míranos, tío —dice Jota—. Lo estamos haciendo.

Uve asiente con la boca llena. Sonríe a la vez que traga.

—Ojalá lleguemos a tiempo al ferry.

—Claro que sí, tío, de sobra. Mira.

Extiende el mapa sobre el capó. Recorre con un dedo, para mostrárselo a Uve, el trayecto que harán, calculando a ojo el tiempo que tardarán en completarlo. Migas de diferentes galletas van cayendo sobre el papel. Cuando Jota toca en el mapa la parte azul que representa la costa, pregunta en alto a qué hora es el último ferry. Uve saca, de la mochila en el coche, el folleto con los horarios. El retrovisor derecho, que se había mantenido milagrosamente unido a la carrocería desde la patada que Jota le propinó en el apeadero del tren, acaba por caer al suelo.

—Que se joda el rapado —suelta ahora—. Lo mismo le tiro el coche por un acantilado cuando lleguemos.

Uve le enseña el folleto.

—Llegamos de sobra —asegura Jota—. Pero de sobrísima. Si es muy pronto aún.

El amarillo pálido del amanecer, que pudo haber anunciado un día despejado, ha acabado dando paso a un gris blanquecino que encapota el cielo, un nublado que no anuncia tormenta, pero apaga por completo el sol.

—Qué día tan perfecto. —Jota inspira con ganas y disfruta de la peculiar mezcla de aromas—. Rocío y gasolina. ¿Qué más podríamos pedir?

—Otra galleta —contesta Uve, que levanta la primera bandeja para buscar las envueltas del piso inferior.

—Siempre respondes de manera literal a las preguntas retóricas. ¿Será posible?

—Parece que sí.

Jota sonríe sin estar seguro de si lo ha hecho adrede esta vez.

Uve termina de bajar las galletas con un último trago al batido de chocolate. Casi enseguida, se lleva una mano a la tripa.

—Quiero ir al baño.

—Anda ya, mea ahí mismo. —Jota señala la cuneta llena de hierbajos.

—No… No me hago pis.

Jota se ríe.

—Pues date prisa, cagón, que tenemos que irnos. Los baños están fuera, detrás de la tienda.

Uve regresa al establecimiento y lo rodea mientras Jota lucha por doblar el mapa. Quiere dejar a la vista el cuadrante en el que se encuentran. Tira papeles y envases vacíos a la cuneta. La caja de galletas la coloca en los asientos traseros, junto a las mochilas.

Al poner el coche en marcha, la autorradio se enciende sola y sintoniza alguna emisora de onda media ocupada con un informativo local.

Jota comprueba que la aguja del depósito ha subido al nivel máximo.

Mira al retrovisor interior, pero encuentra el mismo vacío que las veces anteriores. Eme lo arrancó tirando del racimo de ambientadores y anda por ahí, en el suelo del coche, entre envoltorios de comida. En la radio, una locutora de voz joven y redacción inexperta menciona un almacén de pirotecnia.

… conocido como El Diablo.

La palabra arrebata la atención de Jota.

… mañana, la propietaria del negocio daba inicio a su jornada cuando se ha encontrado el almacén vandalizado y, en el suelo, el cuerpo sin vida de un hombre al que asegura no conocer. Pocos detalles más han trascendido aún sobre la inesperada escena de este posible crimen sobre el que seguiremos informando a lo largo de la mañana. En cuanto al…

Jota deja de escuchar la voz de la locutora.

—Se ha muerto el hijoputa… —susurra con el aliento de una garganta encogida.

Sus palabras quieren sonar desafectadas, pero en su pecho y estómago retumba una sensación demoledora, además de conocida. La de asumir la más trascendental de las responsabilidades. La peor de las culpas. Otro susurro se le escapa de los labios en busca de alivio:

—… fue Uve.

Porque es verdad que fue Uve quien le vació el gotero en el whisky del rapado. Pero otro latido doloroso de los que le recorren el cuerpo proyecta en su mente la imagen de sus propias manos mezclando cápsulas en un frasco de un laboratorio de química, y también vertiendo parte del contenido de ese frasco en una botella de tequila. Jota da un puñetazo al volante en busca de desahogo, a la vez que sale del coche peleándose con la puerta. Se aleja del automóvil como si pudiera así alejarse también de las consecuencias de sus actos. Se tapa los oídos para enmudecer los ecos de la voz de su padre y lucha contra el recuerdo de sí mismo arrodillado frente al armario de Barro. Igual que en aquel momento se obligó a controlar sus nervios con precisión artificiera al escuchar que alguien subía por las escaleras, ahora debe hacer lo mismo al ver reaparecer a Uve rodeando el establecimiento.

Jota se convence de que a sus compañeros no les ha pasado nada.

Lo hubieran dicho en la radio también.

—Lo hubieran dicho… —se repite para creérselo.

Regresa al coche y apaga la radio. Necesita recomponerse antes de que llegue su amigo. Para calcular a qué distancia se encuentra, mira al retrovisor interior, pero el espejo no está en su sitio.

—¡Joder!

Uve abre la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nada, tío, que no dejo de mirar a ese retrovisor, pero no está. —Justifica toda su rabia en el espejo ausente—. Se me olvida que lo arrancó la hija de puta de tu amiga.

—No era mi amiga.

Jota sacude la palanca de cambios.

—¿Qué crees que habrá pasado con ellos al final? —pregunta Uve.

—¿Con quién?

—Con Eme. Y con el otro.

—Yo qué sé.

—Es que estaba fatal el otro.

—Ese tío iba como una cuba —interrumpe Jota, que logra meter la marcha atrás—. Lo que le dieras tú era el menor de sus problemas.

—En el almacén había teléfono. Supongo que Eme avisaría a alguien. Le habrán tenido que hacer un lavado de estómago o algo.

—Ni lo sé ni me importa.

Uve mira el reloj.

—¿Habrá ido el dueño de la tienda ya?

Jota gira el cuello hacia la luna trasera.

—Deja de preocuparte por ellos, eran unos cabrones.

—Bueno, lo decía también por el coche —añade Uve—. Como le digan a alguien que se lo hemos robado, nos van a encontrar rápido.

Jota detiene el volante a mitad de maniobra.

La observación de su amigo es más importante de lo que él mismo cree. Deberían cambiar de coche en cuanto puedan, para desligarse del cuerpo sin vida que ha aparecido en el almacén de pirotecnia. Tras las apreciaciones de Uve, Jota se pregunta por qué no habían mencionado a ninguna chica en la noticia de la radio. Eme podría haber contado lo ocurrido y que el evento no fuera tan misterioso como lo habían planteado. A no ser que esa víbora hubiera sido capaz de dejar allí tirado a su novio muerto. O quizá, tan borracha como iba, acabara bebiendo de la misma copa que él, pero entonces habrían sido dos cuerpos y no uno los que encontrara la dueña de la tienda.

—Lo importante —interrumpe Jota sus pensamientos sin compartirlos con Uve—: ¿tú has cagado?

Uve asiente con vergüenza.

—Pues entonces lo tenemos todo hecho —dice Jota—. Esta noche dormimos en la isla.

La idea alisa la frente de Uve, que vuelve a sonreír:

—Qué ganas de dejarlo todo atrás —exclama.

—No sabes cuántas. —Jota empuja la cinta que se había salido de la autorradio, para asegurarse de que no sintonice ninguna emisora, y la enciende a un volumen que le permita acallar su mente. Circula por la gasolinera hasta incorporarse a la carretera secundaria, momento en el que hunde el pie en el acelerador y grita sobre la música—: ¡Bum!

65

Una única camilla emerge por la entrada principal de la casa, camino de la ambulancia que trasladará a Supermario al hospital. Por el resto de los chicos no se ha podido hacer nada, solo mantener los cuerpos en su posición para ser investigados como la potencial escena de un crimen.

—¿Qué le pasa? —El conserje lanza la pregunta al interior de la ambulancia—. ¿Se va a recuperar?

El personal que atiende a Supermario no se distrae con el curioso y el técnico que ha metido la camilla lo aparta para poder cerrar las puertas traseras. A toda prisa, regresa a la cabina. El vehículo se marcha dejando ahí al conserje, sin respuestas. Un sanitario de otra ambulancia, de las que finalmente no trasladarán a nadie, se acerca a él.

—Tranquilo.

Palmea la espalda al Búho, que pide saber qué leches está pasando. El sanitario baja la voz para decirle, avisando de que negará haberlo hecho, que, por los síntomas que han visto sus compañeros, se habla de intoxicación aguda, envenenamiento o sobredosis.

—Pero ¿cómo va a ser una sobredosis?

El sanitario se encoge de hombros.

—Sabemos muy poco de las vidas de nuestros jóvenes.

El comentario hace mella en el conserje, que no creía saber muy poco de la vida de esos jóvenes. Sin embargo, de alguna manera, se le han muerto siete mientras él estaba de guardia. La desazón le comprime el pecho.

—Tranquilo —repite el sanitario—. Respire con calma.

Ofrece atenderlo en alguna de las ambulancias libres, pero el Búho niega con la cabeza. Prefiere cumplir con sus labores y tratar de poner orden entre el montón de estudiantes que insisten en salir a las puertas principales de las casas, desoyendo la orden lanzada que les prohíbe moverse de sus respectivas habitaciones.

En la del suceso, un policía escolta escaleras abajo a los residentes de los cuartos superiores, que pidieron permiso para vestirse antes de que se completara el acordonamiento de la zona. Los dormitorios con los cuerpos han quedado precintados, toda la vivienda permanece vigilada. El agente eleva la cinta a los pies de la escalera y acompaña a los estudiantes hasta la salida. El nadador, que se ha puesto un pantalón de chándal, calcetines con chanclas y una sudadera sin camiseta debajo, le pregunta al conserje qué coño está pasando.

—¿No lo sabéis vosotros? —cuestiona él de vuelta—. ¿No habéis notado nada raro últimamente?

—Yo qué sé —contesta el nadador—. Están siempre con movidas ahí abajo.

Entre el grupo de estudiantes, se alzan voces que lanzan teorías sobre un suicidio acordado. Otros apuestan por un pasote de drogas. Algunos han oído hablar de intoxicaciones por monóxido de carbono y varios están convencidos de que los dos alumnos que se han

escapado se han cargado a los demás a propósito. El Búho no da abasto mandándolos callar a todos, a quienes exige seriedad y silencio.

—¡Hostia!

El estudiante que antes llevaba el pijama de cuadros señala con todo el brazo hacia la garita del conserje, junto al control de entrada a los terrenos del internado. Todos ven el camión rotulado como unidad móvil de televisión.

—No, no, no…

El conserje inicia una irregular carrera al ritmo que le permite su calzado dispar. Le pega un grito al director, que atiende a un agente de policía frente a su casa. El director ha encontrado tiempo de cambiarse las pantuflas por zapatos, pero sigue despeinado y en batín. Al entender lo que ocurre, se une al esprint. Adelanta enseguida al conserje y llega primero a la barrera levadiza que no han bajado en toda la mañana. El Búho lo ve hacer aspavientos hasta que alcanza a escuchar sus palabras.

—... un poco de tacto. Por favor.

Habla a una reportera con un micrófono en la mano. El operador de cámara frente a ellos parece ya preparado para grabar, con trípode y cables que brotan del interior de la unidad.

—Acaba de ocurrir —continúa el director, con un ademán de súplica—. No sabemos nada. Dennos un poco de tiempo. No hemos hablado aún ni con los padres.

—Señor, es…

—Esto es algo muy grave. —El director interrumpe a la reportera para tratar de convencerla antes de que se defienda con argumentos

sobre el derecho a informar o el pulso de la actualidad—. Son siete niños muertos. Por favor. Déjennos hablar con los padres.

—Señor… —dice la reportera y mira a cámara—, estamos en directo.

66

—Tienen que estar despiertos ya. —Uve comprueba la hora en su reloj —. Deberían estar desayunando.

Jota se limita a asentir ante sus palabras y finge estar muy pendiente de la carretera, que es de doble sentido, para evitar mirar a su amigo.

—A lo mejor ni han escuchado el despertador y se los ha encontrado el Búho todavía dormidos —añade Uve con una sonrisa —. Los habrá llamado de todo.

Jota estruja el volante en silencio.

—¿Se habrán dado cuenta ya de que nosotros no estamos?

—Claro que sí, Uve. —Alza la voz más de lo que esperaba—. ¿Cómo no se van a dar cuenta?

Uve pone cara de no entender por qué le habla de esa manera, pero enseguida asume que la pregunta sería muy tonta, porque le da la razón y dice que es verdad, que cómo no se van a haber dado cuenta. Pasa a preocuparse entonces por si los demás le contarán todo lo ocurrido al conserje.

—¿Todo el qué?

—Pues lo que ha pasado. Lo que me han hecho. El lago, las cartas, que me robaron dinero. Entenderán que nos hemos ido por eso.

—Bueno, ellos contarán su versión. —Jota usa el intermitente para adelantar a un tractor que circula por el arcén—. Dirán que al lago te caíste tú solo y que nosotros no debíamos estar ahí. Además, contarán que los amenacé con el cúter y enseñarán la foto. Eso me convierte a mí en el malo.

—Menudos gilipollas.

Uve lo suelta con tanta rabia y naturalidad que Jota no puede contener una risotada. Decide dejar de pensar y de preocuparse.

—Di que sí. —Mete una marcha más en el coche—. Se merecen todo lo malo que les pase. ¡Gilipollas!

Lo grita invitando a unirse a su amigo, igual que hicieron a orillas del lago el día que se conocieron.

—¡Gilipollas! —vocifera Uve, entre risas, a la luna delantera. Después baja la ventanilla y se lo grita al mundo entero, formando un megáfono con las manos para que lo escuchen hasta en el internado—. ¡Ahí os quedáis, gilipollas!

La olla a presión en los dientes de Jota silba hasta explotar en una carcajada.

—Qué bien nos está saliendo todo, tío. —Aprieta el volante para obligarse a creerlo—. Nos está saliendo todo perfecto.

Esta vez es Uve quien sube el volumen de la música. Se recuesta en el asiento y disfruta del aire en la cara. Ver sonreír a su amigo, con los ojos cerrados, ayuda a Jota a convencerse de que no ha pasado nada. Y, si ha pasado, pues ha pasado y ya está. El mundo es un lugar absurdo en el que ocurren cosas absurdas, o sea que da todo igual. A lo mejor así su padre aprende que dejar a su hijo abandonado en internados no es la solución perfecta que creyó

encontrar para el problema al que se enfrentaron. Jota hunde el pie en el acelerador. La velocidad lo calma.

—No ha pasado nada —dice en un murmullo.

Teme que Uve lo haya escuchado, porque se incorpora de pronto en el asiento y lo mira con los ojos muy abiertos. Enseguida, dibuja una sonrisa traviesa.

—¿Cuánto tiempo llevamos despiertos? —Lee la hora en el reloj—. Qué pasada. Nunca he estado tanto tiempo despierto.

Lo dice con excitación infantil, como de víspera navideña.

—No llevamos tanto —le responde Jota—. Yo he estado despierto mucho más tiempo otras veces.

—¡Llevamos muchísimo! —insiste Uve, con tanta energía que no parece necesitar ese sueño que le falta—. Pero no quiero dormir. No quiero perderme nada. —Realiza una panorámica del paisaje que rodea la carretera e inspira con ganas el aroma matutino del campo —. Lo estamos haciendo.

Jota secunda su emoción con un eco de lo que se prometieron en el jardín del internado:

—La aventura de nuestras vidas.

Uve no lo oye, tiene los oídos llenos de mundo exterior, del aire turbulento de la ventanilla. Al recostarse en el asiento, caen monedas del bolsillo central de la sudadera, parte del cambio que obtuvieron al pagar el desayuno con los billetes. Uve las recoge bajo su pierna y en recovecos junto al freno de mano.

—Me gustaría llamar a mi tío —dice, como si las monedas le hubieran recordado la existencia de cabinas telefónicas—. Ya puedo. Ya nos hemos ido.

Jota no escucha, o se hace el sordo, y sigue tarareando la canción.

Incluso sube el volumen.

Uve, en lugar de bajarlo, pulsa el botón que expulsa la cinta. El aparato, de forma automática, sintoniza una emisora de radio. La voz de un locutor de informativos corta la respiración de Jota.

—¿Qué haces?

Atrapa la mano de Uve y la desecha como si fuera basura. Inserta el casete de vuelta y logra interrumpir el noticiero antes de que diga nada comprometido. Uve lo mira con la misma extrañeza de antes, solo que en esta ocasión se agarra la mano como si le hubiera hecho daño.

—No exageres, que no te he hecho nada. No sé para qué andas tocando esto.

Vuelve a subir el volumen de la música.

Uve se lo baja.

—Porque te estaba hablando —responde con firmeza—. Quiero llamar a mi tío. Ya no puede pedirme que no me escape. Y quiero que sepa que estamos yendo a su casa.

—No te enteras de nada, ¿eh? —Jota chasquea la lengua, dándose tiempo a pensar—. ¿Cómo vas a llamar ahora? En cuanto hayan visto que no estamos en el internado van a avisar a tu madre, a tu tío, a mi padre. Nadie puede conocer nuestros planes ahora mismo, tenemos que aprovechar que ni de coña se imaginan que nos movemos en coche. Seguro que empiezan a buscarnos por sitios cercanos.

Uve dice que es posible que intuyan lo del tren. Al fin y al cabo, es la fantasía de fuga de todos los estudiantes.

—Pero nosotros no vamos en tren —dice Jota con media sonrisa.

Uve asiente lentamente, como dándose cuenta de las buenas decisiones que han ido tomando, de lo mucho que tiene Jota todo bajo control.

—Pues le pido a mi tío que no diga nada —insiste de todas formas —. No quiero que se preocupe si lo llaman. ¿Y tu padre? ¿Qué va a pensar cuando le digan que te has escapado?

—Que dejes de preocuparte por los demás. A la mierda mi padre, que se joda. Pensé que hacíamos este viaje por nosotros, para ser libres.

Jota exagera un suspiro de hartazgo y reduce la velocidad para detenerse a un lado del arcén. Su inexperto frenazo hace rodar algunas latas en la partera trasera del coche, que también se cala. Un vehículo les pita al pasar. Jota lo ignora y se acomoda en el asiento hacia su amigo. Se concede unos segundos antes de hablar, para dotar de gravedad a lo que va a decir:

—Sigue tu flecha, Uve. Solo la tuya.

Su amigo se queda mirándolo un poco más de lo necesario.

Tras un asentimiento, acaba por señalar al frente.

Estira tanto el brazo que toca la luna delantera.

—Hacia allá.

—¡Eso es! —Jota hace un redoble en el volante—. ¡Nuestra flecha es para allá!

Arranca el coche de nuevo y regresa al carril sin comprobar el retrovisor.

Jota se fija en que Uve también observa la cabina telefónica que aparece a las afueras de un pueblo minúsculo en un cruce de

carreteras secundarias. Pisa el acelerador hasta que lo ve guardar las monedas en el bolsillo de la sudadera.

67

Eme contrae el diafragma en otra arcada seca que tan solo le raspa la garganta. Hace ya mucho rato que meterse los dedos en la boca no hace más que barnizárselos de baba espesa, casi moco, pero quiere asegurarse de que ni en el estómago ni en su cuerpo quede una sola gota de lo que les echaran esos niñatos. Le da miedo que se le retuerza la cara en una mueca final como la que ha visto en el rostro de su novio.

Presa del mareo, se agarra a una rama de la que se desprenden gotas de rocío. Escupe al suelo, pero solo hace el ruido, ni siquiera le queda saliva. El sabor amargo de la bilis se le mezcla con el de la tierra y la corteza de árboles que lleva en los dedos.

—A… yuda.

El barro que cubre sus zapatillas blancas ha teñido de marrón los cordones y el bajo de sus vaqueros. En las rodillas se le secan costras de lodo y agujas de pino de la cantidad de veces que se ha caído. En sus palmas, las raspaduras han creado una geografía carmesí de piel desollada.

—¡Ayuda!

El amago de grito suena al graznido de una urraca más en el bosque. Ni siquiera interrumpe el canto mañanero de otros pájaros. Con los nudillos, exprime lágrimas de esfuerzo en los ojos y mira al

cielo blanco entre las ramas. No consigue entender por qué está tan perdida, por qué no alcanzó las vías, por qué el campo se le ha convertido en bosque y por qué este bosque parece tan grande cuando no debería serlo. Desde el tren, cuando pararon, se veían algunas casas, caminos rurales.

—Algo, joder… —suplica—. Algo.

Agarrada a la rama como si colgara de ella, se arrepiente una vez más de haber abandonado el almacén de pirotecnia. Entró en pánico al verse sola junto a un cuerpo sin vida. El de un hombre que era su novio, su exnovio, o lo que fuera ese macarra que no le ha traído más que disgustos. Un hombre drogado como lo estaba ella, al que había arañado y pegado a lo largo de la noche para acabar robándole el coche con dos desconocidos. Ese era el escenario que tendría que explicar a unos policías si decidía llamar, además de recibirlos en una propiedad allanada, con el rastro claro de algún tipo de encuentro violento, rodeada de latas y botellas de alcohol y alguna sustancia en el bolso. Tampoco le halló sentido a avisar a una ambulancia. El cuerpo inconsciente había dejado de respirar y latir con un último instante de torsión que le desencajó la mandíbula. Esa persona no estaba viva ni podría estarlo ya. Y ella lo único que deseó fue desaparecer de allí.

—En qué momento…

Eme no deja de arrepentirse de esa decisión, de no haber usado el teléfono del almacén. Mantener esa temida conversación con la policía sería cien mil veces más fácil que superar esta agónica expedición que va a acabar con ella. Si acaso no lo hace antes lo que hubiera en las bebidas. En el guiño que interceptó entre los niñatos, Eme vio muy claro que le habían echado algo en la copa a

su novio. El más pequeño, ese pobre que tenía pinta de estar dominado por el otro, prácticamente se lo confirmó al asegurarle que solo estaba durmiendo. Por eso Eme no ha dejado de provocarse el vómito, porque la copa que lo tumbó a él la preparó ese mismo niño a la vez que la suya, y no había razón para pensar que no le hubieran metido algo a ella cuando también había colaborado en el robo. Y, en este instante, no le apetece nada morirse con la barbilla torcida en el suelo de un bosque.

—No es tan grande —dice Eme.

Sabe que, cuando alguien encuentre el cuerpo sin vida en el almacén de pirotecnia, si lo hacen antes de que ella hable, haber escapado la convertirá en sospechosa, pero, ahora mismo, eso le da igual. Necesita que alguien la ayude y la salve de este laberinto de troncos en los que acabará dada la vuelta, prolapsada entera desde la boca, como no deje de vomitar vacío. Es lo único que ansía. Salir del bosque. Ya luego contará su versión y buscará la manera de probar que es la verdadera. Que no fue ella la que envenenó a ese hombre que la abofeteaba delante de sus amigos, sino dos menores con los que se cruzaron y que nada tenían que ver con ellos. Cuanto más repite la historia en su cabeza, más rara le suena. Pero esos chicos existen. Podrán encontrarlos. El internado del que escaparon estará echándolos en falta. A no ser que la mintieran en todo. A no ser que la noche entera haya sido un lisérgico viaje en el que ha estado hablando con fantasmas y de verdad ha sido ella misma la que ha envenenado a su novio, ese macarra agresivo que, si lo piensa bien, se merecía lo que le ha pasado.

Pero Eme no está para pensar.

Necesitaría filtrar su sangre entera y purificarla, limpiarla de alcohol y sustancias antes de dar por válido cualquiera de sus actuales pensamientos. Una imagen del cuerpo inerte sobre la alfombra en el almacén la lleva a meterse los dedos hasta el fondo de la lengua y una tremenda arcada la deja encorvada contra un árbol. Algo ácido le arde en la nariz.

—No quiero morirme…

Se seca la boca de saliva espesa con el puño de su chaqueta vaquera. Se ordena el pelo como puede y se pregunta si no sería mejor desaparecer del todo. No meterse en líos y no llamar a nadie. No contar nada hasta que venga alguien a interrogarla. Si es que llegan a hacerlo.

Se limpia los dedos en el vaquero con un cascabeleo de sus pulseras.

Prosigue su errático avance.

Si logra seguir una línea recta, antes o después tiene que encontrar alguna casa.

Salir a algún sitio.

Este bosque no puede ser tan grande.

68

El conserje siente la presencia de estudiantes a sus espaldas, asomados al umbral de la puerta de la garita. Quieren ver la pantalla de su televisor portátil, el mismo que suele entretenerlo por las noches hasta que la emisión finaliza con la carta de ajuste. Cuando eso ocurre, ya de madrugada, pasa a escuchar en la radio un programa en el que la gente comparte sus problemas y secretos más íntimos con el resto de los oyentes.

Esa mañana, todos quieren ver las imágenes del director en batín a la entrada del internado, pero, tras la conexión en directo en el informativo matutino, la emisión ha regresado a su programación habitual. Otros periodistas y reporteros, además de varios fotógrafos, han ido llegando al internado tras la madrugadora unidad móvil de televisión.

—¿No sale? —pregunta un estudiante.

Los demás chistan como si aún pudieran ocultar que están ahí, espiando. El conserje aprovecha la intromisión para apagar el aparato y exigirles que regresen a sus casas y sus habitaciones.

—No os lo digo más.

—Pero si no nos dejan —dice un residente de la séptima casa, un chico gracioso y avispado al que llaman Liebre por su labio leporino —. Ven, mira.

Antes de salir, el conserje se mete al bolsillo el transistor en el que escucha el programa nocturno de confesiones. Así podrá seguir la actualidad a través de la radio, que informa mucho mejor que la televisión.

Fuera de la garita, vuelve a asombrarse ante el creciente número de gente uniformada. Ya hay un agente destacado en la puerta principal de cada una de las nueve casas, además de la del director, que, en ese momento, por fin vestido y peinado, abraza a su mujer mientras sus dos niños se les agarran a las piernas. A los servicios sanitarios y primeros agentes del orden se han ido sumando nuevos equipos de investigación criminalística, aunque el conserje no sabe muy bien qué diferencia hay entre unos uniformes y otros o entre policía judicial y científica. Y, cuando antes se le ocurrió preguntar si alguno de ellos era el forense, lo miraron como si no se enterara de nada o estuviera obligado a conocer el procedimiento que seguir en una situación de estas características, cuando incluso ellos parecen más sobrepasados de lo que dejan ver. Acto seguido le pidieron que, por favor, permaneciera en su garita.

—Se está liando parda —dice Liebre—. Los «hogareños», ahí fuera, deben de estar flipando.

En la calle de acceso al internado permanecen detenidos los autobuses escolares que traían a los estudiantes no residentes a un ordinario día lectivo. Desde lejos, puede verse cómo algunos de ellos se esfuerzan por sacar la cabeza a través de las estrechas ventanas superiores del autocar. La policía les prohibió el acceso, igual que al resto de los vehículos. Además del transporte escolar, allí fuera se aglutinan el camión de la unidad móvil, coches de otros medios, coches oficiales, coches de profesores que han venido a impartir sus

clases porque no se han enterado de nada, el coche del conserje diurno, e incluso coches de curiosos que empiezan a acercarse al epicentro de ese caos de tráfico y sirenas.

El conserje lo mira todo con las manos en la cabeza.

—Me cago en mi puta madre… —exclama.

—Es de película, macho —añade un estudiante.

—Rollo lugar sitiado.

—A ver si alguien trae metralletas o algo.

—¿De verdad se los han cargado el nuevo y el otro?

El pitido insistente de un monovolumen, tan impaciente que parece deletrear algún improperio en código morse, se va abriendo paso entre el tumulto en la calle. Su avance es tan lento como frenético, acompañado por insistentes ráfagas de las luces largas. Su asedio se gana golpes en el capó y en las ventanillas de quienes han bajado de sus vehículos y se mueven por la zona tratando de saber qué pasa.

Cuando al monovolumen le resulta imposible seguir entremetiéndose, se abre la puerta del conductor. Un hombre alto y fornido, incluso visto desde lejos, corre con la misma falta de reparos que cuando conducía. Los pitidos los sustituye por gritos que dirige a quienes se le interponen en el camino.

Incluso se atreve a esquivar a dos agentes que tratan de detenerlo y atraviesa un cordón policial como si fuera la meta de alguna carrera.

—Ese va a por el director —dice Liebre—. La hostia que le piensa meter va a ser pequeña.

En efecto, el hombre corre hacia la primera vivienda. El conserje aparta a la docena de estudiantes arremolinados a su alrededor y

camina en esa misma dirección.

—¡Cabrón, da la cara! —grita el hombre.

Al percibir la amenaza, el director se separa de su familia. Con las manos por delante, pide calma.

—No es tu hijo —informa antes del encontronazo.

—¿Cómo has dejado que…?

—¡No es tu hijo!

Pero el hombre no escucha o no procesa porque arrolla igualmente al director. Lo empuja y zarandea como ya pensaba hacer.

—No es él —repite el director, que intenta separarse para mirarlo a la cara—. Tu hijo está bien.

Esas palabras desarman al hombre, que se derrumba sobre el director, lo abraza.

—Tu hijo está bien —le repite al oído.

El padre se esfuerza por contener unos sollozos que amortigua contra el cuello del director. Después se seca la cara con todo el brazo, como si las lágrimas de un hombre fueran polvo de obra.

—Papá, ¿qué haces?

Lo dice el nadador, allí de pie con sus chanclas, en calcetines. El conserje y el resto de los estudiantes asisten al abrazo de reencuentro. El padre, conmovido, acaricia la espalda de su hijo, quien, avergonzado, se deja hacer sin sacar las manos de los bolsillos de su pantalón de chándal.

El conserje se frota la cara al pensar en los siete reencuentros que no se van a producir.

—Quiero hablar con mi madre —dice uno los estudiantes.

—¿Podemos llamar a nuestros padres? —pregunta el que antes llevaba calcetines desparejados.

—Estamos en ello —responde el director—. Quedaos tranquilos, que estamos en ello.

—Mi madre tira el internado abajo como haya visto las noticias y no sepa nada de mí —avisa Liebre.

Uno de los agentes de policía, a quienes antes esquivó, agarra del brazo al padre del nadador. Le ordena, con tono severo, que no vuelva a desobedecer a la autoridad ni a obstruir una investigación. Con tanto aplomo como juventud, recuerda a todos los presentes que deben respetar las zonas acordonadas e informa de que ahora los escoltará a la calle exterior, donde deberán permanecer hasta nueva orden. Apenas comienza a liderar el séquito, otro agente llama su atención desde uno de los coches policiales que ha accedido a los terrenos del internado. Ante la urgencia con la que lo convoca, el joven solicita al conserje que sea él quien acompañe fuera al grupo de estudiantes. Le entrega también, sin soltarlo, el brazo del padre del nadador, como si le cediera la responsabilidad de un perro con correa.

El conserje, con una mirada, insta al director a que se acerque para saber qué ocurre, pero tanto le pica la curiosidad a él mismo que, a medio camino hacia la calle, pide al nadador, a su padre y al grupo de estudiantes que continúen por su cuenta.

—Está ahí mismo, no me jodáis —dice, porque es verdad—. Y no me la lieis.

Se dirige al coche patrulla a pesar de la mirada censora del joven agente que le dio la instrucción, quien, aun así, parece mucho más centrado y preocupado en lo que le está contando su compañero.

Incluso acaba por dirigirles una señal, al conserje y al director, para que se acerquen.

Los aleja del vehículo oficial y, con una mano en la espalda del director, revela en voz baja que acaban de recibir la información de que una mujer adulta, a quien se encontró vagando en deplorable estado por un camino rural, dice haber pasado parte de la noche con dos estudiantes de un internado.

—Adolescentes, según sus palabras, que dijeron haberse escapado —continúa el agente—. Se ha referido a ellos como Jota y Uve.

—¿Jota y Uve? —pregunta el director con el ceño fruncido.

—Son ellos —confirma el conserje.

El agente les cuenta que la mujer ha asegurado que, en un contexto de fiesta, los adolescentes adulteraron una bebida que acabó con la vida de su pareja, que se encontraba con ellos.

—Dicho relato es consistente con el hallazgo, esta misma mañana, del cuerpo de un varón en un almacén de pirotecnia, con signos de envenenamiento o sobredosis —continúa—. Parecido a…

El agente señala la casa, donde se encuentran las habitaciones con los cuerpos de los estudiantes. El director se tapa la cara con ambas manos y sorbe saliva entre los dientes. El conserje intuye que ambos están pensando en la bolsa de vasos usados que encontraron bajo la cama del que celebraba el cumpleaños.

—Se acabó —dice el director.

—No queremos precipitarnos, pero…

—¿Ellos están bien? —interrumpe el conserje—. Los chicos, ¿están bien?

69

Uve se despierta con un respingo. Se seca baba en una de las comisuras de la boca. Nota dolor a un lado del cuello, de haberse quedado dormido recostado contra la ventanilla.

—El que aguantaba sin dormir —dice Jota.

Uve comprueba el reloj, pero las legañas le emborronan la imagen.

—¿Cuánto…? —Se aclara una voz agria—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Define «tiempo». —Jota sonríe—. Pues unas horas, ¿eh? Has caído pero bien. Menos mal que no compartíamos habitación porque cómo roncas, cabrón.

—Ha cambiado el paisaje.

Uve se frota los ojos mirando por el cristal a un terreno que ha perdido frondosidad y relieve. Divisiones de parcelas de color marrón, amarillo o verde ondean a merced de las colinas. Le recuerdan a unas láminas que le envió su tío, pero no se acuerda del título ni del artista.

—Y huele diferente —añade tras bajar la ventanilla—. Como a mar ya.

—Las ganas que tienes. Pero no te flipes, queda bastante —replica Jota—. Yo lo que quiero oler es algo de comer. Me muero de

hambre, tío.

—¿Nos da tiempo a parar?

—Sí, vamos de sobra.

Uve se cubre un bostezo.

—Entonces yo también tengo hambre.

Siguiendo el plan de Jota de utilizar únicamente carreteras secundarias, permanecen en la que se encuentran hasta que leen la palabra «Restaurante» a lo lejos, escrita en rojo sobre la fachada de una modesta construcción. El negocio parece ser el superviviente de un duelo librado contra un segundo restaurante al otro de la carretera, este ya abandonado, con la entrada tapiada, malas hierbas creciendo en el asfalto y carteles descascarillados por soles de otras épocas.

—Todo para nosotros —dice Jota al acceder a la zona de aparcamiento en la que solo hay un coche más.

Uve se fija en que el restaurante no tiene ninguna puerta abierta o persiana subida, tampoco se ve encendida luz alguna. La atmósfera de desamparo, sumada a la soledad del aparcamiento de tierra y la decrepitud del negocio abandonado de enfrente le provocan una sensación de inquietud. De funesto augurio. Como si lo que se ve al otro lado de la carretera fuera el reflejo futuro de lo que empieza a haber en este lado.

—Está cerrado, ¿no? —dice Uve, porque tampoco le apetece entrar.

—Tú siempre rindiéndote antes de probar.

Jota cierra su puerta ya desde fuera.

Le abre la suya a Uve, que aún se lo piensa.

—Venga, vamos —urge Jota, que también saca las mochilas.

La nubosidad del cielo, que varía en escalas de grises y blancos, desposee de sombras al mundo, restándole profundidad. O quizá sea solo la sensación de irrealidad que envuelve a Uve, que a ratos no se termina de creer que esté escapando en coche junto a Jota, como fugitivos. Una brisa los envuelve de un olor parecido al de la basura en verano, pero tan intenso que ha de provenir de algún animal muerto.

Cada paso que dan salpica guijarros dispersos en el suelo.

A la entrada del restaurante, Jota mete la mano entre las tiras de una cortina antimoscas y agarra una manija de hierro forjado. Como hizo frente a la puerta del laboratorio, le pregunta a Uve:

—¿Abierta o cerrada? —Antes de obtener la respuesta que ya intuye, abre la puerta—. ¿No te cansas de equivocarte?

Acceden a un comedor en penumbra, iluminado tan solo por la luz exterior que se cuela entre rendijas superiores de persianas y la puerta recién abierta. La barra se ve limpia y recogida, con los taburetes alineados por debajo. Sobre las mesas descansan sillas volteadas.

—Cerrado —dice Uve, como si así ganara por fin el juego de preguntas de Jota.

—Está cerrado —repite un eco que los sobresalta.

Una mujer ha aparecido por una puerta en un lateral de la barra. Lleva en brazos a un niño vestido con un peto vaquero, que saluda con la manita, como si los conociera. Madre e hijo, tan sonrientes, relajan a Uve, que hasta ahora no había logrado sacudirse la desapacible sensación del lugar.

—Solo abro los fines de semana ya. —La mujer arroja a la barra un trapo que huele a limpiacristales—. No queda mucho negocio en

esta carretera. En nada acabo igual que los de enfrente. —Acomoda como puede los balanceos del niño—. ¿Estáis solos? ¿O están vuestros padres fuera?

—Solos, ¿por? —Jota le enseña la llave del coche.

—Nada. Os veía jovencitos. ¡Ya! —Se lo dice al niño, de quien atrapa las dos manitas que no paran de tocarle la cara y le han descolocado las gafas. También han debido de descolgarle un pendiente porque solo lleva uno—. No puedo más, te bajo.

Deja al niño en el suelo, suspira aliviada y se hace una coleta con una goma que llevaba en la muñeca.

—Ni peinarme puedo desde que lo tengo.

La mujer es de la estatura de Uve y viste una camiseta de manga larga, souvenir de un destino turístico de montaña. Tiene el cuello dado de sí por las manitas del niño. El bajo, manchado de restos de comida y témperas de colores.

—Veníamos con un hambre… —dice Jota.

—Pues no vais a encontrar nada en un buen trecho. Hasta la autopista, lo veo difícil.

Jota fuerza uno de los silencios con los que suele conseguir que la gente, incomodada, acabe proponiendo alternativas. Cuando la mujer no cede, le da un codazo a Uve para que también añada algo.

—La verdad es que tenemos hambre… —Juguetea con las tiras de la mochila.

—¿Bocadillos sería posible hacer? —pregunta Jota.

La mujer los repasa con la mirada, una madre enfrentada a dos chicos hambrientos.

—A ver, el monstruito iba a comer también —acaba diciendo—. Si coméis lo mismo que nosotros, os invito. No me cuesta nada echar

más macarrones a una olla.

Al mencionar al pequeño, lo busca por la estancia y sale corriendo hacia una nevera iluminada, de puerta transparente.

—¡Tocolate! —balbucea el niño.

De pie contra la puerta, la golpea con los puñitos hasta que su madre vuelve a cargarlo para separarlo de los helados.

—Si yo no existiera, se comería la nevera entera. Es como el monstruo de los helados. Pero la que se va a comer esta cosa, enterita, soy yo. Enterito te voy a comer y no voy a dejar ni las migas. —Mordisquea el brazo de su hijo, la tripa, mientras él se ríe a causa de las cosquillas—. Venga, sentaos.

Cogiéndola de una sola pata, la mujer baja una silla de una de las mesas. Jota se apresura en ayudarla.

—Y, si me cuidáis al niño, tardo menos. —Lo deja de pie sobre uno de los asientos—. Echadle un ojo, voy a la cocina.

Antes de irse, sube una persiana que aporta claridad a la estancia.

De puntillas, enciende un televisor en lo alto de una estantería desvencijada.

—Habéis tenido suerte —dice al encontrarse con dibujos animados —. Con esto se queda hipnotizado.

De inmediato, el niño mira a las imágenes de colores en la pantalla.

Ellos cuelgan sus mochilas en el respaldo de las sillas.

Al pasar por la barra, la mujer les abre las chapas de unas botellas de refresco.

70

Sobre la gran mesa de comedor en el salón de la casa del director se han ido acumulando, con el paso de las horas, evidencias e indicios catalogados como pruebas. Su vivienda, contigua y con fácil acceso a la del lugar de los hechos, se ha convertido en improvisado centro de mando. Los vasos de chupito se han separado en bolsas diferentes. Igual que la botella vacía de tequila y la de licor de mora. Con cada clasificación y etiquetado de una nueva prueba relacionada con la ingesta de alcohol, el director ha dedicado miradas recriminatorias al conserje.

El inspector al cargo del caso, un hombre de magna complexión que por todo pelo en la cabeza tiene los tres trazos de vello cano de las cejas y el bigote, ha decidido mantenerlos cerca a ambos, como soportes de información. Al conserje no dejan de preguntarle sobre las actividades nocturnas de los chicos.

—Normal que no te enteres de nada —le ha soltado el director cuando ha tenido que acabar confesando que se saltaba algunas de las rondas acordadas de la madrugada.

El agente joven de antes, con un marcado hoyuelo en la barbilla y la alianza demasiado apretada, accede al salón desde el pequeño pasillo que conecta con la cocina de la otra casa. Al pensar en ella, el conserje maldice su último encuentro con el hijo del militar. La

facilidad con la que lo engañó sobre la puerta cerrada. Quizá el director tiene razón cuando lo culpa de no enterarse de nada. O, como ha hecho antes también, de ser un vago al que le cuesta mover el culo de su garita, tras lo que ha creído necesario aclarar que no se refería a lo de su pierna.

—Más fotos —viene diciendo el agente del hoyuelo—. En efecto, nos faltaban las buenas.

Hace ya un rato que encontraron una cámara Polaroid y algunas fotografías obtenidas con ella, expuestas en tablones y estanterías de los chicos. El inspector las observó con cierto interés, pero dijo que todo dueño de cámara instantánea esconde fotografías secretas. Que no tener que llevar a revelarlas libera oscuras creatividades. Y que más les valía a todos dar con ellas.

El agente extiende más de una veintena de imágenes sobre una cómoda en el salón, que también han acondicionado como mostrador de trabajo. El inspector se asoma primero y da permiso al director y al conserje para unirse. Ven dos fotos de un trasero en el espejo. Otra en la que son tres los calvos retratados en el jardín. También una del póster central de una revista pornográfica abierta en el suelo. Pero la mayoría de las imágenes lucen muy similares. Muestran a los chicos alrededor de la cama de alguno de ellos, mirando a cámara con ojos brillantes y rojos por efecto del flash, que también quema varias de las esquinas del papel fotográfico. En algunas se ven los vasos de chupito, con los que brindan o que dirigen a cámara. En otras se aprecian botellas cambiantes de licor. En todas es patente que hay una persona celebrada, la que se encuentra en la cama y queda en medio en la foto.

—Los cumpleaños a medianoche —dice el inspector, ya informado de la tradición de la que el conserje y el director se han enterado esa mañana.

—Pero esta sería la más preocupante —añade el agente.

De una esquina, el inspector levanta la fotografía señalada. En ella, el hijo del militar intimida a uno de los compañeros fallecidos, el pelirrojo de los ojos verdes, con un cúter en el cuello. El mismo cúter descansa en una bolsa sobre la mesa del salón, ya clasificado anteriormente como indicio.

—Amenaza previa. Relación violenta anterior al crimen. Posible premeditación —enumera el inspector—. No sé si lamento decir que la hipótesis empieza a consolidarse.

—Y, cómo no, todo ocurría de noche. —Es la aportación del director, que clava una mirada censora en el conserje.

Sin ánimo de rebatirle nada, porque ni siquiera puede, el Búho coge un clip con dos fotografías en un extremo diferente de la cómoda. Son unas que usaron antes, cuando le solicitaron al director imágenes de los menores fugados para poder usarlas en carteles de búsqueda y compartirlas con los medios. Aglutina una fotografía de carnet del hijo del militar y un retrato grupal de la clase del curso pasado.

—Del nuevo me trago que pueda hacer algo así porque no lo conozco —dice el conserje—, ¿pero él?

Señala en la imagen grupal al niño más apocado. Ligeramente apartado de los demás, va igual de uniformado que el resto, pero lleva unas botas de agua de goma amarilla que provocaron carcajadas aquel día de lluvia y que las siguen provocando cada vez que sus compañeros comentan la foto.

—Lo iremos descubriendo —responde el inspector.

—Parece mucho más pequeño que el otro —observa el agente al comparar esa imagen con la foto de carnet.

—El otro es repetidor y, entre adolescentes, dos años pueden ser dos vidas —comenta el director—. ¿De verdad creen que han podido hacer esta barbaridad a propósito?

—Lo iremos descubriendo —repite el inspector, que muestra la fotografía del cúter como advertencia de que cualquier cosa es posible—. Las aguas mansas son oscuras y profundas. ¿Los imaginaban capaces de escapar del internado? ¿De saltar a un tren? ¿De robar un coche?

Se sirve del silencio de ellos como respuesta y les pide prudencia. Les aclara que los resultados de las autopsias serán determinantes. Y compararlos con los análisis toxicológicos que se obtengan del varón en el almacén de pirotecnia, seguramente esclarecedor. Aprovecha para preguntarles a qué tipo de sustancias peligrosas podrían tener acceso los alumnos dentro del internado.

—Pueden traer cualquier cosa de la calle —responde el director—. Cuando salen no podemos controlarlos, pero nuestra política es severa en asuntos de drogas.

—Ya tendrá tiempo de tirar balones fuera —reprende el inspector —. Le he preguntado dentro del internado.

El director se pellizca el labio inferior y busca apoyo en el conserje, olvidándose ahora de las miradas recriminatorias y censoras de antes.

—Debajo de la casa hay una especie de almacén con productos de limpieza —improvisa el Búho—. Lejía…, no sé.

—¿Algo de la enfermería? —se le ocurre al director.

—¿De la clase de Plástica? —añade el conserje, pensando en esmaltes y disolventes.

—¿O de la de Química?

El inspector los mira como si fueran una pareja en el concurso con nombre de cuenta progresiva. El bolígrafo de otro agente susurra contra el papel del bloc en el que apunta sus respuestas.

71

El niño chupa la cucharilla embadurnada en tomate.

—Come macarrones también —le pide su madre.

Dándole al cubierto el uso de una pala, el pequeño coge pasta cortada en pedazos sin dejar de sonreír a los invitados, a quienes observa con curiosidad sentado sobre el cojín que su madre ha colocado en la silla. Lleva los tirantes del peto manchados de las mismas témperas que hay en la camiseta de ella.

—Están buenísimos.

Uve pincha macarrones con ganas, haciendo ruido con el tenedor en el plato, tanto para incentivar al niño a imitarlo como para agradecer la invitación a la mujer.

—Pero riquísimos. —Jota rebaña el plato con un trozo de pan y le guiña un ojo a Uve—. Mejor que los de mamá, ¿eh?

La mujer ha dado por hecho desde el comienzo que eran hermanos y a Jota le ha hecho gracia seguir con la mentira. Durante la comida no ha dejado de inventar escenarios sobre sus padres, ambos profesores, sobre su casa, un piso enorme en el centro de una ciudad, y sobre una tercera hermana, ya mayor, que se fue a estudiar al extranjero.

—No digas eso —responde la mujer—, no hay mejor comida que la de la propia madre.

—La nuestra no, en serio, no le gusta cocinar —improvisa Jota—. Papá sí disfruta en los fogones, podría haber sido un gran chef en lugar de dar clase en un colegio.

—A ver si el monstruito come igual de bien que vosotros cuando crezca.

La mujer rellena su vaso de agua y exprime sobre ella una rodaja de limón. Uve y Jota terminan sus bebidas y dejan escapar a la vez un jadeo de refrescante satisfacción, coincidencia que hace reír a todos.

—¿Queréis otra? —les pregunta la mujer.

—No, nos vamos ya. —Uve le enseña el reloj a Jota.

—Sí, nos vamos, que papá y mamá…

La mujer chista y dirige la mirada al televisor.

—Han interrumpido la emisión. —Se levanta para acercarse al aparato y subir el volumen—. A ver qué ha pasado.

Jota se voltea primero.

Uve, un segundo después.

Lo primero que piensa al ver la entrada del internado en la pantalla es que Jota tenía razón. Como le dijo en los escalones del jardín mientras preparaban la huida, dos menores escapados iban a recibir cobertura televisiva. Incluso sonríe igual que hizo aquella mañana de sábado, cuando imaginó la cara que pondrían los demás al verlo en un cartel de búsqueda. A él. A Disneilán. El pringado que siempre se dejaba avasallar porque no sabía ni defenderse por sí mismo. Pero ya ha aprendido, Jota le ha enseñado a hacerlo. Y con él está huyendo de toda esa vida que ya no soporta y que dejará muy atrás.

Ni siquiera existe ya Disneilán, ahora se llama Uve.

Una panorámica del lugar muestra varias ambulancias en los terrenos del internado. La fantasía en la que Uve es un fugitivo en busca de una vida mejor empieza a desvanecerse cuando a su mente acude la imagen del rapado desplomándose en el almacén de pirotecnia. Porque, en el fondo, siempre supo que ese hombre había necesitado una ambulancia. Y no le resulta difícil asociar esa necesidad a la presencia, precisamente, de ambulancias en el internado. Uve deduce que, aparte de ellos mismos, solo ha habido otra cosa en común en ambos escenarios. Revive la preocupación que lo asoló tras ver los efectos del gotero en el rapado, cuando le preguntó a Jota en el coche, al amanecer, notando sus propias uñas clavándosele en los muslos a través del pantalón del uniforme, cuánto de la mezcla de ese mismo gotero les había puesto a sus compañeros en la botella.

Un rótulo aparece en pantalla:

TRÁGICA MUERTE DE SIETE MENORES EN UN INTERNADO

—Qué horror… —dice la mujer.

Añade algo más, pero Uve ya no lo escucha, igual que no oye nada de lo que dice la reportera que habla a cámara. En sus oídos solo retumba el latido de su corazón con una intensidad que lo marea. Los ojos le arden al tiempo que todo se pone borroso, incapaz de saber si es porque se le han llenado de lágrimas o porque de verdad el mareo lo va a derribar.

Para no caer, se agarra al saliente del respaldo en su silla.

Enseguida, nota la mano de Jota, grande y caliente, desabrochándole los dedos, obligándolo a soltarse. De otra mano,

igual de grande y caliente, recibe una bofetada, que arde en la mejilla y le devuelve el sonido al mundo.

—¡… nos vamos! —está gritando Jota mientras descuelga las mochilas de las sillas.

Le empuja la suya contra el pecho, pero Uve sigue tan entumecido que no se siente con fuerzas de sujetarla.

—Jota… —dice con la garganta encogida—. ¿Qué has…?

Recibe otra cachetada y la orden de que se calle.

—Más nos vale que nos vayamos —advierte con un dedo en ristre que después dirige a la televisión.

La mujer se ha girado hacia ellos y se tapa la boca con ambas manos, como si contuviera el mayor grito que nadie haya proferido jamás. Similar al que tiene ganas de proferir Uve cuando descubre su propio rostro en la pantalla, ampliado de la foto de clase del año anterior. Esa en la que llevaba las botas amarillas de lluvia que tanto desentonaban con el uniforme. Junto a su retrato aparece también uno de Jota, el suyo de un documento oficial.

—Sois vosotros… —dice la mujer.

Otro rótulo en el tercio inferior de la pantalla menciona la desaparición de dos alumnos del internado.

—Un «qué lista» para ti —replica Jota—. Venga, vamos.

Arrastra a Uve de la muñeca igual que como lo sacó del almacén de pirotecnia. Sortean mesas hasta que la mujer se cruza frente a ellos y alcanza primero la puerta de salida a la que se dirigían. La cierra con unas llaves que cuelgan de la cerradura, tan numerosas que a Uve le recuerdan al manojo del conserje. Se las ensarta en un dedo.

—Voy a… —la voz le flaquea—, a avisar.

Enfila con la mirada el teléfono público, de color verde, en un extremo de la barra.

—Vamos, hombre, no me jodas —espeta Jota con el mismo desdén con el que le hablaba a Eme, aunque esta mujer no les ha hecho nada—. Da de comer a tu niño y déjanos en paz. No hemos estado aquí nunca y ya está. Gracias por la comida. Te la dejaremos pagada para que no tengas nada que recriminarnos.

Ofrece dos billetes que saca del bolsillo de la sudadera.

La mujer ni se molesta en mirar el dinero.

—Os he invitado con mi mejor intención.

—Y yo quiero pagarte con mi mejor intención, porque no me gusta dejar pufos en ningún sitio. No me gusta que la gente hable de mí.

Jota suma billetes a la oferta inicial, transformando el pago de la cuenta en algo muy diferente. Cuando ella niega con la cabeza, Jota suelta a Uve y regresa a la mesa. Informa a la mujer de que va a dejar allí el dinero de todas formas, para darle tiempo a pensar si de verdad quiere llamar a alguien, mientras ellos se van.

—Debajo de esta botella te lo dejo —grita.

Teniéndolo a solas frente a ella, la mujer le pregunta a Uve, en un susurro, qué han hecho, cómo lo han hecho.

—No he hecho nada… —Es lo único que puede responder Uve.

En la mesa, Jota ha entablado una despreocupada conversación con el niño y consigue que vuelva a reír.

—¡A mi niño ni te acerques! —grita su madre, que corre hacia allí.

—Pero ¿qué le voy a hacer a tu niño? —pregunta Jota, exagerando la ofensa—. ¿Qué te crees que somos? Si se estaba partiendo conmigo.

Es cierto que el niño se estaba riendo hasta que su madre lo ha asustado con el grito. Lo coge ahora y lo carga contra su pecho. En un gesto de mecánica normalidad, le limpia el tomate de la boca con el pulgar. El dedo le tiembla igual que el resto del cuerpo.

—No sé por qué estás tan nerviosa —dice Jota—. Solo queremos irnos.

La mujer señala la televisión con la barbilla.

—Ah, eso. Nosotros acabamos de enterarnos también.

En la pantalla, delante de varios micrófonos, una señora se seca los ojos con una bola de papel. Uve la reconoce, la ha visto recoger a Jackson muchos fines de semana, a la entrada del internado, extendiendo los brazos fuera del coche para recibirlo con un abrazo. Un cambio de plano muestra un dibujo pintado a mano de unos petardos, cohetes y tracas. Debajo, escritas en letras que parecen arder, Uve lee lo mismo que leyó de noche a la luz solitaria de un foco: «EL DIABLO. Almacén de pirotecnia. Venta de petardos». A Uve le sorprende y lo entristece lo diferente que se ve a la luz del día. Le cuesta creer que dentro de ese lugar tan rudimentario y anodino sonara tan cautivadora la música, los amigos fueran tan de verdad, el deseo tan arrebatador y el cielo, los charcos y la piel de Jota se iluminaran en tantos colores. La locución menciona entonces el cadáver de un hombre aparecido en ese lugar.

—Jo… Jota.

Uve recuerda sus propios dedos vaciando el gotero en la copa que le sirvió al rapado. Una presión en el pecho lo ahoga casi con la misma brusquedad que cuando cayó a las aguas heladas del lago. Como entonces, siente que se va a desmayar. O a morir.

La mujer ha alcanzado el teléfono.

—No, por favor —pide Jota.

Pero ella lo descuelga igualmente. Se palpa una ropa carente de bolsillos al caer en la cuenta de que necesita monedas para marcar. El niño se une al juego tocándole la cara con sus manitas. La mujer rodea la barra, pasa al otro lado.

—En serio, no tienes que ponerte así —dice Jota—. Relájate, no queremos haceros nada.

—Lo habéis oído —replica ella—. Pedían colaboración ciudadana si…, si alguien os veía. Os… están buscando.

El desasosiego le atraganta las palabras.

Jota le acerca, de la mesa, su vaso de agua con limón.

Se lo ofrece con ánimo conciliador.

—No somos peligrosos —añade.

El temblor en la mano de ella agita el agua mientras se la bebe en busca de algo de calma. Las llaves que sujeta tintinean contra el cristal.

—Solo queremos escapar.

—Los… otros compañeros. ¿Habéis… sido vosotros?

—Eso ha sido la vida, siempre llena de situaciones absurdas —aclara Jota—. Nosotros solo nos estamos escapando. Por él. Le hacían la vida imposible.

Uve, que lucha todavía por no desfallecer a causa de la hiperventilación, escucha cómo Jota lo responsabiliza de la huida, sin aliento ni facultades para contradecirlo.

—Déjanos ir —continúa—. No somos tu problema.

Tras la barra, la mujer abre la caja registradora.

Saca unas monedas para hacer la llamada.

Jota se acerca al teléfono antes que ella.

Primero, arranca el auricular con un firme tirón. Después, coge uno de los taburetes alineados bajo el mostrador y golpea el artefacto con las patas. Lascas de plástico llueven sobre la barra hasta que la parte delantera del aparato se descuelga de la que va anclada a la pared. Uve reconoce un acceso de rabia de los que hacen a Jota perder los papeles en un instante. La mujer protege la carita del niño contra su pecho y, con la mirada, busca algo por todo el salón.

—Eso, tú dime dónde hay otro teléfono, que también te lo destrozo.

—No… No hay otro. No me compensaba ya. —Su cara se relaja como si regresara a una conversación habitual—. Abro solo los fines de semana.

—Pues mejor para todos. Vuelve a la mesa a terminar de comer con tu hijo, por favor, que nosotros nos vamos.

Con repentina docilidad, la mujer obedece y sale de la barra. Algo ha cambiado en su apostura. Ha perdido tensión, arrojo. A mitad de camino por el comedor, trastabilla y golpea con el costado las sillas volteadas sobre una mesa. Al alcanzar esa en la que comían, sienta al niño igual que antes, pero la sencilla labor la obliga a dar dos pasitos hacia atrás para no perder el equilibro.

Una revelación entrecorta la irregular respiración de Uve.

Sobre la barra localiza el vaso de agua vacío. En su interior, la curva de la rodaja de limón se parece a una perversa sonrisa, similar a la que imagina que puede haber dibujado Jota al ofrecerle ese mismo vaso a la mujer, minutos atrás. Justo después de haber pasado un ratito hablando con el niño en la mesa. Uve se fija en que no hay dinero bajo ninguna de las botellas de refresco. Y, como

subrayado definitivo a sus sospechas, ve cómo Jota cierra la cremallera del compartimento delantero de la mochila antes de echársela de nuevo a la espalda.

—Parece que ya —lo oye murmurar.

La mujer se deja caer en la silla. Clava los codos en la mesa e intenta sujetarse la cabeza, que se le resbala entre sus propias manos. Tiene que agarrarse a una pata para que no se le venza el cuerpo entero a un lado.

Uve encara a Jota.

—¿Qué has hecho?

—¿Tú qué crees?

—Pero si acabas de ver lo que pasa. —Le señala la televisión con toda la mano.

—Anda ya. Le he echado poquísimo. Y solo porque nos iba a joder.

La mujer mira a Uve con una cara cuya gestualidad no puede controlar, como si fuera una máscara de carne.

—¿Qué… me ha… echado? —pregunta mientras los ojos se le ponen blancos.

Los párpados que los enmarcan comienzan a tiritar. La mujer ancla las palmas a la mesa como si el restaurante entero se meciera. Logra levantarse y hace amago de coger al niño, protegerlo de alguna amenaza, pero, nada más soltarse de las manos, el suelo ya no solo se mece, sino que se convierte en una cuesta empinada que la lanza hacia atrás, hasta chocar con una de las mesas recogidas en un rincón alejado del comedor.

La mujer cae al suelo a la vez que todas las sillas.

El niño rompe a llorar por el escándalo, aunque, desde donde está, no puede ver lo ocurrido con su madre.

Uve corre a por la mujer, desplomada de lado. Trata de despertarla con un par de bofetadas, pero tan solo consigue que gima sin abrir los ojos, que se ven moverse frenéticamente bajo los párpados. Uve le busca la boca con los dedos. Encuentra unos labios fríos que separa con facilidad, pero la fuerza con la que aprieta la mandíbula convierte los dientes en infranqueables e imposibilita su intención de provocarle el vómito.

—Tenemos que avisar —dice Uve, que no piensa cometer el mismo error que en el almacén de pirotecnia.

Jota le señala el teléfono que él mismo ha destrozado. Cuando se acuclilla junto a ellos, Uve cree que lo hace para ayudar en la reanimación, pero tan solo desensarta el llavero del dedo de la mujer.

—No puede ser, no podemos tener tanta suerte. —Le muestra a Uve la llave de un vehículo—. Es el que estaba ahí fuera, seguro. Te dije que teníamos que cambiar de coche. Venga, vamos.

—No la voy a dejar aquí.

—Uve, le he puesto poquísimo. Está dormida nada más. Mira cómo mueve los ojos.

—La llevamos con nosotros —propone Uve—. La dejamos en un hospital.

—Sí, claro, y al niño también si te parece. Uve, nos piramos. Ya.

Jota le tira de la muñeca como siempre que quiere que lo siga a la fuerza, pero esta vez Uve se zafa con un tirón. La sorpresa en el rostro de Jota se transforma enseguida en enfado.

—Pues aquí te quedas —le dice entre dientes—. No voy a parar por una señora que me la suda y que se va a despertar en una hora.

Uve no entiende que Jota siga insistiendo en que le ha puesto muy poco cuando acaban de descubrir que la mezcla en ese gotero es más letal de lo que imaginaban. Tampoco comprende que considere a esa mujer como el único motivo para detener la escapada, después de lo que han visto en la televisión. No puede creer que Jota esté ignorando lo que les ha ocurrido a sus compañeros.

—Jota…

—Vienes conmigo o te quedas aquí. Tú decides.

Uve no va a abandonar a su suerte a una mujer inconsciente ni dejar sin compañía a un niño tan pequeño.

—Uve, de verdad, me voy.

Jota aún le concede unos segundos.

Ante su inacción, se dirige a la salida, que abre con las llaves de la mujer.

Desde allí, se voltea para mirarlo.

—Uve —le grita desde el umbral—. Pudiste haber brillado.

El portazo que da sacude la cortina antimoscas.

En el silencio que inunda la estancia tras el golpe, Uve se siente culpable de ser él quien está poniendo fin a la que iba a ser la aventura de sus vidas. En su cabeza resuenan las explosiones de los fuegos artificiales sobre el lago. Y las palabras de Jota que convirtieron el latido de su corazón en pirotecnia.

Desde fuera del restaurante, llega el rugido de un motor al arrancar. Uve teme escucharlo marcharse, pero el coche permanece al ralentí, sin moverse.

—¡Mamá! —llama el niño.

Las patas de una silla rechinan contra el suelo.

Antes de que el pequeño baje y se acerque a ese rincón en el que su madre yace entre sillas revueltas, Uve apoya la cabeza de la mujer y va a buscarlo.

Lo encuentra caminando con los brazos en alto hacia la nevera de helados.

Un primer instinto lo impulsa a querer detenerlo, pero acaba por abrirle la puerta transparente.

—¿De qué lo quieres? —le pregunta con la garganta encogida.

—¡Tocolate!

Uve saca una cubeta blanca marcada con una etiqueta industrial de hostelería. Junto al niño, se sienta en el suelo, sintiendo la vibración de la nevera en el trasero, frente a los cinco litros de helado de chocolate. En cuanto abre la tapa, el pequeño lleva sus manitas a la mezcla, no del todo blanda aún.

—¡Fío! —exclama.

En el exterior, se revoluciona el motor. Jota ha de estar pisando el pedal sin mover el vehículo, solo para que Uve lo oiga.

Amenazando con irse.

Dándole la oportunidad de regresar junto a él.

El niño se chupa las manos cubiertas de chocolate. Se mancha la cara, la camiseta, un tirante del peto vaquero. Escarba más helado del envase y dedica a Uve una sonrisa tan genuina que él se ve obligado a forzar otra como respuesta.

—Esta riquísimo —le dice al niño, aunque ni siquiera lo ha probado.

Desde fuera llega el crepitar de guijarros bajo las ruedas. El coche maniobra en el aparcamiento, preparando su incorporación a la carretera.

Una profunda sensación de vacío asola a Uve.

No quiere quedarse solo en la penumbra de este desangelado restaurante de carretera mientras Jota se dirige a la costa. Quiere brillar con él.

—No te lo comas todo, ¿eh? —bromea con el niño cuando se levanta.

Desde el rincón llega una sonora expectoración.

—¿Mamá?

—Está bien —dice Uve, como quien entona un deseo—. Se va a poner bien.

El niño sube los bracitos celebrando lo que oye.

El chocolate le gotea hasta los codos.

A través de la ventana cuya persiana subió la mujer, Uve vislumbra el humo que dispersa el tubo de escape en el aparcamiento.

Mira al niño.

Escucha el extraño gorgoteo de la mujer en el rincón.

Se desliza la mochila hacia el pecho.

La abraza pensando en su tío, en sus compañeros.

Con un suspiro resignado, abre una cremallera.

Se despide del niño con un pellizco en la mejilla.

Le ajusta el bolsillo del peto vaquero.

Dos últimos cordones de la cortina antimoscas resbalan por el cuello de Uve al dejarla atrás. Corre hacia el lugar donde aparcaron el coche, que encuentra parado y con las puertas abiertas. El ruido de motor proviene del otro, el granate que vieron ahí estacionado al llegar y que Jota ha encendido con la llave de la mujer.

Jota saca un brazo por la ventanilla al tiempo que pisa el pedal para meterle prisa. Nada más subir, Uve percibe rastros de presencia

infantil en el vehículo.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Jota, que pretende sonar casual.

Uve no responde. Se sube la capucha de la sudadera y mira por la ventanilla.

—Ah, vale, ahora estamos enfadados. Tócate los cojones.

Jota mete primera para salir a la carretera, pero un coche que circula por el carril al que va a acceder lo obliga a esperar.

—¡Vaya casualidad! La carretera más solitaria del mundo y justo cuando voy a salir… —La molestia se convierte en alarma cuando el vehículo accede al área del restaurante—. ¡Hostia!

Las ruedas del coche derrapan con el repentino acelerón.

El habitáculo entero se tambalea al cambiar de tierra a asfalto.

Jota escapa por encima de la velocidad permitida mientras Uve, agarrado a su puerta, se fija en el retrovisor derecho que ahora sí tienen. Le da tiempo a ver que un hombre se baja del coche y se dirige al restaurante. Cruza los dedos deseando que, sea quien sea, esté llegando a tiempo de salvar a la mujer para que pueda volver a mordisquear a su hijo como si se lo comiera, sin dejar ni las migas, mientras el niño se ríe a causa de las cosquillas.

72

El inspector posa la mano en el hombro del director, sentado a una mesita de teléfono.

—Pruebe otra vez.

El conserje le acerca su taza y el director le da un sorbo como si el café fuera una infusión de ganas.

—Será mejor que oigan una voz conocida —opina el conserje, a quien el inspector dirige un dedo levantado para que no intervenga.

Los familiares de los dos chicos desaparecidos son los únicos que faltan por contactar. Intentos previos durante la mañana, realizados por las autoridades, han resultado fallidos. El padre de uno de los fugados aún no ha respondido al teléfono. Tras confirmarse que la madre del otro se encontraba fuera del país, el director facilitó a la policía el número del tío que figura como segundo contacto, número que resultó estar desactualizado. Si alguno de esos familiares ha procurado comunicarse por su cuenta, las llamadas se habrán perdido entre el montón que no dejan de sonar en los teléfonos de las nueve casas de residentes, en la del director y en los despachos vacíos del colegio.

El director levanta el auricular y va marcando el número que lee en la ficha del chico nuevo, maldiciendo el momento en que aceptaron matricularlo fuera de plazo, con el curso ya iniciado.

Entonces, pareció una perfecta solución para cubrir la baja inesperada de ese otro alumno, el extranjero de apellido larguísimo, que se había vuelto al país de sus padres. El director se lleva el teléfono a la oreja. Suspira, con los ojos cerrados, cuando escucha el primer tono.

Muy abiertos, casi sin parpadear, los tiene el hombre sentado en una butaca de cuero junto a una pared decorada con fotos enmarcadas de sí mismo, en las que el rango militar de sus uniformes va ascendiendo. Lleva ahí sentado desde buena mañana, oyendo el tintineo del cubo de hielo en su vaso hasta que se derrite y lo cambia por otro nuevo. Y más licor. A ratos, ha encendido la televisión, pero se ha mantenido informado principalmente a través de la radio. Ni siquiera se ha molestado en avisar de que no acudiría ese día a la base. A estas horas, ya todos sabrán por qué no se encuentra en su despacho. Lo imaginarán saliendo de viaje para personarse en el internado de su hijo o marcando teléfonos y llamando a puertas que puedan ayudar a encontrarlo. Lo verán capaz de movilizar todas sus conexiones, agendas y recursos para colaborar en su búsqueda. En hangares, pasillos y despachos de la base, muchos destacarán y lamentarán su mala suerte, de nuevo enfrentado a una tragedia. Una casi peor que la anterior.

El teléfono rompe a sonar en una mesa auxiliar junto a la butaca.

Otra vez.

El militar se frota el pulgar con el índice en un lento pero continuo movimiento circular. Va contando los tonos hasta que se extinguen. Los molestos timbrazos que llevan tantas horas perforando el

silencio le recuerdan a ese otro día en el que los teléfonos no dejaron de sonar en casa. En algún lugar de ese salón, un retrato familiar muestra a un matrimonio con un hijo. Los tres descansan una mano en el vientre de la mujer mientras sonríen tanto a la cámara como a un emocionante porvenir.

El teléfono vuelve a sonar.

El militar da un sorbo a su vaso, bajo y ancho, en el que el último hielo se derritió hace rato.

La llamada acaba por interrumpirse, como todas las anteriores que no ha atendido.

El hombre detiene la fricción de los dedos con la decisión tomada.

Antes de que entre otra, levanta el auricular y deja el teléfono descolgado sobre la mesa.

—No tenemos otro número —dice el director, que parece aliviado de esquivar la conversación—. Seguramente esté viniendo, pero vive en el norte.

En cuanto devuelve el teléfono a su horquilla y la presión en las lengüetas libera la línea, el aparato emite un timbrazo, sin que haya soltado siquiera el auricular.

—Será él —indica el inspector.

El director asiente e inspira profundamente antes de responder.

—Señor, acabo de llamarle con motivo de… —Se interrumpe, con el ceño fruncido—. ¿Cómo? Uno de los chicos que… Sí, sí, ¿pero no es usted…?

El conserje intercambia con el inspector miradas interrogativas.

—Ah, el tío de… Sí, en una de las islas, ¿verdad?… ¿Por el prefijo? No sabría decirle cuál…

La mención de un tío y una isla es suficiente información para entender con quién habla.

Un agente al que el conserje todavía no había visto, de llamativa rojez en sus mejillas, atraviesa el salón a tal velocidad que el ruido de sus pasos hace girar los cuellos de la docena de efectivos atareados en el salón. Comienza a hablar al inspector incluso antes de alcanzarlo.

El director huye de las voces, estirando el cable rizado del teléfono y tapándose la oreja libre con un dedo.

La noticia que trae el agente apurado es que los chicos fugados, a quienes se refiere como sospechosos, habrían parado en un restaurante de carretera. Del que habrían huido en un coche robado a la propietaria tras abandonar ahí mismo el que conducían antes, el de la víctima del almacén de pirotecnia.

—Tenemos la matrícula —dice el inspector sin que sea una pregunta.

—La tenemos —confirma el agente—. Pero la cosa no ha acabado bien. Sumamos una víctima más.

Antes de que el inspector pueda reaccionar a esa información, otro agente, el del hoyuelo marcado, se sitúa frente a él, con algo más de calma.

—Han empezado a llegar los fúnebres —informa—. Esperarán autorización para levantar.

73

Jota termina de cantar la canción.

Tamborilea en el volante las últimas notas de la música y señala la autorradio. Al terminar la cara, la cinta sale expulsada automáticamente, pero él actúa como si fuera un truco de magia que pudiera controlar. No se ha olvidado de coger su casete al cambiar de coche. Tampoco de recuperar el mapa y la caja de galletas surtidas. Da la vuelta a la cinta para comenzar a escucharla desde el principio.

Las mismas canciones.

Otra vez.

Uve tan solo lo mira de soslayo. Ha mantenido la cara dirigida a la ventanilla desde que salieron del restaurante. Hace un rato, atravesaron un tramo de carretera bajo una tormenta de gruesos goterones. Jota lo celebró dando golpes al techo, al ritmo de la música y de los chirridos del limpiaparabrisas, mientras regañaba a Uve por no unirse a la percusión. Cuando dejaron atrás la lluvia, Jota abrió la ventanilla para inundar el vehículo del aroma a tierra mojada. Le dijo a Uve que ese aroma era mucho mejor que los olores de fritanga y pañal que los venían acompañando en ese coche desde que se subieron a él.

Jota comienza a tararear la primera canción del casete.

Los anhelos que despertó en Uve esa cinta, cuando la escuchó encerrado en el baño, en el walkman, le provocan ahora una sensación agridulce.

—¿Podemos poner la radio? —pregunta mientras se fija en la línea irregular y mal pintada que serpentea en el arcén—. Cambiar de música un poco.

—¿Radio? ¿Con interrupciones para darnos mierdas de noticias? Tú estás loco.

Uve vuelve a observarlo de reojo.

—Que no me mires así. Mírame a la cara.

La línea del arcén desaparece durante un largo tramo.

—Que me mires a la puta cara —suelta Jota—. ¿O es que no puedes? ¿Por qué no puedes? A ver, que yo me entere.

Uve permanece en silencio, atento a una gota residual de la tormenta que asciende por el borde de la luna delantera.

—¿Qué querías que hiciera, Uve? ¿Dejar que llamara esa señora y que vinieran a por nosotros? ¿Poner fin a todo esto?

Con un movimiento del brazo, abarca el paisaje frente a ellos, una franja interminable de asfalto que se extiende hasta el horizonte entre praderas tintadas de un verde oscurecido por la densa nubosidad. Uve contiene una negación de cabeza.

—Qué más da todo ya… —susurra Jota para sí mismo, palabras que suenan más honestas que todas las anteriores.

A Uve se le humedecen los ojos.

Los cierra y una lágrima se le desborda entre los párpados.

—¿Sabías lo que iba a pasar? —pregunta, aún sin abrirlos.

—¿Cómo?

Uve toma aire. Baja la rueda del volumen y mira a Jota por primera vez desde el restaurante.

—¿Sabías lo que les iba a pasar?

Jota abre la boca para decir algo, pero la cierra enseguida, como si le ofendiera tener que responder a esa pregunta. O hubiera decidido callar una mentira. Dirige los ojos a la carretera y sacude levemente la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Lo sabías? —insiste Uve.

Jota chasquea la lengua.

Deja caer los hombros.

—¿Te refieres a lo de los gilipollas?

Uve asiente.

Se produce un nuevo titubeo en la boca de Jota.

—No, Uve, claro que no lo sabía.

Lo mira de lado, chequeando su reacción.

Uve permanece en silencio, dándole opción a seguir hablando.

—Te lo juro, Uve. —Jota extiende los dedos de las manos sin soltar el volante, sujetándolo con las palmas—. Te lo juro por mi madre.

Uve se pregunta si tiene algún valor jurar por alguien que ya está muerto. No recuerda haber visto a Jota nunca tan incomodado por un silencio, él que tan bien sabe usarlos a su favor.

—Ha sido un accidente, Uve. No sé qué ha pasado. Ya no sé qué mezclé, qué era la segunda cosa que cogí. O la primera, Uve, yo qué sé. A lo mejor tampoco era lo mismo que toma mi padre. Y el gotero de la clase de Química podía llevar algo raro. No lo sé, Uve, no tengo ni puta idea de cómo ha pasado. A lo mejor no tenemos nada que ver.

Tampoco recuerda a Jota tan inseguro con algo ni repitiendo tantas veces su nombre.

—Pero… —comienza a decir Uve— a la señora del restaurante sí sabías lo que le iba a pasar.

—Esto es increíble…

Jota estruja el volante con sonoras inspiraciones de nariz. Maniobra con la palanca de cambios sin razón alguna, dejándola como estaba. Uve sabe que solo quiere avisarle de lo enfadado que está. De que no siga pinchándolo si no quiere verlo estallar.

—Y al rapado —le dice aun así—. También sabías lo que le iba a pasar a él.

A Uve se le encoge el estómago al pensar en lo que han confirmado en la televisión con una imagen cochambrosa del almacén de pirotecnia. No puede dejar de verse arrodillado tras la barra, vaciando con sus dedos una dosis entera del cuentagotas en la copa que después le entregó al rapado. Como si pudiera percibir sus temores, Jota le devuelve la mirada a Uve y curva la comisura de los labios.

—Al rapado se lo echaste tú.

La mandíbula inferior de Uve se descuelga.

—Tú me dijiste que lo hiciera. Me dijiste cuánto echar. Yo no sabía que…

—¿No lo sabías? —interrumpe Jota.

—Claro que no.

—¿Seguro?

—No lo sabía.

—Pues entonces ya entiendes cómo me siento yo —concluye Jota —. Yo tampoco lo sabía.

Uve va a decir algo, pero se calla a mitad de palabra. Los razonamientos de Jota lo confunden. La manera en que lo mira con su media sonrisa lo distrae. Y el ofrecimiento de no asumir ninguna responsabilidad resulta de lo más tentador. Quizá esa sea la manera más sencilla de desanudar la desagradable sensación en su estómago. Uve repasa en su cabeza la cronología de los hechos y acepta que Jota podía no conocer aún los efectos letales de su mezcla en el momento en que lo incitó a echarle más gotas al rapado. Siempre que fuera verdad que no los conocía desde un principio. Cosa que Uve no puede saber. A no ser que decida confiar a ciegas en las palabras de Jota. Igual que Jota confió a ciegas en las suyas cuando le chivó que Barro le había llenado de ácido la bandeja de comida. Algo que defendió incluso delante del profesor, sin tener tampoco prueba alguna.

—Pero… —Uve no consigue enmudecer sus sospechas—. La mujer del restaurante. Ahí sí lo sabías. Lo acabábamos de ver en la tele.

—Le he puesto poquísimo, Uve. Pensé que no iba ni a funcionar. Esa señora está ya despierta, seguro.

Jota se enerva al percibir el recelo que Uve no logra sacudirse.

—¿Sabes lo que sí sé? —suelta entonces, las manos al volante blancas de la presión—. Que del internado nos hemos escapado porque tú me lo pediste. —Libera una de esas manos para señalar a Uve, muy cerca de la cara—. Tú. Me lo pediste tú. Lo estamos haciendo todo por ti.

El dedo acusatorio de Jota llena de lágrimas los ojos de Uve.

—¿Qué hemos hecho? —pregunta en un baboso susurro, justo antes de que el llanto le explote en la cara.

Uve llora como el niño que todavía es, por mucho que esté escapando por carretera con alguien que se cree muy mayor, aunque tampoco tiene siquiera edad para conducir. Avergonzado, se tapa la cara con las manos, pero es incapaz de contener el escandaloso berrinche.

—Esto sí que no… —dice Jota.

Levanta polvo cuando desvía el coche al arcén. El desnivel entre asfalto y terreno arenoso tambalea el habitáculo hasta que se detienen, con el motor calado.

Uve ve borroso a través de los ojos anegados, pero escucha cerrarse la puerta de Jota. Sus pasos rodean el coche hasta abrir la suya.

—Bájate —le ordena—. Bájate ahora mismo si tan mal te sientes. Yo estoy escapando para disfrutar. Para ser libres. Para brillar y explotar. No para esto. Bájate y que te encuentren aquí. Y cuéntalo todo si así te sientes mejor. Pide perdón a quien creas que tienes que pedírselo. Venga, bájate.

Uve se seca la cara con los puños de la sudadera.

Traga saliva con sabor a polvo.

No se atreve a mirar a Jota.

—¿Te bajas? O te bajo.

Uve no se mueve.

—¿Vas a bajarte?

La nube de polvo se ha desvanecido y el aire del exterior le refresca la cara, lo envuelve de pronto por un olor a campo tan intenso que sabe dulce en los labios. Jota espera una respuesta que no se produce, pero la inmovilidad y el silencio de Uve empiezan a

evidenciar cuál será su decisión. Pasados unos segundos, Jota se agacha.

—¿O prefieres venir conmigo a la isla? —Le gira la cara a Uve para que sus miradas se encuentren—. ¿Eh?

Uve detiene el parpadeo.

—Los futuros Jota y Uve no están en la cárcel, Uve. Están caminando por la playa. No hemos dejado el internado para acabar en un reformatorio. Y, si tu tío nos ayuda, en la isla podemos desaparecer. Nosotros con ellos. Él y su compañero sentimental, su pareja, su novio…, como se diga. Los cuatro, esperando el verano. Habrá muchos fuegos artificiales en esa isla en verano. Seguro. Si allí están todo el día de fiesta. —Una sonrisa incipiente le asoma a los labios—. Bum, bumbum, bum. Bum.

Con un dedo, le seca una lágrima a Uve.

—¿Qué me dices? ¿Te bajas del coche o te vienes a ver los fuegos artificiales?

74

La abuela mece a su nieto en brazos, en el aparcamiento del restaurante.

El pequeño deja escapar un suave gemido de queja.

—Ya, ya. Te duele la tripita, es normal. —Le besa la coronilla—. Ya os vais a que os miren.

El niño todavía huele a chocolate, aunque su abuela lo ha aseado en el lavabo del baño. El padre lo encontró embadurnado de helado en el suelo, poco antes de darse de bruces con el cuerpo de su esposa, desplomado entre sillas. Entraba ya alarmado y con el peor de los presentimientos tras haber visto el coche de su mujer saliendo a la fuga, algo que no tenía ningún sentido.

—Ya vienen —dice la abuela.

Los sanitarios que han llegado para atender a su nuera han confirmado que no hay nada que hacer por ella. Y, aunque el niño parece fuera de peligro porque sus niveles de alerta y constantes vitales no han presentado alteraciones, tanto el padre como los propios sanitarios y los agentes desplazados al lugar opinan que se quedarán todos más tranquilos si lo revisan en un hospital.

Del interior del local sale el padre del niño.

—Nos vamos.

Coge a su hijo de los brazos de la abuela.

—Solo encontré un pijamita en la trastienda —explica ella sobre cómo va vestido el pequeño—. ¿De verdad me tengo que quedar aquí sola?

—No te quedas sola.

—¿Cómo estás tú?

—No lo sé, mamá, no sé cómo estoy.

—No puedes estar tan entero.

—Ahora mismo da igual cómo esté yo.

Le entrega una bolsa de plástico con la ropita del niño, la que ella se dejó olvidada en el aseo tras el baño improvisado. Antes de que el pequeño se suba a la ambulancia en brazos del padre, la abuela se despide con la mano, como siempre le gusta hacer al niño. Hoy tan solo la mira con carita triste, sobre el hombro de papá, en el que apoya la mejilla para dormir.

Cuando se marchan, sin saber muy bien qué otra cosa puede hacer, la abuela se acerca a un grifo exterior en la fachada trasera del restaurante. Si enjuaga la ropita ahora, el chocolate saldrá mucho mejor cuando la meta a la lavadora. Al sacar el peto vaquero, tan manchado que parece de otro color, nota algo en el bolsillo frontal. De su interior, extrae el folleto de un servicio de ferris, con rutas y horarios. Hay dos salidas subrayadas con bolígrafo. Que ella sepa, ni su hijo ni su nuera tenían planeada ninguna visita a esa isla. Tampoco se imagina por qué razón guardarían el folleto en el bolsillo del niño.

Con el papel en la mano, se dirige al interior del restaurante en busca de esa agente tan joven y tan amable que le pidió que la avisara si veía, encontraba, sentía o recordaba, así se lo dijo, cualquier cosa extraña o fuera de lugar.

75

El zapato grueso del conserje se mueve con sonora cadencia de un extremo a otro de una línea imaginaria. Ha tenido que acortarla para no interrumpir los frenéticos paseos de los presentes en el salón.

—¿De los ferris a esa isla? —se entromete en una conversación del inspector—. Entonces van seguro a casa de su tío.

—Pero si su tío nos ha dicho antes que no sabía nada. —El director señala el teléfono en el que recibió la llamada—. Ni le ha contactado ni le ha respondido las cartas en un tiempo. Si hasta pensaba que su sobrino no quería saber nada más de él por algo que le contó.

El conserje confirmó entonces que la correspondencia era unidireccional desde hacía muchos envíos, y el director corroboró que tampoco él ha recibido ninguna solicitud de llamada por parte del sobrino.

—Cualquiera diría que quieren hacernos saber a dónde se dirigen —opina el director sobre la aparición del folleto.

Descartado ha quedado que el hallazgo sea casual o producto de un descuido de los prófugos. Meter ese díptico doblado en el bolsillo de un peto vaquero infantil requiere de una clara intencionalidad. El padre del niño del restaurante también ha negado que el folleto sea suyo o de su malograda mujer. Y el hecho de que los dos últimos

horarios de salida de los ferris estén marcados sugiere una deliberada transmisión de información.

—O quieren confundirnos —puntualiza el inspector la teoría del director—. Plantar una pista falsa. Son críos jugando a ser bandidos, robando coches como si no los fuéramos a encontrar. Y creerán que vamos a picar con algo tan obvio.

El conserje detiene su nervioso caminar. Esos chicos pueden seguir siendo críos a los ojos de un adulto que los menosprecie, pero él sabe lo inteligentes que son, precisamente ellos dos. Ni el uno ni el otro creerían de verdad que podrían engañar o complicar una investigación criminal con una pista plantada de forma tan burda. El conserje recuerda un pensamiento recurrente que ha tenido desde que ambos chicos se hicieran tan amigos: lo poco que pegan y lo mucho que el nuevo, el de la inicial, ha influido en el otro, que incluso ha empezado también a usar su inicial como nombre.

—¿Y si…? —El conserje inicia en voz alta un pensamiento a medio completar, falto de palabras para expresar conceptos, que, sin embargo, sí comprende, sobre manipulación, equilibrios de poder y tóxicas influencias—. ¿Y si uno ha querido soplarnos dónde iban sin que el otro se enterara?

76

De los asientos traseros, donde también van las mochilas, Uve coge la caja de galletas surtidas. Con el movimiento, tira un sonajero al suelo.

—Qué bien que las cogí, ¿eh? —dice Jota, al volante.

En ambas bandejas, encuentra vacío el hueco en el plástico de las galletas que van envueltas. Elige en su lugar una de las rellenas con crema, de color diferente a cada lado.

—¿Quedan de las de coco?

Uve le pasa la última mientras dirige su mirada a la ventanilla. Absorto en el paisaje, chupa todo el borde de su galleta antes de empezar a mordisquearla.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Jota tras un largo silencio—. Para que estés mejor. Como al principio.

Hace un rato llevaron a cabo otra negociación en la que Uve consiguió que Jota accediera a poner la radio, alguna emisora musical, pero no lograron sintonizar ninguna en esa carretera. Es una comarcal en la que de vez en cuando tienen que invadir el carril contrario para esquivar enormes baches, maniobra que han podido realizar sin problemas porque apenas circulan vehículos en sentido contrario. Uve se termina una segunda galleta, se sacude migas del pecho y devuelve la caja a los asientos traseros.

—Quiero hablar con mi tío. Avisarle. No va a decir nada si yo se lo pido.

Jota regresa la atención a la carretera para no responderle.

—Tampoco podrías —argumenta tras unos instantes, refiriéndose a la nada que los rodea.

Pero, cuando atraviesan el siguiente pueblo, apenas un grupúsculo de casas concentradas a ambos lados de la carretera, una cabina telefónica, solitaria, se aparece a la salida de la localidad, cerca del cartel que tacha su nombre. Uve mira a Jota sin decir nada. Él chasquea la lengua, detiene el coche.

—Llámalo si tantas ganas tienes —suelta antes de salir con un portazo.

Fuera, enciende un cigarrillo y se apoya a fumar en un lateral del maletero.

Uve saca monedas del bolsillo central de la sudadera y baja del coche.

Con ellas en la mano, pasa frente a Jota.

—No tardes —le dice soltando el humo.

Los primeros pasos de Uve hacia la cabina son cortos e inseguros, como si aún esperara que Jota le revocara el permiso, pero, en cuanto se aleja lo suficiente para dejar de oler su tabaco, la emoción de estar a punto de hablar con su tío acelera su marcha sin remilgos.

Encuentra una cabina acristalada sin puerta, maltratada por la intemperie, cubierta de rayones y pegatinas. Una gruesa guía telefónica desechada en una esquina, empapada y vuelta a secar tras el paso de varias estaciones, ha quedado reducida a pasta de papel. El lamentable estado de la cabina hace temer a Uve que el

teléfono no funcione, pero, en cuanto lo descuelga, un tono ofrece línea con normalidad. Prepara las monedas, en fila, sobre la repisa metálica. Así podrá ir añadiendo dinero cuando haga falta. No sabe cuánto va a durar la llamada. La primera que mete es una de las gruesas. De memoria, marca el teléfono de su tío, con prefijo incluido.

Deja de respirar para escuchar mejor los tonos.

Antes de que se complete el tercero, su tío responde.

A Uve lo conmueve que pronuncie su nombre, dirigiéndose a él, como si aguardara la llamada.

—¿Eres tú? —pregunta al silencio.

—No me llegaron tus cartas. Me las robaron en el internado. Claro que te hubiera respondido. —Es lo primero que Uve quiere aclarar—. Me alegro de que me lo hayas contado. Tengo muchas ganas de conocerlo.

Al otro lado del teléfono, se produce un golpe amortiguado, como si su tío se lo hubiese apoyado en el pecho. En el auricular se le oye tomar aire, tragar saliva.

—Sobrino querido —continúa cuando se recompone—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo estás?

—Estoy… —Uve piensa en la felicidad absoluta que experimentó al gritar de madrugada con Jota, recién escapados del internado. O al sentir la lluvia sobre el tren y bailar con inédito abandono tras su primer trago de cerveza. Piensa también en cómo ha sentido que podía morirse en el restaurante de carretera al descubrir lo ocurrido con sus compañeros. Uve no sabe describir cómo se encuentra, porque nunca ha sentido tanto, ni tan intenso, a la vez, así que simplemente dice—: Estoy bien.

—¿Dónde estás?

Uve mira a su alrededor. En el cartel de salida del pueblo ve el nombre tachado de la localidad, pero se lo calla.

—No lo sé. Es todo como unas láminas que me mandaste. Unas de… de Andrew Wyeth.

Lo recuerda de repente, con facilidad, el nombre que se le ha estado resistiendo en el coche, el del artista a cuya obra le recordaban los paisajes del recorrido, cuadros con colinas y cielos tristes.

—Confío en que sea más como *Viento del mar* que como *Campos de invierno* —contesta su tío, a quien se le adivina una leve sonrisa —. Pero prométeme que estás bien. No oigo que estés bien.

—Estoy yendo a tu casa.

Uve se agarra al cable del teléfono, anticipando el regaño. Aprieta los ojos en espera de algún sermón. Por haberse escapado del internado. Por planear ir a visitarlo sin avisarle. Por todo lo demás.

—Ya lo sé —dice su tío en tono sereno—. Ya sé que vienes.

Uve abre los ojos, sorprendido no solo por la calma con la que le habla, sino también por el hecho de que asegure conocer sus intenciones. Ni Jota ni él las han compartido con nadie. A no ser que…

—Me han llamado varias veces del internado —explica su tío—. Han encontrado el folleto de los ferris que vienen a la isla. Lo tenía un niño en la ropa, en un restaurante por el que habéis pasado.

Uve se arrincona en la cabina y protege el teléfono con el cuerpo, como si pudiera así mantener ese secreto dentro del aparato.

—¿Lo metiste tú? —deduce su tío—. ¿Quieres que sepan dónde vais? ¿Que te encuentren?

Uve tampoco sabe responder a esa pregunta, porque tampoco conoce palabras que describan sentimientos tan contradictorios. Quiere escapar con Jota para siempre, vivir en un coche en la carretera. En la isla, con su tío, viendo los fuegos artificiales. Pero también quiere que alguien los encuentre y detenga el rastro de dolor y muerte que van dejando a su paso. Por eso fueron tan solo sus manos las que metieron el folleto en el peto del niño, sacudidas por una singular racha de viento del tornado de emociones que a la vez lo arrastró de vuelta al segundo coche robado por Jota.

—Quiero verte a ti —responde Uve, porque al menos esto es una verdad incuestionable que sí sabe enunciar.

—¿Es lo que tú quieres?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Nadie te está obligando a hacer nada?

Uve distingue a lo lejos, a través de los rayones en el cristal de la cabina, la silueta de Jota junto al coche. Ha terminado de fumar y mira al teléfono con las manos en la cintura. La sudadera que se ha desabrochado muestra la camiseta blanca que lleva debajo. Su postura rígida contiene el mismo brío y coraje con los que tantas veces lo ha defendido en el internado.

—Dime si tú estás bien y quieres venir a verme —insiste su tío.

—Tío, estoy bien. Quiero ir a verte.

—Entonces, ven. Aquí te espero. ¿A qué hora llegas? —Se corrige enseguida para añadir—: ¿Llegáis?

El plural emociona a Uve, por la confianza sin fisuras que su tío deposita en él. Lejos de imponerse con el previsible regaño de una

autoridad adulta, le ofrece apoyo como si quisiera sentarse junto a él en el coche para acompañarlo en el viaje hasta que se encuentren.

—Iremos en alguno de los dos últimos ferris.

Jota viene a paso ligero hacia la cabina. A cierta distancia, empieza a hacer gestos para que cuelgue. Moviendo solo los labios, le recuerda que su tío debe permanecer callado. Subraya el aviso recorriéndose el cuello con un dedo, aunque sonríe después de hacerlo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta su tío, como si hubiera percibido la amenaza.

—Sí, de verdad —responde Uve al tiempo que asiente a Jota.

—Me muero de ganas de verte, sobrino querido.

En cuanto sale de la cabina, Jota pregunta de qué han hablado. Uve no menciona el folleto ni el hecho de que su tío ya supiera a dónde se dirigen. Sí le cuenta que, por fin, ha podido explicarle por qué no recibió las cartas, noticia de la que Jota se alegra.

—Y nos espera en su casa —añade Uve—. No va a decir nada.

—Tu tío es un fenómeno. —Jota celebra con los brazos en alto como cuando alcanzaron el centro del lago—. ¡Nos esperan en la isla!

Aprovecha que tiene las manos en el aire para abrirlas y cerrarlas como si fueran explosiones en el cielo. Comparte una media sonrisa con Uve, que de pronto tiene un millón de palabras para describir lo que siente.

—¡Carrera hasta el coche!

—Ya, claro, porque ganas seguro.

—Siempre rindiéndote antes de tiempo —dice Jota, que echa a correr a traición.

Uve ni se molesta en participar, tan solo camina tras la polvareda que Jota va levantando. El frescor de una súbita brisa vespertina le provoca un escalofrío.

El tío de Uve cuelga el teléfono. Va a marcar otro número enseguida, pero se separa del aparato y se lo piensa frente al ventanal en el salón.

—Te lo han pedido —le recuerda su novio desde el sofá—. Tienes que avisar.

Se queda mirando al mar que su sobrino quiere cruzar más tarde. Vislumbra a lo lejos, a través del ramaje de los pinos, un tramo de la misma costa a la que llegaría en el ferry. Se masajea una mano con el pulgar de la otra.

—Voy a confiar en él —anuncia.

—Va en un coche con otro menor. Uno que parece peligroso. Estamos hablando de nueve…

—Sé lo que ha pasado —interrumpe—. Pero nadie sabe cómo ha ocurrido realmente. Prefiero escucharlo en boca de mi sobrino. Informaré de que está en mi casa en cuanto llegue…

—Si llega.

Esa posibilidad le arrebata el aliento a mitad de frase.

—… pero quiero verlo primero a él —logra completar.

Piensa en todas las veces que hubiera agradecido en su vida el apoyo incondicional de alguien, lo mucho que tardó en encontrarlo. Lo difícil que es obtener la confianza injustificada e irresponsable de quien no teme equivocarse tanto como uno mismo. La entrega de

quien no pretende guiar, sino solo acompañar, ser dos donde había uno. Sumarse a ciegas.

El tío de Uve se deja caer en el sofá y entrelaza los dedos con los de su novio.

—Vamos a esperar —le dice.

Apenas un momento después, el resplandor azulado y giratorio de luces policiales convierten el salón en un fondo marino.

77

Desde que ha empezado a transmitirse por walkie-talkies, o en susurros, de boca a oreja, de hombro a hombro, uniformados o no, la información de que el juez ha autorizado el levantamiento de los cadáveres, un imponente silencio se ha apoderado de cada estancia en el internado, de cada grupo de personas, de las entradas a las casas y de todo el jardín, en el que de pronto se escucha solo el viento y el crujido de las cortezas en ramas desnudas, como si también a los árboles se les erizara la piel. Incluso el barullo en la calle exterior se ha ido acallando desde el internado hacia fuera, por efecto de una ola de pesar que ha embestido a los presentes hasta alcanzar al último mirón que estira el cuello de puntillas para no perderse detalle.

El conserje se pregunta si el levantamiento de los cuerpos en una escena del crimen es siempre algo tan solemne o si este caso es excepcional por tratarse de tantas víctimas. O por tratarse de adolescentes. Niños, como se refieren a ellos la mayoría de los presentes. Lleva tantas horas despierto, desde que comenzara su turno la noche anterior, que lo que ocurre frente a sus ojos empieza a parecer irreal. A transcurrir a cámara lenta. A ratos, se asemeja a una pesadilla. La información del levantamiento le llegó en su garita, filtrada por el conductor de uno de los coches fúnebres, que le

preguntó, como si pudiera saberlo, si las camillas rodarían bien por los caminos del jardín.

Justo en eso se fija el conserje ahora que la primera de ellas emerge por la puerta principal de la casa, en si las ruedas van girando bien o no. Las escucha chirriar contra alguna piedra y cascabelear con el impacto de guijarros, pero la camilla avanza con fluidez empujada por el personal funerario.

Un estremecimiento común, evidenciado por manos que se unen a la altura del corazón, cabezas que se inclinan en señal de respeto y suspiros contenidos, recorre los cuerpos de quienes flanquean el camino hacia los coches fúnebres.

El conserje observa el dolor ajeno para evitar sucumbir al suyo propio, de la misma manera que fija su atención en las ruedas de la camilla para evitar mirar a lo que transporta. En algún momento, sus ojos lo traicionan y acaban por dirigirse a la bolsa de plástico negro sobre la camilla funeraria. En su distorsionada y adolorida percepción de la realidad, el plástico negro se traslada a las sábanas y colchas de las camas de los chicos y el conserje se imagina a sí mismo habiendo dado las buenas noches, semana tras semana, año tras año, desde que eran pequeños, no a siete niños, sino a siete bolsas de cadáveres, que han ido creciendo sobre las camas.

Una mujer uniformada debe de intuir los terrores que asolan su mente porque se sitúa junto al conserje y lo rodea con un brazo, haciéndole saber que ahí mismo tiene un hombro en el que poder llorar, si acaso es eso lo que está a punto de hacer. Ni ella ni el conserje ni ninguno de los asistentes a esa macabra procesión ha tenido tiempo siquiera de procesar los años de vida no vivida que

contiene la primera bolsa cuando una segunda camilla emerge por la puerta. Con otro relieve en negro de juventud cercenada.

Tras la segunda camilla, sale la tercera, con otro cuerpo adolescente que ya no vive más.

Y, después, la cuarta.

Y la quinta.

La sexta.

La séptima.

Varios agentes se persignan a su paso.

El conserje también lo hace, no una, sino siete veces. Y luego sigue haciéndolo y persignándose hasta trece veces. Y, cuando sobrepasa las veinte porque ha sucumbido a una lastimosa compulsión, la mujer uniformada a su lado le coge la mano y se la aprieta con un cariño fuera de todo protocolo.

—Tranquilo —le susurra—. Que Dios los tenga en su gloria.

El conserje asiente mientras se relame las lágrimas que alcanzan las comisuras de sus labios.

Al otro lado del funesto desfile, más adelante, la cara del director se le va apareciendo entre el avance intermitente de las manchas negras. Él asiste a lo que ocurre mordisqueándose el dorso de una mano, elevando la mirada del suelo en instantes de fortaleza.

Hay un momento en el que sus ojos no solo miran a la oscura bolsa mortuoria que acaba de pasar frente a su cara, sino que recaen sobre el movimiento de un operador de cámara, que se echa la máquina al hombro para realizar una panorámica del arco a la entrada del internado, ese en el que puede leerse el nombre del colegio en letras metálicas.

El director parece darse cuenta de que el conserje lo mira, porque los dos hombres intercambian el gesto rotundo, tan melancólico como abatido, de quienes saben que el nombre del colegio jamás podrá distanciarse ya de la tragedia acontecida ese día.

El operador finaliza el paneo y devuelve la cámara al trípode para enfocar a la comitiva fúnebre. Deja el aparato grabando, pero él mismo se da la vuelta para no ver pasar los cadáveres.

78

—Seguro que es un tipo majo tu tío —dice Jota—. Mi padre me mata a través del teléfono si lo llamo.

El intermitente late avisando de un giro a la izquierda. Tras la carrera hasta el coche a la que Uve no se sumó, Jota aprovechó para hacer pis y consultar el mapa de carreteras. Los dos se aseguraron de la dirección que deben seguir cuando alcancen este cruce de caminos. Ningún otro coche se acerca a la solitaria intersección, así que Jota la atraviesa sin respetar las señales. La inercia del giro lanza a Uve hacia la puerta y sus dedos giran de golpe la rueda de la radio, que ha venido modulando con cuidado, milímetro a milímetro, a la caza de alguna emisora.

—Ahora tengo que empezar otra vez —se queja.

Lleva la aguja del dial al comienzo de la banda.

—Obsesionado con la radio, ¿eh? —Jota le aparta la mano e inserta el casete.

Música sin interferencias inunda el habitáculo hasta que Uve presiona el botón que extrae la cinta.

—Quiero saber qué ha pasado con la mujer del restaurante.

—Ah, ni siquiera buscas música ya —endurece el tono Jota—. Quedamos en que podías usar la radio para poner música, no noticias.

Uve desplaza la aguja por el dial lo más despacio que puede, ajustándola con precisión en cada mínimo rastro de señal. Pasa por sibilantes zumbidos, chasquidos de estática y el eco de algunas voces fantasmales, pero no logra sintonizar ninguna emisora estable.

—Pon la cinta, anda —concluye Jota, como si hubiera ganado una discusión silenciosa.

Uve se rinde contra su asiento.

Escucha la música sin dejar de mirar al cielo.

La opacidad grisácea de la nubosidad comienza a oscurecerse y anunciar el acecho del crepúsculo. Relámpagos dispersos centellean hacia el horizonte.

—Otra vez enfadado —dice Jota.

—Es que no entiendo cómo te puede dar todo igual.

—Es el hombre quien busca sentido a las cosas, Uve. Pero el universo es indiferente. Y he aprendido a ser como el universo.

A Uve, que otras veces se ha quedado impresionado con lo que le parecían profundas disertaciones filosóficas de Jota, esto le suena ahora a palabrería elaborada para eximirse de responsabilidad.

—Estamos arrasando con la vida de otras personas y te da igual. No sabemos si has matado a esa mujer. —Uve señala la luna trasera, hacia el pasado y el restaurante—. Pero tampoco te importa.

A Jota se le humedecen los ojos.

Es la primera vez que ocurre desde que Uve lo conoce.

Valora no decir nada más, pero él también tiene derecho a soltar lo que piensa.

—No entiendo cómo puedes vivir así —añade—. Sin culpa.

Jota niega con la cabeza.

—No sabes nada, Uve. —Se seca los ojos con un gesto fugaz.

—Lo sé porque lo estoy viendo. Te da todo igual. Y no sé cómo lo haces.

Jota aprieta el volante.

También los dientes.

—Porque no es la primera vez —confiesa en un susurro.

—¿Cómo? —pregunta Uve.

Jota lo mira de reojo, calibrando su reacción.

—Tuve que aprender a hacerlo —añade.

La gravedad en el tono y la manera en que echa los hombros hacia delante alertan a Uve.

—¿Qué dices?

—Que ya estoy acostumbrado.

—No… —Uve se acomoda en el asiento—. No entiendo.

Jota fuerza una sonrisa incómoda. Triste y enigmática. Tan singular en él como el brillo de nuevas lágrimas en sus ojos. Se mordisquea los labios en lo que parece un último intento de contener ciertas palabras, que al final acaba pronunciando:

—¿El conductor misterioso que atropelló a mi madre? —entona como una pregunta.

Uve asiente en silencio.

Jota levanta solo un dedo, sin soltar el volante, pero el gesto acarrea el peso de cuando es el brazo entero lo que levanta en clase para confirmar su asistencia.

—Sí —contesta a su propia pregunta—. Era yo.

Uve quiere taparse la boca con las manos, como hizo la mujer del restaurante junto a la pantalla del televisor, pero se contiene agarrándose a los bordes del asiento. Recapitula en su mente lo que

Jota le contó sobre el atropello mortal de su madre, el conductor a la fuga, el hermano de ocho meses que no llegó a nacer.

—¿Cómo quieres que me preocupe por nadie después de eso? —Jota se sorbe la nariz.

—Jota…

—¿Sigues creyendo que vivo sin culpa?

Un relámpago aclara el cielo durante un instante.

—Pero… eras muy pequeño. —Uve recuerda que Jota era solo un niño cuando pasó—. No puede ser.

—Tenía casi trece. Mi padre me enseñó a conducir desde mucho antes. ¿Por qué te crees que he podido llevar estos coches? —Abre las manos sobre el volante—. Me dejaba practicar en el campo, en el monte, cuando lo acompañaba de caza. Por eso también sé disparar una escopeta. Y apunto mejor que con un lanzabengalas.

Uve no ve apropiado sonreír a la mención de lo ocurrido en el almacén de pirotecnia.

—¿Cómo…? —dice en su lugar, sin completar la pregunta.

Jota conduce con la mirada fija en la línea central de la carretera, discontinua y mejor pintada que muchas de las anteriores.

—Una tarde, harto de hacer deberes, no se me ocurrió otra cosa que coger el coche. Se me puso en las pelotas conducir por la urbanización, por calles normales, no solo en el monte y caminos de cabras. Mi padre aún tardaría en volver de la base y mi madre había salido a dar un paseo. Le habían dicho que, en su estado, caminar era bueno para la circulación y el ánimo. Solía tirarse dos horas fuera, perfectamente, y calculé que me daba tiempo de sobra.

Jota habla como hipnotizado por el blanco intermitente en la carretera, que refulge en el oscuro asfalto y contrasta con el

ambiente apagado que impone la amenaza de tormenta.

—¿Sabes qué coche cogí? —pregunta sin mirar a Uve—. El de mi madre. Lo saqué del garaje marcha atrás y todo. Y el caso es que lo conduje bien, ¿eh? Era más pequeño que los todoterrenos que me dejaba mi padre, llegaba mejor a todo. Aunque estaba oscureciendo, la urbanización tenía buenas carreteras y pocos coches, era muy fácil conducir por ahí. Solo me dio por correr una vez. Era un tramo largo, que unía y daba la vuelta, por fuera, a varias urbanizaciones. Por eso aproveché para pisarle, era lo último que iba a hacer antes de volver a casa.

Uve se fija en que los cristales se van empañando, pero no dice nada.

—Justo en esa zona no había farolas, y yo iba sin luces —continúa Jota—. No estaba acostumbrado a ponerlas, en el campo siempre era de día cuando mi padre me dejaba hacer el ganso. Sentí el impacto al mismo tiempo que creí ver algo delante de mí. Lo noté en el capó, el cristal, el techo. Por el retrovisor no vi nada de lo que dejaba atrás y me convencí de que habría sido un animal. No un perro o un gato, que sabía que no habrían rodado por encima del coche, sino un cervatillo, un jabalí. Más me valía que fuera algo de eso porque, si no, me iba a meter en un buen marrón. No pensé en parar ni un segundo, Uve. Incluso si al final era una persona, que me negaba a creerlo, a esa edad me preocupaba más un regaño de mi padre que la vida de alguien. Me daba más miedo un castigo de meses. Y de verdad pensé que era posible que nunca se enterara de lo que acababa de ocurrir. Me creí que algo puede dejarse abandonado en la carretera y que nadie lo encuentre nunca. Me convencí de que salir a conducir el coche de mi madre, tener un

percance de ese tipo…, acabaría siendo solo una travesura más. Otra macarrada de las que decían que hacía. Lo que más me preocupaba era que se notara el choque en el frontal del coche. Que el arreglo fuera muy caro. Solo quería llegar a casa antes de que mi madre regresara del paseo, guardarlo de vuelta en el garaje antes de que pudiera darse cuenta de que lo había cogido. Lo dejé allí, tal y como lo había encontrado al sacarlo, y volví a mi cuarto a hacer esos deberes que tanto me aburrían. Al final completé muchos más ejercicios que los que había mandado la profesora.

—Pero tu madre no volvió… —susurra Uve.

—Mi padre notó enseguida que algo no iba bien. No sé cómo lo hace, se da cuenta de todo. Él siempre dice que a un militar solo lo engaña otro, y ese otro es un traidor. En cuanto me saludó en la puerta de mi habitación, me preguntó qué me pasaba. Todo el susto que había reprimido hasta ese momento se me desbordó delante de él. A mi padre no le gustaba que llorara, me decía que parecía un crío, y no me dejó explicarme hasta que me controlé. Le confesé entonces que había cogido el coche de mamá, que había conducido por la urbanización. Que había atropellado a un animal y no sabía si había destrozado mucho el coche, porque no había querido ni mirarlo. Intenté restarle importancia diciendo que el coche funcionaba, que me había traído de vuelta a casa sin problema. Hasta le ofrecí que me quitara la paga los meses que hiciera falta. Fue en ese momento cuando sonó el teléfono…

—No… —Uve se suelta del asiento para llevarse una mano a la boca.

Jota ni lo mira, sigue mecido por el suave vaivén del coche, ensimismado con la cíclica aparición y desaparición de la línea blanca

en la carretera.

—Mi padre me dejó en la habitación para ir a responder la llamada. En ese momento no lo oí, pero ya se lo dijeron todo. Un coche había atropellado a su mujer en los alrededores de la urbanización y el conductor se había dado a la fuga. El cuerpo lo había encontrado un vecino que había salido a correr, pero cuando pudo conseguir un teléfono y avisar ya era tarde. Se habían muerto ahí mismo, sobre el asfalto. No solo la mujer, sino también el bebé que esperaba. Mi padre colgó, pero no vino a decirme nada. Asomado al pasillo, solo oí las botas de su uniforme atravesar la casa, hacia la cocina. La puerta que se comunicaba con el garaje hacía mucho ruido al abrirla. También oí el tic, tic, tic que hacía el fluorescente antes de encenderse. Y sigo teniendo pesadillas con los gritos que le escuché a mi padre en ese momento.

Jota se seca mocos sobre el labio y Uve le pide que pare el coche, no puede seguir conduciendo así como está. Las lágrimas van a acabar nublándole la vista más de lo que ya nubla la visibilidad el vaho que empaña los cristales, como si el coche fuera un ojo gigante que también llorara.

—A mi padre le filtraron rápido que no hubo testigos del accidente ni rastro alguno del coche a la fuga. Que iba a ser prácticamente imposible encontrar al responsable. No sé si decidió protegerme porque en el fondo algo me querría, por no manchar su reputación o porque mi madre le habría pedido que lo hiciera, pero mantuvo el secreto poniendo en riesgo toda su carrera militar. Dijo que era algo que nos llevaríamos a la tumba, él y yo. Prohibió que lo volviéramos a mencionar, ni siquiera entre nosotros. Aunque cada vez que bebía me lo acababa recordando todo. Echándome en cara todo. Su mujer.

Su hijo. Mi hermano. Tampoco es que yo esté cumpliendo ahora con ese pacto de silencio…

—Yo no voy a decir nada —asegura Uve.

—También me decía que ojalá me hubiera muerto yo. Muchas veces me lo dijo. —Jota modula la voz para repetirlo como si fuera su padre—: «Ojalá te hubieras muerto tú». Para decirme eso era para lo único para lo que volvía a mirarme a los ojos, algo que dejó de hacer desde la misma noche del accidente. Si me hubiera muerto yo, él seguiría teniendo a su mujer y a su otro hijo, uno que seguramente habría sido mejor que yo. Supongo que por eso no podía mirarme a los ojos. Porque cada vez que me veía se daba cuenta de que seguíamos en la línea temporal equivocada, esa en la que era yo el que estaba vivo y no ellos. No solo dejó de poder mirarme, dejó de poder tenerme en casa también. Fue desde el curso siguiente cuando empezó a dejarme en internados. Para no tenerme cerca… —Jota se exprime los ojos, apretándolos—. Pero, mira, que le jodan. —Sorbe mocos que acaba tragando y, tras una larga pausa, pregunta—: ¿Qué crees tú que hay después de la muerte, Uve?

En silencio, Uve se encoge de hombros.

—Yo espero que no haya nada —contesta Jota a la pregunta—. Porque si hay un cielo tengo muy claro que no lo merezco. Y, si voy al infierno, lo único que estaré haciendo es cambiar el de esta vida por otro diferente. Y ya estoy cansado de infiernos, Uve. Yo solo quiero dejar de pensar…

Parpadea varias veces y despega por fin la vista de la línea en la carretera, a punto de alcanzar la siguiente intersección. Su expresión es la de quien sale de un trance.

—¿Estás bien? —pregunta Uve.

En el cruce, Jota se guía por la información en los carteles. La incorporación a una nueva carretera, más ancha y con doble línea, zanja definitivamente el flujo hipnótico que la anterior parecía ejercer sobre Jota, quien recupera de pronto su actitud y comportamiento habituales.

—Nos pasa a muchos absurdistas, ¿eh? —dice como si retomara cualquier debate de los suyos—. Pensar que no habrá nada después de la muerte. No te pienses que es solo cosa mía por toda esta movida que te he contado.

A Uve le cuesta creer que se refiera de esa forma, como una movida, a la confesión anterior.

—Menuda chapa te he soltado. Perdóname, tío, pero si a alguien le iba a contar esto alguna vez tenía que ser a ti. —Jota apoya una mano en la palanca de cambios y se queda mirando a Uve con el otro brazo estirado sobre el volante. Alarga el contacto visual como si la carretera no requiriera o mereciese atención—. Eres mi mejor amigo, Uve. Espero que lo sepas.

A Uve se le agolpan respuestas en la boca, al tiempo que sonríe y ahoga las ganas de llorar. Antes de que pueda pronunciar ninguna, Jota acelera e introduce la quinta marcha, una que apenas ha podido usar en la anterior carretera. Abre del todo la ventanilla y saca el brazo en busca de intensas sensaciones físicas que lo anclen al momento actual. Permite que el aire arrecie contra él, que la corriente ventile el coche entero y se lleve consigo los secretos compartidos en ese vehículo convertido en confesionario. Viéndolo aullar al paisaje en la luna delantera, henchido de júbilo, Uve

reconoce al Jota de siempre, pero entiende, por primera vez, por qué se obliga a disfrutar del presente de forma tan radical.

Al cerrar la ventanilla, la radio también reacciona al cambio de dirección y carretera porque sintoniza espontáneamente, sin que Uve haga nada, una emisora informativa en la última posición en la que dejó la aguja del dial.

Los dos escuchan el nombre del colegio.

El locutor anuncia una última hora en el caso.

Jota intenta bajar el volumen, Uve le aparta la mano.

El coche se zarandea con un volantazo.

Uve desea escuchar novedades sobre la mujer del restaurante, descubrir que llegaron a tiempo de salvarle la vida, pero lo que comparte la emisora es el destino al que se dirigen los dos estudiantes fugados.

—¿Cómo lo saben? —pregunta Jota al oír el nombre de la isla—. ¿Cómo pueden saberlo? Es imposible. No se lo hemos dicho a nadie.

A Uve lo delata el gesto involuntario de bajar el volumen.

—Tu tío —deduce Jota—. No me lo puedo creer. Tu tío lo ha contado. Tenías que llamarlo… —Enseguida alberga sospechas incluso más retorcidas—. Porque estabas hablando con tu tío, ¿no? Uve, no me jodas, era tu tío al que llamaste antes, ¿verdad?

—Sí, claro que hablaba con mi tío. Pero él no ha dicho nada. Estoy seguro.

—Pues dime tú entonces cómo se han enterado. —Jota salpica saliva al hablar—. ¡Dime cómo coño se han enterado!

—Yo qué sé. Habrán encontrado alguna pista. —Uve no se atreve a confesar su responsabilidad con lo del folleto—. Se nos ha podido pasar algo.

—No se nos ha pasado nada, Uve.

—O será una deducción. ¿A dónde íbamos a ir si no es a casa de mi tío? —Hace una pausa—. ¿A casa de tu padre?

El silbido entre los dientes de Jota anuncia una carcajada que le explota en la boca.

—Esa ha sido buena. Mi padre estaría encantado de recibirnos, sí.

La risa reduce la tensión entre ambos.

—Mi tío no ha dicho nada —promete Uve con la imperturbable firmeza de quien afirma una verdad—. Él nos está esperando.

Jota mira a Uve y a la carretera.

A la carretera y a Uve.

—Pues se va a quedar esperando porque ya no podemos ir.

Desvía el coche al arcén y pisa el freno.

79

El tío de Uve aparta las manos para que la inspectora compruebe el arnés. Ella se asegura de que el cierre central está bloqueado y le ajusta más alguna de todas esas correas.

—¡Gracias! —grita él.

Todavía no se acostumbra a que el rugido de un rotor de helicóptero imposibilita la comunicación oral. Incluso ha venido preguntando cosas mientras la inspectora lo guiaba de la mano, desde la puerta de casa, hasta un asiento trasero en la cabina, ensordecidos ambos por el ruido de las aspas en movimiento.

La policía apareció en casa del tío de Uve para proponerle irse con ellos al puerto al que se dirige su sobrino, en la península. Le revelaron que allí planeaban interceptar a los chicos y le convencieron de que contar con la presencia de algún familiar podría ser de gran valor en una negociación y, seguro, en la posterior detención, que preveían traumática. Accedió sin pensarlo mientras su novio asentía con vehemencia, como si aprobara por fin alguna de sus decisiones. Le dieron diez minutos para prepararse antes de que llegara el helicóptero. A su pareja lo dejaron encargado de atender un posible contacto telefónico del sobrino, acompañado de otro agente.

La corriente de aire del rotor sacude frente a la cara de la inspectora, de mandíbula autoritaria, mechones que han escapado de su pelo recogido en la nuca. El tío de Uve le calcula una edad parecida a la suya, y celebra ver a una mujer joven en un puesto de mando, algo que apenas ocurría en la década anterior. La inspectora le muestra un pulgar y cierra la puerta de la cabina.

—¿Me oye mejor aquí?

La voz de ella lo sobresalta en los auriculares del casco.

—Mucho mejor —responde al micrófono que flota delante de su boca.

Otro agente que va sentado detrás, de antebrazos cortos, le muestra un botón que debe pulsar para hablar.

El piloto eleva un pulgar, seguido de la inspectora y del agente.

El tío de Uve replica el gesto.

—Salimos —confirma la inspectora.

El ascenso en vertical le provoca una sensación de montaña rusa en el estómago, una que se suma al montón de nudos, retortijones, vacíos y encogimientos que lleva experimentando a lo largo del día. Las ramas de los pinos, a sus pies, se sacuden como si lo despidieran.

—Gracias otra vez por colaborar —le dice la inspectora al oído—. Al padre del otro muchacho todavía no lo localizamos.

La costa desaparece bajo la cabina del helicóptero y el tío de Uve sobrevuela la inmensidad de un mar que él también cruzó, años atrás, en busca de una vida diferente que siempre existe pero hay que perseguir.

80

Uve pisa la línea central.

Nunca antes ha estado de pie en mitad de una carretera.

Sabe que no se acerca ningún otro coche porque frente a él, detrás de él, se extienden kilómetros de asfalto llano que divisa por completo. Extiende los brazos y alza la mirada al cielo, cuyo gris dominante empieza a virar hacia un azul profundo que invita a pensar en la noche. Uve realiza una honda inspiración que huele a mar, goma de neumático y campo húmedo. Una apabullante sensación de libertad, la de estar parado en mitad de una carretera con los brazos convertidos en las agujas de su propia brújula, le permite creer que todavía tienen alguna posibilidad de enmendar su escapada.

Un gemido de dolor de Jota resquebraja el momento de calma.

—Hecho —dice.

Se lleva un dedo a la boca para chupar un pequeño corte. Con el destornillador aún en la mano, le muestra a Uve la segunda matrícula arrancada, la trasera.

—Ven. —Se la ofrece en la distancia—. Una cada uno.

Uve cruza el carril hasta el arcén, donde Jota ha detenido el coche. Le entrega la matrícula recién arrancada mientras él sujeta la delantera. Propone lanzarlas al campo, a la vez.

—Lo más fuerte que puedas —indica antes de iniciar la cuenta atrás.

La matrícula de Jota llega más lejos que la de Uve, pero ambas desaparecen de igual forma al hundirse entre la maleza.

—¿Servirá de algo? —pregunta Uve—. El coche sigue siendo el mismo y saben que lo llevamos.

—¿Y qué hacemos, Uve? —Jota deja caer las manos a los lados—. ¿Lo pinto de otro color? ¿Robamos otro en esta carretera llena de coches?

Uve acepta que no tienen más opciones.

—Ahora, si esto es lo que iba a tardar en delatarnos tu tío —continúa Jota—, casi mejor habernos enterado antes, que aún podemos cambiar de planes.

—No ha sido él —repite Uve.

—Lo que tú digas. De momento, matrículas a tomar por culo y cambio total de rumbo.

Jota abre el maletero para lanzar dentro el destornillador y se sacude las manos al cerrarlo.

—Pero… —Uve se interpone en su camino hacia la puerta del conductor— el motivo del viaje era ver a mi tío. Todo esto era para ir a su casa.

Jota vuelve a dejar caer las manos a los lados.

—¿Y qué hacemos, Uve? —repite—. ¿Ir directos al sitio donde sabemos seguro que nos están esperando? ¿Quedarnos aquí hasta que nos encuentren?

Jota se mete al coche esquivando a Uve, que rodea el vehículo por delante. Con la mano en el tirador de la puerta, mira a su alrededor, al vasto paisaje.

Acaba por abrirla y saltar a su asiento.

Jota le dedica dos aplausos antes de arrancar.

En el primer cruce, Jota gira en dirección opuesta a la planeada.

A Uve se le encoge el estómago al dejar atrás el cartel que, en forma de flecha, señala el destino en el que iban a coger el ferry. Sacude la cabeza para borrar de su mente la escena imaginada del abrazo a sus tíos. El de siempre y el nuevo. También la del desayuno de los cuatro a la mañana siguiente, en el que su tío podría haberle enseñado, entre tostadas de mantequilla y mermelada, copias de las fotos que sus compañeros le robaron. Si acaso no existían copias, podrían al menos haber elevado los negativos hacia el cielo soleado de la isla para verlas en pequeño y en colores raros mientras su tío le contaba historias sobre los lugares en los que se encontraban en cada una.

—Iremos a verlo —dice Jota al percibir su pena—. Pero no hoy. No estos días. Iremos cuando la cosa se calme. Yo me sigo muriendo de ganas de conocer la isla.

Uve cambia el cielo soleado de su imaginación por el que oscurece hacia el horizonte y asiente con una leve sonrisa. Jota sube el volumen de la música.

—¿Te acuerdas de cómo bailaste esto, ahí, como un loco, en el almacén? —Imita a Uve con una mano en lo alto—. Lo hemos pasado de puta madre, tío.

Varias canciones más tarde, atraviesan un pueblo parecido a ese en el que usaron la cabina telefónica, pero más habitado. Se ven algunos peatones por la calle principal, que no solo tiene semáforos, sino que además funcionan. Uno en rojo los hace parar y ceder el paso a un par de coches.

—Prefería cuando no había nadie —observa Jota al retomar la marcha—. Justo ahora que llamamos la atención sin las matrículas.

Avisa de que será mejor salirse de esa calle con semáforos y toma la primera bifurcación que se le aparece. El desvío los conduce a una calle interior del pueblo, de un solo sentido. Tras la primera curva, una furgoneta blanca, detenida con dos ruedas sobre la acera y las luces de emergencia activadas, los impide pasar.

—No me jodas. —Jota no espera ni tres segundos antes de empezar a pitar.

—Tiene la puerta abierta —observa Uve sobre la del conductor—. Será algo rápido.

—Pues ya va lento. Parar era justo lo que no quería.

Jota baja la ventanilla y palmea el exterior de la carrocería.

Uve le recomienda no llamar tanto la atención.

Un hombre barrigón, con un mono de trabajo atado a la cintura por las mangas, sale de una casa con bolsas de plástico. El cuidado con el que traslada una de ellas le recuerda a Uve la manera en que el director del internado se lleva sopas o cremas de verdura del comedor a su casa.

El hombre va pidiendo perdón en voz alta.

—Me quito, me quito —añade.

Cuando libera las manos al soltar las bolsas en el asiento del copiloto, muestra una palma a Jota en un saludo de agradecimiento y disculpa. Solo Uve responde, imitando el gesto. Los ojos del hombre viajan entonces al frontal del coche donde no hay matrícula. Con gesto extrañado, sube a la furgoneta y cierra la puerta.

—Venga, muévete —dice Jota—. A casita a descansar.

El hombre apaga las luces de emergencia y los faros traseros se iluminan en rojo cuando pisa el freno para arrancar, pero se mantienen encendidos más tiempo de lo esperado.

—¿Qué te pasa ahora? —Jota hace ademán interrogativo con el brazo fuera del coche—. ¿Qué te has olvidado?

Las luces de freno en la furgoneta se apagan.

Se abre la puerta del conductor, de la que emerge una bota de trabajo.

El hombre se baja y aprieta el nudo de mangas en su cintura mientras se aproxima al coche. La camiseta manchada que lleva debajo del mono no le cubre la tripa entera y va mostrando una franja de carne peluda. El hombre vuelve a fijarse en la matrícula ausente. Después, entorna los ojos dirigidos a la luna delantera.

—¿Qué está haciendo? —murmura Uve.

—Nos está mirando.

Como si algún reflejo en el cristal le impidiera ver correctamente el interior del vehículo, el hombre avanza hasta situarse junto a la ventanilla abierta de Jota.

—Sé quiénes sois —dice al verlos con claridad—. Sois esos chicos del…

Con un acelerón, el coche sale embalado hacia atrás. Jota maniobra en reversa por la calle en curva. Raspa un lateral de la carrocería contra una farola y arrolla algo que cruje y se rompe bajo las ruedas traseras, pero consigue regresar a la bifurcación. En la calle principal, retoma la marcha adelante y pisa el pedal sin respetar los semáforos. Celebra la salida del pueblo dando golpes al volante.

—¡Esto quiero yo! ¡Carreteras solitarias! No pueblucho de mierda.

—Va a llamar a alguien —dice Uve—. Van a saber que estamos aquí.

—¡Y por eso nos piramos! —Jota aumenta la velocidad mientras grita bajo los efectos de la adrenalina. El subidón se le corta en seco cuando descubre algo en el retrovisor interior. Comprueba también los exteriores—. No puede ser.

Uve se gira hacia atrás, entre los asientos.

La furgoneta blanca viene detrás de ellos.

Les dirige continuas ráfagas de luces largas.

—¿Qué coño hace? —La transmisión se queja con un rascado de engranajes cuando Jota se equivoca de marcha—. ¿Qué coño le importamos?

Rectifica el cambio y acelera.

Uve se fija en el rápido ascenso del velocímetro.

—Jota, cuidado.

—¡Díselo al de atrás!

Cada vez que ganan distancia, la furgoneta la recupera.

El hombre debe de estar pisándole a fondo.

Un sonido se impone al del motor revolucionado y los neumáticos contra el asfalto: el silbido de un tren en algún rincón del paisaje. Casi al mismo tiempo, un destello rojo comienza a brillar en la lejanía frente a ellos. Uve lo llama semáforo.

—Es un paso a nivel —corrige Jota, concentrado en la carretera—. Tenemos que llegar antes que el tren.

Uve ni siquiera lo había visto aún, pero uno de mercancías atraviesa el campo frente a ellos desde la izquierda. Piensa en sí mismo, en Jota, saltando juntos a un tren similar, como polizones, en un tiempo que ahora parece muy lejano, escapando para siempre

de una vida a la que, justo como deseaban, nunca van a poder regresar.

—Puedo hacerlo —dice Jota mientras sigue aumentando la velocidad—. Voy a llegar.

Uve se agarra al interior de su puerta. Se abrocha el cinturón de seguridad que no ha usado en todo el viaje. Aunque Jota se fija en la precaución, no suelta las manos del volante.

Detrás, la furgoneta empieza a pitar, pero tampoco aminora.

—Vamos a conseguirlo. —Jota endereza la espalda, estira los brazos.

En apenas un parpadeo, a Uve le parece que el tren se ha hecho gigante.

Tienen la locomotora casi encima.

—¡Imposible! —grita entonces Jota.

Un volantazo hace derrapar al coche y ambos quedan a merced de una fuerza centrífuga que los empuja al asiento. La luz roja, el cielo y la cara asustada del conductor de la furgoneta pasan como una ráfaga de imágenes frente a Uve antes de que el habitáculo se sacuda, se agite y se detenga. Una cortina ocre de espigas secas ciega por completo la luna delantera.

El retumbar del tren a su paso ensordece cualquier otro sonido.

Vencido hacia delante, el cinturón sostiene el peso del cuerpo de Uve.

Jota, separado del asiento, abraza el volante, desplomado sobre él.

—Jo… ta… —El intento de grito queda reducido a un susurro estrangulado.

Atrapado por el cinturón, Uve alarga el brazo hasta tocar la espalda de Jota. El sudor de su nuca le humedece el cuello de la camiseta y la sudadera. Entre los olores a quemado y gasolina, Uve percibe un tenue rastro del olor de su colonia.

—¡Jota! —consigue gritar.

—Buah, qué flipe —exclama él. A pesar del aparatoso incidente, y como si fuera la única opción posible, le pregunta a Uve—: Tú estás bien, ¿no?

Jota se desenvuelve con habilidad y sale del coche antes de que Uve se haya recuperado del susto. Le abre su puerta y lo ayuda a quitarse el cinturón.

—Si es que al final es mejor no ponérselo —le dice—. No sabes la de gente que se queda atrapada en coches que se queman por el maldito cinturón.

Aunque Uve sentía haber caído al fondo de un precipicio, comprueba al salir del vehículo que tan solo se han estampado en el terraplén de una cuneta, a escasos metros del paso a nivel.

—Lo siento, tío. —Jota se sacude y pellizca restos de espigas en la ropa—. En el último segundo vi que no pasaba ni de coña.

Manteniendo el equilibrio con los pies hundidos en el terraplén, abre una de las puertas traseras y saca las mochilas. Le entrega la suya a Uve.

—Estamos sin coche, eso sí. —Señala las ruedas traseras que han quedado flotando en el aire. Con un guiño, añade—: Bueno, hasta que consigamos otro. A ver la furgoneta de este.

En el lado opuesto de la carretera, una nube de vapor anuncia algún desastre, pero Jota supera la cuneta sin miedo a asomarse. Tras una exclamación de asombro, urge a Uve a que suba a mirar.

La furgoneta ha quedado volcada al otro lado del campo, con las cuatro ruedas hacia el cielo. Por la distancia a la que se encuentra, debe de haber dado dos o tres vueltas completas.

—No…

Uve se teme lo peor sobre el conductor, no quiere sumar otra víctima a su huida. Un lastimoso gruñido anuncia la aparición del hombre en la cuneta. Empujándose únicamente con los brazos, la escala hasta desplomarse de agotamiento en el asfalto. En el proceso de arrastrarse por el campo, ha perdido el mono y hasta las botas, porque solo lleva camiseta y calzoncillos. Tira de la pierna izquierda, que parece colgar, suelta y retorcida, por debajo de la rodilla. Profiere con ello un grito de dolor que manda a volar a un grupo de pájaros entre las espigas.

—Pero si sois críos… —dice al verlos—. ¿Qué estáis haciendo?

Uve da un paso atrás, negando con la cabeza.

Jota da otro hacia delante.

—Tú vuelve a llamarme crío —amenaza al hombre.

—No sigáis —añade él, entre muecas de dolor.

—Te has querido hacer el héroe y mira lo que te ha pasado. Si es que quién te mandaba perseguirnos.

—Parad ya. No os compliquéis más la vida.

Uve observa la devastación a su alrededor. Los dos vehículos destrozados. La pierna retorcida de un hombre que podría haberse matado y elevar a nueve, o a diez, el número de muertes relacionadas con su huida.

—Jota…

—¿Qué quieres, Uve? —El tono en el que lo pregunta y la manera en que ladea la cabeza evidencian que ya teme lo que va a decir.

—No… No seguimos.

—No sigáis —secunda el hombre en el suelo, que escupe saliva sangrienta—. Os queda mucha vida por delante. Habéis matado a gente, pero sois solo críos. No os va a pasar nada.

—Me vuelves a llamar crío —advierte Jota al tiempo que eleva su zapatilla sobre la rodilla del hombre— y termino yo mismo de destrozarte la pierna.

Uve teme otra pérdida de papeles de Jota. Como cuando se encaró con el rapado por primera vez. O cuando quiso destrozarle el coche a patadas o le disparó una bengala a la cara. Como cuando le pegó a Barro en el comedor y lo empujó contra la pared o le puso un cúter en el cuello. Como cuando destrozó el teléfono del restaurante. Y como cada una de las veces que ha añadido una solución mortal al líquido que iban a beber otras personas. Uve siempre ha pensado que el Jota de los ataques era la excepción, las tormentas de una persona en calma, pero ahora se pregunta si no será al revés, si el Jota en calma no es más que la excepción de su alma atormentada.

—Jota… —Uve desearía poder callarse porque es él mismo quien más ganas tiene de escapar, atravesar juntos el país, cruzar el mar con Jota—. Paramos. Aquí nos quedamos. ¿Dónde más vamos a ir?

Jota lo mira como si hubiera dicho algo fuera de toda lógica.

—¿Aquí? —pregunta con el ceño fruncido.

El hombre a sus pies se tapa la cara con un suspiro de alivio al ver desaparecer la amenaza de la zapatilla sobre la pierna cuando Jota se acerca a Uve.

—Aquí no hay nada, Uve. Aquí no nos paramos. —Ofrece la mano abierta al tiempo que señala al frente con la barbilla, hacia el

montón de caminos que aún pueden recorrer juntos si quieren—. No van a cogernos.

Uve recuerda cuando fue él quien quiso ofrecerle la mano a Jota, para guiarlo hacia el lago helado. Cómo se aguantó las ganas estrujando el interior de su bolsillo. Esa mano que tanto deseó agarrar la tiene ahora frente a él. Es una de hombre, casi de adulto. La misma mano que, con tan solo rozar la suya en los escalones del jardín, originó en su interior un prodigioso remolino que sintió que podría salírsele por los ojos en forma de luz.

—Vamos a brillar. —Uve agarra la mano con fuerza.

—Vamos a explotar —responde Jota.

El mundo es una bandera tricolor de cielo, asfalto y campo.

—¡No sigáis! —les grita el hombre en el suelo.

Comienzan a caminar siguiendo el trazado de la carretera.

Cruzan a pie el paso a nivel.

—Tenemos que salir de este camino —dice Jota—. El humo va a atraer la atención de alguien.

Sus manos se separan cuando salta la cuneta hacia el campo.

Uve salta también.

Avanza elevando las rodillas entre las altas hierbas, como cuando salieron a pie del almacén de pirotecnia. Los saltamontes huyen de sus pisadas, le rozan los dedos de las manos al brincar. Y, aunque Uve camina convencido detrás de Jota, suelta de su hombro uno de los tirantes de la mochila para ladearla sobre un costado.

Sus manos buscan algo en el compartimento delantero.

Saca un billete y deja que el aire se lo lleve flotando.

Hace lo mismo con varios billetes, que echan a volar detrás de él.

81

El tío de Uve se ha quedado a solas con el piloto en el helicóptero.

Pasea las uñas por la tela vaquera de su pantalón.

A través de ella, pellizca los calcetines para subírselos.

En cuanto tomaron tierra, tanto la inspectora como el agente de los antebrazos cortos bajaron para unirse a los dispositivos movilizados en los alrededores del puerto del que parten los ferris. Por lo que ha entendido, se espera que los chicos aparezcan en el utilitario de color granate que robaron a la propietaria del restaurante de carretera, pero no se descartan otras opciones. De momento, se aproxima la hora de salida del último viaje a la isla y no ha habido rastro de ellos.

A través del cristal de la cabina, el tío de Uve ve reaparecer a la inspectora, que atraviesa a paso ligero el aparcamiento del puerto. Accede al descampado donde han aterrizado y retoma su posición en el helicóptero.

—Nos vamos —dice antes incluso de ponerse los cascos.

El piloto reinicia la puesta en marcha al tiempo que la inspectora le da indicaciones. El otro agente regresa también a su asiento en algún momento. En cuanto alzan el vuelo, el tío de Uve escucha la voz de la inspectora en sus auriculares.

—Los han visto. —Se gira un instante para mirarlo a los ojos, que sepa que le habla a él—. Al parecer, cambiaron de planes, van en otra dirección. Han provocado un accidente con una furgoneta y han dejado al conductor herido. Según ha contado este conductor a los compañeros, los sospechosos… —se corrige—, su sobrino…, han tenido que continuar a pie. El coche que conducían quedó inutilizado.

—Pero ¿están bien? —pregunta el tío de Uve, presionando el botón para hablar.

—Parece que sí —le contesta ella al oído—. Y no pueden andar muy lejos.

El agente de los antebrazos cortos aprieta el puño sobre su rodilla uniformada.

—Los tenemos —dice.

82

Uve supera un remonte y agradece pisar suelo plano.

Jota arrastra las suelas de sus zapatos en el asfalto, se sacude los pantalones.

Han salido a una carretera rural de escaso alumbrado, con apenas unas farolas de las que funcionan la mitad.

—Necesitamos un coche. —Jota mira a un lado y a otro—. Por aquí no va a pasar nadie.

Llevan un buen rato caminando a través del campo y la llegada de la noche amenaza con detener su avance. La cara de Jota empieza a ser poco más que ojos y dientes, a juego con las tres bandas blancas en las mangas de la sudadera.

—¿Sacamos las linternas? —pregunta Uve.

—Sí, claro, para anunciar dónde estamos.

Jota observa los alrededores en busca de alguna guía, alguna señal.

—El mar tiene que estar por ahí.

—¿Para qué nos sirve el mar?

—Para todo, Uve. El mar sirve para todo. El mar es libertad. ¡Vamos!

Arranca en esa dirección con una explosiva carrera mientras grita cosas sobre el mar, los barcos y mensajes en botellas, pero se

detiene poco después.

—Estoy agotado, tío —reconoce entre jadeos—. No puedo más.

—¿Te parece ya que llevamos mucho tiempo sin dormir? —Uve mira el reloj de pulsera—. A esta hora estaríamos en el ferry. Podríamos haber ido durmiendo.

—Uve —le dice Jota, repentinamente serio—, no pienses en otras vidas. Estamos solo en esta.

Caminan hasta cruzarse con otra carretera que, como vaticinaba Jota, discurre en paralelo a un tramo de costa.

—Te dije que estábamos cerca.

Lo anuncia como si alcanzar el mar solucionara algo, como si aún pudieran subirse a alguna embarcación que los alejara de sus problemas. Pero el perfil rocoso de esta costa agreste y solitaria, que huele a alga y salitre, dista mucho del puerto urbano al que Uve anhelaba llegar.

El último residuo lumínico del día, que agoniza a un lado del cielo, permite vislumbrar la silueta de una construcción al final de un brazo de tierra.

—¿Es un faro? —pregunta Uve.

Un contorno cupular en lo alto, a pesar de la ausencia de torre, le hace pensar en ello.

—Era —contesta Jota—. Lo veo como en ruinas. —Con un dedo en el aire, recorre el trazado irregular de su fachada, que parece derruida por un flanco. Acaba señalando una baliza luminosa, mucho más simple y en funcionamiento, en otro saliente de la costa—. Y ahí está la culpable.

Como si el faro, o la cercanía al mar, invocara a las sirenas, una policial rompe a aullar en la lejanía.

—No me jodas. —Jota gira el cuello en todas direcciones—. ¿Eso será por nosotros?

Uve da vueltas sobre sí mismo y se suma a la búsqueda de algún resplandor azulado a lo lejos, pero no localizan ninguno.

—Cambio de planes. —Jota señala el faro a oscuras—. Nos escondemos.

Abandonan el asfalto al acceder a un camino de arena que se adentra en el brazo de tierra. Uve camina detrás de Jota y sus manos regresan al bolsillo delantero de la mochila. Suelta al aire algún billete más, pero la mayoría los arruga en el puño antes de dejarlos caer al suelo en forma de bola.

Se topan con una verja que cerca el área de la construcción en desuso.

Jota entrelaza las manos para ofrecer un escalón a Uve.

—Venga, sube —ordena.

En cuanto Uve coloca el pie y engancha los dedos al entramado romboidal de la verja, Jota lo impulsa. Así logra superar el obstáculo con facilidad. Al saltar al otro lado, la mochila se le cae al suelo. Aprovecha para soltar otro billete mientras la recoge y Jota completa su salto.

Juntos rodean la construcción abandonada, una sencilla planta rectangular en dos alturas. El balaustre que rodea un tercer nivel, el mismo que contiene la cúpula, sugiere el espacio abierto de una terraza o cubierta transitable. Encuentran tapiados todos los posibles accesos, dos puertas y varias ventanas cuyos contornos estuvieron, en algún tiempo pasado, resaltados con pintura de otro color.

—Por ahí —indica Jota, que siempre se las arregla para encontrar una entrada.

Desliza unas planchas de metal que cubren un boquete abierto en el flanco desprendido de la construcción. La cadena y el candado que las mantiene unidas dejan la holgura justa para que puedan colarse.

En el interior del faro en ruinas, la oscuridad los envuelve. Jota enciende una linterna, con la mano pegada al foco, para suavizar la luz. El resplandor cobrizo que resulta entre los dedos les descubre una escalera principal cuyos escalones, desde la mitad hacia arriba, yacen amontonados en el suelo en forma de escombro. Jota no tarda en encontrar otra, de mano, que logra extender hasta apoyarla en el hueco del piso superior. Uve asciende primero. Cuando lo hace Jota, tiran juntos de la escalera para subirla con ellos. Otra escalera, esta de gato, anclada a una pared, les da acceso a una escotilla que los saca a la planta descubierta en lo alto.

—Qué pasada —dice Jota, que se mueve con los brazos extendidos por el espacio abierto—. Podríamos quedarnos a vivir aquí.

Rodea la cúpula del faro, en el centro. Cristales rotos dejan ver en su interior nidos abandonados por varias generaciones de aves. Jota corre a la balaustrada y se asoma hacia el mar, con medio cuerpo fuera. Un brillo intenso tras las nubes que se van disipando revela la posición de la luna.

—Me recuerda al lago. —Jota inspira con ganas—. Tantas posibilidades.

Suelta la mochila en una de las esquinas de la cubierta y la usa como almohada para tumbarse bocarriba, como si verdad quisiera recrear la escena del lago.

—Buah, chaval, de lujo —afirma acomodando el trasero—. Aquí dormimos como reyes sin que nadie nos encuentre.

—¿Aquí fuera? —pregunta Uve—. Nos vamos a morir de frío. Mejor dentro.

—Tú ponte aquí. —Jota da dos toques en el suelo—. Dentro sí que te mueres respirando moho y caca de murciélago. Mira, empiezan a salir las estrellas. Prepárate para ver el cielo nocturno más bonito de tu vida.

83

El todoterreno que va vigilando la carretera de la costa frena de pronto a un lado del arcén. El agente que va de copiloto le ha pedido a quien conduce que se detenga un segundo. Son compañeros de patrulla desde hace dos años, y buenos amigos de un tiempo para acá, desde que uno sirviera de psicólogo al otro durante un divorcio lastimoso.

—Creo que he visto otro. —El copiloto abre la puerta—. No me parece muy normal ya.

Camina de vuelta varios metros y se agacha para recoger lo que cree que ha visto desde la ventanilla. Es lo que pensaba: un billete arrugado que alguien ha perdido o tirado al suelo. No es que pretenda quedárselo ni que le llame la atención por tratarse de uno de valor alto, sino que es el tercer billete que ve sin dueño en el último cuarto de hora. Los dos anteriores rodaron por delante de los faros del todoterreno y los agentes se limitaron a verlos alzar el vuelo, arrastrados por el aire.

—Mira. —Termina de alisar el billete y se lo muestra a su compañero—. Este ha sido más fácil de coger. Estaba ahí, hecho una bola. Y espérate tú que…

Cree identificar otro papel sospechoso más adelante, en el área iluminada por los faros del vehículo. Antes de recogerlo, se da

cuenta de que también es un billete. Dos pasos más adelante, encuentra otro, arrugado como una hoja de cuaderno que alguien desecha en la papelera. En las proximidades, enganchado entre dos tallos de cardos secos, recoge uno más, este liso y sin dobleces.

El agente se gira sobre sí mismo tratando de buscar un origen, o imaginar una explicación, pero no hay nada en este solitario trecho de carretera. Tan solo el faro precintado, en ruinas, al final del brazo de tierra.

—No me digas que son todo billetes —comenta su compañero con la cabeza fuera de la ventanilla—. Cuidado, que se los queda tu exmujer también.

El helicóptero sobrevuela el lugar en el que se ha producido el accidente de la furgoneta blanca. El foco de búsqueda revisa campos y caminos rurales sin realizar hallazgos de interés.

—¿Billetes tirados al suelo? —La inspectora reacciona a la información que le llega por radio—. ¿En mitad de la nada?

El tío de Uve la escucha hablar, pero no cae inmediatamente. Solo oye una parte de las conversaciones que la inspectora ha ido encadenando por radio, así que le resulta complicado seguir el hilo. Lo único que quiere escuchar es que alguien ha encontrado a su sobrino y eso no ha ocurrido aún.

—Sí, la mujer del almacén de pirotecnia dijo algo de un dinero —continúa la inspectora—. Pero todo el mundo lleva billetes encima, puede ser cualquier cosa.

El tío de Uve se sobresalta al caer en la cuenta.

Se echa hacia delante todo lo que le permite el arnés de seguridad.

—Pregúnteles por el número de serie.

El agente sentado a su lado le recuerda, con un dedo, que debe presionar el botón para hablar.

—Pregúnteles por el número de serie —repite, impaciente.

La inspectora levanta una mano para que no interrumpa, pero él lo vuelve a decir. Dos veces más. Ella, sin dejar de hablar, se encoge de hombros hacia él como preguntándole qué tiene eso que ver.

—Por favor. Creí que me traían por si podía ayudar. Pídales el número de serie de los billetes —insiste—. Sin letras.

La inspectora solicita dicha información a través de la radio

—Cinco…, cuatro…, uno…, nueve… —repite según le van diciendo —, uno…, cuatro…, cinco.

El tío de Uve lo va escribiendo con el índice en su pantalón: 5419145.

Piensa en el folleto que su sobrino dejó a propósito en el restaurante.

—Otro —avisa la inspectora—: uno, seis, seis, tres, seis, seis, uno.

Al visualizar un segundo número capicúa, 1663661, al tío de Uve se le humedecen los ojos.

—Es él —dice—. Están ahí.

La inspectora entona órdenes firmes al piloto y a la radio.

El helicóptero gira sobre su eje para cambiar de rumbo.

84

—A ver si se van las nubes del todo —dice Jota, que sigue convencido de que les aguarda un precioso cielo nocturno.

Incluso se ha puesto colonia de la mochila porque ha asegurado que la ocasión lo merece. Para Uve, es imposible que exista un cielo más bonito que el que vieron ellos juntos, tumbados, sobre un lago helado. Se frota las manos dentro del bolsillo frontal de la sudadera para disimular un frío que empieza a calarlo por dentro. Es húmedo, diferente al del internado. A Jota no parece afectarle, ni siquiera se ha abrochado la sudadera.

—Es que estamos…

El ruido de un motor y de arena crepitando bajo neumáticos lo interrumpe a mitad de frase. Jota se incorpora para echar un vistazo desde las alturas.

—Hostia. —Se deja caer en cuclillas—. Que vienen.

Gira un dedo en el aire imitando las luces rotativas de un coche patrulla. Después, se lo lleva a los labios pidiendo silencio.

Las ruedas se aproximan por el mismo camino que usaron ellos.

Uve se sienta, se abraza a su mochila.

—Tranquilo, tío —susurra Jota—. Si no se puede ni entrar. Ni de coña se imaginan que estamos aquí.

Uve aprieta con culpa el fajo de billetes en el compartimento delantero.

Al mismo tiempo, en la lejanía, empieza a sonar una sirena, quizá la misma que escucharon desde la carretera. O a lo mejor son dos.

—Tranquilo —repite Jota—. Esas no son por nosotros. Están muy lejos.

El vehículo que se aproxima se detiene en el exterior del faro.

En cuclillas, Jota se mueve hacia ese lado.

Uve lo alcanza a gatas.

Tumbados y protegidos por la base de la barandilla, espían entre los balaustres. De un todoterreno, bajan dos agentes uniformados de verde. Enfocan sus linternas a través de la verja. El sonido del oleaje y las variaciones en la dirección del viento no permiten escuchar todo lo que dicen, pero sí descifrar retazos de la conversación. Uno de los agentes se muestra convencido de que los chicos andarán ahí dentro. El otro, que menciona tapiados y precintos, no lo ve tan claro. A eso le sigue lo que parece un chiste sobre alguna exmujer.

—No estamos aquí —susurra Jota, como si pudiera persuadirlos telepáticamente.

Los agentes aluden a algo que encontraron antes. Y también ahí mismo. Una pista clara, parece que dicen. Uve se tensa al entender que se refieren a su rastro de billetes. Teme la reacción de Jota si se entera de lo que ha hecho. Quizá pueda decirle que se le cayeron sin querer, pero tampoco quiere mentirle. Por suerte, ninguno de los agentes menciona explícitamente los billetes, o son de esas palabras que el viento se lleva hacia otro lado.

—Si entran —dice Jota—, no pueden llegar hasta aquí arriba.

Con gestos, le recuerda a Uve que han subido la escalera de madera al segundo piso y se ríe pegando la cara contra el suelo.

Abajo, uno de los agentes le pregunta al otro si no sería buen momento para encender luces y sirena. Asustar a los niñatos para que salgan. Jota chasquea la lengua al escuchar esa palabra.

—Que se vayan ya —dice—. Se van a ir.

—¿Y las otras? —Uve se refiere a las sirenas lejanas cuyo volumen va ascendiendo, como si se acercaran.

Jota niega con la cabeza.

—Aquí estamos a salvo.

Uve lo escucha primero.

Un instante después, Jota tensa el cuello al identificarlo también.

Ya no son solo sirenas lo que se oye a lo lejos, sino un sonido como de metralleta que les llega desde algún rincón en el cielo. Aún tumbado, Jota mueve la cabeza para todos los lados, buscando el origen del ruido. Los dos se miran cuando resulta imposible ignorar que se trata de un helicóptero.

—Hostia puta —dice Jota.

Un descomunal resplandor anuncia la aparición del aparato al tiempo que el ruido del rotor enmudece las palabras de Uve y hace vibrar los cristales rotos del faro. Varios de los nidos terminan por desmoronarse. El torbellino que impacta contra la cubierta les llena los ojos de polvo y arenilla, que escupen también de los labios.

Jota se levanta de un salto.

De la muñeca, arrastra a Uve.

El cañón de luz los envuelve y deslumbra hasta hacer invisible el helicóptero.

Se mueven desorientados de una esquina a otra del espacio, sin encontrar la escotilla por la que accedieron, si acaso es eso lo que Jota está buscando.

Las sirenas de los otros vehículos que se aproximan al faro deben de estar alcanzándolo por fin, y sus rotatorias encendiéndose junto a las del todoterreno que llegó primero, porque, aunque las aspas del helicóptero imposibilitan escuchar ninguna otra cosa, múltiples destellos azulados contornean cada uno de los balaustres que ahora aprisionan a Jota y Uve. Incluso la espuma del mar al que se asoman, valorando si podrían llegar a saltar, refleja el brillo de las luces policiales.

Uve adivina en los ojos de Jota una inédita desesperación y el corazón le duele al imaginárselo rindiéndose. Al aceptar que tendrán que hacerlo. Que la huida acaba aquí.

Jota tira de Uve en una última carrera desesperada por la cubierta, una que no los lleva a ningún sitio.

Tan solo los deja plenamente expuestos al círculo de luz que los atrapa.

Cuando ambos elevan la barbilla dentro del cono luminoso, Uve piensa en dos niños a los que fuera a abducir un platillo volante, y desea que así sea. Que se los lleven a otro mundo. Uno diferente en el que estén ellos solos. Uno en el que no exista el pasado ni hayan existido nunca otros compañeros, ni Eme, ni el rapado, ni la dueña amable de un restaurante aún por abrir.

Quizá ese mundo sin pasado pueda ofrecerles el futuro que Uve sabe que no tienen. Que quizá nunca tuvieron. Que dejó de existir en el mismo instante en el que abandonó su habitación, lleno de

esperanza, dejando atrás a unos compañeros que creía dormidos, pero que en realidad estaban muertos.

—Uve… —dice Jota con las manos en la cabeza, los ojos muy abiertos.

Por primera vez, también él parece falto de opciones.

85

El foco de búsqueda deja de iluminarlos cuando el helicóptero abandona la cubierta en busca de algún lugar en el que tomar tierra. En la recobrada oscuridad, Uve ve titilar los ojos de Jota, que se niega a aceptar lo que ocurre. La ventolera sacude su sudadera abierta y el tirador de la cremallera cascabelea en el aire.

—No podemos seguir. —Uve pronuncia las palabras que ambos piensan, las únicas que describen la realidad—. Aquí paramos.

A Jota se le adivinan las ganas de contestar, como ya hizo antes en mitad de la carretera, que ahí no hay nada, que ahí no pueden parar. De animar a Uve, con un movimiento de barbilla, a seguir adelante, por otro montón de caminos que aún pueden recorrer juntos. Pero en lo alto de ese faro en ruinas, rodeados por mar, agentes policiales, coches patrulla y un helicóptero, los caminos se han agotado.

—No podemos —niega Uve.

Jota se agarra a las correas de la mochila y gira sobre sí mismo observando el firmamento, como si deseara poder salir volando o esperara encontrar una última señal, invocar un último milagro, que les permita seguir escapando. Y, aunque Uve sabe que han extinguido todas las opciones, Jota se detiene de pronto y se gira para mirarlo. Aprieta las correas en los hombros con una inspiración

y le dedica una de las medias sonrisas que revelan el nacimiento de una idea.

—Ven —le dice.

Jota se sienta en la esquina de la cubierta más cercana al mar. También es la más alejada de la realidad en la que allí fuera, allí abajo, el helicóptero inicia su descenso a tierra y los agentes se hablan a gritos y pelean contra la verja. Sobre las piernas cruzadas, Jota coloca la mochila.

—Uve, ven.

Uve avanza con paso inseguro, albergando ciertas sospechas sobre lo que Jota podría estar pensando. Antes de alcanzarlo, el sonido de una cremallera se las confirma. Cuando llega hasta él, Jota ya tiene el gotero entre las manos. Acaricia el frasco como si esa fuera la última salida, el milagro que antes buscaba en el firmamento.

—No van a cogernos —dice.

Alza una mirada decidida hacia Uve, que tan solo traga saliva, inmovilizado por el miedo. Jota se muestra decepcionado por su reacción, e insiste en que, al menos él, no dejará que lo cojan.

—Qué va a decir mi padre ahora, que más me echará en cara. Estoy cansado de infiernos, Uve. Y este… —cabecea hacia el bullicio en el exterior—, este va a ser insoportable. —Aprieta el gotero en la mano—. Yo prefiero dejar de pensar.

Uve se sienta frente a Jota.

—Qué más da todo, Uve. Qué sentido tiene nada. —Jota se echa hacia delante para hablarle muy cerca de la cara, en un apasionado susurro—. Mejor así. Lo acabamos ya. En el mejor momento de nuestras vidas.

Uve se frota las manos en el interior del bolsillo de la sudadera.

Nota presión en el pecho y calor alrededor de los ojos.

—No es algo triste. No si lo hacemos juntos. —Jota lo envuelve con el olor de su colonia deportiva—. Como todo últimamente.

Uve sonríe al pensar en cómo Jota ha transformado su existencia aburrida y apagada en una en la que los lagos refulgen como auroras boreales, a los gilipollas se los llama por lo que son y una sola estación puede contener los mejores momentos de toda una vida.

—Es más triste si lo hago solo —añade Jota.

Eleva el frasco entre ellos, ofreciéndole a Uve la única manera de permanecer juntos. Ante su indecisión y falta de respuesta, Jota le pone una mano en la cara. El remolino luminoso que ya una vez encendió el roce fugaz de esa piel le recorre ahora el cuerpo entero a Uve y le retumba en el pecho.

A ese pecho baja Jota la mano.

La mantiene ahí unos segundos, sintiendo lo que ocurre dentro.

—Fuegos artificiales —describe con una sonrisa ladeada.

Uve confirma con un asentimiento.

Tras su gesto, o como si el latido de ese corazón fuera la única respuesta que necesitaba, Jota gira el tapón del frasco.

—No van a cogernos —dice al abrirlo.

El grito saturado de un megáfono atruena en lo alto del faro y resquebraja la ilusión de silencio que los envolvía.

—¡Valentín! ¡Valentín, soy yo!

Uve gira la cara hacia la voz de su tío, que le llega desde algún lugar indeterminado allí abajo, allí fuera. Desde el mundo ruidoso en

el que las personas tienen nombres reales, y sus actos, verdaderas consecuencias.

—¡Valentín!

—Es mi tío… —susurra.

Parpadea como si acabara de recordar que existe una vida anterior y ajena a Jota.

—Uve. —Jota le mueve la cara hacia él—. Tu tío también te falló. Le pediste que no dijera dónde íbamos y mira… Por él estamos así.

Pero Uve sabe que eso no es cierto. Ver de forma tan clara cómo Jota retuerce la realidad a su antojo, sin conocer la verdad, lo entristece. Se pregunta si acaso es justo lo que ha estado haciendo con él desde que lo conoce.

—Bum —dice Jota—. Bumbum, bum. Bum.

Uve deja que la burbuja de silencio los envuelva de nuevo porque lo único que quiere escuchar son los labios de Jota sonando a fuegos artificiales. Él sonríe al recuperar su incondicional atención. Y, como si no quisiera dar tiempo a que se produjeran nuevas distracciones, presiona el gotero para llenarlo y lo saca del frasco. Lo sitúa entre la cara de ambos, esperando la confirmación de Uve. El ligero temblor en los dedos desprende una gota sobre sus piernas.

—Vamos, Uve. Lo hacemos. Juntos.

Una idea parece anidar entre los ojos de Jota, que se entornan.

Sin perder tiempo, se lleva el gotero a la boca y lo vacía sobre su lengua, seguramente convencido de que, al final, Uve siempre hará lo mismo que él. Pero, esta vez, Uve niega con la cabeza. Por eso, la idea de Jota, a quien siempre le queda un nuevo recurso, no era solo convencerlo por imitación, sino que da otro sorbo largo al

frasco, para terminar de llenarse la boca, y es así como le ofrece la mezcla a Uve.

Jota le acerca los labios hasta casi tocar los suyos.

Uve escucha un eco de la voz de Eme preguntándole en el almacén de pirotecnia si darle un beso a Jota era la cosa que más había deseado nunca. A lo que Uve había respondido que sí. La que más.

Y lo sigue siendo.

Uve acepta los labios de Jota porque no existe un mundo ni un tiempo en el que pueda rechazarlos. Durante un instante, le da igual que su primer beso sea también lo último que haga en su vida.

Una sensación desconocida, suave y húmeda le rodea la boca, que empieza a llenarse enseguida de un líquido templado. De regusto amargo, se le cuela entre los labios sin que pueda evitarlo ni entender qué está ocurriendo exactamente, dónde acaba su boca o empieza la de Jota. Si ese líquido es saliva o si todos los primeros besos saben tanto a química. Tampoco está seguro de si eso que le ha acariciado la lengua era la punta de la de Jota, pero la sola idea le infla el pecho hasta cortarle la respiración, y lo que antes sentía como luz ahora no es más que puro fuego que le arde más abajo del ombligo.

El calor se extingue de pronto.

Los fuegos y las luces se apagan en cuanto Jota retira los labios.

Al abrir los ojos, Uve se encuentra con los de Jota, que lo miran fijamente con el absoluto convencimiento, ahora confirmado, de que siempre acabará haciendo lo mismo que él. Jota traga su parte de mezcla de forma sonora, casi como una instrucción. Una orden.

—Lo hemos hecho. —Sus comisuras se curvan hacia abajo a causa del sabor—. La aventura de nuestras vidas.

La efusividad en sus palabras no logra ocultar el instante de pavor que le relampaguea en el rostro.

—Venga —ordena al darse cuenta de que Uve aún no ha tragado —. No está tan malo.

Uve cierra los ojos para escapar del influjo de los de Jota.

Inmediatamente, vuelve a escuchar la voz de su tío.

—¡Valentín! —grita desde el megáfono—. ¡Estoy aquí! ¡Estamos intentando subir!

—Uve.

Jota le posa una mano en la cara.

Se la acaricia con el pulgar.

Uve aprieta la garganta para no tragar.

—Tu tío nos falló —susurra Jota—. Por eso ahora nos tomamos esto, los dos. Porque somos nosotros contra todos los demás. Y no nos van a coger.

Uve quiere decir algo, pero no puede hacerlo con la boca llena.

Respira de forma sonora por la nariz.

—Se acaba el tiempo, Uve. No quiero irme mucho antes que tú.

Siente cómo Jota le seca una lágrima que se le desborda entre los párpados.

También nota cómo le acaricia la garganta.

—Vamos.

Uve abre los ojos.

Mirando a los de Jota, abre también los labios.

El líquido le fluye fuera de la boca y se derrama sobre la sudadera, en la que deja manchas húmedas de un gris más oscuro. Enseguida,

ladea la cabeza y escupe a un lado. Raspa la garganta y vuelve a escupir.

—Mi tío no contó nada. —Por fin es capaz de decirlo—. Fui yo el que dejó el papel de los barcos en el restaurante. Para que supieran dónde íbamos.

Jota echa la cara hacia atrás, confundido.

—También he ido tirando billetes al suelo desde el accidente —continúa Uve—. Por eso han llegado hasta aquí.

Uve había temido que un gran enfado sucediera a esta confesión, pero Jota escucha y asiente con inesperada calma. Dibuja una triste sonrisa de resignación.

—Ni siquiera tú me quieres tanto.

Sus palabras vacían el pecho de Uve, que niega ante tamaña mentira.

—Si no querías estar conmigo…

—Sí quería, Jota. Claro que quería. Pero no todo lo demás.

Una arcada sacude a Jota, que se tapa la boca para contenerla y volver a tragar.

Uve usa la manga de la sudadera para limpiarse la lengua.

—Lo hice todo yo. —Jota balancea el tronco adelante y atrás—. Diles que lo hice todo yo. Lo del rapado también. Y pídeles perdón de mi parte. A todos.

—Jota, no vas a…

Pero él asiente con una sonrisa.

—He brillado. He hecho mucho ruido. Y he durado poco. —Busca en el suelo a su alrededor un lugar en el que tumbarse—. Esto es lo que quiero ahora. Dejar de pensar.

En los ojos de Jota parece que empezara a formarse una película de hielo, como la del lago en octubre. Ahoga con esfuerzo otra arcada en el pecho.

—Perdóname —dice Uve.

—Está bien así, Uve. —Jota enfrenta un mareo que le mece la cabeza—. No tienes que pedir perdón.

—¡Valentín! ¡Ya subimos!

—A ti te espera tu tío —añade al escucharlo—. A mí…

Jota se desploma de espaldas antes de haber cogido la mochila para usarla como almohada. Uve lo recuerda en una posición parecida, tumbado bocarriba, dibujando con entusiasmo un ángel sobre el vagón del tren.

—Qué miedo, tío. Me da un poco de miedo.

Uve se sienta a su lado para acompañarlo. Apoya la espalda en uno de los balaustres y acomoda la cabeza de Jota sobre su regazo. Le retira de la frente el mechón ondulado, que se le ha enredado en las pestañas. El hielo en sus ojos ya es como el del lago en noviembre. Las pupilas, tan dilatadas, parecen igual de profundas.

—Bum, bumbum, bum —dice Uve.

—Los oigo.

Jota mira al cielo con unos ojos que no pueden ver nada. Uve eleva la vista a la noche en la que terminan de disiparse las nubes. Solo la luna y las estrellas brillan ahí arriba.

—Cuántos colores —dice Jota.

Cada una de las detonaciones en los labios de Uve han dibujado en el cielo enormes burbujas incandescentes que solo pueden verse reflejadas en los ojos helados de Jota. Rojas, verdes, amarillas y azules, dejan tras de sí titilantes estelas de chispas. Uve le describe

cometas multicolores, meteoritos centelleantes, palmeras, dalias y sauces de fuego. Le cuenta a Jota lo impresionante que es el fulgurante crisantemo de pólvora que explota en ese momento y les ilumina hasta las caras con un radiante brillo anaranjado.

Jota asiente al tiempo que se le cierran los ojos.

—Bum —susurra en un último aliento.

86

La trampilla se abre en la cubierta.

La inspectora, seguida de dos agentes armados y con linternas, se acerca a Uve. El calor de la cabeza de Jota abandona su regazo cuando trasladan el cuerpo al suelo. Detrás, a la carrera, aparece su tío.

—¿Qué has hecho, Valentín? —pregunta en cuanto ve el gotero que sujeta la inspectora.

—No he tomado —contesta Uve—. Yo no he tomado.

La forma en que construye la frase deja claro que el otro joven, sobre quien uno de los agentes ha iniciado maniobras de reanimación, sí lo ha hecho.

—¿Qué es? —La inspectora huele el frasco—. ¿Por qué es tan letal?

—No lo sé —responde Uve—. Es una mezcla.

El tío pide permiso para ayudar a levantarse a su sobrino, pero, aunque la inspectora se lo concede, Uve niega con la cabeza.

—No me voy a ir antes que él.

Señala a Jota con la barbilla. El agente que lo atiende de urgencia le dedica a la inspectora una fatal negación de cabeza, gesto que ella prefiere ignorar.

—Están llegando —dice refiriéndose a las ambulancias ya avisadas —. No tardan.

El permiso que pide ahora el tío de Uve es el de sentarse junto a su sobrino.

La inspectora lo invita a hacerlo.

En cuanto lo tiene a su lado, Uve lo abraza, apretándolo mucho.

—Se pondrá bien —dice su tío.

Pero Uve niega con la cabeza. Sabe lo que ha pasado.

—¿Tú estás bien? —le pregunta entonces.

En la cabina de teléfono, Uve no supo responder a esa pregunta porque le faltaban palabras para describir lo que sentía, pero ahora lo tiene más claro.

—No —contesta con rotundidad.

Su tío le introduce una mano en el bolsillo de la sudadera.

—Pero lo estarás, sobrino querido. —Le aprieta las manos—. Vas a estar bien. Vamos a estar bien.

Uve asiente, aunque no se lo cree.

—¿Qué ha pasado? —pregunta su tío—. ¿Por qué?

De las causas y consecuencias de lo ocurrido, Uve sabe tan poco como de los componentes y efectos de lo que contiene el gotero, así que se encoge de hombros.

—Yo solo quería ir a verte, quería…

Le sobreviene una toma de aire de las que anteceden al llanto, y su tío lo invita a que se recueste sobre su cuello.

—Ya me lo contarás. —Le acaricia el pelo—. Ya hablaremos de todo. Tendremos tiempo. Quiero que vengas a vivir conmigo. Con nosotros.

—Estoy deseando conocerlo —dice Uve.

—Y él a ti. No quiere irse sin conocerte.

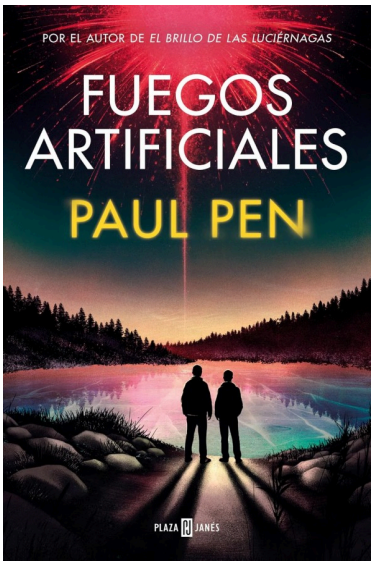
—Jota también tenía muchas ganas de visitar la isla…

Uve rompe a llorar en el pecho de su tío, que no le pide que pare ni que se tranquilice ni le dice que ya está. Solo deja que se desahogue sobre él.

—No te he mandado todavía uno de mis cuadros favoritos de Escher —le cuenta como haría en una sus cartas—. Es uno que muestra a la perfección la intrincada conexión que puede existir entre dos personas, sus almas y sus mentes, hasta convertirlas en una misma cosa, una cinta infinita sin principio ni final. Se llama *Lazo de unión*, creo que te gustará verlo. Te lo enseñaré en casa.

Escuchando el arrullo de la voz de su tío, agradeciendo que le hable de esas cosas bonitas que siempre le enseña, Uve se despide del futuro con Jota en el que tanto había pensado, pero que ya no va a existir. De verdad querría haberlo visto caminando por la playa, con una camisa abierta sobre un pantalón corto vaquero, con el walkman enganchado a una de las trabillas y los auriculares colgados del cuello. Uve lo imagina alzando los brazos al aire para abrir y cerrar las manos como si fueran explosiones en el cielo, y casi puede escuchar el silbido entre los dientes que anuncia una de sus carcajadas.

Vamos a brillar. Vamos a explotar.



BUM

Dos chicos planean escapar del internado en el que se sienten atrapados. Uve sufre desde hace años el desprecio y las burlas de sus compañeros. Jota es el alumno nuevo, de carismática pero oscura personalidad.

BUMBUM.

Un imprevisto descarrila el plan, y la fuga toma un giro siniestro. Su aventura se transforma entonces en una espiral de terribles consecuencias.

BUM.

Pero ¿de qué escapan realmente?
¿Hasta dónde está dispuesto a llegar cada uno de ellos?
¿Y a qué destino conduce una huida desesperada?

Tras éxitos como *El brillo de las luciérnagas*, *La casa entre los cactus* y *El canto de los grillos*, Paul Pen regresa con una escalofriante novela que embarca al lector en el sobrecogedor viaje de dos amigos que soñaron con ser libres bajo el fulgor de los fuegos artificiales y acabaron descubriendo que se puede escapar de todo…, excepto de uno mismo.

Escritor y guionista, **Paul Pen** es autor de siete novelas: *El brillo de las luciérnagas* (Plaza & Janés, 2013), *La casa entre los cactus* (Plaza & Janés, 2017), *El aviso* (Plaza & Janés, 2018), *Un matrimonio perfecto* (Plaza & Janés, 2019) y *El canto de los grillos* (Plaza & Janés, 2025), además de *La metamorfosis infinita* (2022) y *A un lado de la carretera* (2024). También ha publicado las colecciones de relatos *Trece historias* y *Relatos a medianoche*.

Sus obras traducidas al inglés han alcanzado en Estados Unidos lo más alto de las listas de ventas y han superado los 200.000 ejemplares vendidos. Su primera novela, *El aviso*, fue llevada a la gran pantalla en 2018. Una segunda adaptación, la de *La casa entre los cactus*, cuenta con guion del propio autor y llegó a los cines en 2022. En estos momentos, otras de sus historias aguardan próximas adaptaciones audiovisuales.

Con su particular pulso para el thriller dramático y la tensión creciente, Paul Pen hace suya en *Fuegos artificiales* (Plaza & Janés, 2026) una historia clásica de huida por carretera, tan épica como trágica. La trama se lee como una agónica cuenta atrás que envuelve al lector en una mezcla única de amistad, manipulación, luces de colores y muerte. Una novela tan deslumbrante como la más luminosa de las pirotecnias, pero tan cruel como la pérdida de la inocencia.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Paul Pen
Autor representado por DOSPASSOS Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Ignasi Font

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03913-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Fuegos artificiales

Ahora

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Capítulo 31

Antes

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Después

Capítulo 63

Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Sobre este libro
Sobre Paul Pen
Créditos